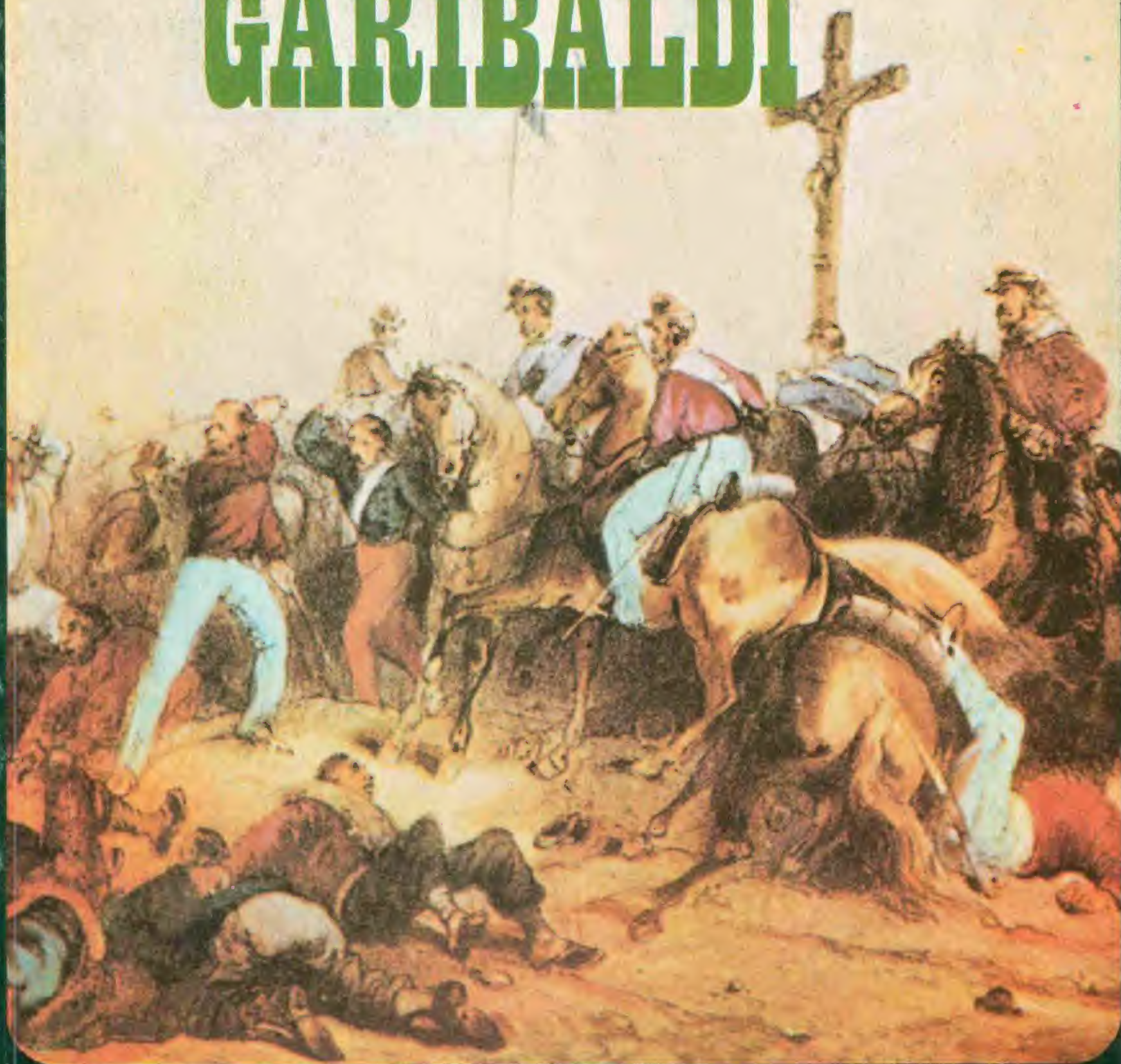
TIEMPO de HISTORIA

AÑO VIII • NUM. 91 • 150 PESETAS

GARIBALDI



EDUARDO HARO TECGLEN

LAS MALVINAS COMO ENCRUCIJADA

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Fernando López Agudín

La ideología y el ideólogo del nacionalpopulismo:

Joaquín Costa



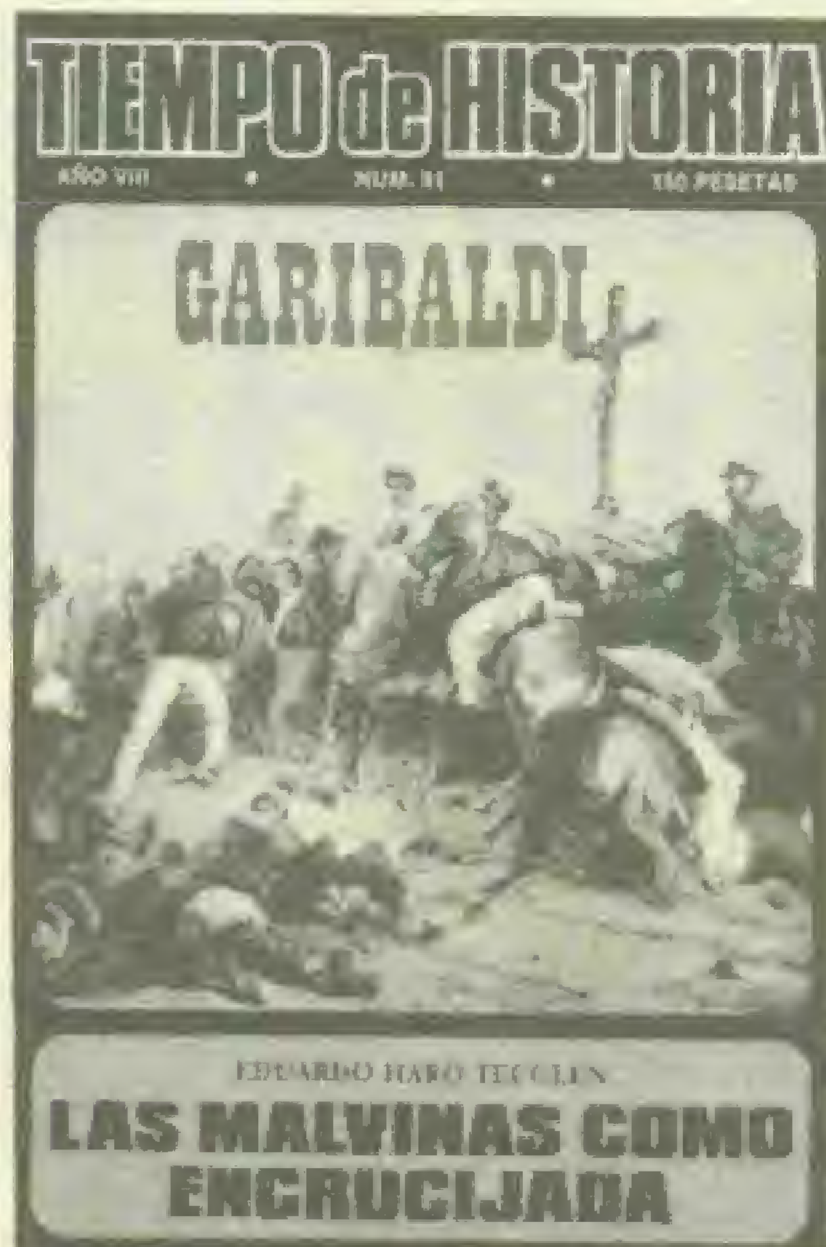
Dibujo satírico de "Picarol", en *La Campana de Gracia*, con motivo del entierro de Joaquín Costa.

Dos obreros comentan: *"—¿Sabe por qué le levantan tanto ahora a este hombre?" "—Sí, porque ya ha muerto".*

SUMARIO



AÑO VIII • NUM. 91 • JUNIO 1982 • 150 PESETAS



PORTADA: La figura de Giuseppe Garibaldi, del que se celebra en este año el centenario de su muerte, es evocada en la doble vertiente de su ejemplo como gran animador de la libertad en Europa y América, «El Héroe de Dos Mundos», y en la huella que su personalidad dejó en una señera figura de nuestra Historia, Emilio Castelar. (Batalla de Milazzo. Litografía. S.E.F.)



ITINERARIO DE TERESA DE CEPEDA, SEMBRADORA DE CONVENTOS: La vida y el quehacer de la Santa andariega supone un «camino de perfección», lección magistral de una mujer excepcional en el tiempo. (Santa Teresa, Madrid. Monasterio de las Descalzas Reales.)

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN**. SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral, 96. Teléfonos 221 29 04-05. MADRID-4. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA, Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.° A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 29. MADRID-16, Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1. Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, kilómetro 13,350. MADRID-34. **COMPOSICION:** Andueza, S. A. San Romualdo, 26. MADRID-17. **IMPRIME:** Gráficas Aragón, S. A. Polígono Industrial «Los Angeles», Getafe (Madrid). Depósito Legal: 350 M. 36.133-1974. **ISSN** 9210-7333. **SUSCRIPCIONES:** *Ver página 130.* **EJEMPLARES ATRASADOS:** 150 pesetas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.



«TIEMPO DE HISTORIA» es miembro de la Asociación de Revistas de Información, ARI, asociada a la Federación Internacional of Periodical Press, FIPP.

Pasado, presente y futuro:

Las Malvinas como encrucijada

Eduardo Haro Tecglen

¿De quien son, realmente, las Malvinas? Sabemos que el derecho, y muy claramente el derecho internacional es una materia hecha para la interpretación: de otra manera no habría pleitos, litigios, tribunales y sentencias. Sabemos que la Historia es una ciencia especulativa con una condición muy especial: especula sobre el pasado, sobre lo ya sucedido, lo cual produce un cierto malestar. Los escolásticos tenían por dogma que Dios tiene un poder absoluto al que sólo se le podía poner un límite: el de enmendar el pasado. Se tenía el pasado por lo único concreto, lo único indiscutible. Nuestro tiempo no nos permite siquiera esa única clase de certidumbre, y hemos aprendido ya que también el pasado es dudoso. Quizá un hecho sucedió de una sola manera y tuvo unas únicas causas y unas únicas consecuencias. Pero el pasado se caracteriza porque no existe más que en sus huellas y en sus relatos: es decir, en materia para la especulación.

Se dice de las Malvinas que sus descubridores fueron los ingleses. John Davys llegó a ellas en el «Desire», año 1592; después llegó Sebald van Weerdt, y las dio su propio nombre: fueron, durante mucho tiempo, las Islas Sebaldinas. Casi un siglo después, en 1690, apareció el capitán John Strong, y les cambió el nombre: las llamó Falkland, en homenaje al tesorero de la Armada, Lucius Carey, vizconde de Falkland. Era muy conveniente para un capitán rendir un homenaje a un tesorero de la Armada, personajes de gran poder aunque habitualmente de escasa ciencia (Samuel Pepys cuenta en su diario cómo, siendo ya administrador general de la Armada británica, aprendió con grandes apuros y esfuerzos la tabla de multiplicar). Entre tanto, las Islas Falkland, antes Sebaldinas, no eran mas que unos islotes ventosos y glaciales, desde cuyas costas los pingüinos y las focas veían con cierto asombro el chorro de agua de una ballena pasajera y con alguna notable inquietud la esporádica llegada de un navío. Así empieza, más o menos, el relato inglés de la historia de las islas en las que hasta entonces había habido sólo vida animal, pero no humana: no se han encontrado nunca indicios de pobladores primitivos.

La historia francesa cuenta otras cosas. Cuenta que desde mucho antes que los ingleses y que el holandés Sebald Van Weerdt llegaban a ellas los marineros franceses: los barcos bretones que iban a cazar focas. Les dieron un nombre, el de Malouines. Era un homenaje a Saint-Malo, el puerto del que procedían. Así nos encontramos ya que antes de tener ningún habitante ni ser objeto de ningún litigio serio, estas islas tenían tres nombres en el siglo XVII: Sebaldinas, Falkland, Malouines. Con los dos últimos nombres figuran todavía en los textos de los dos países que se lo dieron; y una corrupción del nombre francés, hecha por los españoles que ocupaban el continente, fue el nombre de Malvinas, que es el que oficialmente tienen hasta ahora en los países de habla española.

El primer intento de colonización, de dotar de habitantes al archipiélago lejano y frío, fue francés. Lo emprendió Louis-Antoine De Bougainville, viajero y aventurero que fue viendo, ya en el siglo XVIII, la desaparición del imperio francés. El mismo fue el coronel que tuvo que entregar el Canadá a los ingleses. Bougainville quiso reparar su humillación militar y la decadencia de su patria descubriendo nuevas tierras para Francia. Leyó un libro que se llamaba «Terra Australis Incognita» —autor, el «Presidente de Brosses», llamado así porque lo fue del Parlamento de Borgoña desde 1740— y pensó que por esas tierras desconocidas podrían encontrarse territorios nuevos para Francia, y establecer algunas bases para que la flota francesa pudiera equilibrar el poderío naval británico. Los relatos de los cazadores de focas de Saint-Malo le hicieron pensar en las Islas Malvinas, cuya «feliz posición —escribió Bougainville— podría servir a los navíos que van a los mares del Sur, y de escala para los descubri-

Las islas Malvinas (señaladas con una flecha), situadas en el Atlántico Sur en la plataforma continental argentina.



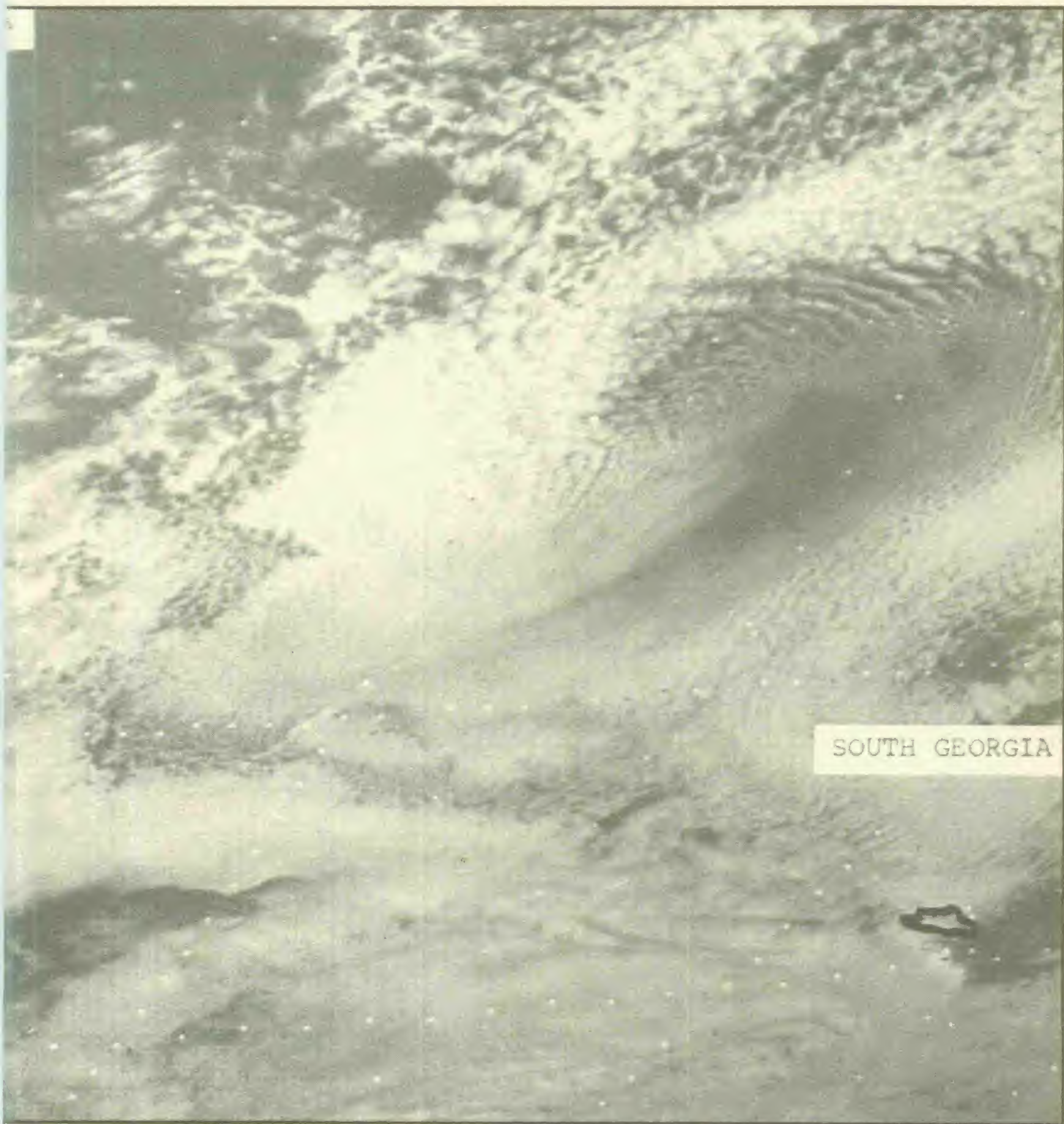
Fotografía vía satélite de las Islas Falkland (Malvinas) y la Georgia del Sur; en la parte superior de la foto, costa Sur de la Argentina.

mientos de tierras australes». Le escuchó la corte, le escuchó el Duque de Choiseuíl —el que había perdido el Canadá; Bougainville le honró dando su nombre, que aún lleva, el estrecho que parte en dos una de las islas— y se fue a colonizar, una vez fundada la «Compagnie de Saint Malo», y llevó consigo a los colonos expulsados de las provincias marítimas del Canadá para que comenzasen una nueva vida. Llegaron, después de casi cinco meses de navegación, en enero de 1764, y se establecieron en lo que llamaron Puerto Luis (por Luis XV), que luego se ha llamado Puerto Stanley y ahora, después de la ocupación, Puerto Argentino. Más tarde llevó nuevos colonos, mientras la ciudad aumentaba naturalmente por cuestiones de nacimientos.

Aquí aparecen de nuevo los ingleses. El capitán John Byron fue a visitar las «tierras de Davys» (por John Davys, su descubridor en 1592; las vio ya con un principio de población, le molestó mucho y dejó un destacamento en lo que se llamaría Puerto Egmont; meses después llegarían barcos británicos con un centenar de colonos voluntarios (mas o menos: algunos eran deportados) y lograron implantarlos declarando las Islas como propiedad de la Corona británica.

En aquel momento los españoles sintieron ya que las dos potencias europeas estaban jugando con algo que en realidad era suyo, en razón de la proximidad a un continente que era de la Corona española: se alegó entonces la famosa bula papal que dividía en dos los imperios de Portugal y de España, y según ella las Malvinas eran españolas. La reclamación fue hecha directamente a Francia, que en esa época no tenía ningún interés en plantarse frente a España y que dudaba mucho de que las Malvinas pudieran ser alguna vez de utilidad. Eran, sobre todo, costosas. Francia obligó a Bougainville a entregar las Islas a España, pero el francés decidió sacar algún partido: fue a Madrid, negoció, y obtuvo que España le pagase el dinero gastado por la «Compagnie des Malouines», incluso con un 7 por 100 de interés; y el Rey de Francia se comprometió a financiarle un viaje alrededor del mundo (que fue el que le haría popular y famoso). Bougainville volvió a las Malvinas, acompañado ya de dos fragatas españolas —la «Esmeralda» y la «Liebre»—, mandadas por don Felipe Ruiz Puente, nombrado ya gobernador de las Malvinas; llegaron a Puerto Luis —que perdió su nombre: iba a ser «Puerto Soledad», nombre que explica ya la sensación de los españoles en aquellos lugares– – y se arrió la bandera francesa y se izó la española. Los colonos franceses se fueron en los barcos de Bougainville, excepto unos cuantos que se quedaron con los españoles. Era el 1 de abril de 1767.

Mientras tanto los ingleses de Puerto Egmont permanecían, se reproducían y continuaban insistiendo en que las Islas eran propiedad de Su Majestad Británica. Las negociaciones con ellas resultaron imposibles; y los españoles decidieron expulsarles por la fuerza: el «incidente de las Malvinas» (1770) estuvo a punto de producir una guerra entre Gran Bretaña y España. Los ingleses expulsados volvieron en el año siguiente, pero tres años después se marcharon de nuevo, voluntariamente. Habían descubierto que el lugar era más bien inhabita-

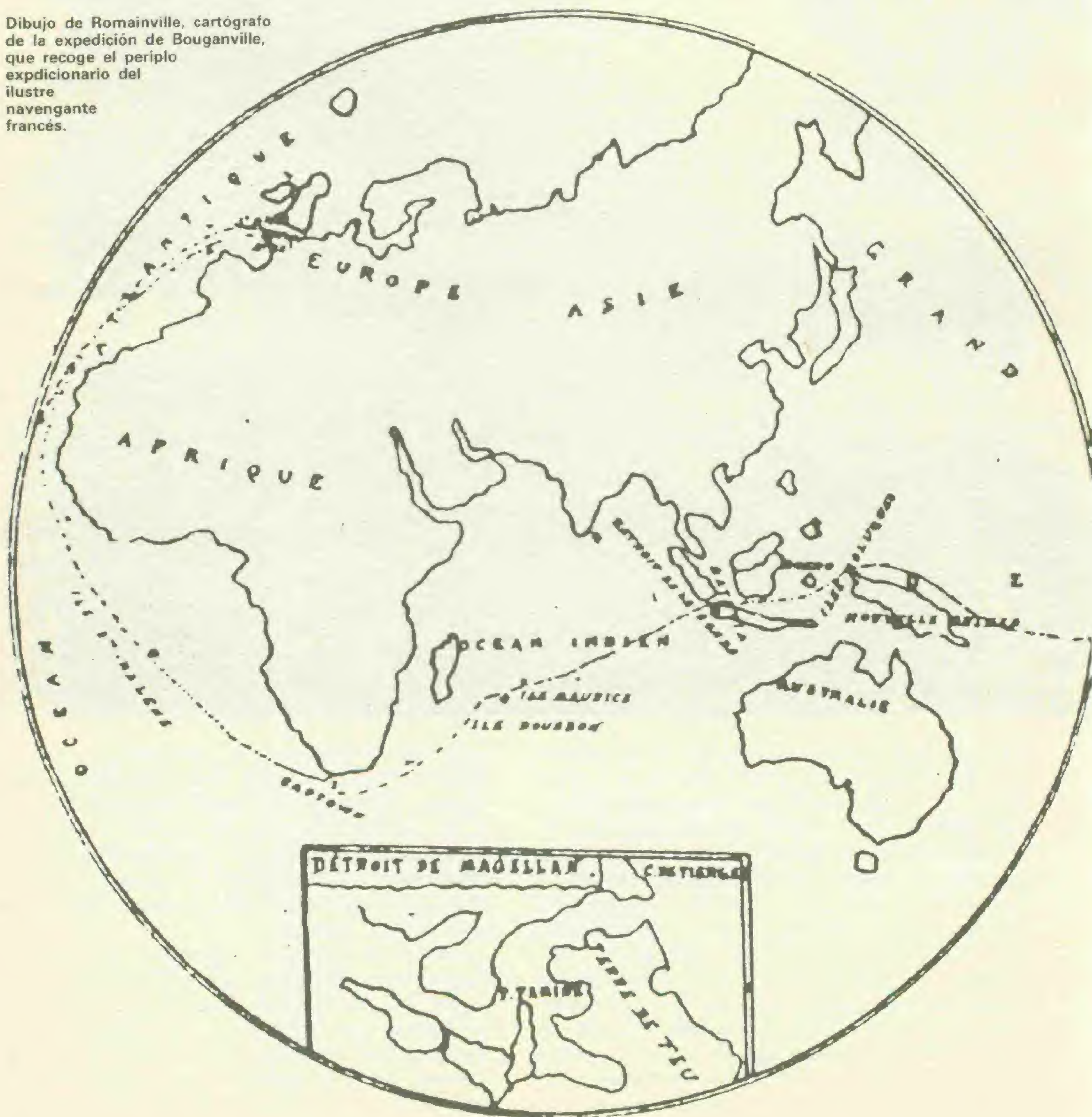


ble, y que a la Corona británica le importaba muy poco. Fueron, pues, las Malvinas enteramente españolas: hasta que se proclamó la independencia de la Argentina. En 1829 los argentinos enviaron un navío con nuevos colonos, que encontraron la vida demasiado dura y que se iban en cuanto podían. Esta experiencia argentina duró unos tres años: en 1831 los Estados Unidos enviaron una corbeta, la «Lexington», y proclamaron que las Islas estaban «libres de todo gobierno». Una tierra de nadie. Vacío que los británicos quisieron llenar de nuevo. Gran Bretaña nunca había aceptado oficialmente la pérdida de su soberanía, aunque hubiera evacuado su pequeña colonia. En 1833 las condiciones de navegación eran ya mejores, y más rápidas, y las Malvinas podían ofrecer algún interés. Volvieron los británicos y las ocuparon para una batalla importante contra una flota alemana, a la que hundieron y capturaron; en la II Guerra Mundial instalaron allí importantes bases de comunicaciones y de operaciones navales.

Las reclamaciones argentinas no cesaron nunca. Ni las chilenas, que alegan una mayor proximidad territorial y la misma capacidad de heredar lo que fue español. El Tribunal Internacional de Justicia no se pronunció nunca claramente en los recursos establecidos por los tres países, y las diversas negociaciones en or-

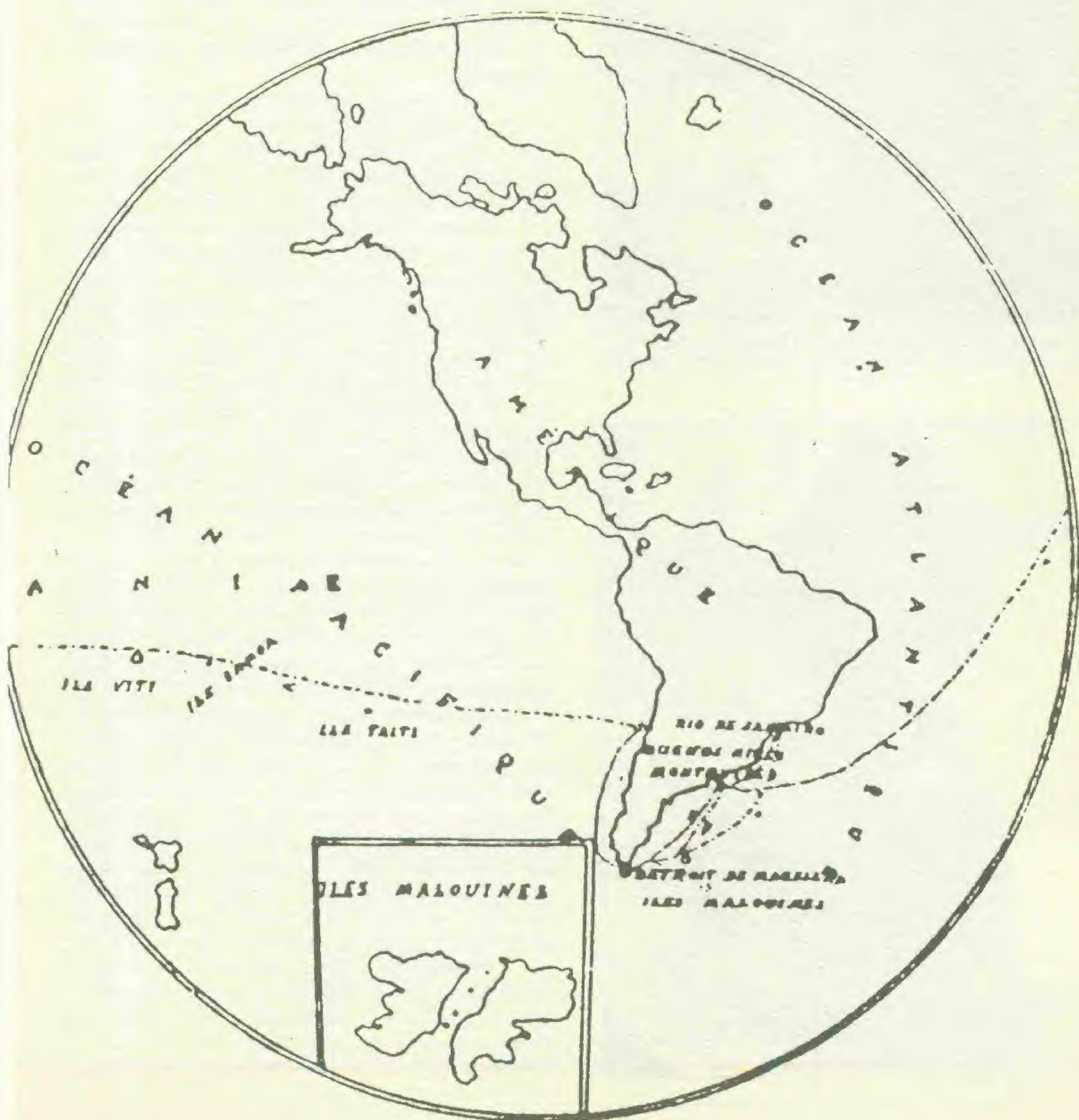
ganismos *internacionales no* han dado resultado. Así estaban las cosas cuando el 2 de abril la Junta Militar que gobierna la Argentina realizó lo que en diplomacia se llama «un hecho consumado», la invasión de las islas; y, veinte días después, se producía la llegada de la flota inglesa y los incidentes graves —la guerra no declarada— que están ya en los diarios.

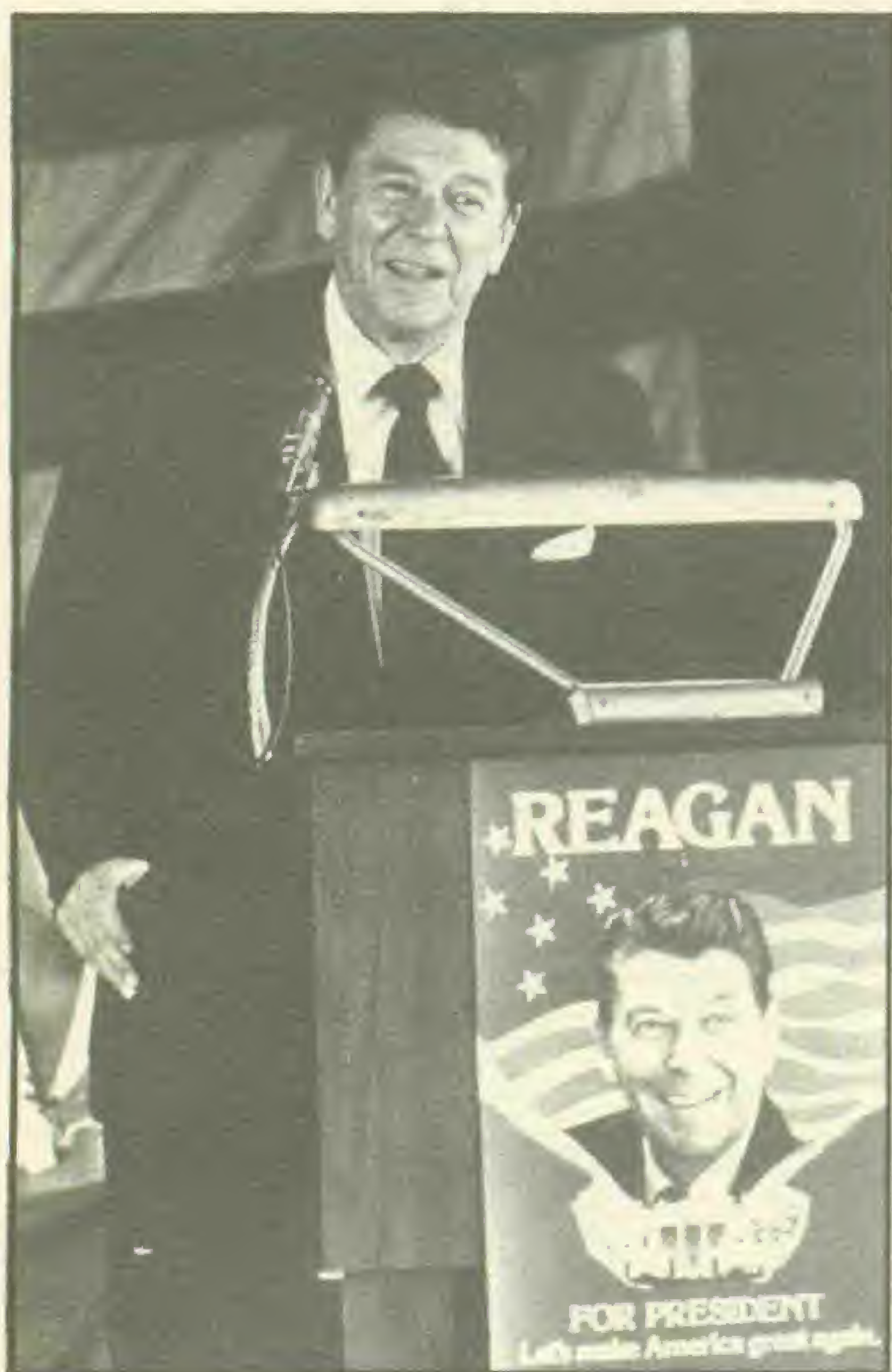
Aquí, sobre este simple resumen —en una historia donde cada incidente, cada palabra, cada situación, puede tener interpretaciones— cabe de nuevo preguntarse, como al principio, a quién pertenecen las Malvinas. Y, naturalmente, caben toda clase de respuestas. Para unos será la mera razón geográfica la que se impone: la relativa proximidad del archipiélago al continente le haría americano (¿chileno?, ¿argentino? Esta duda se cruzaría también con la disputa entre esos dos países sobre Beagle), precedente jurídico peligroso (¿son las Canarias africanas? ¿Es España una potencia imperialista y colonialista en esas islas de otro continente? ¿Es Córcega parte de Francia o debe serlo de Italia?) para otras situaciones. Para otros es válida, sobre todo, la cuestión de la herencia: Eran españolas y, por lo tanto, deben ser argentinas (¿o chilenas?). Puede verse también desde el punto de vista de sus habitantes, unos dos mil, con pasaporte británico. Pero difícilmente podrían ser autónomos e independientes. Su riqueza —el ganado lanar, la pesca— es considerable, pero no la suficiente para darles la independencia y proclamar un nuevo país: no podrían subsistir. ¿Pueden ele-



Dibujo de Romainville, cartógrafo de la expedición de Bouganville, que recoge el periplo expdicionario del ilustre navengante francés.

gir ellos entre ser británicos o ser argentinos? La subjetividad interviene mucho en toda esta cuestión. Situados, como lo estamos, en España, país enormemente cargado de subjetividades, las opiniones se reparten por impresiones. Hay quien opta por Argentina porque es un país de «la Hispanidad» y porque encuentra una cierta relación en el caso de las Malvinas con el de Gibraltar. Hay quien opta por Gran Bretaña porque siempre se debe responder con fuerza al acto de fuerza. Para unos, es un acto propio de una Dictadura, no muy distinto a las anexiones territoriales de Alemania y de Italia que llegaron a producir la guerra mundial, y para las cuales podrían también tener razones históricas y geográficas Hitler y Mussolini: sin embargo, están oficialmente consideradas como actos de agresión. Hay una opinión de la extrema derecha —y no tan extrema— que apoya a la Argentina por el hecho de que está gobernada por una Junta Militar, y es un tema que incide con el «proceso» y los intentos golpistas españoles. Aducen que sólo ese estamento tiene el brío suficiente para restablecer sus derechos robados, mientras que en las democracias, como la española, se deja perder eternamente Gibraltar (no citan el hecho histórico tan claro de que durante el régimen militar del Generalísimo se perdió el último girón de imperio, el de Marruecos y el del Sahara, y que jamás se reconquistó Gibraltar). Para la izquierda, el sentimiento es el mismo sólo que enteramente al revés: Argentina ha dado el golpe para forzar a su población a un naciona-





Ronald Reagan, actual presidente de los Estados Unidos de América, durante su campaña presidencial como candidato republicano.



Caricatura en la prensa anglosajona de la Primer Ministro británica Margaret Thatcher.

lismo que la una en torno a ella y para tomar medidas de guerra, con lo que hace imposible el regreso a la normalidad política. Hay quien cree que hay que apoyar a Gran Bretaña porque somos europeos, y hay quien cree que debemos apoyar a la Argentina porque somos hispánicos. Esta última contradicción es la más enojosa para el gobierno en ejercicio. Aspirante adelantado a la OTAN, y retrasado a la Comunidad Económica Europea, ve como Europa se alinea junto a Gran Bretaña; pero no puede hacerlo también España por su hispanidad y por el peso de los estamentos de la derecha en el poder. Aliada de los Estados Unidos, ve con horror como los Estados Unidos se alían con Gran Bretaña; enemiga de la URSS, ve como la URSS lo hace con Argentina. Emite, entonces, comunicados de buena voluntad, se ofrece a la mediación, se proclama neutral después de haberse definido como próxima a la Argentina...

El suceso en sí es bastante considerable; hasta el punto de que puede creerse, hoy, sin ninguna perspectiva naturalmente, sino viviendo los acontecimientos, que va a influir en la historia mundial de los muy próximos años.

La Junta Militar ha recibido el apoyo de su propia oposición; y ha recibido también el de los países americanos, sea cual sea su régimen político (Cuba, Nicaragua). Estos países no están simplemente enfrentados con Gran Bretaña, cuyas pertenencias en el continente son ya tan escasas como faltas de importancia, sino contra «el colonialismo», aunque sea muy discutible que las Malvinas sean tierra colonizada (falta para ello, esencialmente, el no consentimiento de sus habitantes; que en realidad se manifiestan contra la ocupación argentina y la califican, a su vez, de colonización).

En el «colonialismo», en este caso, está incluida la intervención directa o indirecta de los Estados Unidos en todo el continente. Los cuales Estados Unidos se han visto atrapados en una situación aún más grave —por su trascendencia— que la del Gobierno español. Creadores y dominadores de la organización de Estados americanos, creadores de la frase —y de su propaganda— de «América para los americanos», tendrían que estar al lado de la opinión general de ese continente; pero aliados especiales de Gran Bretaña, creadores y directores de la OTAN, tienen que estar al lado de los británicos. Los Estados Unidos mantienen la doctrina Reagan según la cual las revoluciones latinoamericanas son producto de la URSS y del Comunismo, y han presentado a la República Argentina y a Chile como ejemplos de cómo se combate a la URSS y al comunismo; Reagan incluso ha expresado que la cuestión de los derechos humanos es relativa a la dirección política de los países. Sin embargo, se encuentran ahora con que uno de esos países



Manifestación en la Plaza de Mayo de Buenos Aires, el 10 de abril de 1982, en apoyo de la integración de las islas Malvinas a la República Argentina.



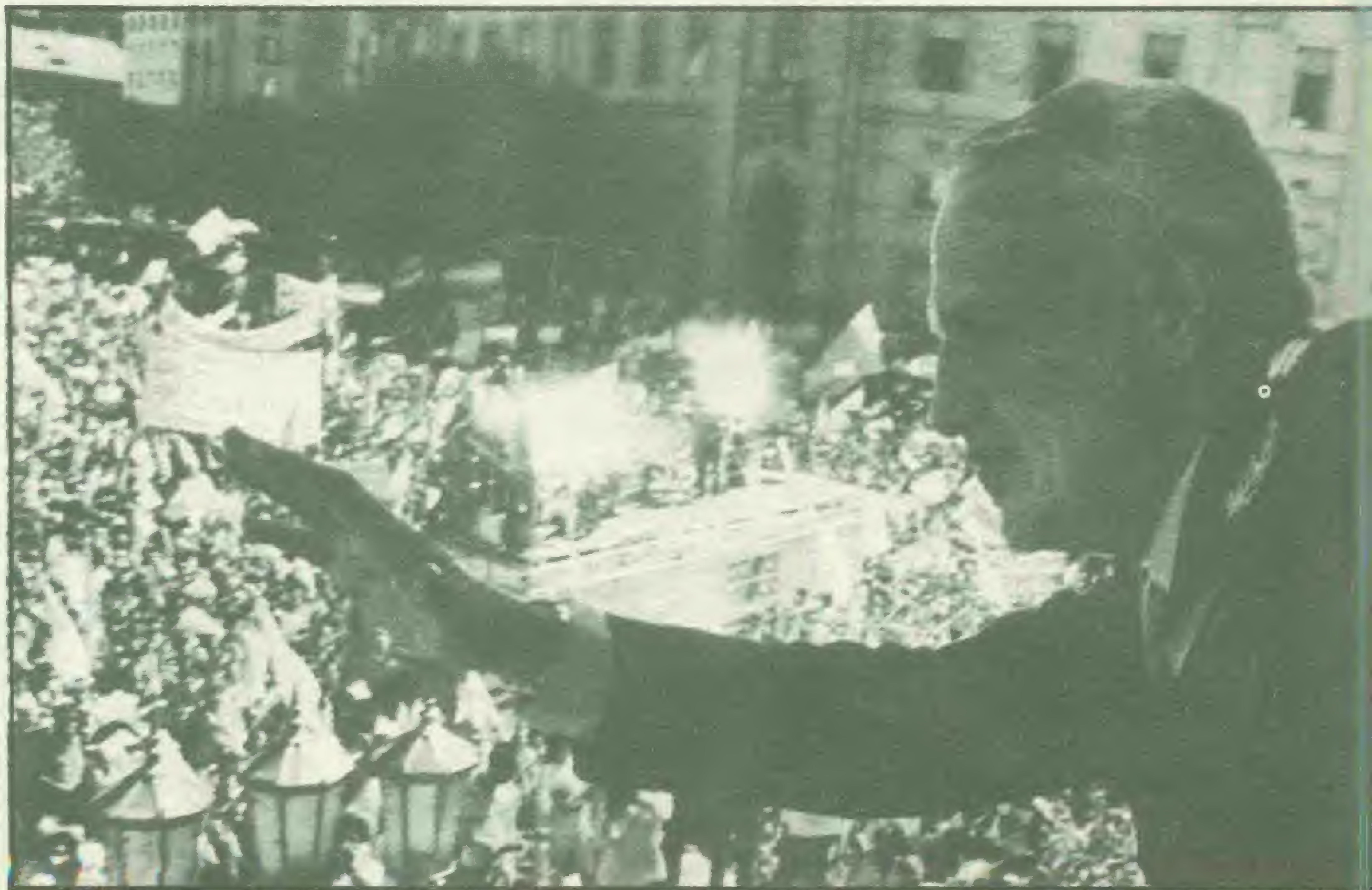
Louis-Antoine de Bougainville, marino francés que realizó entre 1766 y 1769 la vuelta al mundo, haciendo una exploración detenida de las islas Malvinas.

ejemplares puede aparecer aliado de la URSS y de Cuba y de Nicaragua, en los cuales ha concentrado toda su capacidad de rechazo. Mientras esto sucede, comienza a sentirse un renacimiento de viejas fuerzas olvidadas, como las nacionalistas: se es nacionalista continental, y hay un nacionalismo muy fuerte latinoamericano que se enfrenta con un nacionalismo no menos fuerte, el del continente europeo. La URSS evidentemente aprovecha la situación para ahondar en la división del mundo occidental; Cuba y Nicaragua para ser admitidas en la sociedad latinoamericana y para rechazar cualquier intervención exterior. Mientras tanto, la OTAN ve riesgos gravísimos en su alianza militar. La flota británica está comprometida en la nueva guerra de la Antártida: no cumple sus misiones en la zona del Atlántico Norte. Con más preocupación aún observa lo que pueden considerarse unas maniobras con fuego real y objetivos reales: ha visto un gran barco de guerra, el General Belgrano, hundido por un solo torpedo, y otra gran unidad mucho más moderna y provista de defensas actuales, el «Sheffield», hundido por un solo missil. ¿Qué sucedería en una guerra de verdad? Si no hubiera contenciones, precauciones, miedo a las respuestas, ¿quedaría algo de la flota británica, de la flota argentina, o habrían sido ya enteramente hundidas por los proyectiles modernos? Hay que imaginar lo que podría ser, una guerra auténtica, un cañoneo de Buenos Aires con proyectiles nucleares. Son datos que fuerzan aún más la posición del pacifismo europeo, y ya mundial: una guerra moderna es imposible.

Las perspectivas para una ampliación del conflicto son considerables. Si los Estados Unidos prestan a Gran Bretaña el apoyo logístico que ésta les pide, ¿podrían impedir que, a su vez, Cuba pusiera a disposición de los argentinos sus modernos aviones de combate Mig, soviéticos? ¿O que los soviéticos enviaran armamento a la Argentina, vía Cuba?

Entre los resultados menores de esta guerra está la posible caída de la Junta Militar argentina, si tiene que abandonar lo conquistado; también es posible la del gabinete conservador británico. En estos momentos, la opinión pública argentina, del color político que sea, se expresa a favor de la Junta, y la británica ha demostrado el apoyo al gobierno conservador dándole a ganar unas elecciones municipales en las cuales los conservadores eran perdedores eternos. Pero si uno de los dos tiene que retroceder, perder, abandonar su fuerza, ¿cómo reaccionaron las opiniones públicas?

Las preguntas son tantas como confusa es la situación política. La enseñanza real es la de que en un mundo de tensiones no hay movimiento, por insignificante o lejano que sea, que no repercuta en todo el conjunto. ■
E. H. T.



El presidente de la Junta Militar Argentina, general Leopoldo Fortunato Galtieri, saluda a la multitud reunida en la bonaerense Plaza de Mayo, en apoyo de su gestión al ocupar por sorpresa las islas Malvinas (abril de 1982).



Giuseppe Garibaldi o la impaciente libertad

Antonio de Senillosa

La biografía de este francés —Niza fue la ciudad que lo vio nacer el 4 de julio de 1807—, es tan imprevisible como la que debió sufrir el pueblo que independizó. Hoy Italia es libre, pero la historia azarosa de Giuseppe Garibaldi continúa enriqueciéndose con nuevos datos, descubrimientos e interpretaciones.

Militante en 1833 en el grupo de la «Joven Italia» capitaneada por Giuseppe Mazzini, sentenciado a muerte como consecuencia de uno de los complots de los jóvenes italianos, Garibaldi, con buen sentido, decide emigrar. Este exilio no sería el primero sino uno de los muchos que debió soportar en su aventurera vida, signada por el triunfo y la adversidad, por la gloria y la oscuridad, por el amor y la indiferencia. Una especie de judio errante siempre en busca de incógnitas e injusticias que resolver.

El destierro nunca pudo impedir que diera la cara contra cualquier tiranía. En 1836 está a las órdenes del convulsionado Estado brasileño de Río Grande do Sul y, antes de que las heridas cicatricen, pasa a la República Oriental del Uruguay amenazada por una invasión de las tropas de Juan Manuel de Rozas provenientes de Buenos Aires.

En 1848, de regreso a Italia, acaudilla a un grupo de patriotas voluntarios dispuestos a batallar, en desigual pelea, con el ejército austríaco. En una campaña que ya ha entrado en la epopeya, Garibaldi tiene que retirar a su grupo, integrado también por su mujer, la adorada Anita, quien muere, como lo hacen los héroes, en silencio y sin excusas. Una intervención suicida en la defensa de Roma cercada por el ala francesa, no sirvió ni siquiera para que sus compatriotas le prodigaran una cuota de mínima estima. Acusado de ser «persona non grata» tiene que alejarse, una vez más, de la tierra en la que había dejado su sangre, Italia.



El rey Victor Manuel II se encuentra con Garibaldi en Teano (1860). Cuadro de C. Ademollo.



Napoleón III (1808-1873). Fotografía por Nadar.

Hacia 1859 la *andadura de Garibaldi* se esfuma en la soledad de los ermitaños. Se esconde durante algún tiempo en Staten Island, Nueva York. Retorna a América del Sur en donde, con otros iluminados, rememora viejos sueños de libertad y, finalmente, al mando de un barco norteamericano, recorre la costa del Pacífico. Cansado del vaivén marino busca tierra firme, regresa a Italia y adquiere una granja en la isla de Caprera. En vez de soldados alinea cabras. Su mano no sostiene ahora espadas, sino que comprime quesos.

La calma del león es sólo aparente. Al inicio de 1859 vuelve a la lucha enarbolando el estandarte de Cerdeña contra Austria. En 1860 —el glorioso 6 de mayo— mete en un barco anclado en Génova a sus míticos 1.000 voluntarios uniformados con las famosas camisas rojas que han pasado a la historia como divisa de libertad. Cinco días después desembarca en Marsala, Sicilia y en 26 días se hace el amo de Palermo tras librar una batalla en desventaja, como siempre, que ha sido el pasmo de los manuales: Calatafini. La victoria hizo brotar el patriotismo a 18 mil voluntarios con los que expulsa a los napolitanos de la isla, pero convierten a Garibaldi en un aprendiz de dictador.

Pero el león todavía tiene agallas para seguir

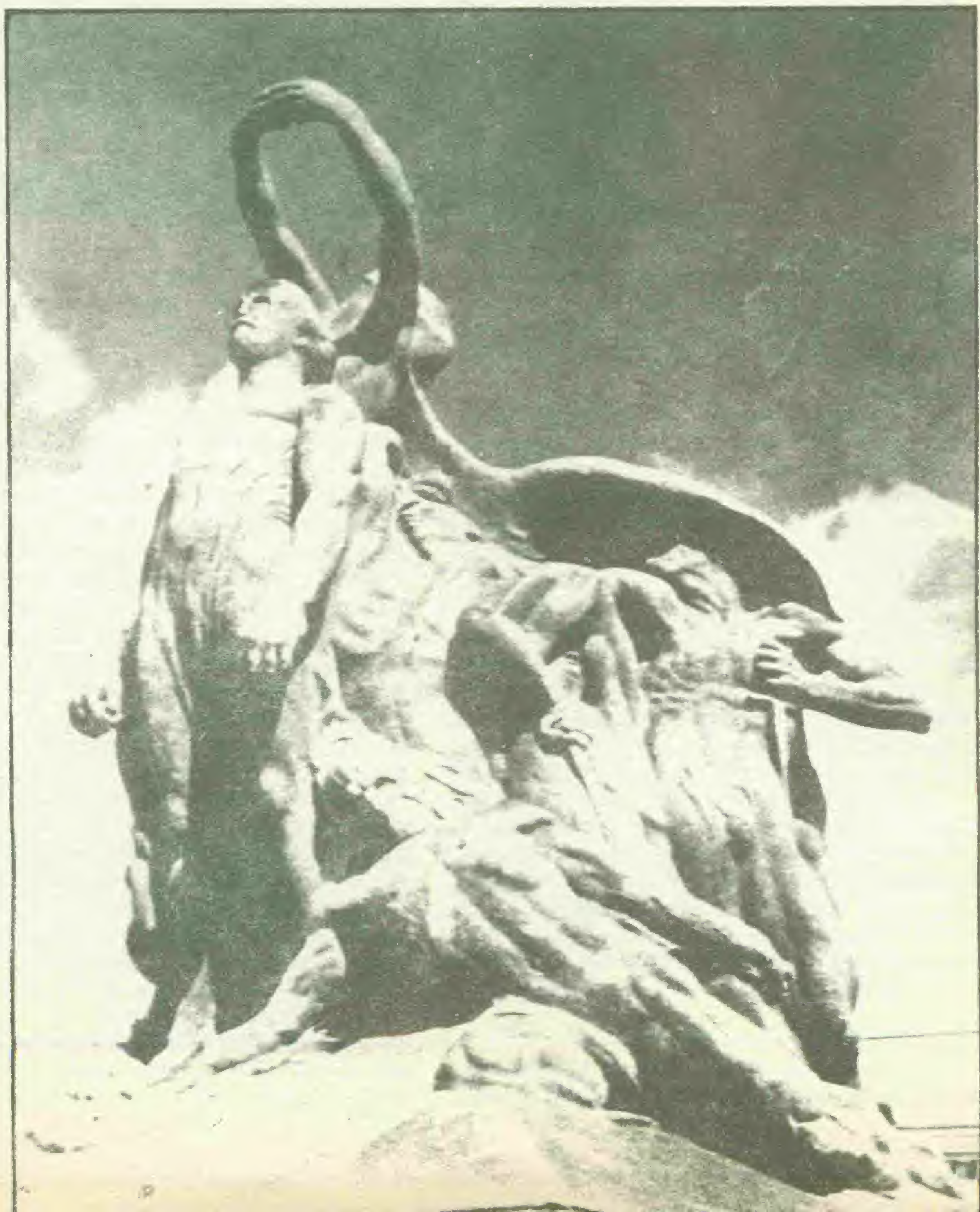
Los tres artífices de la Unidad de Italia: el rey Víctor Manuel, el conde Camilo Benso de Cavour y Garibaldi. (Milán, Museo del Risorgimento.)

rugiendo. Entre el 9 y el 19 de agosto vence a las tropas del conde Camilo Benso Cavour y entra en Nápoles, pero el destino se tuerce y no puede enfrentarse a Víctor Manuel y a su ejército sardo. El 9 de noviembre abandona la dictadura, pero no la espada. Dos campañas más y luego, el sueño cumplido, la unificación.

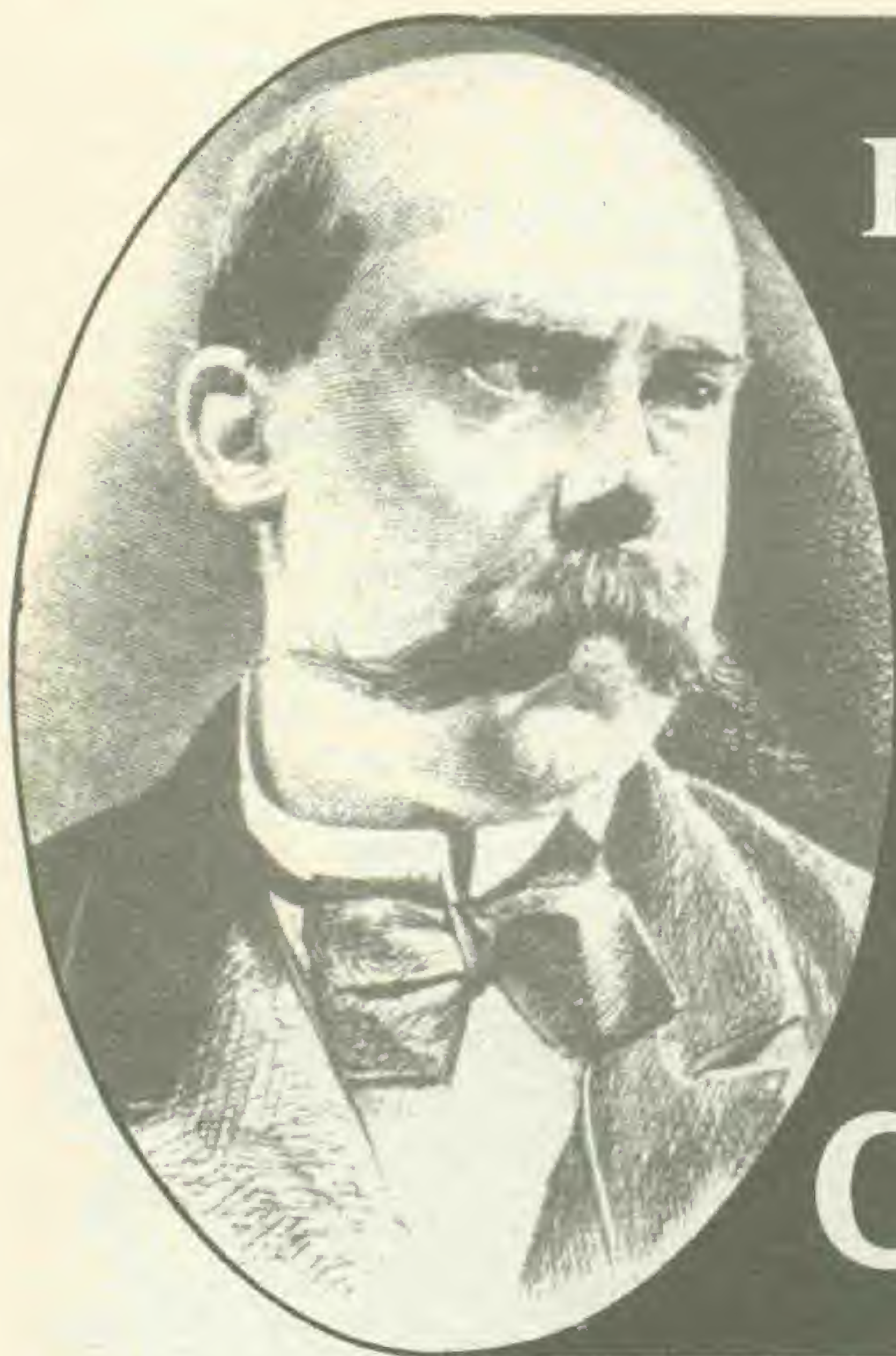
El fervor ciudadano le llevó al Parlamento, pero allí la vehemencia y la integridad le jugaron una mala pasada. La envidia y el engaño —y también la impaciencia, todo hay que decirlo—, no estaban en la bitácora de Garibaldi. Quizás ese cansancio por la discusión, el ordenamiento legislativo de una incipiente democracia, le llevaron a defender la dictadura, una fórmula política dificilmente aceptable por quien había hecho de la libertad una bandera.

Existe una autobiografía en donde se pueden recorrer algunos tramos de su vida. Escribió también varias novelas, en donde se magnifican insignificancias y se ignoran trascendencias, e incluso algunos poemas mediocres. Pero todo ello es insuficiente para descifrar y entender el papel auténtico de un francés de nacimiento e italiano de alma que quiso hacer más libre a Europa.

Derrotas, victorias, feudalismos, restauraciones, revoluciones, reyes, reyecitos y gobiernos provisionales no son un caldo de cultivo idóneo para la interpretación de los hechos. No es difícil comprender que entonces, ante una caótica situación, en cada italiano habitara la ilusión de un salvador. Pero hicieron falta dos generaciones para que esa esperanza se convirtiera en realidad con el desembarco de Giuseppe Garibaldi al frente de sus mil «camisas rojas», un plazo relativamente corto para conseguir la libertad. Lo malo es que otros redentores le toman gusto al puesto y luego se quedan en él hasta la muerte. ■ **A. S.**



Monumento a «Los Mil», en Quarto (Génova).



Recuerdos de un centenario de de Garibaldi: Castelar y

EMILIO Castelar es sin lugar a dudas el político español de su época que prestó mayor interés a la figura de José Garibaldi, cuyo centenario de su muerte (2 junio 1882) se está celebrando en todos los países libres con gran solemnidad.

En un artículo titulado *La Unidad de Italia,* publicado el 19 de mayo de 1860 en el periódico madrileño que dirigía Nicolás María Rivero, *La Discusión,* define a Garibaldi como «el audaz guerrillero, el Viriato italiano, protegido por el genio de la civilización que lo escuda para que pelee por la libertad de los pueblos». Garibaldi —dirá Castelar— «gran general, gran marino, tan hábil para defender una ciudad, como para burlar una escuadra, héroe de esos que produce de tarde en tarde un pueblo cuando necesita salvarse, sin más auxilio que el numen inagotable de su patria, sin más esperanza que la justicia y el derecho de los pueblos, pasa a Sicilia y la tierra de los volcanes, la antigua magna Grecia, la que suspiró tantos cánticos de libertad y enseñó tantas ideas humanitarias, estalla como el Etna, y los resplandores de su insurrección que se reflejan en el golfo de Pausilipo, dicen que ya es hora de que concluya para siempre la esclavitud y el tormento en Italia».

Biografía íntima

Unos meses más tarde, el 18 de septiembre, encontramos en el mismo periódico un amplio editorial titulado *La Revolución de Nápoles* en el que, al final, Castelar traza los rasgos de una escueta biografía espiritual de Garibaldi, con esos tonos entre íntimos y recios, no desprovistos de esa retórica que le convertiría en uno de los mejores oradores de las Cortes constituyentes de 1869. Garibaldi —dice— ha nacido en el humilde hogar del pueblo; sus padres fueron gente oscura y desconocida; su infancia, la del pescador y la del marinero; su vida, la vida errante del desterrado; su patrimonio, su brazo y su espada; su único amparo, el que tiene la flor del campo, los seres más desvalidos de la naturaleza, la Providencia que viste el lirio del valle; toda su educación y toda su enseñanza, su desgracia y la desgracia de su patria; pero el genio del siglo, el espíritu de su tiempo, la libertad, se han apoderado de su espíritu y lo han hecho su hijo predilecto y le han dado la fe que remueve los montes, la esperanza que facilita la más arduas e imposibles empresas, la ardiente compasión por las desgracias de los pueblos, el menosprecio de la felicidad y de la vida, la sed ardiente del sacrificio; y con estas grandes cualidades, el oscuro, el despreciable guerrillero ha herido en la frente los imperios; ha sacado del árido suelo ejércitos, de las desiertas playas naves guerreras; ha reinado donde es más difícil reinar, en el corazón de los pueblos; ha hecho suya la victoria, ha arrancado coronas, y se ha desdeñado de ceñírselas en su frente, reservada para la corona del herois-

demócrata en el la muerte

José A. Ferrer Benimeli

Garibaldi



mo; sigue en su camino, sembrado de triunfos, para ver desde los muros de Venecia cómo se pierden a lo lejos las rotas naves austríacas, legando a la posteridad la Italia libre y un nombre inmaculado que las generaciones repetirán como uno de los milagros que la fe en la libertad ha hecho en nuestro maravilloso siglo.

Una vida extraordinaria

De las muchas obras escritas por Emilio Castelar, se ocupa de Garibaldi en no menos de una decena. Así en la *Historia del movimiento republicano en Europa* alude a Garibaldi al hablar del carácter general de las escuelas socialistas. Allí ataca a Proudhon, de quien dice que fue enemigo de la democracia, entre otras cosas porque se había reído, como cualquier gacetero legitimista, de la herida de Garibaldi y había dicho con brutal ironía «que los demócratas hacíamos una reliquia de su pierna; acción villana que le hará eternamente odioso a la democracia europea».

Pero es más adelante, hablando de Italia, donde encontramos múltiples alusiones a Garibaldi, representante de la agitación por la libertad y la unidad de Italia. En medio de las dificultades europeas —dirá Castelar— destaca la gran figura de Garibaldi:

> Sea cualquiera el juicio que mis lectores hayan podido formar del guerrero italiano, a la verdad, no puede ninguno de ellos dudar, que ora sea una serie de faltas, ora sea una serie de virtudes, la vida de Garibaldi es siempre una vida extraordinaria.

Y tras una sentida referencia a las cualidades marineras de Garibaldi, Castelar habla de la experiencia americana que enlaza con el carácter italiano del personaje dando como resultado una extraña mezcla mítico-legendaria.

> Garibaldi pasó los días más floridos de la vida en las selvas de América, en el seno de sus ríos que me parecen mares, en aquella especie de exaltación de la vida en infinitos seres que tanto contribuye a exaltar el espíritu y arrojarlo en el seno de infinitas ideas. Es además italiano, de la tierra del arte, y ha hecho de su patria como Miguel Angel, como Savonarola, como el Dante, una especie de religión para su alma, una fuente de inspiraciones para todas las obras de su vida. Esto es tan cierto, que ese mismo hombre que hoy declara muerto el catolicismo y caído el Pontificado, se confesó como un penitente cuando creyó que Pío IX, convertido al liberalismo, salvaría su Italia (1).

(1) CASTELAR, Emilio, *Historia del movimiento republicano en Europa*, vol. I, pág. 125; vol. III, pág. 351, Madrid, 1974.

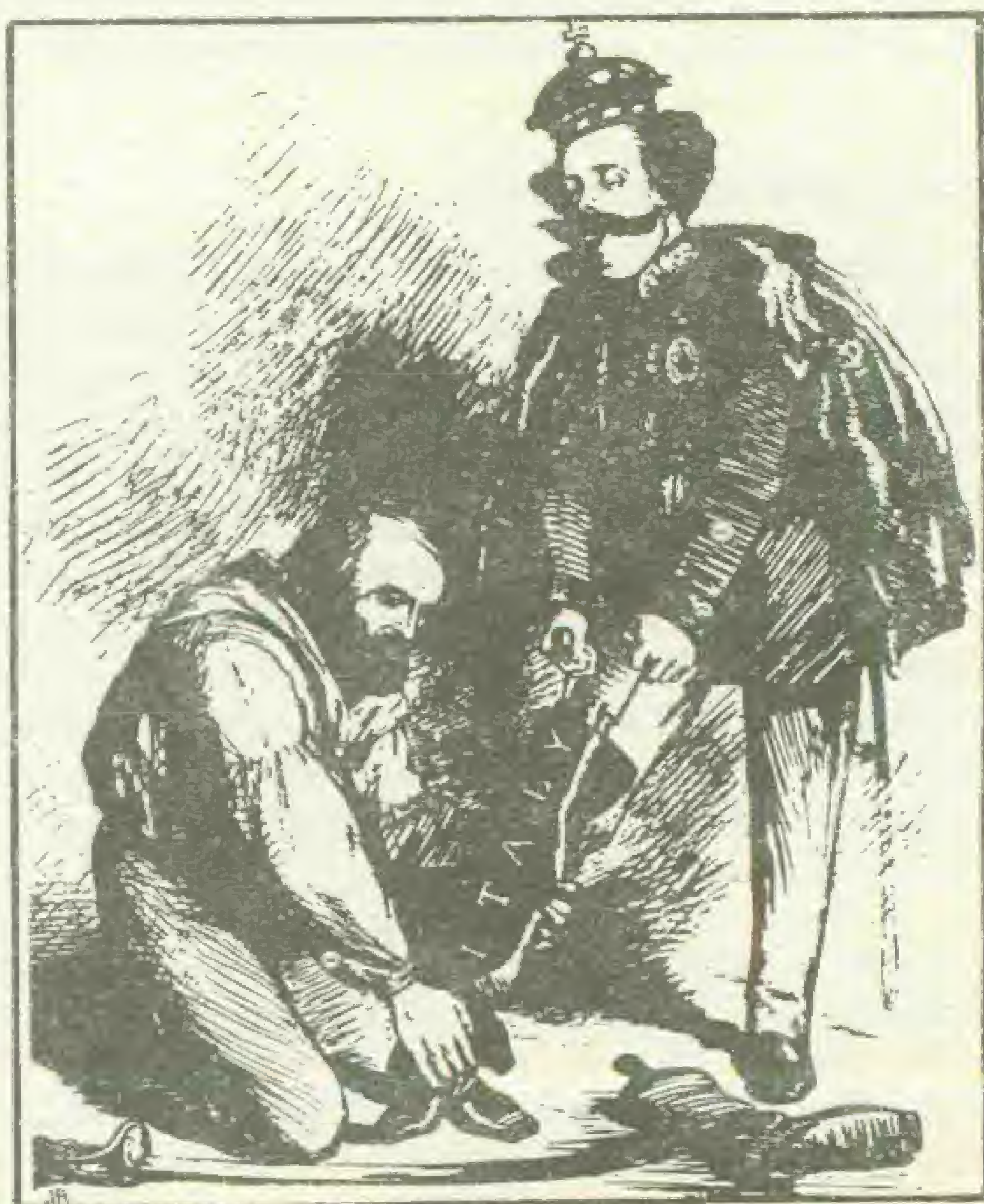


Batalla de Mentana (imagen de Epinal).

Retrato de Garibaldi

Este es el retrato que Castelar hace de Garibaldi desde una óptica entre romántica, cultural y política: «Hay que mirar a Garibaldi para comprenderlo. Su frente es ancha; la bóveda de su cabeza indica la benevolencia; de sus ojos destella una luz tan suave, que no es el centellear de la mirada de ave nocturna que tienen los implacables guerreros, sino la dulce resignación de los mártires; su rubia melena y su no menos rubia barba, surcada por algunas blancas canas, le rodea de una especie de atmósfera luminosa como la que daban por fondo los pintores de la Edad Media a sus místicas figuras.»

Y más adelante añade Castelar: Si hay quien crea, si hay quien ame, si hay quien espere en el mundo, tendrá siempre un culto al hombre que combatió por la libertad a las orillas del Plata, que vino en alas de su amor patrio a luchar en el sitio de Roma, que emprendió la inmortal retirada a Venecia, digna de compararse a la retirada de los diez mil; que volvió a reaparecer en los desfiladeros de los Alpes, cuando Italia peleaba por su independencia; que fue de Caprera a Palermo y de Palermo a Nápoles, ahuyentando los Borbones y sus cortesanos; que después de haber levantado con los conjuros de su genio y con el brillo de su espada, un trono, se volvió humildemente a su isla; que fue herido por el mismo a quien le había dado la corona de Italia; que do ve un pueblo en peligro, allí está, inspirado por su



«Ajustando la bota a la pierna». Garibaldi calzando la bota de Italia al rey Victor Manuel II. (Caricatura de «Punch», 1860.)



Entrada de Garibaldi en Nápoles. (Litografía. Milán. Colección privada.)

ideal, a dar su vida por todos los oprimidos y a pelear contra todos los opresores (2).

Cuando se proclamó la I República española, Garibaldi escribió a Castelar el 24 de agosto de 1873, desde el retiro de su pequeña isla de Caprera para justificar su actitud y al mismo tiempo brindar por la República española: «Mis amigos y yo no ofrecimos nuestros servicios a ustedes porque no los necesitaban. Pero nuestros corazones están siempre haciendo votos por el triunfo de la bella República española que hace la admiración del mundo.» (3).

Campeón de la libertad

Castelar manifestó tal entusiasmo por Gabiraldi, que acabó elevándolo a categoría de mito, todavía en vida del general italiano. Castelar tiene muchas páginas de recuerdo para su campeón de la libertad, en las que, con retórica más o menos poética, mezcla el cariño hacia quien es rememorado como héroe, cometa errante, mártir, poeta, cenobita, sacerdote del pueblo... y comparado con Andrea Doria, Cristóbal Colón, Arnoldo de Brescia, Masaniello, Savonarola, Washington...

(2) *Ibidem*, vol. III, págs. 356-360, y en *Retratos históricos: Garibaldi*. Ilustración Española y Americana, págs. 82-83. Madrid. 1884.

(3) *Correspondencia de Castelar (1868-1898)*. Suc. de Rivadeneira, pág. 380. Madrid. 1908.

Garibaldi es del temperamento de los héroes —dirá— y el temperamento de los héroes se sobreexcita con la contradicción y con la lucha... Héroe de otros tiempos se destaca del fondo de nuestra prosa diaria y de nuestras convicciones sociales como una sombra gigantesca o como una sublime discordancia... Su ser ha nacido impregnado de una idea como los astros de luz. Su vida se ha consagrado a esa idea con la fe de un mártir, con la constancia de un héroe, con el sentimiento de un poeta, con la franqueza de un orador, con la rigidez de un cenobita.

Y añade: Es marino como Andrea Doria, viajero soñador e inquieto como Cristóbal Colón, tribuno del pensamiento libre como Arnoldo de Brescia, plebeyo como Masaniello, severo como Cincinato, místico como Savonarola, sacerdote del pueblo como los Gracos, poeta en acción como todos los italianos; un Washington legendario, maravilloso, sin el sentido práctico de este gran ciudadano, pero con ese poético sentido que brota del sueño sagrado de las ruinas doblemente esmaltadas por los rayos del sol y los sueños de la poesía.

Esta visión mítica que Castelar hace de Garibaldi en el tomo tercero de su *Historia del movimiento republicano en Europa* (4) concluye con una referencia a esos locos sublimes que se

(4) CASTELAR. *Op. cit. Historia del movimiento*..., vol. III, págs. 385-387; 400-401.

llaman redentores...: El mar le ha dado algo de la libertad de sus vientos; las selvas de América algo de la exuberancia de su vida; La Italia algo de la armonía de sus inspiraciones; la religión algo de su desprecio por los intereses de un día; el arte algo de su extraña grandeza; la guerra algo de su audacia; y la fe el don de los milagros reservado a esos locos sublimes que se llaman redentores y que sacan de su locura el sentido común para muchas generaciones y de sus sacrificios y de su muerte la vida para muchos siglos.

Más adelante, recordando la derrota y cautiverio de Garibaldi, en 1867, Castelar añadiría, siguiendo con su técnica de comparar a Garibaldi con los grandes hombres de la historia: «Yo creo que Garibaldi ha crecido en su derrota como Sócrates en su muerte. Yo creo que ese hombre, ese gran hombre, de la madera de los héroes, que después de haber tantas veces visto la fortuna sonreír a su causa, es capaz de sacrificar hasta su reputación militar, de arriesgar hasta su corona de gloria, por devolver a Italia su capitalidad y por salvar al mundo de la teocracia, ese hombre merece que su desgracia sea contada entre los sacrificios sublimes y su nombre registrado entre las legiones de los mártires. Yo lo veo tan grande hoy en su cautiverio como en su victoria... Garibaldi preso en esa tierra de Italia, que él ha emancipado, que él ha creado, me recuerda Colón volviendo en el fondo de un buque, por los mares antes de él inexplorados, preso en la misma tierra salida casi del fondo de su alma, y preso por los reyes a quienes había regalado un mundo.» Es la eterna triste historia del genio, concluye Castelar.



Emilio Castelar (1832-1899).

Elogio fúnebre

Unos años más tarde, en 1884, volvía Castelar sobre estas metáforas, en sus *Retratos históricos*, recordando a un Garibaldi muerto hacía dos años: Creedlo, el hombre que acaba de morir tenía mucho del héroe Cincinato en sus gustos, y mucho del monje Arnaldo y del monje Savonarola en sus sacrificios y en sus austeridades. Una voz sobrenatural y a todas horas oída en los aires, decíale, por medio de vocaciones pertinaces, que aquel antiguo pensamiento de Dante, de Maquiavelo, de Miguel Angel, expuesto al mundo con todos los prestigios del genio, iba en su tiempo a cumplirse por su esfuerzo y tenía el solemne acento de un profeta, la figura de un Mesías, semejante a esos semipenitentes y semiguerreros que la fe religiosa de los pueblos semitas finge allá en las reverberaciones del sol sobre las fecundas arenas del desierto, uniendo a todo esto el sello característico de su raza heleno-latina, la rapidez y la claridad de los conceptos, el sentimiento artístico, la palabra nítida, la inspiración pronta, el amor a la libertad y a la Naturaleza, los rasgos característicos de aquellos hombres ilustres nacidos en la Grecia antigua e inmortalizados por las sencillas narraciones de Plutarco (5).

En otro contexto y obra, la *Historia de Europa en el siglo XIX*, Castelar vuleve a ocuparse de Garibaldi para decirnos que «para el pueblo, supersticioso y dado a lo maravilloso», Garibaldi se transformaba en personaje sobrehumano, especie de mágico. «Su camisa está hechizada —decían las gentes—; después de la batalla, la sacude y las balas caen.» «Los ángeles la protegen con sus alas —repetían las mujeres—; es invulnerable, porque fue vacunado con una hostia consagrada.» (6).

Hasta su traje ha pasado a ser legendario, nos dirá Castelar en el retrato histórico de Garibaldi: «Cuando los pueblos de Sicilia veían su

(5) CASTELAR. *Op. cit. Retratos históricos*, págs. 75-76.

(6) CASTELAR, E. *Historia de Europa en el siglo XIX*. Felipe González 1900-1901, t. VI, pág. 200. Madrid.

camisa roja, su manto gris, su sombrero tirolés, creían ver la imagen de la victoria.» (7).

Garibaldi es para Castelar el talismán de los pueblos libres, el amigo leal en la desgracia, el soldado de la humanidad... Su numen es el derecho, su ejército el pueblo, su alma la idea.

Ultimos recuerdos

El recuerdo de los últimos años de Garibaldi, los recoge Castelar en una serie de entrevistas que tuvo con el general italiano. Una de ellas en Tours, en 1871, cuando Garibaldi acudió a Francia durante la guerra franco-prusiana:

«Garibaldi —escribe Castelar— apareció en la puerta del salón de la Prefectura, apoyado en una muletilla, pues el tiro dado al pie (en Aspromonte) le hacía cojear un poco. No recuerdo figura humana que tanto se acercara en el mundo al concepto que tenemos de una figura divina. Pareciome un Cristo de Juanes, circuido por su atmósfera etérea. Las facciones presentaban el dibujo escultórico de las facciones del Mediodía; y la color el blanco y sonrosado de las encarnaduras del Norte. Caíale sobre la espalda el cabello como un torrente de luz y en las retinas claras se reflejaba, como en lago serenísimo, un cielo de armonía y de paz. Más que a un guerrero se asemejaba por completo a un redentor, o cuando menos, a un profeta.» (8).

Cinco años más tarde, Castelar volvía a encontrar a Garibaldi en Roma, acompañado de varios españoles, entre ellos el gran pintor Casado, cerca de la Puerta Pía, en una quinta «desde cuyo retiro enviaba gigantescos planes al Gobierno italiano y a los Cuerpos Colegisladores, para el saneamiento de la campiña romana». Postrado ya por sus enfermedades, no pudo asistir al banquete que el partido liberal ofreció en honor de Castelar, pero envió como representante suyo a Menotti, quien le señaló el día y la hora de ver a su padre.

Esta es la descripción que Castelar hace de Garibaldi en aquella ocasión:

«Hallábase tendido en un sillón-cama, y al frente de una gran mesa cubierta toda ella de libros, mapas y apuntes. A pocas personas he oído hablar español —añade Castelar— con tanta gracia como lo hablaba Garibaldi, cuyo acento, entre nicense y americano, tenía un dejo semicatalán y semiandaluz muy extraño y por su extrañeza y variedad muy agradable.» (9).

(7) CASTELAR. *Op. cit. Retratos históricos*, págs. 90-91.

(8) *Ibidem*, págs. 97-98. Unas líneas más abajo, añade Castelar que «Garibaldi ejercía influjo sobrenatural con su virtud magnética sobre la voluntad y el corazón de los pueblos».

(9) *Ibidem*, págs. 99-101.



Un retrato en miniatura de Anita, autentificado por el hijo de Ricciotti. (Archivo. Arborio Mella.)

Y a continuación señala Castelar: «Comenzó por preguntarme noticias de la política española, que no podían ser muy gratas, reciente como estaba el triste fin de la República y el tristísimo advenimiento de la Restauración. Calificó, lo recuerdo muy bien —escribe Castelar—, muy duramente las resistencias puestas por el escrúpulo de los sectarios al restablecimiento de la pena capital en las ordenanzas del ejército y deploró la votación del tres de enero (10), si bien añadiéndome que yo debía olvidarla, siempre que olvidara el antiguo federal sus exageraciones doctrinales; cosa que califiqué de imposible...»

La campiña romana

A continuación Garibaldi pasó a explicar sus planes relativos a la campiña romana, con tal copia de datos estadísticos y «de refranes nuestros, todos traídos a pelo, que estábamos como embobados oyéndole».

Me recordó al gran Lesseps —escribe Castelar— cuando explica su historia del istmo de Suez o sus proyectos del istmo de Panamá, a ese Lesseps, hijo de Barcelona y de Marsella, como Garibaldi es hijo de los Alpes marítimos, milagro uno y otro de la naturaleza, lustre y ornamento uno y otro del Mediterráneo...

(10) Se refiere al voto de confianza pedido por Castelar, como presidente de la I República española, a las Cortes en la madrugada del 3 de enero de 1874, que perdió por 120 votos en contra y sólo 100 a favor. Unas horas más tarde el golpe de Estado del general Pavía, que asaltaba con el ejército el Parlamento, terminaba con la I República española.



Visita de Garibaldi a Víctor Manuel II. (Cuadro de Gerolamo Induno.)

En estas disertaciones se consumió una tarde que —dice Castelar— «no olvidaré jamás, porque al irme y verlo tan demacrado, presentí la puesta de ese sol inmortal, a cuya lumbre se han avivado y han crecido cien pueblos» (11).

Esto lo escribía Castelar en 1884, después de la muerte de Garibaldi. Pero esta misma escena la reprodujo en vida de Garibaldi, en 1876, con unos tonos y detalles distintos, más retóricos y no menos expresivos:

«Garibaldi está resentido con el Parlamento a causa de haberse prorrogado sin tomar las disposiciones preliminares necesarias al cauce del Tíber y al saneamiento de la campiña romana... Garibaldi quiere volver al campo romano a tiempo en que producía con los frutos más sabrosos de Italia, los ciudadanos más aptos a la República. Y para producir estos bienes, quiere desinfectarlo, a fin de erigir sobre una tierra sin miasmas un pueblo sin supersticiones.» (12).

Retrato histórico

Castelar describe su última entrevista con Garibaldi, seis años antes de la muerte del general, con unos rasgos que vienen a completar la visión que hemos visto refleja en sus *Retratos históricos:*

«Nunca olvidaré el día de mi última visita al ilustre general en su retiro de Roma... Todas las puertas se abrieron a nuestro paso, y todos los habitantes de la casa se esmeraron en acompañarnos y dirigirnos. Garibaldi está muy atenazado del reuma que ha adquirido en sus largas navegaciones. Tiene las manos retorcidas por el dolor y apenas puede sostenerse de pie. No obstante esto, su cabeza de león guarda la fiera majestad antigua, sus rizos caen sedosos y áureos sobre los hombros anchísimos; la frente no ofrece ninguna arruga; la mirada de sus ojos azules destella aquella lumbre mística que penetra y conmueve; su figura de héroe, enérgica y robusta, se dulcifica por el esplendor religioso de su fisonomía y por la inocente sonrisa de sus labios, que parecen perfumados con el candor de la infancia. Mirad ese guerrero del Nuevo Mundo, ese auxiliar de Venecia expirante, ese tribuno de los pueblos opresos, ese dictador que ha alcanzado con sus manos la corona del más bello de los reinos y se la ha cedido a un rey, ese guerrillero legendario, ese racionalista que va a misa cuando el Papa va a la libertad, ese revolucionario que habla de Dios en el lenguaje de los santos mientras persigue a los sacerdotes con las befas de los clubs, y decidme si puede haber en el mundo una representación más propia del pue-

(11) CASTELAR. *Op. cit. Retratos históricos*, págs. 100-101.

(12) CASTELAR, E. *Cartas sobre política europea*, Libr. de A. S. Martín, págs. 149-152. Madrid, 1876.

blo italiano con sus contrastes clásicos y católicos, con su heroismo antiguo y su espíritu moderno, con sus dioses latinos todavía vivos y su Pontífice romano; alma semejante a las almas de Francisco de Asís y de Jerónimo Savonarola, con algo de Brescia, de Rienzi y de Masaniello; lleno de contradicciones, en las cuales toma la universalidad de su genio y la grandeza de su carácter; luminoso como la gloria, arrebatado como la inspiración, teórico y práctico a la manera de los antiguos griegos, imagen verdadera de su gente y de su patria (13).»

Recuerdo de España

Tras este aguafuerte hecho a base de contrastes y claroscuros, en los que Castelar nos deja, una vez más, su retrato de un Garibaldi guerrillero, héroe, tribuno, dictador, revolucionario... y «racionalista que va a misa cuando el Papa va a la libertad», pasa a referir la justificación del propio Garibaldi ausente siempre de España en su lucha por la democracia:

Antes de sentarme —refiere Castelar—, dijo que constara cómo había ofrecido en todos los trances amargos su presencia y su espada a la libertad española, y cómo había dejado de ir a nuestras tierras, no a los golpes de su corazón, pronto siempre a la defensa de la democracia en todos los pueblos, sino a los consejos de nuestra prudencia.

Después —prosigue Castelar— nos mostró el mapa de las mejoras de Roma, que tenía delante de su vista y bajo sus manos. Encendiéronse sus mejillas, animáronse sus ojos, vibraron sus labios con una gran elocuencia al decirnos en lengua española, hablada con una gracia sin igual y con una armonía indecible, que consagraba el resto de su vida a devolver la salud, ya que había devuelto la libertad a Roma (14).

Muerte y olvido

La muerte de Garibaldi es recordada con tintes no menos retóricos y míticos, por su fiel amigo Castelar. Garibaldi acaba de morir —dirá— para la Naturaleza, pero no morirá nunca para la humanidad y para la historia. Y añade:

En los últimos tiempos ya estaba completamente paralizado y apenas vivía. El descuido sistemático de su salud y de su cuerpo, la porfía perpetua con los tiranos, la guerra en los dos mundos, la lucha con los vientos y las olas, las heridas de Mentana trajéronle reumas, gota y otras enfermedades análogas, las cuales han postrado su cuerpo en tales términos que no podía, no, valerse hace ya tiempo de sus músculos y de sus miembros, aquejado como estaba en una irremediable parálisis. Su viaje último a Sicilia, emancipada por su poderoso esfuerzo, parecía como el entierro de aquellos generales y emperadores antiguos, a quienes llevaban, reproducidos en parecida estatua de cera sobre una cama mortuoria desde el lugar de su muerte a la pira, donde se disipaba en humo su cadáver.

Apenas conocida la noticia de su trance último —concluye Castelar— ha mostrado Europa entera intensísimo dolor. Las Cámaras italianas han suspendido por ocho días sus sesiones. Y coros de alabanza han resonado en las dos orillas del Plata, donde su nombre inmortal y su rostro legendario, consagrados por una grande apoteósis sin término, representan recuerdos tan heroicos y epopeyas tan sublimes que parecerán como la poesía de los genios y no como la realidad de los anales a las venideras generaciones (15).

Sin embargo, a pesar del cariño y entusiasmo de Castelar, hoy, a cien años de distancia, las nuevas generaciones españolas están muy lejos de aquel «nombre inmortal» y de su «rostro legendario». Sus recuerdos y epopeyas han sido prácticamente olvidados, a pesar de que hoy, como ayer, existen todavía tantos puntos de referencia, y tantas empresas comunes en esa lucha por la libertad a la que el general Garibaldi consagró toda su vida. ■ **J. A. F. B.**

(13) *Ibidem*, págs. 154-155.
(14) *Ibidem*, pág. 155.

(15) CASTELAR. *Op. cit. Retratos históricos*, págs. 93-94.



Caricatura de Garibaldi, del periódico reaccionario «Le Grelot» (1882).

Ciento setenta años de la Constitución:

El espíritu liberal de las Cortes de Cádiz

Manuel Rico Lara



Juramento de los diputados en Cortes generales y extraordinarias (1810). Cuadro de Casado del Alisal.

«La dignidad de la persona, los derechos inviolables que le son inherentes, el libre desarrollo de la personalidad, el respeto a la ley y a los derechos de los demás son fundamento del orden político y de la paz social» (artículo 10, 1, de la Constitución española de 1978).

DEFINIR los derechos humanos es tarea difícil, tanto como bucear en sus orígenes. Teniendo en cuenta que a partir del siglo XVIII las constituciones positivizan y acogen aquellos fundamentales principios, es obligado remitirnos, precisamente a nuestro primer texto político que en 1812 pone fin a la organización absolutista del Estado. En efecto, desmembrada la soberanía nacional a consecuencia de la invasión napoleónica y de la cesión que de sus derechos a la Corona hiciera en Bayona la familia real, toca a los españoles la ingente y honrosa tarea de defender el solar patrio de ilegítimas apetencias de dominio y de dotar al país de una estructura política nueva que culmina en la promulgación de la *Constitución de Cádiz el 19 de marzo de 1812*. Este primer código político, influido por las ideas filosóficas del enciclopedismo francés que, paradógicamente, los españoles combatían en el campo de las armas, supuso una concepción jurídica unitaria y coherente y el punto de partida de importantes reformas y proyectos, pronto frustrados por la vuelta del forzado exilio del rey Fernando VII —el *Deseado*—, quien se apresura a declarar el 4 de mayo de 1814 que la Constitución y los decretos emanados de las Cortes eran «nulos y de ningún valor y efecto»...



La familia de Carlos IV (detalle). Cuadro de Francisco de Goya, pintado en 1800.

El Cádiz de las Cortes

«Convivían, en aquel ambiente de puerto abierto a muchos mares, hombres de todas las razas y de todas las religiones en santa tolerancia, disimulada por una Inquisición formularia que presidía un inquisidor casi liberal» (Gregorio Marañón).

En efecto, en aquella ciudad era corriente leer periódicos extranjeros. Comerciantes y aseguradores, consignatarios, navieros y artesanos constituyen el entramado social de la importante plaza militar. Una prensa abundante y floreciente está representada por publicaciones incisivas que recogen el panorama político y constitucional de manera diversa, según sus tendencias e ideología.

El 19 de marzo de 1812, con fuerte viento y persistente lluvia, se promulga la Constitución en diversos lugares públicos, presidiendo la cívica ceremonia un retrato de Fernando VII, quien disfrutaba, junto con los demás componentes de su real familia, de una renta vitalicia y de las heredades de Compiegne y Chambord.

La situación político-social se reflejaba en el encuentro de los principios tradicionales y las ideas innovadoras y revolucionarias importadas del enciclopedismo francés. Así, venían dibujándose dos grupos políticos antagónicos: conservadores y reformistas, dividiéndose este último, a su vez, en afrancesados y doceañistas. Los primeros contaron con figuras de prestigio, tales como Lista, Javier de Burgos, Quintana y Cabarrús. Los doceañistas, coincidentes con los anteriores en la fidelidad a las ideas importadas, tenían menos sedimentación doctrina y una mayor inquietud política que dio por resultado textos que, como la Constitución gaditana, han pasado a la historia como modelo entre los códigos políticos. Entre los afrancesados hubo quien participó activamente en las tareas de la asamblea gaditana, defendiendo la legitimidad de la monarquía española, aunque espiritualmente vuelta la mirada a las ideas de la Ilustración. Otros, los menos, cooperaron abiertamente en el campo francés hacendista, Pedro Ceballos, Sebastián Piñuela y Gonzalo O'farril, Azanza y Mazarredo... Como contrapartida, sobresalen la figura de Jovellanos (1741-1811), lector de *Las confesiones* y las *Cartas* de Rousseau, fundador del Real Instituto de Náutica y Mineralogía de Gijón. Jovellanos se había distinguido por su célebre «Infor-



Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811). Cuadro de Goya.

me sobre la ley agraria» y proclamó, siendo ministro de Justicia, la supremacía del Episcopado sobre el Santo Oficio. Defensor de la monarquía liberal al estilo inglés, es decir con dos Cámaras, fue declarado por los constituyentes de Cádiz «benemérito de la Patria»...

Sin llegar a las posiciones utopistas del diputado revolucionario francés Anarcasis Cloets, que había presentado a la asamblea encargada de redactar la Constitución de 1793 un proyecto en que se proclamaba la soberanía del género humano, los diputados gaditanos reunidos en el Oratorio de San Felipe Neri eran una muestra de universalismo, como lo demuestra el grupo denominado *partido americano*, celoso defensor de la emancipación total de los indios de las colonias. Sus nombres son elocuentes: *Guridi Alcocer*, diputado por Tlaxcala; *Mejía Lequerica*, representante del Nuevo Reino de Granada; *Florencio Castillo* y *Baya Cisneros*, ambos por México; *Fernández Minilla*, por Nueva España; *Andrés de Jaúregui*, por la Habana; *Ramón Power* (Puerto Rico); *Ventura de los Reyes* (Filipinas), *Dionisio Inca Yupangui* (Perú), el *conde de Puñonrostro*, *Gutiérrez de Terán*, *Blas Ostalaza*...

Un decreto de 13 de octubre de 1810 disponía que «los naturales que sean originarios de dichos dominios europeos o ultramarinos sean iguales en derechos a los de esta península». De ahí que fuera fácil a las Cortes considerar españoles a «todos los hombres libres nacidos y avecindados en los dominios de las Españas, y a los hijos de éstos».

Las Cortes de Cádiz

«La soberanía reside esencialmente en la nación, y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales» (artículo 3 de la Constitución de 19 de marzo de 1812).

«La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado» (artículo 1, 2. de la Constitución de 1978).

El emperador Bonaparte había impuesto la Constitución de Bayona, cuyo texto definitivo fue aprobado el 6 de julio de 1808 por el rey José, estando signado por el secretario de Estado Mariano Luis de Urquijo. Consta de 146 artículos y en su breve encabezamiento se la define como «base del pacto que une a nuestros pueblos con Nos, y a Nos con nuestros pueblos», por lo que no ofrece dudas su carácter de carta otorgada. Las Cortes se integraban por los tres clásicos estamentos y sus sesiones no eran públicas.

Volviendo a nuestro inicial momento constitucional, conviene resumir la referencia a las instituciones políticas y jurídicas que fueron tenidas en cuenta en los trabajos de las Cortes de Cádiz.

1. *Hábeas corpus*

Su sentido y significado hay que buscarlo en Inglaterra, remontándonos a las guerras de religión y hegemonía del rey sobre el Parlamento, que permitía al soberano decretar prisiones infundadas e ilegales. En definitiva, en 1679, reinando Carlos II, el Parlamento vota una ley conocida como «Petition of Right to Habeas Corpus», en cuya virtud los funcionarios a quienes sea entregada una persona detenida quedan obligados a presentarla a la autoridad judicial en el plazo de tres días, admitiéndose el derecho a obtener la libertad bajo fianza.

Institución que no nace «ex novo», sino que tiene un precedente remoto en el Derecho romano (*«Interdicto de Homine libero exhibendo»*) y que puede relacionarse con el Privilegio I de Aragón, sancionado en 1287 por el rey Alfonso III. Finalmente, es recogida por la Cons-



Fernando VII renuncia al trono ante Napoleón en Bayona (1808). Ilustración de Epinal.

titución gaditana al proclamar en el artículo 172 que «no puede el rey privar a ningún individuo de su libertad, ni imponerle por sí pena alguna». «Sólo en el caso de que el bien y seguridad del estado exijan el arresto de alguna persona, podrá el rey expedir órdenes al efecto, *pero con la condición de que dentro de cuarenta y ocho horas* deberá hacerla entregar a disposición del tribunal o juez competente.» Significativo, en este sentido, es el artículo 290



José I Bonaparte. Rey de España de 1808 a 1813. (Detalle del cuadro pintado por Jean-Baptiste Wicar. Museo de Versalles.)

de la Constitución al disponer que «el arrestado, antes de ser puesto en prisión, *será presentado al juez*, siempre que no haya caso que lo estorbe, para que le reciba declaración: mas si esto no verificase, se le conducirá a la cárcel en calidad de detenido, y el juez le recibirá la declaración *dentro de las veinte y cuatro horas*».

Con las precedentes consideraciones queda patentizado el influjo ejercido por el *hábeas corpus* en el pensamiento de nuestros legisladores de Cádiz. Es más: el decreto de 16 de enero de 1811, aprobando el Reglamento provisional del poder ejecutivo, en su capítulo III, artículo 3, advierte que el Consejo de Regencia «*no podrá detener arrestado* a ningún individuo en ningún caso *más de cuarenta y ocho horas*, dentro de cuyo término deberá remitirle al tribunal competente con lo que se hubiere obrado», siendo la infracción de este artículo reputado delito «contra la libertad de los ciudadanos».

2. *División de poderes*

«Toda sociedad en la cual la garantía de sus derechos no ha sido asegurada, ni la separación de los poderes determinada, no está bien constituida.» (Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, de 1789, XVI.)

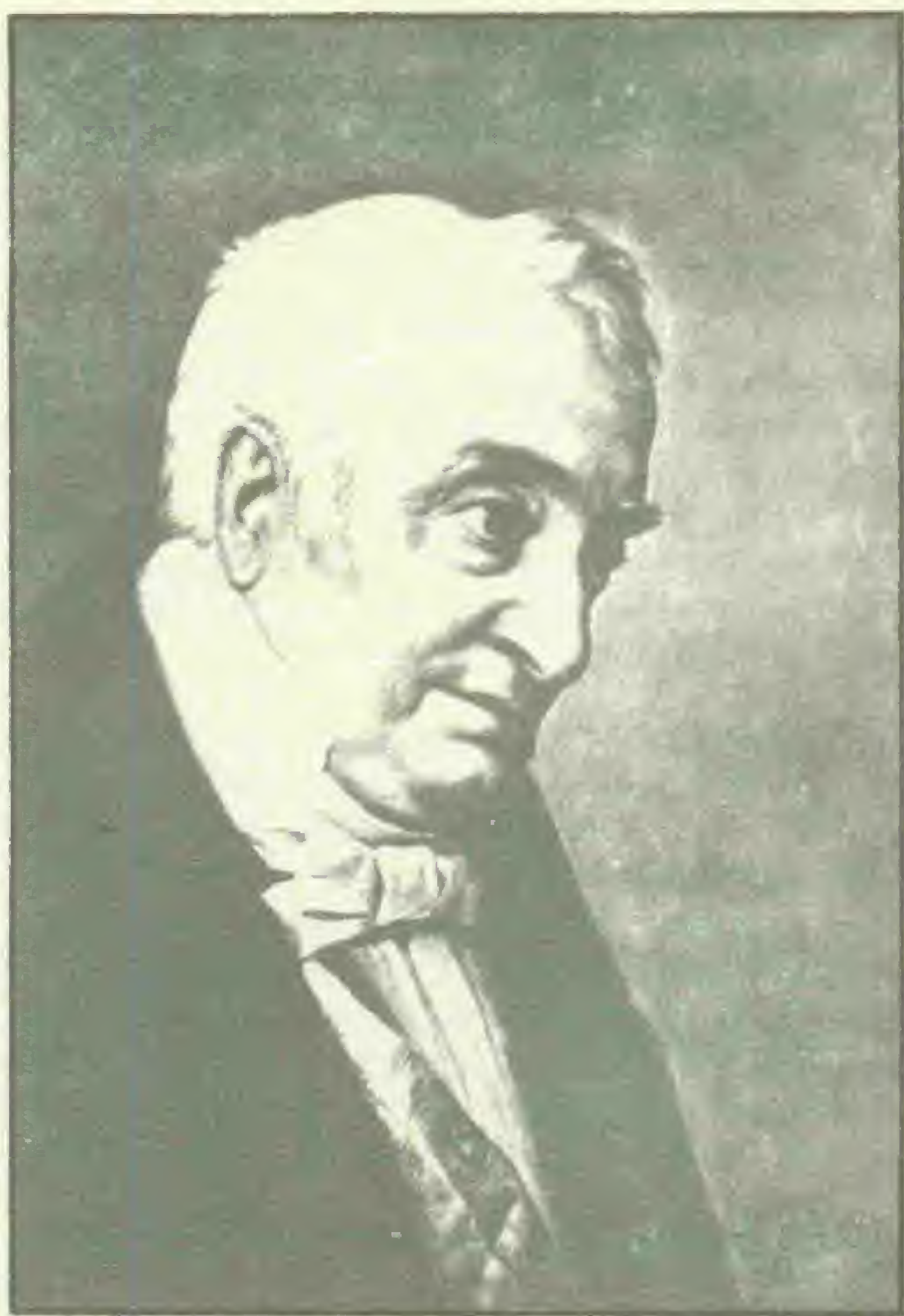
La teoría de la división de poderes fue acogida por la Constitución de Cádiz de 1812; después de afirmar que «el Gobierno de la nación española es una monarquía moderada hereditaria» (art. 14), alude a las diversas potestades que residen «en las Cortes con el rey» (legislativa), en este último (ejecutiva) o en los tribunales, a fin de «aplicar las leyes en las causas civiles y criminales»... Se observa la primacía del poder legislativo, encomendado a las Cor-



Proclamación de la Constitución de 1812 en Cádiz.

tes esencialmente, si bien el rey tiene la facultad de sancionar las leyes (art. 142) y promulgarlas (art. 154), pues, como la propia Comisión redactora del proyecto constitucional reconoce, se trata de «corregir y depurar cuanto sea posible el carácter impetuoso que necesariamente domina en un Cuerpo numeroso que delibera sobre materias, las más de las veces muy propias para empañar al mismo tiempo las virtudes y los defectos del ánimo».

El espíritu de respeto a la ley es premisa axiomática de los constituyentes, como lo denota el «caso Fitzgerald» en que aquél, vecino de la isla de León, interpuso un recurso ante las Cortes constituyentes alegando allanamiento de morada por el elemento militar y citando, como conculcados, los artículos 306 y 387 de la Constitución. Las Cortes aprobaron un decreto en el que se afirma que «la infracción de la ley constitucional es un delito de la propia clase que el de la infracción de otras leyes del Código Civil y criminal, con la sola diferencia de su mayor gravedad por el mayor respeto que merece aquélla sobre éstas», concluyendo por remitir el asunto a los tribunales ordinarios para no invadir el ámbito de la competencia judicial, ya que la misión de las Cortes es simplemente, a este respecto, la de mera vigilancia en el cumplimiento de las leyes. Sin embargo, y siempre impulsada por el asunto «Fitzgerald», la Cámara gaditana discutió un proyecto de decreto en la sesión del 13 de julio de 1813, en el que se observa un giro en la actitud de acatamiento a la teoría de separación de poderes, inclinándose, en este supuesto, a favor del propio legislativo, pues, si bien se reconoce que todos los delitos anticonstitucionales deben ser pasados a la jurisdicción ordinaria, se declara que «conviene mucho que las Cortes mismas, como conservadoras de las leyes fundamentales, sean las que declaren si hay o no verdadera infracción en el hecho denunciado, quedando a los jueces y tribunales competentes la calificación de las pruebas contra la persona acusada, la graduación de su delito y la imposición que tal hecho es contrario a la Constitución, no se puede decir que tal hecho es contrario a la Constitución, no se puede decir que ejercen las funciones judiciales que les prohíbe el artículo 243 de la misma, porque no declaran que tal persona cometió tal hecho, ni gradúan el crimen, ni la aplicación de la pena determinada



Manuel José Quintana (1772-1857).

por la ley que son las funciones propias de los jueces».

Un decreto de 24 de septiembre de 1810 advertía que «no conviniendo quedasen reunidas las tres potestades, legislativa, ejecutiva y judicial, las Cortes se reservaban sólo el ejercicio de la primera en toda su extensión». A pesar de estos propósitos, incurren en notorios excesos: ordenan el arresto de don Miguel de Lardizábal y Uribe como respuesta a un manifiesto en que se aludía a la ilegitimidad de las propias Cortes o niegan al duque de Orleans la posibilidad, ofrecida por la Regencia, de ostentar el mando de un ejército que había de formarse en Cataluña y destinado a invadir territorio francés. Aún así, y como regla general de conducta, las Cortes —que se habían reservado el tratamiento de *Majestad*— fueron respetuosas con la doctrina de separación de poderes...

3. *Ambiente religioso*

«Ninguna confesión tendrá carácter estatal» (artículo 16,3 de la Constitución de 1978).

«La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera. La nación protege por leyes sabias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquier otra» (artículo 12 de la Constitución de Cádiz).

«La religión católica, apostólica y romana, en España y en todas las posesiones españolas, será la religión del rey y de la nación, y no se permitirá ninguna otra.» (Carta otorgada de Bayona.)

Es evidente que el antiguo «regalismo» hacía valer su influencia y sacerdotes eminentes, al servicio del momento histórico de España, quedaron enfrentados. Así, el asunto relativo a la postura del obispo de Orense, don Pedro de Quevedo y Quintano, diputado por Extremadura y miembro de la Regencia (que se negó a jurar obediencia a la soberanía de las Cortes), provocó la repulsa del canónigo y diputado por Levante don Joaquín Lorenzo de Villanueva, calificado jansnista y autor de gran austeridad moral. Todo este enfrentamiento hunde sus raíces en el reinado de Carlos III, que prohibió



Fernando VII (1784-1833). Rey de España de 1808 a 1833.

al Santo Oficio la publicación de edictos sin el refrendo del monarca o de su Consejo, decretando, finalmente, el extrañamiento de los miembros de la Compañía de Jesús. Mariano Luis de Urquijo, ministro de Carlos IV, acarició proyectos cismáticos y desamortizadores. Con estos precedentes no es de extrañar que las Cortes gaditanas se inclinaran, desde un principio, a debatir aspectos de la vida religiosa, bajo el pretexto de estar relacionados con la defensa nacional, la economía o, abiertamente, con la reforma de las órdenes regulares. El diputado Villanueva propone que «en todas las provincias libres se haga penitencia general y pública». Los diputados proclaman a Santa Teresa de Jesús Patrona de España, lo que no les impide decretar en 22 de febrero de 1813 que el tribunal de la Inquisición es incompatible con la Constitución y restablecer las facultades de los obispos para conocer en las causas de fe. Ordenan el extrañamiento y ocupación de temporalidades tanto del eclesiástico «que admitiese obispado por mano del intruso José, como el obispo que se prestase a consagrarle con bulas de Su Santiadad o sin ellas». Paralelamente, la Comisión de Regulares dictó providencias que afectan al régimen interno de las órdenes o que limitaban su posible expansión...

4. *Supresión de fueros, señoríos y privilegios*

«El principio de unidad jurisdiccional es la base de la organización y funcionamiento de los tribunales» (artículo 117, 5 de la Constitución de 1978).

«En los negocios comunes, civiles y criminales no habrá más que un solo fuero para toda clase de personas» (artículo 248 de la Constitución doceañista).

En España, a consecuencia de la Reconquista, los monarcas se sintieron pródigos en conceder a los caudillos militares, monasterios y conventos la facultad de nombrar por sí jueces que conocían en primera instancia, con un procedimiento sencillo y oral. No obstante,, y a pesar del progresivo debilitamiento del poder señorial, las Cortes tratan de archivarlo definitivamente y en esta materia jurisdiccional decretan en 6 de agosto de 1811 su derogación.



Alegoría de la entrada de Fernando VII en Madrid, en marzo de 1814.

5. *Abolición del tormento*

«Todos tienen derecho a la vida y a la integridad física y moral, sin que, en ningún caso, puedan ser sometidos a tortura ni a penas o tratos inhumanos o degradantes» (artículo 15 de la vigente Constitución).

«No se usará nunca del tormento ni de los apremios» (artículo 303 de la Constitución de 1812).

El tormento, institución universalmente repudiada, fue abolido por las Cortes el 2 de abril de 1811 (en base a una proposición de don Agustín de Argüelles), afirmando el correspondiente decreto que «ningún juez, tribunal ni juzgado, por privilegiado que sea, pueda mandar ni imponer la tortura, ni usar de los inusitados apremios, bajo responsabilidad y la pena, por el mismo hecho de mandarlo, de ser destituidos los jueces de su empleo y dignidad, cuyo crimen podrá perseguirse por acción popular, derogando, desde luego, cualesquiera ordenanzas, leyes, órdenes y disposiciones que hayan dado y publicado en contrario»... Este movimiento de humanización de las penas y de los procedimientos inquisitivos o de pesquisa era aceptado con general sentimiento: *Beccaria* (Dei delitti e delle pene), *Jeremías Bentham*, y en España, *Lardizábal y Uribe* junto al reformador coronel *Montesinos*, que logró poner un sello de caridad en las famosas Torres de Cuarte, de Valencia.

Es curioso recordar que, en 1784, don *Jerónimo de Cubas*, abogado de los Reales Consejos, dirigió una protesta al rey, denunciando la práctica abusiva de los «apremios» en las cárceles de la Villa, emitiendo un dictamen dos años después la Sala de Alcaldes de Casa y Corte en que se muestra partidaria de dichos «apremios», puesto que han producido —afirmaba— «saludables efectos para descubrir los verdaderos agresores en causas de interés público y privado que, sin este arbitrio, permanecerían ocultas, y los autores impunes; y es de advertir que no se resuelve sin anuencia de la Sala, informada del mérito de los procesos por el juez mismo que los instruye, habiendo mostrado la experiencia que su uso fue feliz en muchos procesos»...

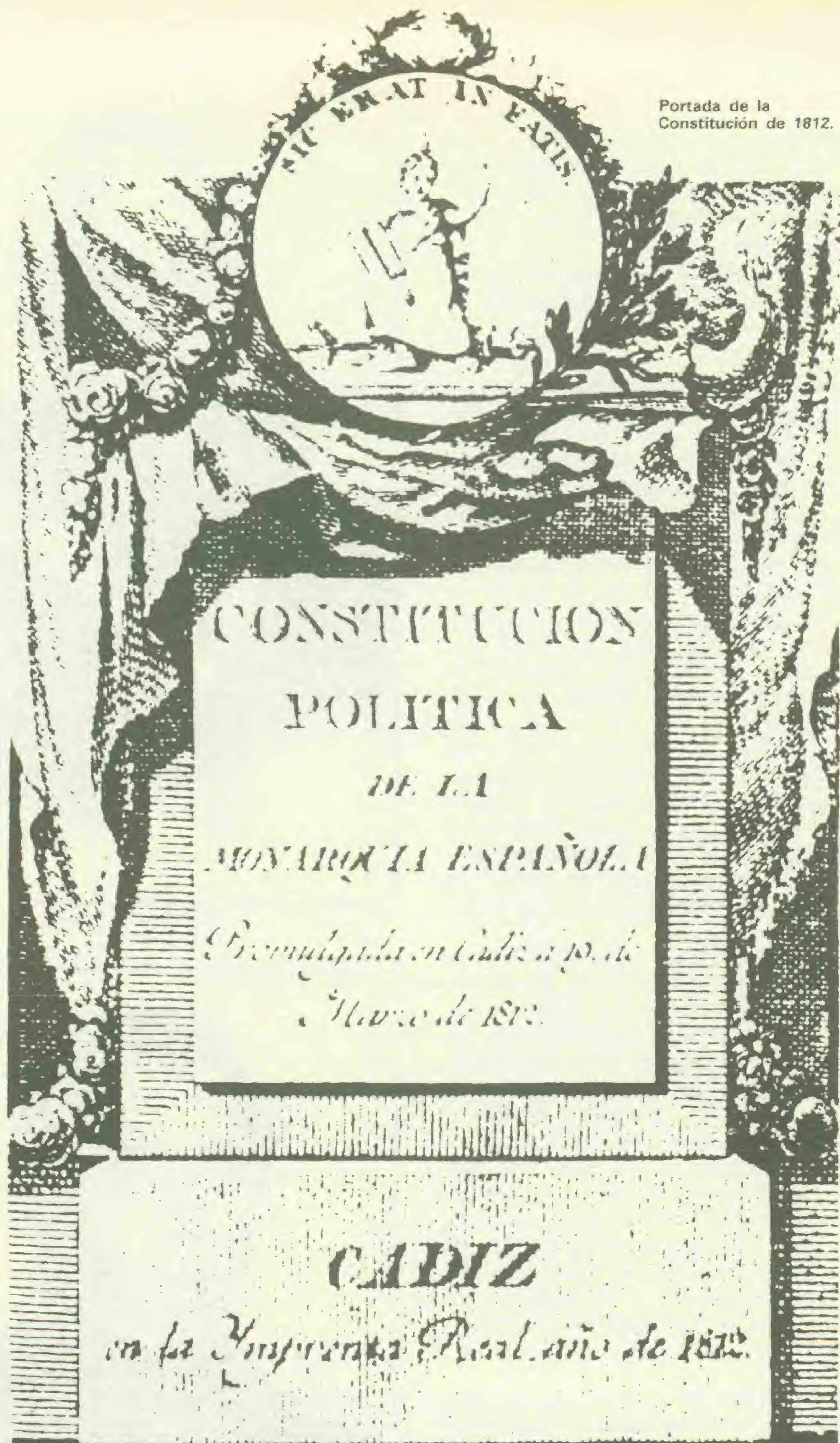
Finalmente prevaleció la tesis abolicionista de tan vejatoria costumbre forense y las Cortes aprobaron el decreto referido, suprimiendo también la pena de azotes en 8 de septiembre de 1813.

6. *Origen de la soberanía*

No cabe duda de que ésta fue una de las principales cuestiones debatidas durante el siglo XVIII, enfrentando a dos corrientes de pensamiento:


Juan Escoiquiz (1762-1820).


Antonio Alcalá Galiano (1789-1865).



Portada de la Constitución de 1812.

A) *Escuela teocrática*

Para ella «todo poder deriva de Dios», y como consecuencia los súbditos carecen del derecho de transformar voluntariamente la organización política. Mientras que para *Vitoria* el contrato no deviene como fundamento constitucional del Estado (ratio essendi), sino su simple expresión formal, *Rousseau* sostiene que el estado primitivo (sociedad natural) no puede subsistir, por lo que se hace necesario encontrar una fórmula: el pacto social. Volviendo a *Vitoria*, es claro que todo poder civil tiene como causa última, eficiente, a Dios; si bien la causa material del poder político reside en la comunidad que lo transfiere al príncipe, lo que no implica la consagración de un poder despó-

tico, ya que el monarca se encuentra sometido al imperio de sus propias leyes.

B) *Escuela voluntarista*

Rousseau esboza su tesis del origen del Estado justamente en 1762, en que aparece su obra famosa «Du contrat Social ou principes du Droit Politique», impresa en Amsterdam. La sociedad civil, en resumen, se constituye mediante pacto, a fin de asegurar la felicidad y dicha de los hombres. Pensamiento que fue bien acogido por los diputados de las Cortes de Cádiz, hasta el punto de que el decreto de *24 de septiembre de 1810* afirmaba que en aquéllas «residía la soberanía nacional». Sin embargo, esta teoría no era compartida por todos los políticos doceañistas. Baste recordar el frondoso asunto suscitado por la negativa del *obispo de Orense* a jurar bajo dicha fórmula en la sesión de apertura del Congreso, celebrado en la isla de León. En definitiva, la Constitución terminó proclamando que «la soberanía reside esencialmente en la nación, y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales».

Servirles y liberales quedan definitivamente separados en el seno de las Cortes de Cádiz por este tema.

7. *La Constitución de 19 de marzo de 1812*

A) *Expresión sistemática de su contenido*

Consta de 384 artículos, precedidos de un discurso preliminar. Los títulos, que son diez, tratan de las materias siguientes:

Título I. De la nación española y de los españoles (arts. 1-9).
Título II. Del territorio de las Españas, su religión y su Gobierno, y de los ciudadanos españoles (arts. 10-26).
Título III. De las Cortes (arts. 27 al 167).
Título IV. Del rey (arts. 168 al 241).
Título V. De los tribunales y de la administración de justicia en lo civil y criminal (arts. 242 al 308).
Título VI. Del gobierno interior de las provincias y de los pueblos (arts. 309 al 337).
Título VII. De las contribuciones (arts. 338 al 355).
Título VIII. De la fuerza militar nacional (arts. 356 al 365).
Título IX. De la instrucción pública (arts. 366 al 371).
Título X. De la obsevancia de la Constitución y modo de proceder para hacer variaciones en ella (arts. 372 al 384).

El texto positivo se introduce con un *bello discurso*, escrito con esmero, en el que se trata de justifica la labor de la Comisión redactora y en general las innovaciones efectuadas de la ley fundamental, ya que «nada opina la Comisión que no se haya consignado del modo más auténtico y solemne en los diferentes cuerpos de la legislación española».

8. *Conclusión*

Los acontecimientos posteriores fueron poco propicios a la Constitución graditana; *Fernando VII* firmó el 4 de mayo de 1814 un decreto, refrendado por don *Pedro Macanaz*, por el que se declara a aquélla y sus mandatos «nulos y sin ningún valor y efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos». Víctimas de la nueva política fueron los antiguos afrancesados que colaboraron con *José Bonaparte* —expatriados a perpetuidad— y liberales constitucionalistas, como Galiano, Lacy, Porlier, Toreno...

La Constitución, respuesta con el pronunciamiento de Riego en Las Cabezas de San Juan, es jurada por el rey el 9 de marzo de 1820, firmando un manifiesto al siguiente día, y que se ha hecho famoso por la frase de: «Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional»...

Propósito cuyo olvido cerró por muchos años las esperanzas de convivencia.

Nuestro país acaba de culminar, tras un prolongado silencio, su proceso democrático. Por ello es oportuno recordar, ahora, en que se cumple el ciento setenta aniversario de nuestra primera Constitución, la *vocación de libertad* que siempre animó al pueblo español... ■ M. R. L.



José María Queipo de Llano, conde de Toreno (1786-1843).



La ideología y el ideólogo del Nacionalpopulismo:

Joaquín Costa

Fernando López Agudín

SABIDO es que la obra de todo pensador no queda nunca limitada a las intenciones explícitas o implícitas que expone o deja de entrever; por el contrario, una vez finalizada e incluso en el transcurso de su elaboración, queda expuesta a las interpretaciones, análisis o a las apropiaciones y polémicas. La historia está repleta de contradicciones, paradojas, interpretaciones debidas o indebidas y no es necesario traer a recuerdo ejemplos más o menos ilustres para argumentar esta afirmación; más de uno, pretendiendo descubrir una nueva ruta hacia las indias intelectuales o sociológicas, ha desembocado en un descubrimiento que no entraba de ningún modo en sus cálculos o intencionalidades. Y uno de los mejores ejemplos de esta constatación es la controvertida personalidad de ese gran desconocido, como lo califica con exactitud su biógrafo más conocido, Cheyne, qué fue Joaquín Costa; ya en 1930 otra biografía, que ha pasado más desapercibida, elaborada por Dionisio Pérez llevaba un título que resume todas las interrogantes sobre este pensador: «El enigma de Joaquín Costa. ¿Revolucionario? ¿Oligarquista?».

La pregunta no guarda ningún misterio para Enrique Tierno Galván, sin duda alguna el mejor analista de la figura y obra del intelectual aragonés, que en un conocido ensayo editado hace más de veinte años tipifica la mentalidad y personalidad de Costa como la de un prefascista español; tampoco para otros ensayistas de menor monta y valía intelectual que han llegado a considerarlo como un pionero del socialismo español. Esta ambivalencia del pensamiento costista, que lo mismo sirve para un roto fascista que para un descosido socialista, refleja a la perfección la base social en la que nace el autor y el soporte sociológico de su tentativa política de crear un movimiento nacional, superador de los partidos políticos, que gestara el cirujano de hierro capaz de salvar a España de la postración del tinglado de la restauración canovista.

Y es que este coro de lamentaciones, este crujir de llantos y lágrimas, que son las denuncias costistas, sintetizadas en este «mal negocio» que supone ser del pueblo español, expresa la situación social y política de la pequeña burguesía española en un momento de auge de la gran burguesía y de ascenso orgánico de la clase obrera; cogida en un «sandwich» entre las dos clases fundamentales de cualquier sociedad la pequeña burguesía, sobre todo, su importante fracción agrícola o rural, habla por la boca, el cerebro y las manos de este pensador aragonés. Más aún, la dramática enfermedad de Joaquín Costa, parálisis progresiva de los músculos, casi traduce con exactitud la parálisis histórica de la pequeña burguesía ante una situación social en la que no tenía ni voz ni voto decisivo; de ahí que la obra de Costa sea releída por el fascismo o por los socialistas en la medida que esta clase social deriva hacia la tentación autoritaria del cirujano de hierro, o hacia el electorado socialista, según los distintos momentos históricos y las diversas fases socioeconómicas.

Un origen social determinante

Pocos hombres en el período final del siglo pasado e inicial del presente, etapa temporal que cubre la biografía de Joaquín Costa, están tan atados y bien atados durante el resto de sus vidas al medio social en el que nacieron como este político aragonés. Nacido el 14 de septiembre de 1846 en Monzón, provincia de Huesca, en una familia de pequeños campesinos, nunca dejará de estar ligado a su origen social: «desde los seis a los diecisiete años lo pasé en Graus donde el pundonor me ha hecho beber hasta las heces del cáliz de la amargura. No me detendré en trasladar aquí estos años que tristes y lentos han pasado para mí. No podía sufrir ya por fin lo que había sufrido», escribe en su diario personal («Joaquín Costa, el Gran Desconocido». George Cheyne. Ariel).

La casualidad, encarnada en la figura de un familiar que necesitaba un criado para distintos fines, hace que se traslade a Huesca, donde trabaja en una pluralidad de oficios, estudia en el Instituto General y Técnico de aquella ciudad y funda con algunos amigos el Ateneo Oscense. Tres años más tarde gana un concurso convocado por el Gobierno para seleccionar «doce artesanos discípulos observadores de la Exposición Universal de París» con el número once. Tras nueve meses de estancia en la capital parisina, que fueron de indudable importancia en su preparación y formación intelectual, regresa a España; más concretamente, a Madrid, donde se dedica a la profesión de la enseñanza en el Colegio Hispano Americano de Santa Isabel. Imtermitentemente combina su nueva residencia con períodos en Huesca, donde se gradúa como bachiller en Artes y gestiona algunas que otras ayudas económicas; hasta que en los primeros meses de 1870, angustiado por su carencia de recursos económicos, decide optar entre el suicidio o el ingreso en la orden religiosa de los benedictinos. Afortunadamente para él no es admitido y superada la crisis personal en la que se debatía, opta por seguir malviviendo en la capital a la vez que estudiando en la universidad madrileña.

Perfil económico y social que hay que doblar con los primeros y tempranos síntomas de una grave enfermedad, atrofia muscular progresiva, que lo iba reduciendo en sus

movimientos de un modo lento, pero irreversible. A la frustración de su origen social hay que unir la frustración por la mala pasada que le hizo la naturaleza, y a la humillación por su marginalidad sociológica hay que unir un sentido del ridículo acusado por su deformidad física: en suma, todo empujaba al joven Costa hacia el estudio y hacia la toma de conciencia política sobre la incapacidad política del medio social del que paulatinamente iba a transformarse en exponente de sus intereses.

La experiencia universitaria

No menos aleccionadora iba a ser para él la experiencia universitaria por cuanto reflejaba en sus aulas la estructura oligárquica de la sociedad española: Joaquín Costa salió de la Universidad con una toma de posesión antioligárquica mucho más acusada y consolidada que la que tenía cuando comenzó sus estudios de Derecho en el Caserón de San Bernardo en octubre de 1870. Ambas licenciaturas las tuvo que retrasar por no tener fondos; así terminó oficialmente más tarde de lo que realmente terminara. E inmediatamente después, en 1874, consigue la plaza de profesor de Universidad, aunque sólo en la categoría de supernumerario. Pero el advenimiento del primer Gobierno de la Restauración, que revalidó una antigua ley de 1857 que requería al profesorado universitario a que sometieran a aprobación gubernamental sus programas de enseñanza, provocó la dimisión de Joaquín Costa a los nueve meses de haber conseguido este puesto.

Tras conseguir sacar adelante otra oposición, la de oficial letrado de la Administración Económica en Cuenca, prepara el premio extraordinario del doctorado de Filosofía y Letras en competencia con Marcelino Menéndez y Pelayo. A pesar de que se ciñe con brillantez al tema de concurso —«Doctrina Aristotélica en la Antigüedad, en la Edad Media y en los Tiempos Modernos»— y de que su oponente se limitó a una exposición de bibliografía aristotélica, los jueces dictaron conceder el premio a Marcelino Menéndez y Pelayo en un acto de abierta injusticia e imparcialidad: «lo que sabían era que Menéndez y Pelayo era ultramontano y pidalino y que yo era krausista. Menéndez Pelayo hizo su disertación sobre materia distinta de lo que el tribunal había señalado por tema del concurso u oposición, y lo había confesado paladinamente con palabras expresas al final de su trabajo. Dar por bueno ese sistema equivale a autorizar el que uno lleve un trabajo preparado de meses, que sirva para toda clase de ejercicios».

Poco después se presentaba a las oposiciones para la cátedra de historia de Madrid y volvió a ocurrirle lo mismo: sólo consiguió ser colocado en una terna de aspirantes que posteriormente el ministerio podía designar para cubrir o no las vacantes. Ante ello renuncia a figurar en ese trío: «mi dignidad me prohibiría recibir por gracia lo que no he sabido conquistar por el estudio». No escarmentado reitera su presentación a nuevas oposiciones para las cátedras de derecho político y administrativo; sólo consigue figurar en la dichosa terna que una vez más vuelve a rehusar: «en tiempos de moderados los dignos tienen que renunciar a las cátedras». Finalmente es en la recién creada Institución Libre de Enseñanza donde Giner de los Ríos ofrece a Costa un puesto como profesor.

Los primeros pasos políticos

Una vez consolidada su situación profesional, junto al trabajo en la Institución sacó las oposiciones a notario, Joaquín Costa empieza a manifestar los primeros síntomas de una decisiva inquietud política; es, sin embargo, con un tema colonial cuando comienza a dar sus primeras señales de vida política como africanista: en marzo de 1882 pronunció una conferencia destacada sobre el «Comercio español y la cuestión de Africa» y al año siguiente organizaba el Congreso español de Geografía Colonial y Mercantil, donde trazó las líneas de la actuación de nuestro país en la hora del reparto europeo de las posesiones coloniales del continente africano. Mucho más tarde, en los trágicos sucesos de 1909, Joaquín Costa había cambiado por completo de planteamiento siendo uno de los principales defensores del abandono de Marruecos: «Hace veinte años aún era tiempo de pensar en Marruecos, pero me dejaron solo. Lo mejor que ahora podríamos hacer es abandonar esa estrecha zona, abrupta y estéril, que jamás compensará a España de la sangre y los tesoros que va a costarle.» Así de ser uno de los pioneros del colonialismo español en el norte de Africa, pasó a ser uno de los pioneros del abandono de las posiciones coloniales que los españoles venían manteniendo contra viento y marea.

Va a ser, no obstante, un tema relacionado con su trabajo profesional como notario quien le va a proporcionar la ocasión de librar una primera batalla política tras su primera derrota en las elecciones municipales de Graus en el año 1893: el célebre pleito de la Solana. El testamento inicial de Francisco Bustillo nombraba como fiduciarios a tres sacerdotes y el testamento posterior declaraba como heredero universal a su administrador, si bien ordenando que se considerara al primero como parte integrante del segundo. Cuando el citado administrador intentó desposeer a los tres sa-

cerdotes, Costa intervino con éxito evitándolo, pero cuando más tarde los tres religiosos vendieron a su obispo prior todas estas propiedades por una cantidad muy pequeña, Joaquín Costa volvió a intervenir defendiendo la propiedad de los habitantes de la Solana. A partir de aquí los folletos jurídicos-políticos sobre este tema se sucedieron: «Sobre el fideicomiso Bustillo de la Villa de la Solana», «Joaquín Costa a las personas honradas», etc., en los que arremetía contra el caciquismo.

Casi coincidiendo con este conflicto, este pleito no fue definitivamente resuelto hasta el año 1957, Joaquín Costa decide, una vez más, presentarse a las elecciones de 1896 por Barbastro; desde la plataforma de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, de la que era presidente, intentó aglutinar a la masa social del campesinado medio y pobre en base a un programa electoral que resumía sintetizadamente sus intereses sociopolíticos. Tampoco en esta ocasión tuvo éxito porque fue derrotado por el candidato Lorenzo Alvarez Capra, conocido arquitecto madrileño; aunque ya en esta ocasión su candidatura fue boicoteada por los círculos caciquiles de la comarca, como en Monzón donde una banda de música tocara continuamente sus partituras mientras hablaba el político aragonés.



Casa de la plaza de Creche, en Graus, donde vivió Joaquín Costa de niño.

El manifiesto de la pequeña burguesía agraria

Pero lo más destacado de esta aventura electoral fracasada reside en el manifiesto programa que lanza desde Barbastro el primero de abril de 1896; en él no hace ninguna concesión a la retórica ni a los clisés generalizadores, algo bastante frecuente en la época, y aborda la situación crítica del país desde los intereses de la pequeña burguesía agraria. En este mensaje de 1896 Costa recoge las líneas fundamentales de sus tesis sobre la reconstrucción nacional:

1. Formación de un plan general de canales de riego.
2. Construcción por el Estado de una red muy basta de caminos «para que pueda llegarse con ruedas a casi todos los pueblos de la península».
3. Adquirir a toda costa mercados para la producción agrícola de nuestro país y especialmente al mercado de Francia para los vinos en las condiciones del tratado de 1882.
4. Reforma del régimen hipotecario vigente.
5. Suspensión absoluta e inmediata de la venta de bienes propios de los pueblos, poniendo término a la desamortización civil tan desastrosa para los lares menesterosos.
6. Autonomía administrativa de los municipios.
7. Como criterio general del Gobierno en lo administrativo y financiero, adaptación de los servicios públicos y consiguientemente del presupuesto nacional de gastos a la pobreza del país que no es transitoria, sino irremediable y constitucional, por lo montuoso de


Joaquín Costa en 1875.

su suelo y la irregularidad y abrasado de su clima.

8. Codificación del Derecho Civil Aragonés.

9. Establecimiento urgente del seguro sobre la vida, socorros mutuos y cajas de retiro para los labradores y braceros del campo, menestrales y comerciantes en toda la nación, por iniciativa del Estado y bajo su dirección y patronato.

10. Mejora de la instrucción primaria.

11. Justicia a Puerto Rico y Cuba en todos los órdenes, político, económico y administrativo, poniendo término breve a cualquier precio que no sea el del honor, a una guerra que amenaza durar muchos años y que representa para España una sangría suelta por donde se le escapa la poca vida que le queda.

12. Atención intensa y sostenida a los intereses mercantiles de España y su raza y civilización en el mundo, apretando cada vez más los lazos morales que la unen a Méjico, Chile y demás naciones hispanoamericanas con la mira de una federación o de una alianza que reprima el instinto invasor y absorbente y contenga los rápidos avances de la República norteamericana; acudiendo con Portugal a salvar algo del porvenir de sus posesiones del Africa Austral, que sin eso acabarán de perderse irremisiblemente en pocos años; y haciendo causa común con Francia en lo que toca a sus problemas, tan vitales para nuestra nación, que se encierran en estos dos conceptos geográficos políticos, Marruecos y Egipto.

Costa no salió diputado, pero se lanzó ya a la política activa pidiendo hechos y exigiendo de la pequeña burguesía agraria, que él denominaba como clases neutras, la movilización en defensa de sus intereses. La Cámara Agrícola del Alto Aragón, creada al calor del Decreto del 14 de noviembre de 1890, e inspirada por el propio Joaquín Costa, es el primer órgano social desde donde este político hace política al margen de los partidos políticos y de las formas de representación nacional bastardeadas por el caciquismo. Aunque no se plantea el problema del poder, en un primer momento trata de presionar sobre el poder a través de la puesta en marcha de los diferentes colectivos sociales de tipo corporativista o gremialista, no tarda poco después de redactar este manifiesto en aludir a la necesidad de la dictadura en otro célebre texto costista: «Necesitamos en el Gobierno impersonales Bismarks sujetos en San Francisco de Asís, con más de San Franciseo que de Bismark.»

La experiencia política que ha alcanzado le lleva a la conclusión de que necesita establecer una alianza política con otro sector social próximo; de lo contrario, la burguesía agraria carecería de capacidad de presión mínima para ser tenida en cuenta por la oligarquía y el proletariado, que de un modo progresivo empezaba a desarrollar las organizaciones políticas y sindicales que había logrado crear casi un cuarto de siglo antes. Y esta conclusión le conduce, asimismo, a la necesidad de tener que hacer política tanto en el plano orgánico, dar un nuevo paso adelante en la constitución de un esquema representativo de los intereses agrarios, como en el plano de la práctica política, buscar aliados con los que coincidir programática y políticamente. De este modo el camino queda desbrozado para que Joaquín

Costa irrumpa de lleno en la vida política activa.

La construcción del partido

Simultáneamente a esta agitación política de la pequeña burguesía agraria la pequeña burguesía urbana daba pasos similares en la dirección de dotarse de organismos políticos que la representasen adecuadamente ante los poderes de la oligarquía: la lucha política a través de la instrumentalización «ad hoc» de las Cámaras de Comercio. Así, Basilio Paraíso, presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza, y Santiago Alba convocan una asamblea nacional de Cámaras de Comercio en la capital aragonesa, en el otoño de 1896, que decide constituirse como una comisión permanente de las Cámaras de Comercio con un programa muy similar al pensamiento costista adaptado a esta fracción social urbana.

Inmediatamente Joaquín Costa capta la importancia de este movimiento y la posibilidad que ofrece para formar una alianza entre los dos sectores de la pequeña burguesía con vistas a crear un partido político de las clases medias urbanas y rurales. Así, en la Asamblea Nacional de Productores del invierno de 1899, convocada por la Cámara Agrícola del Alto Aragón, propone la constitución de un partido: «renunciemos al recurso de las Ligas nacionales por inadecuado e insuficiente, y concluyamos diciendo que las clases representadas debieron crear una organización apta para las luchas políticas activas y para la gobernación del Estado, reelaborar su problema y hacerlo aceptable para ganar la adhesión de una parte considerable del país». Sin embargo, esta iniciativa es derrotada y la asamblea de productores opta por la elección de crear una Liga Nacional de Productores.

Mas la realidad no iba a tardar en ir en ayuda de los proyectos y las tesis de Joaquín Costa: la reforma tributaria de 1899 de Villaverde desató las protestas de los que tuvieron que cargar con el máximo peso de los tributos: los comerciantes y los industriales medios. De ahí la convocatoria por la Comisión Permanente de las Cámaras de Comercio de la Asamblea Nacional en Valladolid para el 14 de enero de 1900 y la invitación a todos los círculos mercantiles, asociaciones de productores, sociedades económicas, liga de labradores, juntas sindicales, gremios. Ante este nuevo hecho, que iba en la dirección de los propósitos políticos de Costa, el político aragonés suspende la convocatoria de su propia asamblea, convocada con anterioridad, y aconseja y recomienda a todas las organizaciones agrarias acudir a Valladolid. Allí la pequeña burguesía urbana decide constituirse en partido político, Unión Nacional, e invitar a la pequeña burguesía agraria a sumarse a la nueva organización: Joaquín Costa y la Liga Nacional de Productores son llamados expresamente a ingresar en la recién creada Unión Nacional «con justa preeminencia».


El Director del Instituto de Huesca

Título de bachiller de Joaquín Costa, expedido por el Instituto de Huesca con fecha 27 de junio de 1872.

El programa de la pequeña burguesía

Y lo más decisivo de esta reunión vallisoletana es la redacción de un programa que expresa las inquietudes de la pequeña burguesía en un momento de amplia crisis nacional provocada por la constatación del desastre de 1898. Aunque en este texto no interviene directamente la pluma de Joaquín Costa, es bastante evidente que la inspiración del pensamiento costista está presente y bien presente a lo largo de sus párrafos: de hecho, es un complemento y adaptación de los mensajes de Costa:

a) Reorganizar la justicia retribuyéndola mejor, haciendo efectiva su independencia y fácil y realmente exigible su responsabilidad.

b) Reorganizar la enseñanza, acometiendo la obra de la educación integral obligatoria y gratuita, retribuyendo debidamente al profesorado.

c) Reorganizar el sistema político sobre la base de una representación electoral verdadera y de una purificación del Parlamento invadido y dominado hoy por los funcionarios.

d) Reorganizar el ejército, sobre la base del servicio obligatorio; desarticulando su actual presupuesto para reducir en mayor escala las categorías superiores y los altos e inútiles cuerpos consultivos; mejorando la situación de la oficialidad y del soldado; dotando, merced a una reducción máxima del contingente y una mejor distribución de los gastos militares, las consignaciones de material de guerra y prácticas e interviniendo la administración civil de todos los gastos militares.

e) Reorganizar la Marina, poniendo término a las escandalosas prodigalidades que hoy distinguen su presupuesto; reduciendo estrictamente éste a las necesidades presentes del país y al número de barcos útiles que poseemos; aprovechando en el mar el entusiasmo y la inteligencia del personal; procurando nuevas y mejores construcciones; interviniendo, asimismo, la administración civil los gastos de la Marina; y refundiendo en uno solo este ministerio y el de la Guerra.

f) Reorganizar la Administración Civil, iniciando la amortización de todas las vacantes mientras no se halle hecha en cada ramo la reorganización; creando la carrera administrativa con inamovibilidad y estrecha responsabilidad y dotando mejor a las categorías inferiores.

g) Reorganizar la Administración provincial y municipal, poniendo término a los escandalosos abusos que a diario acomete con la mayor impunidad un desenfrenado caciquismo, procurando la sustitución del impuesto de consumos, y mientras no sea posible esto, modificando la forma actual de repartimiento.

h) Transformar el procedimiento administrativo, haciendo éste más sencillo para el contribuyente y el Estado; asegurando el cumplimiento de los plazos legales hoy observados, con una sanción en el Código Penal e indemnización exigible ante los Tribunales, de los perjuicios que tales demoras acusen.

i) Acometer una política económica rigorista y resuelta, que alcance a todos los órdenes de la producción y el trabajo; estimule la iniciativa privada, favorezca nuestra exportación, facilite el consumo interior, impulse el desarrollo de nuestra Marina Mercante, sustrayéndola de la jurisdicción de la Marina y llevándola al Ministerio de Fomento; organice por el Estado el servicio de los paquetes postales y asegure el mercado de las naciones americanas para los productos españoles.

j) Mejorar la situación de las clases obreras, llevando aquellas reformas ya ensayadas con éxito en otros países.

k) Revisar los monopolios concedidos por el Estado, respetando la libertad de industria, anulando los arrendamientos que adolezcan de vicios de origen, concediendo el libre cultivo del tabaco.

Nada tiene de extraño por ello, y a pesar de algunos resquemores personales o de celos de organización, que el primero de marzo de 1900 la Liga Nacional de Productores y las Cámaras de Comercio se fusionen; confirmándose la nueva denominación de Unión Nacional como nueva sigla unitaria de la unidad orgánica de las entidades representativas de los intereses de la pequeña burguesía urbana y rural. Las llamadas clases neutras iniciaban su ascenso hacia el escenario político de la mano del pensamiento costista.

De la teoría a la práctica

Sin embargo, todo este conjunto de análisis y conclusiones teóricas no resistieron el paso por la práctica: en menos de un año la potente Unión Nacional había, prácticamente, desaparecido como fuerza *política y social y el propio* Joaquín Costa la había abandonado camino de la soledad política tras un breve paso por Unión Republicana. Pocas organizaciones políticas han durado tan poco tiempo a partir de un proyecto teórico y de una base social de indudable peso y clara representatividad.

La prueba de fuego del nuevo partido la tuvo que pasar con pésimo resultado nada más constituirse como organización política: la redacción y entrega de un mensaje de protesta al presidente del Congreso de los Diputados. Redactado por Joaquín Costa debería de coincidir con una manifestación general en Madrid y en provincias ante la autoridad civil junto con el envío de numerosos telegramas al presidente del Congreso. El primer problema se planteó con la prohibición de la convocada manifestación madrileña por el gobernador civil de la capital y la consecuente suspensión del resto de las acciones de masas en las provincias: ¿pagar o no los nuevos tributos que habían motivado toda esta agitación política y la fundación de este movimiento sociopolítico de la pequeña burguesía?

La tesis de Costa de pactar el pago y orientar al recién creado partido en una labor de largo plazo, dirigida a la concienciación de las clases medias, fue derrotada y Unión Nacional se decidió por la opción de la llamada resistencia pasiva a la vez que solicitaba una entrevista con la reina regente y el envío de los contribuyentes de telegramas al palacio Real contra el Gobierno denunciándolo como un factor de desorden público. Joaquín Costa no sólo vota en contra, sino que se desolidariza públicamente de esta última iniciativa de presionar postalmente sobre la Jefatura del Estado. El resultado de este desafío al Gobierno acabó como predecía Costa, con el más absoluto fracaso después de las medidas represivas gubernamentales:

suspensión de garantías personales, cierre de las entidades sociales de las clases mercantiles e industriales, embargos, etc.

Nada más terminar el verano, Joaquín Costa abandona una Unión Nacional que ya no tiene nada que ver con la creada seis meses antes: ahora han adoptado la tesis de Costa en lo referente a la necesidad de una lucha legal y parlamentaria, pero descafeinándola como organización de los intereses de la pequeña burguesía: la Unión Nacional no es más que otro tinglado político a sumarse a los ya existentes en el montaje de la Restauración y que no tardaría en desaparecer. Lógico porque su única actuación política, la movilización contra los tributos, fracasó estrepitosamente y obtuvo el mismo resultado que otra convocatoria similar realizada en Barcelona un año antes: «el tancament de caixes». Con lo que el nuevo partido había ya demostrado su inutilidad política: antes o después de su existencia como colectivo político la actuación de las clases neutras era neutralizada rápidamente y sin muchos problemas por el Gobierno.



La hija de Costa, Pilar Antigone Costa Palacín.

La coyuntura y la estructura

A partir de este dato se ha escrito mucho sobre la incapacidad política de Joaquín Costa, contraponiéndolo al hombre de acción que debe ser todo político, o sus deformadoras características personales que lo hacían poco viable para el trabajo político; sin embargo, y aunque todos estos condicionamientos intelectuales y humanos hayan podido jugar un papel en el gran fracaso político de Costa, parece evidente que la causa última de su ausencia de éxito hay que encontrarla en la coyuntura política que le tocara vivir y en la estructura social del país que determinaba toda su actuación pública.

Es claro que la misma coyuntura que facilitara el salto político a la creación de la Unión Nacional, la reforma tributaria de Villaverde a finales del siglo pasado, facilitó, asimismo, el hundimiento de este proyecto político; mientras que la pequeña burguesía agraria tenía una visión a más largo plazo de la táctica y estrategia política a desarrollar —en función de sus necesidades y del papel que jugaba en la economía del país— la pequeña burguesía urbana miraba a muy corto plazo: no pagar los nuevos impuestos. Es decir, no es Joaquín Costa quien consigue la alianza de este sector social de las ciudades, sino que son ellos quienes consiguen la movilización del campo en favor de una de sus reivindicaciones más urgentes e inaplazables. Así, el intento de Costa de dotar a la Unión Nacional de una perspectiva política global chocó con la intencionalidad de quienes habían



Ultima fotografía de Joaquín Costa, en vida.

decidido crear un partido sólo para movilizarse en función de una protesta.

En el fondo de esta contraposición de intereses, que es la que marca la muerte de la Unión Nacional, existe un *problema estructural: la imposibilidad* de alianza de una pequeña burguesía rural, extensa y enfrentada frontalmente a la oligarquía agraria, con una pequeña burguesía urbana, mínima por aquel entonces y subordinada a la oligarquía urbana. Como señala, con razón, el profesor Tierno Galván, la causa de este fracaso es de orden económico al recoger los siguientes datos de la «Historia Económica y Social de España» de Vicens Vives: «al aproximarse el siglo XIX se inicia una fase de recuperación de precios, que comprende de 1835 a 1913... en España se nota con bríos el empujón y así se pasa del índice 75 en 1869 al 90 en 1898. De este año a 1913 se alcanza un techo de estabilidad de acuerdo con la política de equilibrio presupuestario y de saneamiento financiero. Los índices conocen tres máximos: 1905, 1907 y 1913, y dos mínimos, 1903 y 1911. Estas oscilaciones mínimas responden a la firmeza de la situación económica interna y al mercado internacional».

Evidentemente este cuadro socioeconómico, que se traduce en una manifiesta elevación del nivel de vida en las clases acomodadas urbanas, no es el más oportuno para desarrollar toda una política antioligárquica del conjunto de la pequeña burguesía. Aun en la imposible hipótesis de que ello hubiera sido posible, recordamos de nuevo la estructura de la sociedad española que imposibilitaba este tipo de operaciones políticas, Joaquín Costa hubiera fracasado irreversiblemente en sus objetivos de buscar un aliado político a los intereses de una pequeña burguesía agraria; que se debatía en las angustias de los inicios de un desarrollo capitalista del campo por la vía prusiana: la Restauración se había montado a partir del acuerdo político entre la burguesía financiera e industrial con los grandes oligarcas agrícolas latifundistas. Al contrario de la vía americana de desarrollo de la agricultura, que había pasado por la reforma agraria y la distribución de las tierras a los campesinos pobres y medios, la vía prusiana que se imponía en España su*ponía la liquidación* de esta pequeña burguesía como sector social a medio y largo plazo.

Sólo quedaba una clase social con la que teóricamente era posible unirse: la clase obrera. Pero esta alianza era tan imposible como la anterior, puesto que a su vez esta pequeña burguesía rural chocaba con un extenso proletariado agrícola y con la ascensión política de las organizaciones obreras de carácter socialista o anarquista. Y ello era un paso que nadie que encarnara este bloque social estaba dispuesto a dar; de ahí que cuando Joaquín Costa presenta su informe sobre «Oligarquía y Caciquismo» en el Ateneo madrileño en el año 1902 sólo pueda realizar un alegato sobre la situación del campesinado español sin poder presentar el remedio viable para esta situación que denunciaba. La descripción y el análisis era acertado y correcto, la conclusión inexistente, inviable e inútil. Su fracaso estaba escrito ya desde el primer momento en que iniciara la tarea de representar a un sector social que estaba condenado por el desarrollo histórico a subsistir en solitario antes de su desaparición progresiva. A este respecto no deja de ser curioso que los componentes de la efímera Unión Nacional estuviesen, por lo general, en bandos contendientes opuestos durante la guerra civil: la pequeña burguesía agraria fue uno de los principales soportes sociales de la rebelión contra la legitimidad republicana y la pequeña burguesía urbana, concentrada en media docena de ciudades, uno de los apoyos más firmes de la experiencia de la república.

Los herederos del costismo

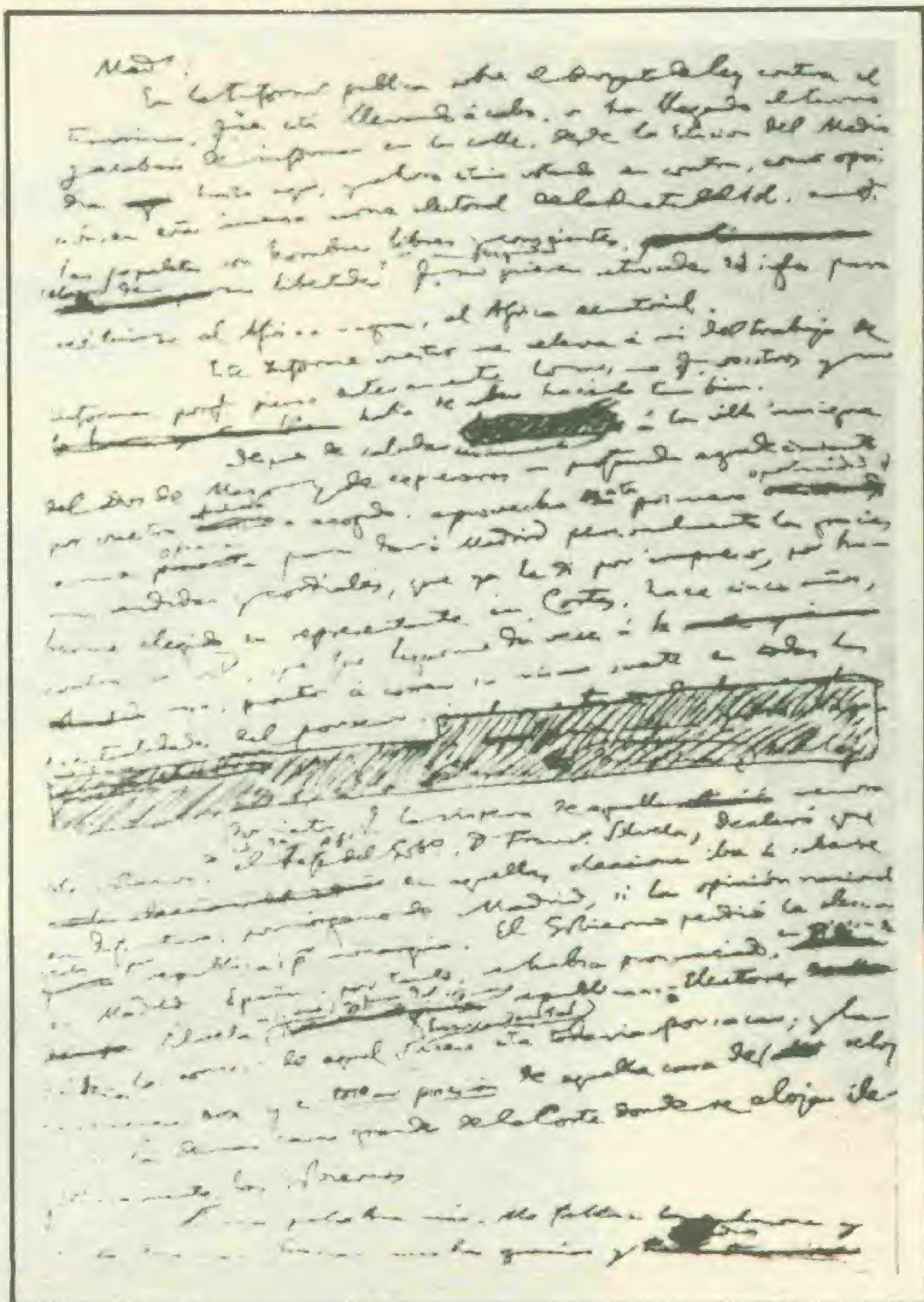
El fracaso político de la Unión Nacional marca el declive de este pensador político y,

tras una breve experiencia en Unión Republicana que también acaba por abandonar, se encierra en su pueblo hasta que muere en 1911; con la excepción de algunas apariciones por Madrid y algunas que otras intervenciones públicas, sobre distintos temas, Joaquín Costa es un cadáver —agotado y disminuido por su grave enfermedad— que es enterrado, finalmente, en Zaragoza tras una serie de peripecias que rodearon su entierro protagonizadas por quienes más le combatieron.

A partir de entonces el pensamiento de Costa, como escribe el profesor Tierno Galván «permanece en lactancia» y reaparece cuando el país vivió otra vez momentos de grave perturbación política y económica y se hizo patente la necesidad de soluciones concretas y programas que evitaren y recogieran la amenaza de la revolución. Es otro grupo generacional quien recoge a Costa; es el grupo generacional que asoció a Costa con el fascismo. Ya antes, durante la dictablanda de Primo Rivera y la fundación de uno de los grupos que convergieron en la creación de la Falange (la JONS), empezaba a reaparecer una lectura de derechas del pensamiento costista que recuperaba todo su planteamiento nacional, toda su exaltación de la pequeña burguesía rural y toda su atracción por la necesidad de una dictadura dirigida por un cirujano de hierro.

No es que el movimiento fascista que se plasma en la república y en las vísperas de la guerra civil sea costista, sino que este movimiento lleva hasta sus últimas consecuencias los planteamientos de Joaquín Costa, tanto en lo que se refiere al pensamiento político, esqueleto orgánico corporativista y gremialista y a la forma dictatorial del Estado. Con razón, señala Tierno Galván, que la presencia del costismo y su significación, en cuanto síntoma de lo que ciertos sectores del país veían como salvación y engrandecimiento nacional, justifica la rápidez con que se construyó un andamiaje teórico de contenido español en el sector fascista de las fuerzas contendientes en la última guerra civil española: la movilización del campesinado se hizo en base a la formulación de las ideas de Costa.

Pero esta resurrección del pensamiento de Costa es un «boomerang» sangrante contra el propio pensador y el mismo campesinado: el costismo fue una ideología más a utilizar para vencer a la República proporcionando la cobertura populista para acabar con los intereses realmente populares. Después el desarrollo capitalista del campo español por la vía prusiana se intensificaría, y de qué manera, y la pequeña burguesía agraria pagaría los costos económicos, sociales y humanos de tal tipo de crecimiento socioeconómico. Al fin y al cabo una parte del Ejército había escuchado el llamamiento de Joaquín Costa a los militares del 22 de enero de 1911, pocos días antes de su fallecimiento, en el que expresaba la esperanza de que «la parte sana del ejército ponga término a la francachela del presupuesto nacional y lo encamine al desenvolvimiento de la riqueza pública y de la cultura nacional y a lograr una recta administración de la justicia». ■ F. L. A.



Borrador de un discurso de Joaquín Costa.



Hace medio siglo

Salazar sube al poder en Portugal

José María Solé Mariño

Las últimas semanas del mes de junio de 1932 —hace ahora cincuenta años— ven la definitiva consolidación del poder personal de Antonio de Oliveira Salazar como árbitro de la política portuguesa. Después de una década de actuación política velada, su personalidad pasa a determinar el tono del *Novo Estado*, nacido de un pronunciamiento militar seis años antes. Durante más de cuarenta años el sistema autoritario vigente en Portugal puede adoptar el calificativo de *salazarista*, debido a la profunda impronta que su prolongado mandato produce sobre el desarrollo de la vida de su país.

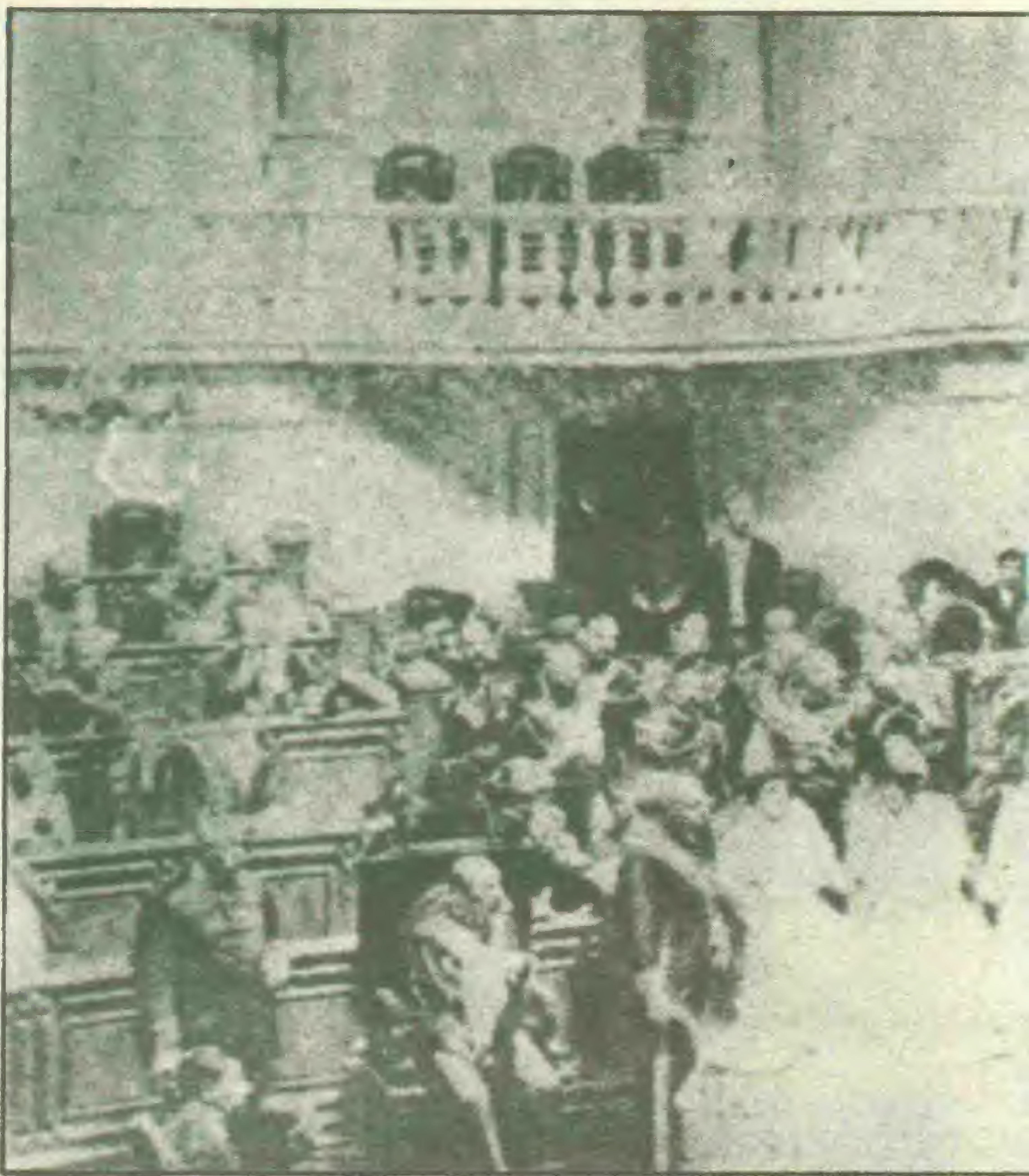
Antecedentes previos

El Portugal de 1900 todavía no ha conseguido reponerse de los daños causados por la ocupación francesa de 1807. Todo un siglo de enfrentamientos civiles e inestabilidad política y social habían conducido al país a un precario estado general. La dictadura de Joao Franco, apoyado en el rey Carlos I, no había hecho más que agravar la situación. La descomposición social y económica encuentra su punto culminante con el asesinato del monarca en el año 1908. La subida al trono del que será el último rey de Portugal no contribuye en absoluto al saneamiento de la situación, mientras la expulsión de Franco del poder favorece la eclosión del republicanismo, teniendo como telón de fondo movimientos de masas, escándalos financieros y conspiraciones militares.

El pronunciamiento de octubre de 1910 provoca la inmediata caída de la monarquía, que ha alcanzado el máximo nivel de desprestigio. El día 5 de ese mismo mes, mientras el rey Manuel II marcha al extranjero, es proclamada la República en Lisboa. El profesor Teófilo Braga se hace cargo de la presidencia interina hasta la promulgación de la nueva Constitución, en agosto de 1911. El nuevo régimen, nacido entre tantas esperanzas, no conseguirá la estabilidad social ni el equilibrio estatal y económico. La innecesaria entrada en la Gran Guerra al lado de los aliados vendrá a prolongar el golpe de Estado dirigido por Sidonio Pais, que posteriormente será asesinado en el ejercicio de su cargo.

El Partido Demócrata domina la situación en el plano político. Pero la burguesía, en un principio sustentadora del régimen, se atemoriza ante la creciente descomposición social. Los crímenes políticos y las conjuras militares se suceden. Al otro lado de la frontera, en España, está presente desde 1923 un modelo autoritario militar que muchos portugueses desearían ver implatado en su país, en consonancia con la tendencia general en Europa. Finalmente, en mayo de 1926, un triunvirato militar encabe-

Apertura anual del Parlamento portugués bajo la Monarquía liberal. El rey Carlos I lee el discurso de la Corona ante los miembros de las dos Cámaras, reunidas en sesión conjunta.



zado por el general Carmona destruye la débil y corrompida democracia representativa. Muchas justificaciones habría de encontrar el golpe de Estado, que es aceptado por grandes sectores de la población. Los poderes tradicionales, Iglesia, Ejército, grandes terratenientes y alta finanza, con una mentalidad ultraconservadora, habían hecho todo lo posible por desgastar a la República evitando su consolidación, al creer amenazados sus intereses y posición. La exigua burguesía urbana no había sido capaz de soportar el embate de estas imbatibles fuerzas.

Muy breve tiempo necesita Carmona para erigirse en árbitro único de la situación, apartando del poder a sus compañeros y proclamando una *dictadura de base nacional y fuerte*. El movimiento militar, que se definía en sentido negativo como «nacido en contra de la corrupción y degradación de la República parlamentaria», busca ya desde sus primeros momentos las personas claves que sean punto de coincidencia de los intereses de aquellos sectores que habían propiciado la muerte del sistema republicano. La más destacada de ellas será el catedrático de Economía Política de la Universidad de Coimbra, Antonio de Oliveira Salazar, que de esta forma penetra en los más altos ámbitos del poder, de los que no habrá de descender en el transcurso de los siguientes cuarenta años.

Salazar había nacido treinta y siete años antes, en abril de 1889, en la pequeña localidad de Vimieiro. Comenzó su formación en el seminario de Viseu y, en el año clave de 1910, siendo estudiante de Derecho en Coimbra, se había adherido a la Democracia Cristiana. Su localización política personal, ligada a los sectores más conservadores del integralismo, está ya definida en 1918, cuando imparte clases como catedrático de Economía. Tres años más tarde es elegido diputado por el Centro Católico, pero renuncia al escaño, prosiguiendo una carrera estrictamente académica. Pero a esas alturas su nombre ofrece ya todas las garantías para los sectores más conservadores. En mayo de 1926 Carmona le nombra ministro de Economía, pero Salazar vuelve a renunciar al cabo de poco tiempo. Tras dos años de encubierto afianzamiento de su posición vuelve al cargo como última esperanza de salvación de las finanzas nacionales, al borde de la quiebra. En 1930 será ministro de Colonias, y, dos años después, presidente del Consejo, puesto que ocupará durante treinta y seis años, sin defraudar en ningún momento a quienes depositaron en él sus intereses.

El proceso de institucionalización del régimen

El golpe militar, recibido incluso con el aplauso de algunos partidos, no tarda en mostrar su naturaleza real. La represión se abate sobre cualquier tipo de oposición, en los primeros tiempos de forma desordenada. Será necesario llegar hasta 1930 para observar la estabilización del nuevo orden. Oliveira Salazar, llamado al poder en calidad de defensor de los principios establecidos de hecho, contará con el apoyo táctico y expreso de amplios sectores de la población, que,

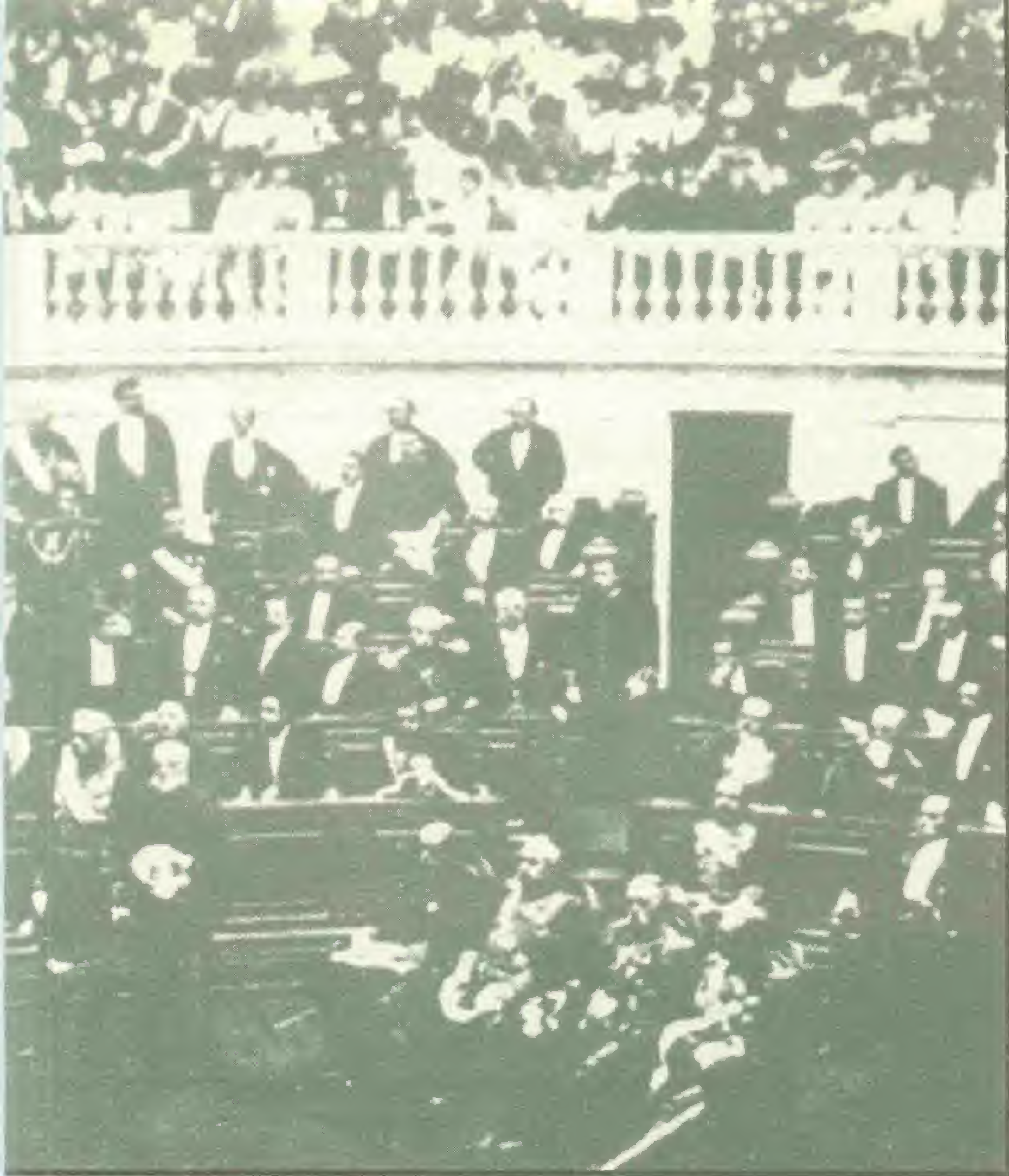


1 de febrero de 1908. El rey Carlos I y el príncipe heredero Luis Felipe son asesinados en la lisboeta plaza del Comercio.

como los niveles dirigentes, temen un vuelco revolucionario. En el plano económico sus medidas obtienen resultados inmediatos: La equilibración del presupuesto, la liquidación de la deuda exterior y la estabilización de la moneda se consiguen en base a las reformas presupuestarias, monetarias y crediticias. La consecuencia final será una radicalización del espectro social. Un mayor ahondamiento de las diferencias sociales en perjuicio de las clases trabajadoras es la nota dominante. La implantación de modelos económicos fascistas aportará al régimen el brillo externo del éxito, y a los personajes que lo dirigen el más decidido respaldo por parte de los sectores beneficiados una vez más.



La reina madre María Amelia junto a su hijo, el rey Manuel II, al que acompañará al exilio cuando, el 4 de octubre de 1910 salga del país empujado por la triunfante revuelta republicana.



Jura del nuevo monarca portugués, segundo hijo del fallecido rey Carlos. Manuel II vivirá los últimos años de la precaria existencia de la institución real.

En el ámbito político, el régimen, al que el mismo Salazar califica sin recato alguno de *dictadura*, ofrece un proceso institucional abierto según las necesidades del momento. En 1930 se organiza desde el poder la *Uniao Nacional*, partido oficial que intenta absorber a los grupos no partidistas y a los conservadores. En ese momento, los mayores intentos del doctor Salazar están dirigidos hacia la formalización de un régimen que ofrezca una imagen civil, lejos de la apariencia militar que ha facilitado su nacimiento y contribuye a su conservación. En 1933 es promulgada la nueva Constitución, que conserva la forma republicana como ornamento de un sistema que es incapaz de ocultar las fuertes influencias autoritarias del conservadurismo nacional más retrógrado y de modelos exteriores, éstos cubiertos bajo repetidas declaraciones de nacionalismo a ultranza.

Leyes como el *Acta Colonial* y *Estatuto Nacional del Trabajador* —prácticamente reproducción de su homónimo italiano— son incorporadas a la Ley Fundamental, que se declara a sí misma «la primera Constitución corporativa del mundo». Este ordenamiento superior cuenta con todos los elementos necesarios para poder calificarlo como base de una organización social y económica de tipo fascista: antiliberalismo, antiparlamentarismo y antidemocratismo. A lo largo de los años, las escasas revisiones que sufra irán en una dirección autoritaria. Pero, buscando una imagen aceptable, se organizan dos cámaras. Una, política, compuesta por miembros elegidos en base a circunscripciones territoriales. Otra, de carácter corporativo, que acrecentará su poder hasta constituir un fundamental cuerpo *representativo* del régimen. Una presidencia de la República de carácter formal y ocupada en todo momento por un dócil alto mando militar, ocupa la cúspide del Estado. La presidencia del Consejo —la misma persona de Salazar— es quien maneja de forma efectiva todos los hilos del poder. Esta confusa forma, que mezcla equívocamente elementos de presidencialismo y de parlamentarismo merecería el estudio de los politólogos hasta el mismo momento de su desaparición. El mismo Caetano trataría de definir la organización política por él dirigida. Al doctor Salazar nunca le preocupó tanto como a su sucesor la calificación de su *obra personal* como a sus inseguros sucesores.

Las bases ideológicas del régimen corporativo

En 1933 —mientras Hitler accede a la cancillería de Alemania— puede considerarse asentado el régimen personalizado por Salazar. La dictadura portuguesa, que su fundador diferencia del modelo italiano por su sentido cristiano, moral, humanista y no violento», ha obtenido el beneplácito de los grupos conservadores que sitúan en primer plano de importancia principios tales como *Dios, patria, familia, autoridad, moral*, etc. Muchos de los elementos que en 1910 habían recibido positivamente a la República no tienen inconveniente ahora, veinte años más tarde, en sostener en el poder a quienes prometen la defensa del estatus reinante. La coincidencia en el año 1917 de la Revolución bolchevique y el anuncio de las apariciones de Fátima serviría para los apologistas del régimen para destacar un supuesto papel de Portugal como vanguardia euro-

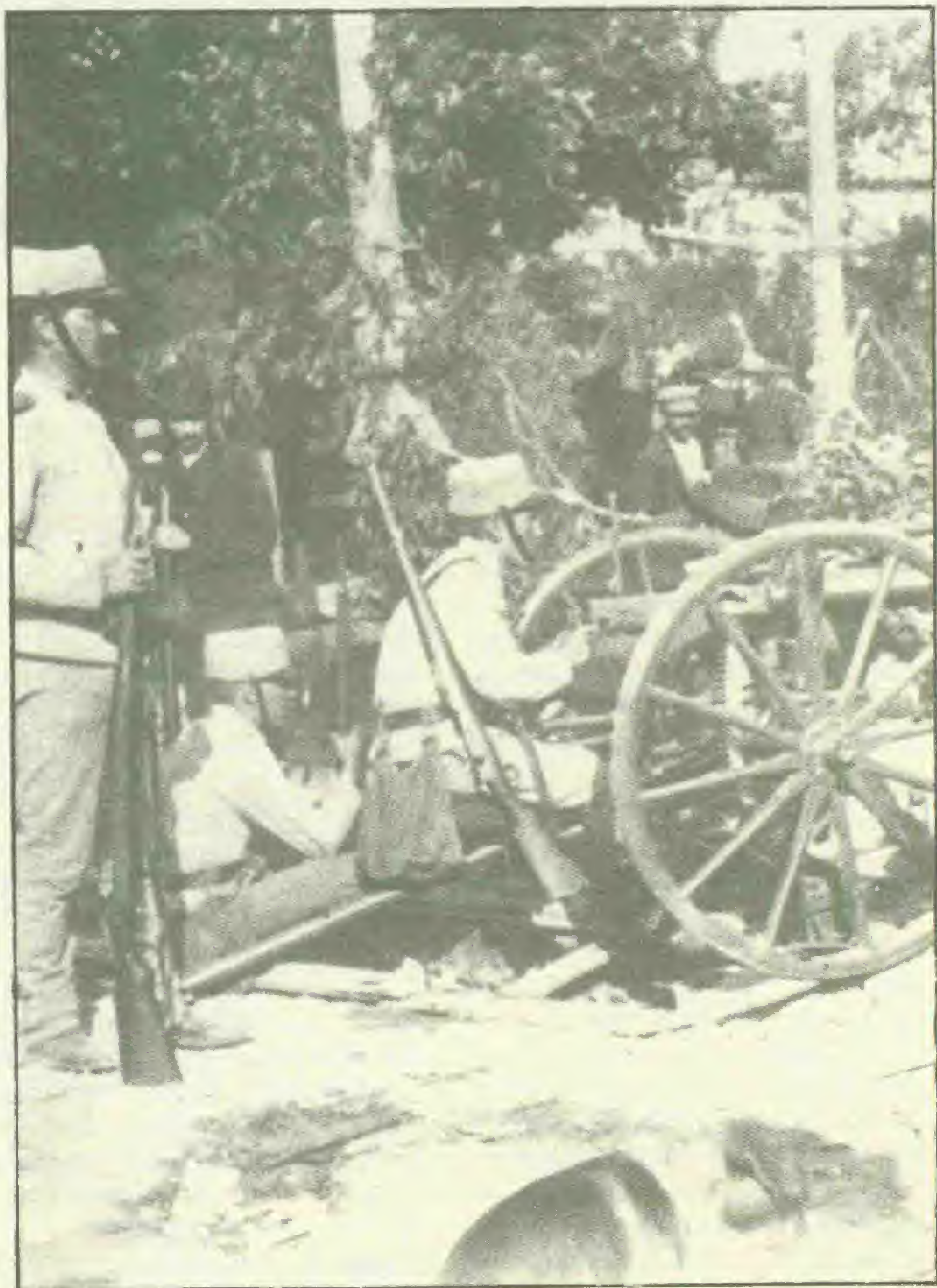
pea de la lucha contra el materialismo ateo. De esta forma se expande una mística del sistema, simplificada y de fácil comprensión para un pueblo mayoritariamente atrasado y pasivo receptor de informaciones emitidas exclusivamente por los cauces oficiales o los permitidos por el poder en razón de la confianza que ofrecieran.

Las diferentes posiciones ideológicas de los militares de mayo de 1926 —republicanos frente a monárquicos— vendrá a unirse a la diferenciación de los grupos que se unirán sucesivamente al salazarismo, dotando a éste de una ambigüedad muy evidente en cuanto a su calificación. La eliminación de los partidos, acusados de falsificadores de la voluntad nacional, y de las asociaciones obreras, como gérmenes de revolución, serán las condiciones previas al establecimiento del sistema corporativo. Los autoritarismos impuestos en Italia por Mussolini y en Austria por Dollfuss serán los inspiradores de Salazar por contar con elementos perfectamente aprovechables, entre los que cabe destacar la nada desdeñable importancia de la aceptación con que cuentan por parte de la Iglesia Católica, bajo una u otra forma.

El corporativismo será el aspecto más específico y estudiado del régimen portugués, que encontró en él una escapatoria para eludir cualquier otro tipo de clasificación. Según los ideólogos oficiales, el *Estado Novo* sería un reflejo de la nación misma, considerada como *un todo orgánico*. Los individuos intervendrían en la formación de los órganos de soberanía en base a su propia situación en la vida real: padres de familia, trabajadores, miembros de asociaciones de todo tipo... De esta forma, quedarían superados los partidos políticos y se caminaría hacia la integración de unos intereses que se afirmaban de carácter nacional.

La verdadera finalidad de este entramado corporativo era el control de las clases trabajadoras, compuestas mayoritariamente por el proletariado agrario, y en mucha menor medida por el industrial. La ilegalidad de la huelga se une ahora a la obligatoriedad de la pertenencia a los sindicatos oficiales, que organizan legalmente la vida del trabajo en estrecha combinación con la libérrima actuación de los empresarios, que cuentan con todo el apoyo del régimen. La política social, elemento demagógico tradicional en este tipo de sistemas, no servirá para paliar siquiera mínimamente el progresivo empobrecimiento de la población trabajadora, provocado por la perpetua congelación de los salarios, que la colocarán en el último puesto del continente en cuanto a su nivel de vida. Sin embargo, estas medidas, anunciadas como sociales, llegarían a inquietar en su momento a ciertos grupos, recelosos ante un posible deslizamiento *izquierdizante* del doctor Salazar y sus cercanos acólitos.

Los interesados en el mantenimiento de la dictadura afirman la originalidad de ésta, a partir de la ruptura con el pasado que supuso el golpe de estado inicial. Salazar nunca se comprometió directamente con los monárquicos que, en un



Escenas callejeras en los primeros días de octubre de 1910. La República ha sido proclamada en Portugal. En las imágenes, fuerzas situadas ante el Palacio Das Necessidades, sede del Ministerio del Exterior, en la capital.

momento imaginaron una restauración de la Casa de Braganza. Sin embargo, consiguió conservar su decisivo favor a cambio de interesantes prebendas concebidas muy cuidadosamente. El carácter personal del dictador, frío, misántropo, desinteresado de todo contacto humano, encuentra su lugar en el interior de la camarilla que le rodea. Compuesta por representantes de las fuerzas dominantes, halla su punto de cohesión en la persona de Salazar. Por eso mismo, este elemento de unión será recambiable en el momento en que convenga. Salazar servirá hasta el momento de la pérdida de sus facultades. Luego, Caetano intentará durante seis años la conservación de la trama.

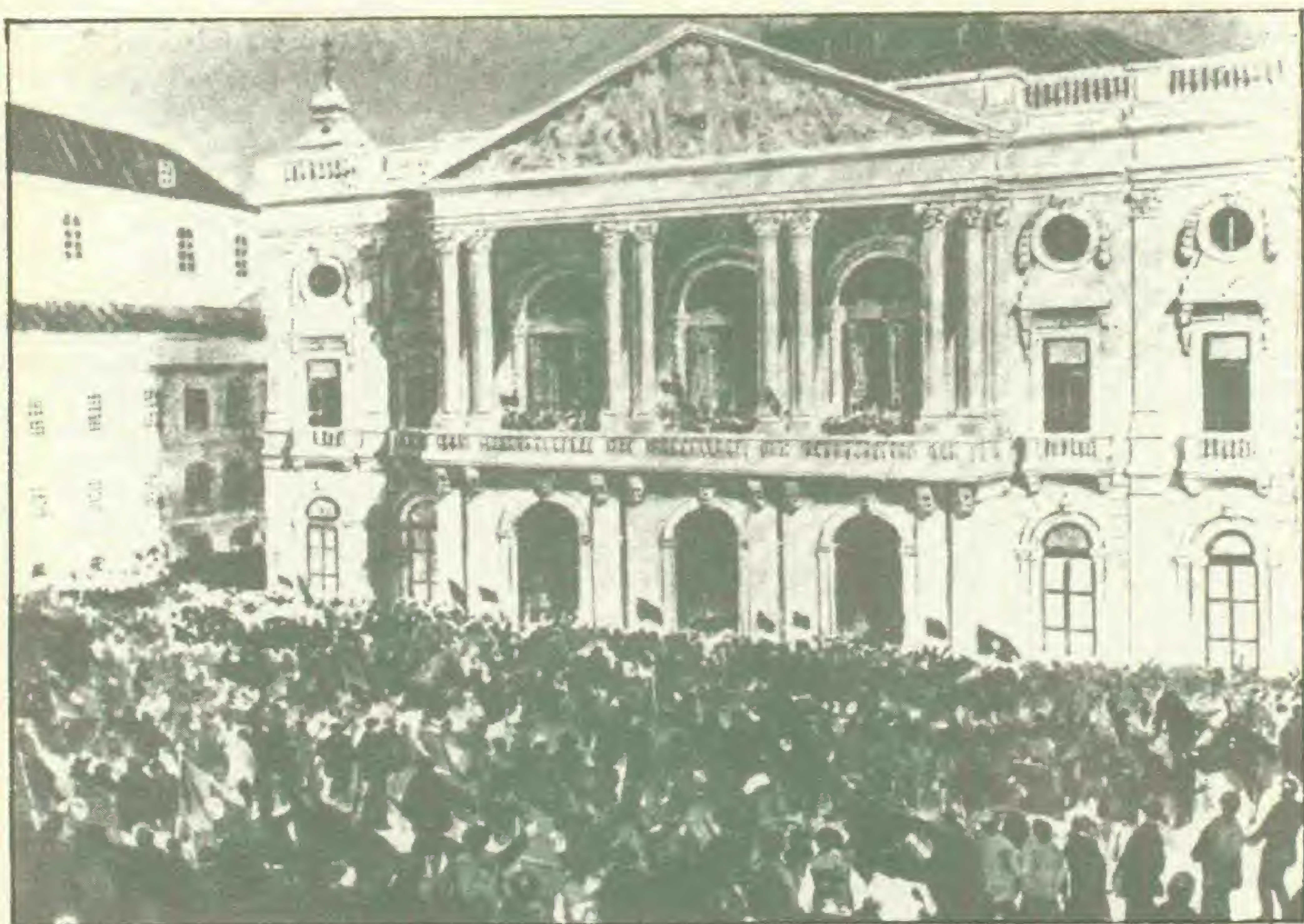
Pero las circunstancias ya no serán las mismas. En 1974, ya interesaba a esos grupos laborar bajo unas formas más acordes con el momento. Y el pueblo portugués saldrá a la calle para aplaudir alborozadamente este cambio decidido por los mismos sujetos que durante cuatro décadas habían actuado en su nombre sin solicitar su consentimiento. Las bases ideológicas profundas del régimen salazarista, aparte de las más aparentes de tono marcadamente fascista, son las del conservadurismo más rancio, en muchos casos decididamente preindustrial, unido a los tradicionales valores militares, y todo ello cubierto por la mentalidad de una Iglesia anclada en el pasado y avara de sus privilegios.



El ejército portugués

El golpe de 1926 significa el inicio de la presencia militar en los más altos puestos de la política portuguesa. La República liberal había vivido bajo la amenaza castrense, pero el predominio del poder civil, siquiera de forma aparente, servía para guardar las maneras democráticas. La intervención militar de mayo abría una línea que se mantendría vigente hasta hoy: los miembros de las fuerzas armadas como última instancia de poder, sustentando a regímenes que se presentan como dotados de diferentes —e incluso contrapuestos— principios básicos.

La acción encabezada por Carmona no había logrado aunar las voluntades de la totalidad de los mandos. La persistencia de una idea liberal decimonónica impide la cohesión completa del grupo. Este liberalismo constituía ya un factor anacrónico en una Europa en la que el elemento castrense admitía de buena gana la imposición de dictaduras autoritarias anuladoras de los usos democráticos y preservadoras, y aún acrecentadoras, de los beneficios percibidos por el ejército. En Portugal quedó muy pronto demostrada la incapacidad de los oficiales para desempeñar los cargos de los que había arrojado a los denostados funcionarios civiles. Es la hora de los políticos conservadores. Con ello, los autores materiales del golpe de Estado consiguen arroparse bajo formas civiles y productoras de todo un entramado institucional para un régimen nacido de un *putsch*, elevado posteriormente a la categoría de *movimiento*. A lo largo de todo el período salazarista, prolonga-



Proclamación oficial de la República Portuguesa ante el edificio de la Cámara Municipal de Lisboa. Manifestaciones de júbilo similar se reprodujeron en aquellos días sobre todo el territorio nacional.

do con Caetano, la presencia militar aparece como sustentadora visible del régimen, aportando incluso a uno de sus miembros para el desempeño del cargo de presidente de la República.

Dos posturas se enfrentan dentro del ejército durante treinta y ocho años. Por una parte, los militares conservadores, muchos fascistizantes en su momento, para quienes la misma naturaleza del régimen y la existencia de las colonias ofrecen medios de ascensos y beneficios. Esta circunstancia material, unida a otras invocaciones espirituales siempre exhibidas, les sitúa dentro del sector del firme apoyo al sistema. Enfrente, los militares liberales, que, contando con una amplísima gama de posturas personales, en ningún momento dejarán de evidenciar su presencia, dirigiendo actitudes o movimientos de rebeldía contra el régimen es la mejor demostración de esta actividad nunca sofocada: 1927, 1928, 1931, 1935, 1936, 1947, 1961, 1962, hasta el final de 1974...

Este ejército, cohesionado a primera vista, y debilitado por continuas conjuras y sediciones, golpes abortados por concesiones, y amenazas expresadas repetidamente, ejerce una verdadera tutela colectiva sobre el poder político, sobre el que repercutirán todas sus convulsiones internas. Desde este punto de vista, el año 1961 supone la coyuntura más difícil para el salazarismo. En abril se subleva, y fracasa, el general Botello Moniz. En diciembre el general Humberto Delgado repite el intento. Salazar y sus altos mandos se ven obligados a refugiarse en los cuarteles de la *Legiao*, que les ofrece mayor confianza que el nunca dominado ejército. En el otoño de 1967 la negativa norteamericana a apoyar un golpe militar frustra los planes de un extenso grupo de oficiales que se habían dirigido a Washington con esa intención. En 1974 esta aquiescencia se produce finalmente, y por vez primera la sublevación obtiene el tantas veces defraudado éxito final, al coincidir las voluntades de los militares progresistas con las de quienes hasta ese momento habían sostenido al régimen.

Sin el apoyo decidido e interesado de las fuerzas armadas la dictadura no hubiera podido mantenerse tan firmemente en el poder ni penetrar tan a fondo en la sociedad portuguesa a lo largo de circunstancias tan cambiantes. El negativo desarrollo de la guerra colonial, que comenzaba a afectar al ejército como cuerpo y a los intereses de los militares en el plano personal, acerca a muchos oficiales al cuestionamiento de las mismas bases del régimen al que han sostenido mientras ha aportado ventajas de toda clase. La identificación



Reunión de la primera sesión de la Asamblea Nacional Constituyente. Se inician los primeros pasos tendentes a la institucionalización del nuevo régimen republicano.

de los intereses corporativos del ejército con las posiciones opositoras de individuos y grupos clandestinos vendría a dotar de una cierta legitimidad histórica a lo que nació no siendo más que una situación de rechazo a unas condiciones que ya no resultaban provechosas. Las fuerzas armadas eran la única institución con potencia suficiente para deshacer la trama del régimen, y la oposición civil no tuvo inconveniente en colaborar con ellas para llevar a cabo la operación. La coincidencia de intereses, que a primera vista parecerían teóricamente contrapuestos, determinaría así la liquidación del sistema.

En 1974 la toma de conciencia de los altos mandos militares a cerca de la falta de salidas para el régimen les inducirá a admitir el aparente protagonismo civil y popular del cambio, en contrapartida a la conservación de su situación privilegiada. La profunda tendencia del protagonismo militar en Portugal no se vio interrumpida por lo que en su momento fue denominada como *revolución*. El último eslabón es el hoy presidente de la República, un general del ejército, asistido por el *Consejo de la Revolución*, algo mucho más que un mero cuerpo consultivo, y compuesto por miembros de las fuerzas armadas. Como en los demás planos de la vida portuguesa, los sectores tradicionalmente dominantes en ningún momento han cedido su papel a posibles sustitutos surgidos eventualmente de las circunstancias.

Economía, movilización y represión

En un primer momento, Salazar había llegado al poder como solución ante el deterioro económico en que estaba sumido el país. A partir de ese momento impone un modelo basado en la autarquía y en las formas económicas tradicionales ligándolas al más puro liberalismo. La consecución de un presupuesto equilibrado y una estabilidad monetaria perpetua serán anunciadas como los mayores logros del régimen. Una política de estas características producía el encubrimiento de las tensiones provocadas por su propia naturaleza. Frente a la situación de la clase obrera, reducida a los mínimos niveles de subsistencia, la acumulación de capitales ofrece todas las seguridades requeridas a la Iglesia, el ejército, los grandes terratenientes y la clase media provinciana, deseosos de una base segura para la afirmación de la permanencia, la estabilidad, el equilibrio y el orden.

El paso del tiempo habría de



El político Alfonso Costa, elegido presidente de la República. Será uno de los puntales del sistema durante los primeros años de existencia del régimen, definido por un liberalismo clásico y una real incapacidad para resolver los problemas de fondo que aquejan al país.

obligar a un progresivo abandono de la política autárquica. Una nueva clase de tecnócratas europeizantes trataría de abrir nuevas vías a una economía anquilosada. En 1968 el régimen toma conciencia del cambio de época. Para entonces los fundamentos de la frágil economía portuguesa se localizan en las remesas enviadas por los emigrantes en Europa y los ingresos producidos por el turismo. Las colonias solamente benefician a unos pocos, al tiempo que empobrecen al erario público que efectúa en Africa grandes inversiones a fondo perdido. La realización de grandes obras públicas, en el mejor estilo dictatorial, como el puente sobre el Tajo en Lisboa, ya no sirve para sostener el prestigio del régimen.

El año 1968 será en Portugal el de una crisis total. La retirada del viejo dictador y las incógnitas acerca de las posibilidades de su sucesor favorecen la agrupación de los opositores, reprimidos por una compleja red de defensa del sistema, al mismo tiempo que desde el interior del mismo comienzan a oírse las primeras voces de quienes quieren preparar un futuro algo diferente.

En lo que respecta a la movilización de la población, las dictaduras de los años treinta habían servido como modelo para Portugal. El partido estatal, la *Uniao Nacional*, había terminado por convertirse con el paso de los años en un mero medio para la obtención de puestos y prebendas, perdiendo sus iniciales objetivos. Una organización, los *Camisas azules*, creada en 1932 según el modelo fascista, desaparecerá

En diciembre de 1917 tiene lugar un golpe de fuerza triunfante contra la República. El comandante Sidonio Paes encabeza el movimiento, que parte del campamento de Rotunda. Proclamado presidente al año siguiente, morirá asesinado en un atentado. En la imagen, Paes en segundo término y a caballo.

enseguida a manos del mismo régimen, asustados ante las veleidades socializantes de algunos de sus dirigentes y miembros, propugnadores de la realización de una verdadera *revolución nacional.* El rápido proceso de anquilosamiento de las instituciones e incluso del supuesto movimiento inspirador se acrecienta durante la guerra mundial. La *Legiao,* nacida con ocasión de la guerra civil española como fuerza de reserva para el régimen, perderá, a partir de 1945, su inicial espíritu y objetivos, convirtiéndose en una organización agrupadora de funcionarios, obligados a la afiliación, y de personas deseosas de procurarse una situación dentro del sistema. Otra organización fracasada sería la de las *Mocidade Portuguesas,* creadas también al estilo nazifascista, que intentaban congregar a las juventudes con ánimo de inculcarles la ideología del régimen.

Esta movilización, junto con la utilización de la censura y la represión institucionalizada, obtendrá de forma efectiva, si no un apoyo expreso de la mayoría de la población, sí una profunda y extendida despolitización y adormecimiento de posibles actitudes cuestionadoras. Las sucesivas elecciones para las dos cámaras del Parlamento, así como los sufragios —mientras se realizaron directamente— para la provisión de la presidencia de la República, no son sino representaciones aparentemente democráticas que a ningún observador consiguen engañar. La elección se produce siempre dentro del sistema, y la aceptación de la presentación de los candidatos de la oposición se resuelve siempre con la retirada de los mismos o con su prevista derrota, llegando en el caso extremo del general Humberto Delgado hasta la misma eliminación física del oponente al seguir manteniendo éste posiciones opositoras. Junto a estos métodos coyunturales, la censura permanente será el instrumento represivo más utilizado, ya desde los inicios de la dictadura. Todos los medios de comunicación social están intervenidos por la censura hasta los mismos días finales del régimen, a pesar de una aparente liberalización en 1945, de acuerdo con el espíritu del momento. De esta forma, toda la información recibida por el ciudadano adolece de una manipulación previa que la convierte en un simple panfleto de propaganda oficial o en un instrumento falseado por la mordaza oficial.

La represión directa ejercida sobre los elementos opositores, ciertos o supuestos, ha sido el tema que ha atraído más atención de entre todos los que ofrece la dictadura portuguesa. En su aplicación son distinguibles muy claramente tres etapas diferenciadas. En un primer momento, entre 1926 y 1935, la represión es ejecutada al margen de la ley, bajo la jurisdicción militar y con procedimientos propios, dando un amplio margen a la arbitrariedad más absoluta. Entre 1935 y 1945 la reorganización de la policía política —PIDE—, bajo el asesoramiento de miembros de la *Gestapo,* perfecciona el mecanismo y refina los métodos. La policía política goza de amplias atribuciones sobre la vida de los ciudadanos, indefensos ante esta intromisión. Aparecen bien definidos los campos de concentración en las islas y el continente. En 1945 parece ablandarse el aparato represivo. Es el momento de la euforia democrática y es preciso ofrecer una imagen mejorada a la vista de unos aliados bien dispuestos a admitir la supervivencia del régimen a cambio de ligeras transformaciones de forma. Se organiza un sistema de justicia política a base de tribunales especiales, con magistratura y procedimientos particulares, encargados de juzgar a los acusados de posturas opositoras.



Machado Dos Santos, el último elemento destacado de las posiciones restauracionistas. Con su muerte toda esperanza de vuelta al sistema monárquico parece perdida definitivamente.

De hecho, este terrorismo de Estado institucionalizado obtiene sus principales objetivos: anulación de toda posible oposición organizada entre las clases populares y neutralización y aislamiento de las disconformidades nacidas en el seno de las clases acomodadas. Al mismo tiempo, otras agrupaciones, de carácter paramilitar, aseguran el mantenimiento del orden: la *Guardia Nacional Republicana,* verdadera dueña y ordenadora de la vida rural; y la *Policía de Segurança Pública,* encargada de la disolución de reuniones y manifestaciones contrarias al régimen. Cuando el epigonismo caetanista intenta remozar la fachada del sistema, cambiará la denominación de alguna de estas formaciones, pero su real protagonismo como fuerzas de choque de la autoridad vigente se mantendrá hasta los últimos momentos. Posteriormente, muchos de sus antiguos miembros aparecerán relacionados con todos los movimientos de involución de la situación que se inicia en abril de 1974.

Unas fuerzas opositoras reducidas y fraccionadas, aparta-



Antonio de Oliveira Salazar entra, como ministro de Finanzas, en el Gobierno presidido por el coronel Vicente de Freitas, el día 27 de abril de 1928. En la imagen, el profesor de Coimbra junto al jefe del gabinete dictatorial.

Tras uno de sus reajustes ministeriales el primer ministro Salazar, presenta su nuevo Gobierno al presidente Carmona en el año 1936.



El mariscal Carmona, jefe del Estado portugués. Sucesivamente reelegido, desde 1928 hasta su muerte en 1951, presidirá los destinos de su país, teniendo a su lado al doctor Salazar. En la imagen, durante una visita a España en 1928.

1934: Salazar preside en Lisboa la primera reunión del Consejo Corporativo. La dictadura, nacida entre la improvisación, comienza a institucionalizarse bajo la dirección del antiguo ministro de Finanzas.



La Legión portuguesa, organización paramilitar de carácter fascista, desfilando por la Avenida Da Liberdade, en Lisboa, en los primeros tiempos de su existencia en 1936...

das de toda comunicación con la población, son quienes se enfrentan a esta represión. La evolución del régimen va llevándose adelante impelida por los sectores que dentro de él van integrándose, pero siempre dentro de un inmovilismo básico que ofrece la apariencia de una arcaizante oligarquía que gusta de guardar las formas representativas. El corporativismo, con sus fuertes componentes maurrasianos y clericales sigue siendo considerado el soporte ideológico, y la oposición se muestra impotente tanto en el plano intelectual como en el social y el político. Ciertos grupos de la clase intelectual ejercitan en ocasiones el papel de elemento crítico tolerado dentro de unos límites, junto a individualidades de prestigio a las que se les permite el mantenimiento de actitudes opositoras. En un Portugal culturalmente atrasado, y con la constante presencia de la censura de información, no resulta demasiado peligrosa la admisión por parte del poder de estos pequeños grupos disidentes, bastante ajenos, por otra parte, a la realidad del país en sus clases trabajadoras.

La oposición organizada conoce momentos de unidad y períodos más prolongados de falta de entendimiento. La fuerza clandestina más numerosa es el escindido partido comunista. Desde los mismos años treinta se habían formado, bajo diferentes denominaciones, frentes comunes de oposición, que cobran mayor fuerza en 1945, cuando florecen muchas esperanzas enseguida frustradas. Como sucede en toda dictadura totalizadora, grupos con planteamientos heterogéneos e incluso enfrentados unen sus fuerzas en una actitud común. Así, obreros e intelectuales de clase media, activistas de izquierda, burgueses demócratas y católicos progresistas se mezclan en confusa amalgama que estallará rápidamente con la restauración de la democracia liberal.

Política exterior del salazarismo

Dada la prolongada duración en el tiempo de la vida del régimen, es posible en política exterior efectuar la delimitación de épocas muy concretas. Una, primera, entre 1926 y



1933 definida por el afianzamiento del sistema ante el exterior y por la inclinación del mismo hacia modelos europeos ya establecidos. Entre 1933 y 1939 la política exterior portuguesa, a pesar del mantenimiento de la tradicional alianza con la Gran Bretaña, se va entregando a los dictados del Reich. La influencia alemana es grande durante esos años entre las clases dirigentes, mientras económicamente el país se integra en la órbita alemana en grado creciente. Esta etapa estará marcada decisivamente por la guerra civil española.

El apoyo material prestado por el Gobierno portugués a los militares sublevados es solamente una parte de la identificación total de Salazar con las autoridades encabezadas por el general Franco. Todo tipo de ayudas —hombres, municiones, utilización de comunicaciones y puertos, sistemas de transmisión, cantidades en metálico, etc., es puesta a disposición del bando denominado *nacionalista*. La guerra de España se presenta como una cuestión crucial para el régimen portugués, que no espera sobrevivir a una victoria republicana. Veinte mil voluntarios *Viriatos* lucharán en España; de ellos ocho mil perderán la vida en combate. El triunfo final del bando franquista será saludado gozosamente por un Salazar que ve ahora sus espaldas guardadas por un régimen similar y nada dispuesto a la intervención —siempre temida— sobre territorio portugués.

Una tercera etapa sería la marcada por la guerra mundial. Ideológicamente afín a las potencias del Eje, Portugal se declara neutral, conservando sus lazos con los aliados. En esos años Lisboa será el punto de unión entre Europa y los Estados Unidos, convirtiéndose en un hervidero de personas y actividades de toda clase. A partir de 1942, cuando comienza a preverse la victoria aliada, Salazar va aproximándose de posturas menos evidenciadoras de la ideología que enmarca a su régimen. El final de la guerra y la exaltación democrática no producen, contrariamente al caso de España, condenas internacionales contra la dictadura portuguesa. El espíritu de la Carga fundacional de las Naciones Unidas no impedirá la entrada en la organización de Portugal, que conserva

Tres de las figuras claves de la vida portuguesa de las décadas centrales del siglo: Oliveira Salazar entre el Patriarca de Lisboa, monseñor Cerejeira y el presidente de la República, mariscal Carmona.

En 1956, al cumplirse el veinticinco aniversario del ascenso al poder del doctor Salazar, miembros de las Mocidade Portuguesas cumplimentan al primer ministro en su residencia.

unos usos internos semejantes a los que habían mantenido las potencias derrotadas.

En 1949, dentro ya del espíritu de abierta guerra fría, Portugal entra en la OTAN. Su situación y posesiones no pueden ser desaprovechadas por los estrategas occidentales, que comienzan a valorar el anticomunismo acérrimo de Salazar. La condena moral quedará reservada a otras asociaciones de carácter simbólico, como el Consejo de Europa y el Parlamento europeo, que repetidamente niegan la entrada a representantes de Lisboa. Esta ambivalencia queda de nuevo demostrada con la pertenencia de Portugal a organizaciones económicas, como la EFTA, o culturales, como la UNESCO. A pesar de las condenas anticoloniales que el país sufre internacionalmente, Portugal no deja de representar un bastión de los intereses occidentales en un Africa que se va acercando a ambiguas posiciones tercermundistas.

Con respecto a España, y a pesar del cierto grado de homogeneidad de sistemas políticos, las relaciones nunca conseguirán superar el recelo y el desconocimiento tradicionales, a pesar de las repetidas protestas de amistad fraterna expresadas por personalidades de ambas partes. Unidos los dos países en un mismo ámbito geográfico, un profundo abismo en el plano mental impedirá el mutuo entendimiento, incluso entre las respectivas fuerzas de oposición.



Oliveira Salazar durante una entrevista mantenida con Ian Smith, hombre fuerte de la Rodhesia segregacionista que, en 1965, ha cortado sus lazos con la metrópoli británica, instaurando un régimen similar al de Sudáfrica y al de las colonias portuguesas de Angola y Mozambique.

Dos elementos fundamentales: Iglesia y colonias

El carácter extremadamente conservador del integralismo maurrasiano, en que se basa la ideología del salazarismo, disfrutaría a lo largo de toda su existencia la tutela de la jerarquía católica. Después de una prolongada etapa de anticlericalismo fomentado desde el poder, la implantación de la dictadura ofrece a la Iglesia toda clase de beneficios. A cambio, el régimen recibe el importantísimo apoyo moral del episcopado y el clero, en un país mayoritariamente católico. El Concordato firmado en 1940 ordena las relaciones mutuas, tan beneficiosas para ambas partes. La influencia eclesiástica en la educación, las cuestiones familiares y las misiones coloniales, entre otros aspectos menos destacables, otorga al régimen un cierto tono clerical, que en ocasiones serviría como efectivo freno a veleidades totalitarias.

Reaccionaria hasta extremos inimaginables, la Iglesia portuguesa comienza a sufrir sus primeras convulsiones a raíz del Concilio Vaticano. Una parte de sus miembros, sobre todo sacerdotes jóvenes, toman conciencia del apartamiento total de la jerarquía con respecto a las desastrosas condiciones materiales en que se desenvuelve la vida de amplias capas de la población. A esto vendrá a unirse en los años finales de la década de los sesenta la evidencia de la futura quiebra del régimen. La Iglesia, ahora a nivel de alta jerarquía, inicia un táctico despe-



El general Humberto Delgado, destacada figura de la oposición. Fue muerto en 1965, en la provincia de Badajoz por la policía secreta del régimen portugués, ante la inacción de las autoridades españolas. Su nombre es ya un mito para quienes mantienen posiciones contrarias al régimen.

gue en busca de una buena situación en el momento en que se produzca el cambio. Pero no serán capaces de ocultar cuatro decenios de íntima convivencia, durante los cuales —salvo alguna excepcional ocasión— nunca una voz de protesta surgió de las filas de la Iglesia ante el cotidiano aplastamiento de los derechos humanos de los portugueses.

El otro elemento decisivo serán las colonias. Las posesiones africanas, bautizadas como *provincias de ultramar* en la coyuntura descolonizadora de los años sesenta, sirven al régimen de Salazar en dos frentes diferentes y complementarios. Por una parte, los recursos provenientes de ellas permitirán durante mucho tiempo el mantenimiento de la autarquía económica de Portugal sin necesidad de recurrir a bienes procedentes del exterior del territorio nacional. Por otra, el prestigio conferido al régimen por la posesión de un Imperio colonial de tal magnitud es utilizado ante la población y ante el exterior como una lógica continuación del glorioso pasado portugués, del que el salazarismo sería la última y más lograda manifestación.



Desde 1958 la jefatura del Estado será ocupada por el almirante Américo Thomas, a quien se ve en la imagen con Salazar. Su papel, meramente representativo, servirá para seguir manteniendo de forma aparente el más alto puesto de la República en manos del poder militar.

Desde el final de la guerra se fomenta la emigración a las colonias y la inversión masiva de capitales en ellas. Pero las fuerzas profundas de la Historia son imparables. En 1965 poblaban Angola y Mozambique cuatrocientos mil europeos frente a casi doce millones de africanos. Desde un prisma lógico, la situación no presentaba salida si se pretendía prolongar, aun por la fuerza, la presencia portuguesa dotada de los mismos esquemas de dominación. En marzo de 1961 se produce el levantamiento simultáneo de las fuerzas guerrilleras independentistas en todos los territorios. La metrópoli envía fuerzas de choque, pero enseguida el enfrentamiento se convierte en una guerra de desgaste. La debilidad material de los guerrilleros se compensa con el fracaso de las acciones emprendidas por las fuerzas metropolitanas. Con ello ha comenzado la cuenta atrás para el momento de la muerte del salazarismo.

A pesar de la evidencia, las estructuras dominantes en Lisboa son demasiado rígidas para admitir la posibilidad de una retirada. La guerra va conformando los hábitos de vida del pueblo portugués, que ve su economía castigada todavía más por los crecientes gastos bélicos, que solamente benefician a una ínfima minoría. La estructura del régimen se resquebraja progresivamente, y el trauma sufrido por la población se extiende al ejército. Una guerra que no ofrece victorias y una situación colonial que ha dejado de ofrecer posi-

El día 25 de abril de 1975 es derribada la estructura visible del arcaico régimen imaginado por Salazar. La fracción más importante de las fuerzas armadas sale a la calle en expresión de júbilo ante la nueva era que parece anunciarse. En la fotografía, soldados de la guarnición de Lisboa se manifiestan en las calles de la capital la misma tarde del pronunciamiento.

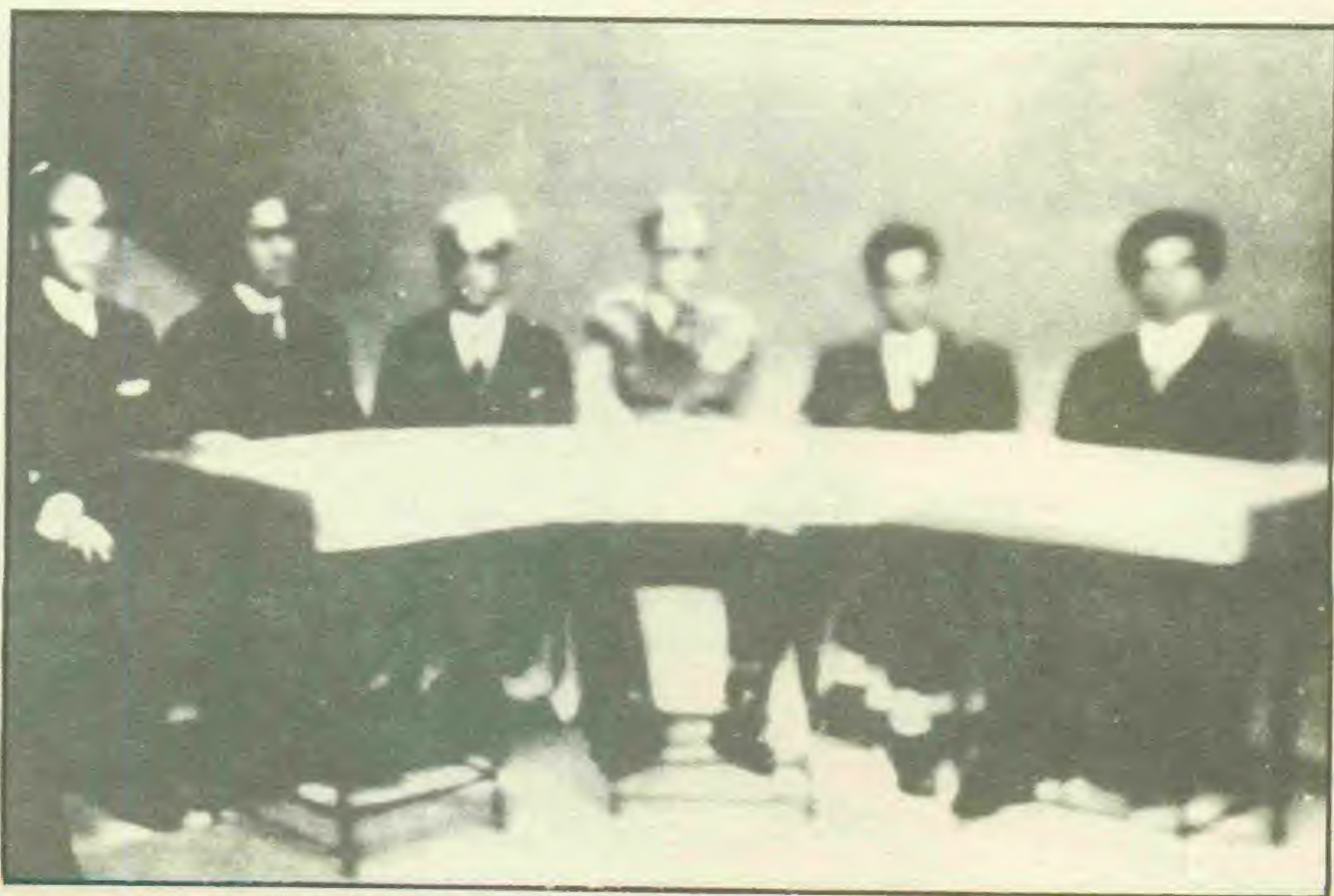


Imagen tomada de una emisión de la televisión portuguesa el día 25 de abril. Forman la Junta Militar, de izquierda a derecha: los capitanes de navío Antonio Alva Coutinho y José Baptista Pinheiro de Acevedo; los generales Francisco de Costa Gomes y Antonio de Spínola —que preside la Junta—; el brigadier Jaime Silveiro Marques, y el coronel Carlos Galvao de Melo.

El hombre fuerte de la nueva situación, general Antonio de Spínola, junto a su primer ministro, Vasco Gonçalves —a la izquierda—. A la derecha, el coronel Galvao de Melo.

Fotografía obtenida en el interior del edificio de la Dirección General de la Seguridad del Estado, último reducto de la policía salzarista en la calle Antonio María Cardoso. Junto a las armas, los retratos oficiales de las personalidades políticas destituidas: el presidente de la República, almirante Américo Thomas y el primer ministro, Marcelo Caetano.

bilidades de ventajas materiales y profesionales crean el clima propicio para el intento de cambio de una realidad que se presenta como insostenible.

El golpe militar de abril será de esta forma la plasmación de la imagen clásica que presenta a un régimen metropolitano caído a causa de una guerra exterior perdida. Un ejército herido en sus intereses y en su orgullo será el elemento detonante de la situación. Al fondo, el pueblo portugués espera obtener alguna mejora en unas circunstancias regidas por decisiones a él ajenas.

Ultimo acto: Marcelo Caetano

La evidencia de la pérdida definitiva de facultades por el anciano Salazar, a primeros de septiembre de 1968, obliga a los círculos dirigentes a su sustitución inmediata. Será alzado al poder el tratadista de Ciencia Política Marcelo Caetano. Este recambio efectuado desde dentro del poder con toda lógica no justificará la esperanza puesta en el abandono del fundador por los opositores al régimen. Las transformaciones efectuadas y previstas no rebasan los niveles de la mera apariencia. Las modificaciones de la Constitución no afectan más que aspectos marginales. Las elecciones de 1969 siguen las mismas pautas que todas las celebradas anteriormente. Pero las transformaciones sociales debidas al incipiente proceso de industrialización ya no pueden ser sofocadas, a pesar del endurecimiento de la represión.

En las Cámaras los liberales intentan desde dentro del sistema una apertura controlada que evite la radicalización de unas masas agotadas y unas clases medias deseosas de conocer la realidad de la democracia, imperante en la Europa a la que Portugal intenta aproximarse saliendo de su aislamiento. El panorama general es de absoluta degradación. Finalmente, las fuerzas decisorias se acercan al ejército con ánimo de conseguir una solución que no ponga en peligro el estatus reinante. Mientras, los figurantes del régimen, con el doctor Caetano al frente, situándose fuera de la realidad, intentan proseguir una política ya superada por conjunción de principios y métodos. Para evitar el encuentro de intereses entre miembros de los grupos radicales y oficiales izquierdizantes se pone en marcha el mecanismo del golpe de Estado, controlado por oficiales conservadores encabezados por el general Spínola, que, al frente del movimiento rebelde, se presenta como alternativa al orden anterior, corrompido y agotado. Con ello finaliza el prolongado período del salazarismo en el poder. Sus representantes visibles escogen el camino del exilio o del ocultamiento.

Terminaba un anacronismo vivo, un sistema social y político sorprendentemente conservado en un extremo de Europa capaz de soportar embates y desgastes. Una serie de circunstancias muy especiales: éxito del inmovilismo adormecedor, blandura y rigidez controladas, utilización de fuerzas con amplia audiencia de la población, atraso cultural de ésta, lejanía de los centros renovadores del continente, junto con una interesada permisión de las potencias extranjeras, podrían ser algunas de las claves que explicarían la larga permanencia de la trama política imaginada por Salazar y puesta en práctica hace ahora exactamente medio siglo. ■ J.M.S.M.



Antonio de Oliveira Salazar, «O doutor» (1889-1970).

Precursora del feminismo:



Flora Tristán, una mujer sola

NUESTRO tiempo, tan pródigo en revalorizaciones y rescates del olvido o simplemente de la subestimación por la historia (1), no podía tardar en fijar su atención en una mujer como Flora Tristán, cuyo nombre ha sido tradicionalmente alineado entre los personajes secundarios del socialismo premarxista. Gracias al poderoso resurgimiento del movimiento feminista y a una relectura de estos personajes secundarios, Flora Tristán ha ido recobrando en los últimos años su justo lugar en el árbol genealógico del feminismo revolucionario junto con otras grandes como Louise Michel, Clara Zatekin, Emma Goldman y Alejandra Kollontai. De todas ellas fue en gran medida una antecesora.

Apenas publicada durante más de un siglo, Flora Tristán ha sido intensamente reeditada en su país natal y en menor grado en otros países (2). De su pensamiento se ha dicho muy recientemente:

«Difícilmente podría pasar por original; está formado por apuntes sansimonianos y fouriestas, por trozos de Robert Owen, por préstamos de los teóricos del cartismo, de Louis Blanc, de los reformadores del *compagnonge* (...) El enlace entre feminismo y socialismo proviene de los sansimonianos; la descripción del palacio de la Unión Obrera se parece a la descripción del falansterio... Pero hay algo que nadie puede negarle a Flora Tristán: su ardor militante» (3).

Pero a pesar de la exactitud de este retrato intelectual y atado al último aspecto, surge una originalidad y sobre todo un valor especial en Flora que subrayó ya en su día el alemán Lorenz von Stein: «Es quizá en ella donde se manifiesta, con mayor fuerza que en los autores reformadores, la conciencia de que la clase obrera es un todo, y que debe darse a conocer como un todo, actuar solidariamente y con voluntad y fuerzas comunes para un fin común, si quiere salir de su condición». Flora fue una militante y una organizadora, una socialista y una feminista en el sentido moderno de cada uno de estos términos. Su cuerpo frágil y delicado estaba habitado por una mujer que poseía una voluntad de hierro y unas convicciones nada comunes. Su finalidad era pasar de las grandes interpretaciones y de las grandes finalidades a la acción colectiva del movimiento obrero real. Por ello se pronunció por una organización, la Unión Obrera que, creada desde abajo, fuera independiente de la clase dominante, estuviera motivada desde la radicalidad misma de la situación concreta de la clase y que tuviera como horizonte la emancipación obrera y de la mujer.

Menos originalidad que los grandes nombres del socialismo utópico, Flora significa por su actitud un salto cualitativo respecto a éstos, más atados a sus proyectos salvadores que a la práctica militante. Recogió (no sin coherencia) las aportaciones de unos y otros pero les dio otro sentido. Su pensamiento y sobre todo su obra se sitúa en un eslabón intermedio entre el socialismo utópico y el marxista, en línea del llamado socialismo de «transición» o del 48, de Proudhohn, Blanqui, Herzen, o Lasalle, Dézamy, Weitling; aunque a diferencia de ellos no pudo conocer la revolución internacional de 1848. Pero muchas de sus ideas cobraron visos de realidad en este acontecimiento y otras, en particular las feministas, volvieron a vivir pero ya entrado el siglo XX.

La paria

Su vida es tanto o más apasionante que su obra. La suya fue una vida romántica y desgraciada, inquieta, viajera e inconformista. Estos rasgos, así como su total sinceridad, se manifiestan diamantinamente en sus *Cartas* y en sus diferentes libros de viaje, en especial en el último, en su *Diario* es-

(1) Esto resulta a nuestro juicio manifiesto en lo que se refiere a F. Tristán en las grandes obras de historia del movimiento obrero como la de Cole (Historia del pensamiento socialista. *Fondo de Cultura Económica), la dirigida por Jacques Droz* (Historia del socialismo, *ed. Destino), etc.*

(2) En Francia se acaban de editar: La Tour de France, *2 vol., col. La decouverte, ed. F. Maspero y* Lettres, *reunidas, presentadas y anotada por Stéphane Michaud, ed. Le Seuil. En España la bibliografía de Flora Tristán se limita a dos títulos:* Flora Tristán: Feminismo y socialismo en el siglo XIX, *de Jean Baelen ed. Taurus, Madrid 1974 y su obra más política,* Unión obrera, *edición de Yolanda Marcos, ed. Fontamara, Barcelona, 1977.*

(3) Cf. Tristán, Flora *en el* Dictionnaire biographique du mouvement francais, *dirigido por Jean Maitrón, ed. Ouvriéres, París 1966. III vol.*

J. GUTIERREZ ALVAREZ

contra el mundo

crito alrededor de su *Tour de France* que condensan en gran medida toda su evolución intelectual y moral. De esta vida destacaremos algunos capítulos, los más significativos.

Esta mujer, apenas recordada durante mucho tiempo por ser la abuela del célebre pintor Paul Gaugin («Mi abuela, escribió éste, era una curiosa mujer», aunque en realidad no la llegó a conocer), nació en 1803 en París, fruto de la pareja formada por el coronel liberal español don Mariano de Tristán y por la francesa Flora —Céléstine-Thérese-Henriette Tristán Moscoso, que formaban una familia un tanto irregular y muy acaudalada. Eran muy amigos de Simón Bolívar, que frecuentó su casa cuando Flora era muy niña. La familia sufrió un desastre cuando tras la muerte de don Mariano que no había regularizado su vínculo matrimonial ni su disposición testamentaria, la guerra franco-española, iniciada el 2 de mayo de 1808, sirvió como pretexto a la burocracia gala para confiscar los bienes del «enemigo», dejando a la viuda y a su hija en el más cruel desamparo. Todos los intentos efectuados por la primera para recuperar la fortuna fueron infructuosos.

Flora y su madre pasaron a vivir durante varios años en el campo, hasta que en 1818 regresaron de nuevo a París (a la que Flora consideró como «su única ciudad»). Vivieron en la pobreza hasta que un año Flora entró a trabajar como obrera en el taller de grabado y litografía de André Chazal, un hombre vulgar y pintor mediocre que acabó enamorándose de ella. Se casaron en 1820 y en un principio parece ser que Flora fue una mujer muy apasionado aunque nunca estuvo enamorada. Tuvo dos hijos del matrimonio y soportó la esclavitud familiar hasta que en 1825, tras haberse quedado en cinta otra vez, abandonó definitivamente el hogar y se refugió de nuevo en el campo. Allí tuvo a Aline que simbolizó para ella su independencia, y que años más tarde, en 1948, sería la madre de Gaugin. Este drama familiar fue la base de la evolución de Flora hacia el feminismo radical.

La historia que le sigue es sencilla y terrible. Chazal no tiene la menor duda que Flora le «pertenece legalmente», y tanto la familia de ella (su tío materno, el comandante Laisney dirá rotundamente: «Una esposa que huye del domicilio conyugal y se lleva los frutos del matrimonio no tiene lugar en la sociedad: es una paria») como la justicia estarán de su parte. Después de años de problemas, entre los cuales hay que circunscribir un buen número de increíbles persecuciones callejeras y de malos tratos, el 10 de septiembre de 1838, Chazal pierde los estribos y trata de asesinar a Flora por la espalda. La bala no acabó con ella, pero estuvo a punto de hacerlo. Este disparo a bocajarro dio pie a un juicio que fue célebre en su época y que dividió la opinión pública. Para defender al encausado se prestó un tal Jules Favre, uno de los grandes abogados de entonces y que era conocido por su actitud progresista tras haber defendido a los trabajadores de Lyon durante las luchas sociales de 1843, pero para Favre, Chazal merece la absolución. Intenta presentar a Flora como una mujer de vida disoluta, como una mala esposa. El juez, sin embargo, encuentra que estos motivos no están probados suficientemente y no



George Sand (óleo de Charpentier, 1839).

son excusas para un intento de asesinato que Chazal reconoció. Este fue condenado a una condena de treinta años que no cumplió, pero fue lo suficiente para que ella se liberara de su incesante agresión.

Este largo drama matrimonial llevó en ocasiones a Flora a pensar en el suicidio siguiendo el ejemplo del Werther de Goethe, una de sus novelas favoritas. Pero se sobrepuso a todas las adversidades gracias a su extraordinaria voluntad.

Producto de esta experiencia fue su *toma de conciencia* feminista, su sensibilidad ante los problemas de la mujer trabajadora. Había comprendido que la mujer era una ciudadana de segunda clase para la que la famosa «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano» carecía de apartados. Se rebeló contra el matrimonio concebido como una institución en el que la mujer tenía que ser «posesión» del marido, esclava doméstica cuyo cometido en la vida era servir a éste y a los hijos. También cuestionó a la Iglesia que condenaba a la mujer por el pretendido «pecado original», a los científicos que trataban de mostrar que la mujer era inferior biológicamente que el hombre y a los legisladores que negaban la entidad social de la condición femenina. Su crítica alcanza hasta a la clase trabajadora, porque: «El hombre más oprimido puede oprimir a otro ser, que es su mujer. La mujer es la proletaria del hombre.»

De su conciencia socialista dedujo el argumento de que lo mismo que el trabajador había sido siempre considerado como una persona sin derecho, lo era la mujer, tanto en un caso como en otro se imponía una acción transformadora. De su experiencia concreta, incluso de su propia capacidad, desprendió la idea de que en determinados casos y en determinadas condiciones las mujeres habían alcanzado un nivel intelectual y moral muy superior al de la mayoría de los hombres. Era posible y necesaria, por tanto, la unión entre la causa socialista y la causa de la mujer; fue ella, antes que ninguna otra feminista, la que comprendió ambas causas como las dos caras de una misma moneda. Por eso escribe:

«Acabo de demostrar que la ignorancia de las mujeres del pueblo tiene las consecuencias más funestas. Sostengo que la emancipación de los obreros es *imposible* en tanto que las mujeres permanezcan en este estado de embrutecimiento. Ellas tienen todo progreso. En ocasiones yo he sido *testigo* de escenas violentas entre el marido y la mujer... Estas pobres criaturas, que no ven más allá de su nariz, como se dice, se enfurecían con el marido y *conmigo* porque el obrero perdía algunas horas de su tiempo ocupándose de ideas *políticas y sociales.»* (4).

Aunque no llega a explicar la opresión de la mujer en relación con el régimen capitalista, sí que lo hace con la economía, sobre todo, con el patriarcado. Adopta los grandes principios del universo feminista de Fourier y durante un momento se siente atraída por la idea de la mujer Mesías que le presenta Efantin, el principal discípulo de Saint Simon, pero su aportación primordial radica en que conexiona sus concepciones empiristas y socialistas con la lucha social. Siempre insiste en todas las reuniones con los trabajadores en la necesidad de que asuman la lucha por la liberación de sus compañeras, lo que significa comprometerlos con la lucha y un cambio de actitud por parte de ellos mismos. Sus exigencias programáticas para conseguir la igualdad de la mujer pasan por:

«1) Derecho a la igualdad en la educación y en la formación profesional. Reivindicación necesaria para que las mujeres puedan ser independientes económicamente de los hombres y puedan exigir igualdad de salario por igual trabajo. 2) Derecho a la libre elección del compañero, sin que pueda haber injerencia paterna en las decisiones sobre el matrimonio. 3) Derecho de las madres solteras al respeto e igualdad frente a la ley. 4) Derecho de los hijos ilegítimos a una parte de la herencia paterna.»

Sus problemas influyen visiblemente en esta carta de exigencias, que resultaban excesivamente radicales en su tiempo incluso para feministas como George Sand, a la que Flora se dirigió en varias ocasiones sin éxito. La paria que había empezado tomando posición con un pequeño punto, con un problema familiar, había acabado culpando a la sociedad de sus problemas que eran similares a los de la inmensa mayoría de mujeres de entonces.

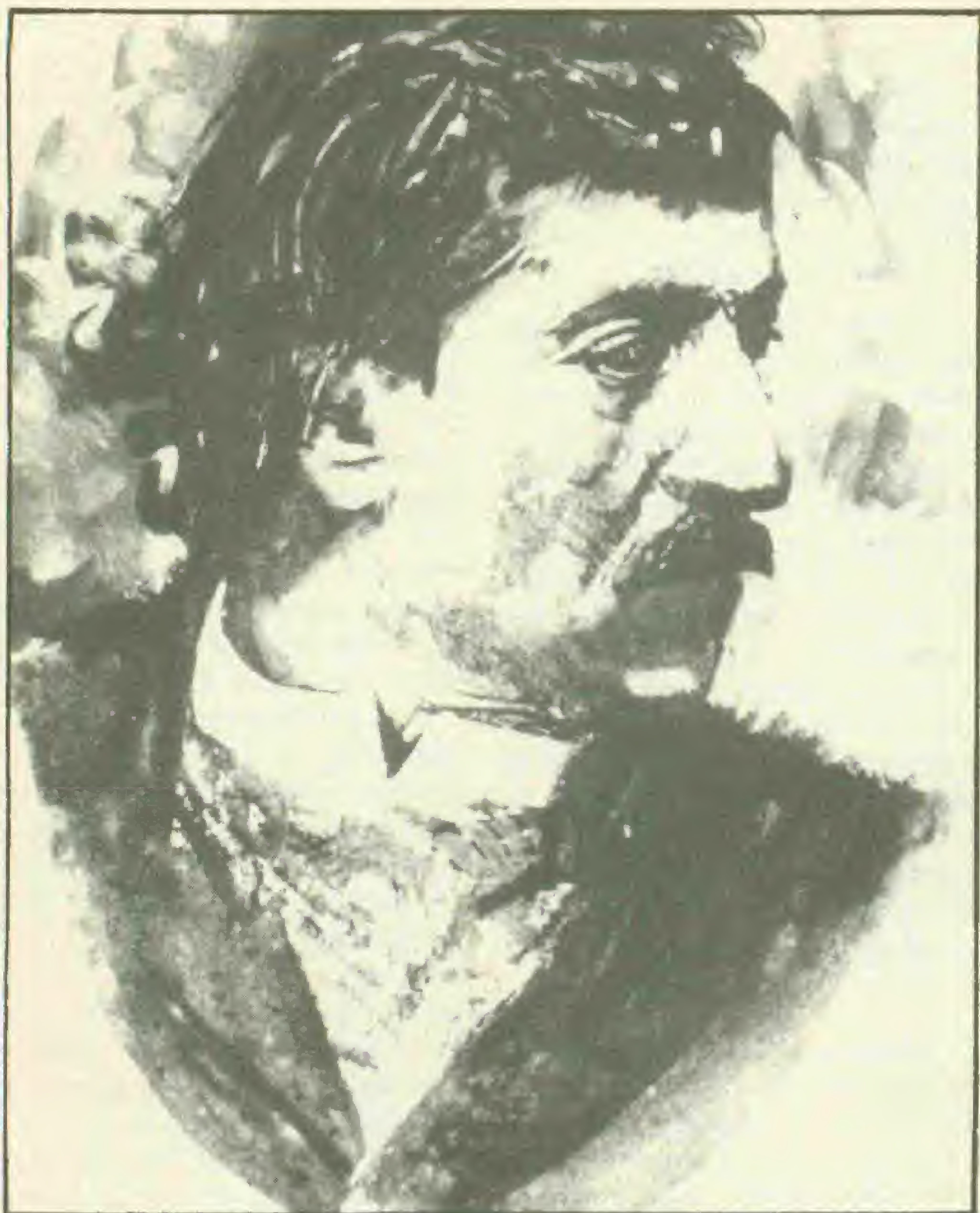
Sus peregrinaciones por Londres y Perú

Algunas de las obras de Flora, en concreto las que se refieren a sus viajes por Inglaterra, Perú y su «tour» por Francia, han sido publicadas en colecciones de clásicos de los grandes viajes. Estas obras resultan ser al mismo tiempo una novela de aventuras, memoria personal, crónicas periodísticas, fragmentos de historia, en particular, en el caso europeo, del movimiento obrero (5).

A la capital británica irá en tres ocasiones. En 1826 por primera vez, y seguramente como señorita de compañía o como doncella de alguna fami-

(4) Este problema, sencillo en apariencia y poco tratado dentro del movimiento obrero, ha sido uno de los más profundos y constantes para toda la militancia obrerista. La contradicción entre un hombre militante y comprometido y una mujer oprimida y conformista, ha sido tratado en obras literarias como La sonata a Kreutzer, *de Tolstoi y* La verdad, *de Emilio Zola.*

(5) Yolanda Marcos, intr. a Unión Obrera, *p. 26-27.*



Paul Gauguin (1848-1903).

lia, cargos que ejerció en distintas ocasiones para sobrevivir. Volverá de nuevo en 1831 y de este segundo viaje nacen sus primeras observaciones de la crisis inglesa derivada de la primera revolución industrial. De este viaje surgirá su reportaje sobre la vida social londinense, *Cartas a un arquitecto inglés*, que será publicado en 1837 en la *Revue de Paris*. En 1839, poco después del juicio contra su marido, tiene lugar una nueva estadía de Flora, pero en esta ocasión realiza una adiestrada encuesta sobre la realidad social y política de la ciudad y que será la base de su libro *Paseos en Londres*, sobre el que ha escrito J. L. Puech: «... ningún pasaje de los libros de Gorki y Dostoievski resultan tan impresionantes como esta simple observación de los espectáculos contemplados en su atroz realidad» (6).

En cuanto a su único viaje al Perú responde a otras motivaciones más particulares. En 1829 Flora conoció en una pensión a un capitán de navío que regresaba de Perú y que le facilitó información sobre su familia, ricos hacendados encabezados por el hermano menor de su padre don Pío Tristán. Creyó encontrar una oportunidad para conseguir parte de lo que le pertenecía y escribió una larga carta a éste. Don Pío respondió con una carta afectuosa pero tajante: no reconocía a su sobrina como hija natural, por tanto, carecía de derechos al patrimonio familiar. Sin embargo, cuatro años más tarde Flora embarcó en Burdeos hacia el continente sudamericano a bordo del *Mexicain*, mandado por el mismo capitán que le había dado la información sobre su familia, Zacarías, con él tendrá un vívido romance que dura casi cinco meses, o sea, el tiempo del viaje. Al llegar a su destino, Flora rompe con él. No soporta las actitudes posesivas de su apasionado amante.

Permanece en Perú cerca de un año. Durante este tiempo trata denodadamente de convencer a don Pío para que le permita participar en la fortuna de los Tristán, pero todo será inútil. El noble español trata a su sobrina exquisitamente, le permite que viva en su casa y la trata como a una sobrina, menos a la hora de ceder en la cuestión de una posible herencia. Pero lo que no encuentra en un lado, lo encuentra Flora en otro. La experiencia pone a prueba sus dotes de observación y escribió dos volúmenes, que con el título de *Peregrinaciones de una paria* publicó en 1838. Su testimonio es una crónica viva de la situación peruana que contiene un alto valor etnológico y antropológico. Sus notas a favor de la lucha de los negros o sobre las ravañas, que no pertenecían a ningún hombre e iban armadas, son muy sugestivas.

Aparte de estas obras de viaje y de su obra socialista fundamental, *Unión Obrera*, Flora Tristán escribió otros textos de interés muy desigual. Entre ellos hay que distinguir: *Nécessité de faire bon accubil aux femmes étrangéres* (1835), que esboza tibiamente sus ideas feministas y que reclama que el Estado por medio de suscripciones públicas cree casas y palacios para las extranjeras, una idea internacionalista eminentemente fourierista; *Les Couvens d'Aréqui-*

---

(6) En esta obra Flora Tristán se adelanta extraordinariamente en muchos aspectos a la que escribió un poco más tarde Engels, La situación de la clase obrera en Inglaterra, *ed. Júcar, Madrid 1979. Engels y Marx defendieron en diversas ocasiones a Flora como una antecesora de sus ideas, cf: Maximilian Rubel,* Flora Tristán et Karl Marx, *en La nef, París enero de 1946.*

pa (1836), un relato muy en línea de Stendhal basado en sus recuerdos peruanos; *Méphis* (1838), su novela más ambiciosa y que viene a ser una especie de novela del «realismo socialista» *avant la lettre*, muy en línea de las obras de Eugenio Sue y en la que aparece uno de los primeros «héroes positivos», un proletario llamado Jean Labane y como contrapunto un perverso jesuita bastante bien retratado, y prueba de ello es que Sue se apoyó en él para hacer el suyo de *El judío errante*. Como novelista, Flora Tristán, sin embargo, es una autora olvidable y sin mucho interés, aunque no desprovista de sensibilidad y talento.

Admiradora y ferviente lectora de los grandes reformadores, tomó contacto con los seguidores de Fourier y Saint Simon —en particular con Enfantin, con el que rompió pronto desilusionada por sus geniales extravagancias—, y conoció personalmente a Cabet y a Owen, quizá el más próximo a sus posiciones, pero desde el principio tomó distancia de ellos. El modelo más próximo de Flora fue el cartismo inglés, un movimiento social y de masas, opuesto no sólo a la aristocracia, sino también «a los privilegios mercantiles». En el cartismo vio la conciencia de «... la gran lucha, la que habrá de reformar la organización social, en la lucha concertada, de una parte, entre los propietarios y capitalistas que reúnen todo en sus manos: riqueza y poder político... y, de otra parte, los obreros de las ciudades y de los campos, que no tienen nada, ni tierras, ni capitales, ni poderes políticos» (7). Pero en



Alexandra Kollontai (1872-1952).

Francia este movimiento había que construirlo desde abajo, al margen o más allá de las teorizaciones reformadoras.

Su propósito es crear la Unión Obrera con dos fundamentos básicos:

1. *La constitución del proletariado*. Critica profundamente las asociaciones artesanales, yendo más lejos que otros contemporáneos suyos que también lo habían hecho; las sociedades particulares por su egoísmo individualista, porque «no pueden (y no tienen la menor intención) cambiar para nada, ni mejorar siquiera la posición material y moral de la clase obrera»; al corporativismo tan apreciado por Proudhon, y dice que se trata de un tipo de «organización bastarda, mezquina, egoísta, absurda, que divide a la clase obrera en una multitud de pequeñas sociedades particulares..., sistema de fraccionamiento que diezma a los obreros». Lamenta la división («causa verdadera de sus males»), a la que opone su unión cuyo objetivo es «constituir la unidad compacta, indisoluble de la clase obrera», y llama a los obreros diciéndoles: «haced a un lado, pues, todas vuestras pequeñas rivalidades y formad, aparte de vuestras asociaciones particulares, una unión compacta, sólida, indisoluble» (8).

(7) *También escribe: «La asociación más formidable que se haya formado hasta ahora en los tres reinos es la de los* carlistas... *La asociación muestra por doquier sus inmensas ramificaciones: en cada manufactura, fábrica, taller, se encuentran obreros carlistas; en los campos, los habitantes de las chozas forman parte de este movimiento, y esta santa alianza del pueblo, que tiene fe en su porvenir, se consolida y aumenta cada día más...».*

(8) *Concretamente el programa de la* Unión *dice: «1. Constituir la clase obrera, por medio de una Unión compacta, sólida e indisoluble. 2. Hacer representar a la clase obrera ante la nación por un defensor elegido por una Unión obrera y pagado por ella, de modo que quede bien claro que esta clase* necesita ser, *y las demás clases la acepten. 3. Hacer reconocer la* legitimidad de la propiedad de los brazos *(en Francia, 25 millones de proletarios no poseen más que sus brazos). 4. Hacer reconocer la legiti-*

2. *La autoemancipación del proletariado.* Había comprendido la indiferencia del poder y de todas las instituciones, por tanto, consideró que había, pues, que dejar «de esperar aun la intervención que se ha venido solicitando para vosotros desde hace veinticinco años. La experiencia y los hechos os dicen suficientemente que el gobierno *no puede* o *no quiere* ocuparse de vuestra suerte cuando se trata de mejorarla. Sólo de vosotros depende salir, si lo deseáis firmemente, del dédalo de miserias, de dolores y abatimiento en el que languidecéis». También compara la revolución obrera con la burguesa y de ello desprende una lección: «En verdad, si los burgueses fueron "la cabeza", tuvieron como "brazos" al pueblo, al cual supieron utilizar hábilmente. En cuanto a vosotros, proletarios, no hay nadie que os pueda ayudar. Así, pues, es necesario que seáis a la vez la "cabeza" y "los brazos".»

Animada por el relativo éxito de su libro *La Unión Obrera*, emprende en 1844 un «tour» por Francia con fines propagandísticos.

El último viaje

Al iniciar este último trayecto, Flora alberga todavía cierta confianza en la ayuda que les pueden prestar determinados estamentos y personalidades, pero la decepción llega pronto. En una de sus notas escribe «¡Se acabó! Después de esta vuelta a Francia no podré ver ningún burgués. ¡Qué raza impía, imbécil, nauseabunda!».

Estos burgueses se dividen en varias categorías, de principio los «grandes hombres» de la época que permanecen «al margen» de la situación de explotación de la clase obrera, así: Lacordaire cuyo *noble* fin es el de restaurar el convento de los Benedictinos; Lamartine y su bienestar público (Flora ve: «La nulidad de su acción, su falta de inteligencia y de energía»); Schoelcher, George Sand y su romanticismo que no ve al proletariado más que como materia literaria. Un paso más allá se encuentran los «radicales» del liberalismo, periodistas, charlatanes de café, que dedican su tiempo a jugar a las cartas o al billar y presumen de revolucionarios, pero que para Flora «no lo son para los que entienden la verdadera revolución». En otro círculo encuentra a los francmasones que se niegan a recibirla en Marsella por temor que la policía les «cierre la logía».

Más allá se hayan los agentes de la burguesía y que quieren tener un pie entre los trabajadores para guiarlos, son los *poetas obreros* en primer término que se creen literatos y menosprecian a la plebe ignorante (ninguno de ellos fue recordado), después vienen los discípulos indignos de los grandes utopistas (sansimonianos, cabetianos, fourieristas), que forman parte de una aristocracia obrera condenada por el desarrollo de la gran industria y que están embuidos en las tradiciones jerárquicas y en las discusiones sobre el futuro. Unos y otros rechazan tomar postura en torno al problema de la organización obrera. Sólo los componentes de la Liga de los Justos apreciarán seriamente la labor de Flora Tristán.

En su *Diario* Flora va describiendo un mapa sobre la condición obrera de la Francia de entonces. En este mapa aparecen detallados los aspectos humanos del proceso de formación de la industria moderna y sus ciudades protagonistas. Flora las clasifica así: París, «la ciudad de los alientos generosos» donde los obreros son orgullosos de su blusa; Lyon, la ciudad de «los obreros inteligentes», con sus sombreros y sus bigotes que sorprenderán a Flora por su seriedad organizativa. Un *canut* (obrero de la seda) se excusará de no haber asistido a una reunión porque no tenía camisa que ponerse y su mujer que le acompañaba maldecía «los fabricantes, al rey, a los ricos e imploraba la muerte, preferible a tantos males. El marido no decía nada, parecía acobardado (...) Una, sola camisa. Dieciocho horas de trabajo por día. Señora, las cosas no pueden continuar así. Preferimos morir en el combate que morir de hambre». Continúa a través de Marsella, Toulon. La primera la compara con Babilonia por sus costumbres «orientales depravadas», pero la Unión llega a constituirse y los obreros se «reían de la policía». La segunda le deprime porque los obreros «se encuentran bajo el yugo militar», pero la conciencia de los obreros de arsenal «le llenan el corazón de alegría». Prosigue por Auxerre, Dijon, Roanne que son todavía ciudades semirrurales. Flora contempla a los obreros embrutecidos por la miseria y la religión mientras tienen «que trabajar de doce a quince horas para poder comer. No hay más que amargura (en su corazón)», su inteligencia es pobre y son propensos a la irritación y al desaliento.

Su predilección por las mujeres trabajadoras es constante, por lo demás éstas muestran también gran interés por escucharla. En ocasiones Flora se maravilla por la inteligencia natural de alguna de sus interlocutoras, por su resistencia en el trabajo. Denuncia los bajos salarios con argumentos aún toscos pero que apuntan a la idea de la plusvalía y denuncia a la clase patronal con datos precisos. Los patronos que

---

midad del derecho al trabajo de todos y todas. *5. Examinar la posibilidad de* organizar el trabajo *en el estado social actual. 6. Edificar en cada departamento palacios de la Unión Obrera, donde se instruirá a los hijos de la clase obrera, intelectual y profesionalmente, y donde se admitirán los obreros y las obreras heridos durante el trabajo y los viejos o enfermos. 7. Reconocer la urgente necesidad de dar a las* mujeres del pueblo *una educación moral, intelectual y profesional, para que se conviertan en los agentes moralizadores de los* hombres del pueblo. *8. Reconocer, en principio, la* igualdad de derechos *del hombre y la mujer como único medio para constituir la unidad humana».*

conoce son una amplia combinación de cinismo, de inhumanidad, de tartufos clérico-humanitarios capaces de cualquier cosa. Uno le dice: «El hombre no es más que una bestia sobre el que la propiedad pueda hacer de todo». Pero éste no es mucho peor que el buen padre de familia, cumplidor con la Iglesia y las instituciones, y que deplora «este estado de cosas». Pero para Flora esto no puede durar. Para ella «la tierra forma el más grande y magnífico jardín para todos, la humanidad llegará a ser una grande y misma familia donde cada miembro vivirá según sus gustos y recibirá según sus deseos», aunque ajusta, esto quizá tarde todavía 300 años.

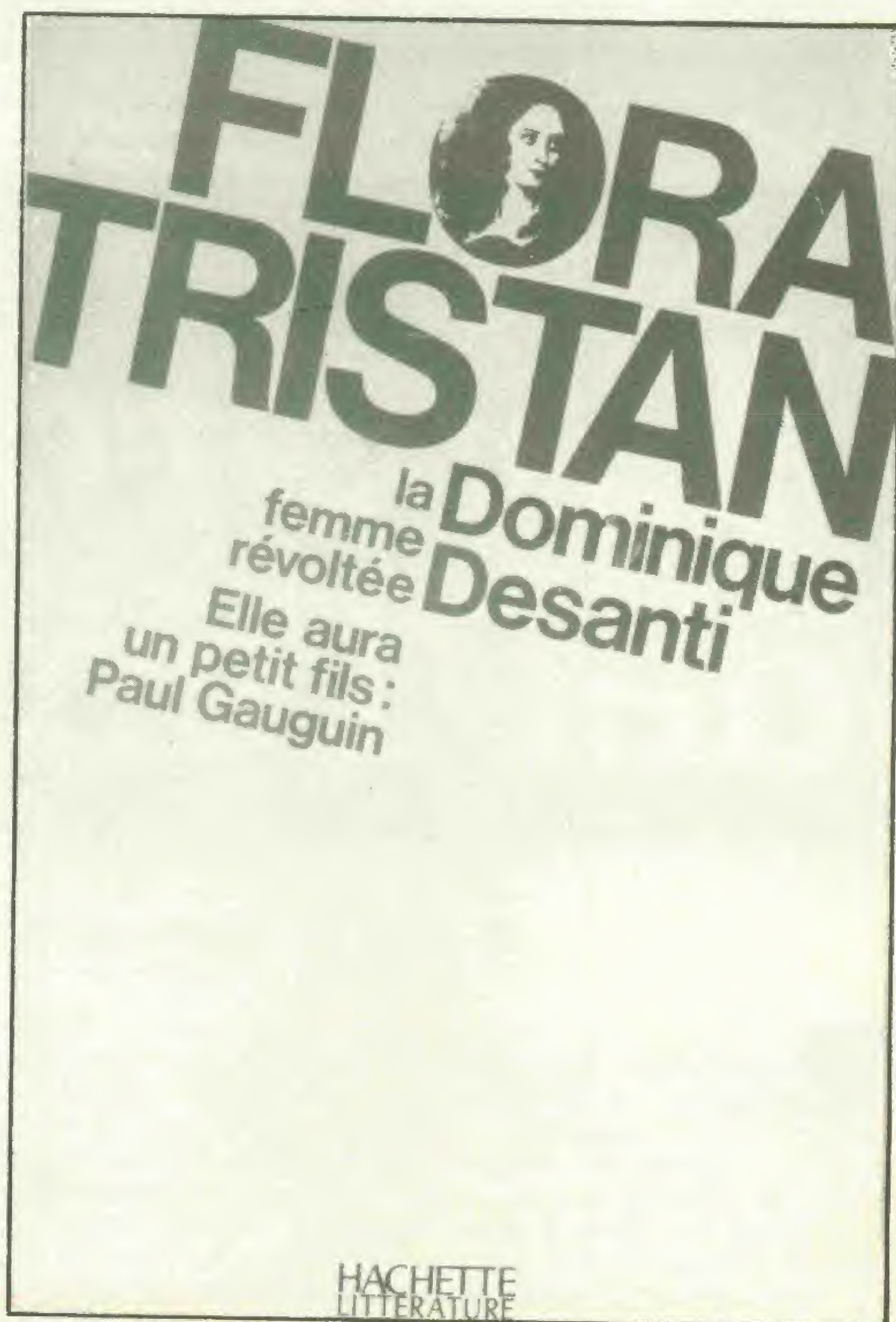
Inadvertida

Su campaña no pasa desapercibida a los poderes públicos. En un primer momento se trata *tan sólo* de artículos irónicos en la prensa luis-felipista. La tratan de utópica y hurgan en su pasado. Después vendrán las primeras medidas policiales que tratan de prohibirle hablar a los obreros. Ella trata de imponer la legalidad. Finalmente viene la policía a disolver los actos, entonces llama a la resistencia. En la pequeña ciudad de Agen llega a imponer el derecho de asociación.

Durante este tiempo de agitación, Flora no piensa en sí misma ni en sus relaciones. Su única preocupación es la de constituir nudos organizativos en las ciudades que visita, nudos que serán en muchos casos la base de los sindicatos. No inocula ningún tipo de mesianismo, ya no cree ni en dioses, ni en reyes y tampoco en tribunos como dirá la Internacional. Cuando deja un primer núcleo Flora no les ofrece más alternativa que la unidad y la lucha. Tiene conciencia de que está quemando su vida, pero cree que es su deber, admira a las grandes heroínas que —como Teresa de Jesús— lucharon consecuentemente por una causa. Conforma a su alrededor un minúsculo grupo de seguidoras, entre las que destaca Eleonora Blanc a la que transforma en su «hija en el espíritu», su «Santa Juana». Pero no le queda tiempo para crear ninguna escuela.

Malnutrida, descuidada con su salud, al borde de su capacidad física se va rompiendo. Desde hace tiempo que teme morir sin haber cumplido sus proyectos: «Demasiada vida, escribe, mata a la vida». Tras varios momentos angustiosos en Dijon («Estoy muy enferma de la vejiga, de la matriz...»), Lyon, Montpellier, morirá en Burdeos el 4 de noviembre de 1844.

Pero a pesar de que su tiempo de militancia ha sido muy breve, Flora conseguirá en gran medida sus propósitos. Fue gracias a empresas como la suya que cuatro años más tarde la clase obrera irrumpirá en el escenario político con una fisonomía propia y con unos objetivos, la República igualitaria, democrática y universal que ella hubiera firmado con entusiasmo. Aunque de haber seguido viva habría ampliado estos objetivos a la liberación de la mujer.■ **J. G. A.**



Portada de una biografía de Flora Tristán, editada por Hachette, en 1972.



La investidura de un caballero (Iglesia de Mervilliers.)

Nacimiento, desarrollo y extinción:

La Orden del Temple

Miguel A. Martínez Artola

LA Orden del Temple aparece en el siglo XII y desaparece a principios del XIV. En estos dos siglos los Caballeros Templarios luchan contra el Islam en Palestina y desarrollan una labor civilizadora en Europa. Su obra ha sido enaltecida y vilipendiada como pocas en los siglos posteriores a su extinción. No obstante, la historia de la Orden del Temple puede darnos algunas de las pautas imprescindibles para comprender el desarrollo de la historia europea en la Edad Media. Lucharon sus caballeros en defensa de la Cruz tanto en las Cruzadas como en las campañas que emprendían los reyes ibéricos contra el poder musulmán en la Península y, al mismo tiempo, cimentaron a través de sus casas y encomiendas en Europa, un desarrollo económico y un florecimiento artístico y cultural que sólo ellos, gracias a sus grandes riquezas, donaciones y exenciones de tributos de que disfrutaban pudieron crear.

La protección que dispensa-

ron a la Orden papas y reyes, el estar sometidos sólo a la autoridad de Roma, su poder económico y militar y su independencia del poder civil les hicieron aparecer como un estado dentro del Estado en los países en que se habían aposentado, lo que despertó la envidia y ambición de los reyes, especialmente de Felipe el Hermoso, rey de Francia, el cual, aprovechando su influencia sobre el papa Clemente V, tramó una conspiración contra la Orden que tuviera como resultado la supresión de su Instituto y el paso a las arcas reales de todos los bienes de los Templarios. De esta forma se fraguó el desdichado fin de los Caballeros y se alimentó la leyenda sobre sus inmensas riquezas y sus abominables pecados que, aún en nuestros días, les hace aparecer como una organización secreta dedicada al vicio, la corrupción y el crimen.

Afortunadamente, historiadores sensatos y sin prejuicios han sabido separar el grano de la paja y la historia de la Orden puede aparecer hoy con sus lógicas imperfecciones, sus rituales iniciáticos propios de su época, sus contradicciones internas y sus fracasos estratégicos en Palestina motivados por la ambición o incapacidad de sus Maestres, pero también con todas sus virtudes y grandes realizaciones que hagan destacar su importante papel en la historia de Occidente.

Nacimiento en Palestina

Godofredo de Bouillon, el caudillo más destacado de la Primera Cruzada, conquista Jerusalén para los cristianos en 1099. Comienza así el Reino Latino en Palestina. Los Santos Lugares se abren para los peregrinos cristianos, pero las Cruzadas tienen unas connotaciones económico-sociales que subyacen bajo las motivaciones



San Bernardo (Piero della Francesca).

religiosas: se establecen rutas comerciales y se toma contacto con el mundo oriental. Europa se introduce en un nuevo conocimiento y se produce una comunicación cultural entre Oriente y Occidente. El feudalismo encuentra una nueva razón de ser en las Cruzadas y las ciudades y campos de Europa ven como se produce un éxodo de aventureros y fanáticos hacia Palestina. El papado aprovecha las Cruzadas para reafirmar su poder sobre reyes y emperadores. El grito de ¡Dios lo quiere! resuena en toda Europa. Los caballeros se movilizan, los monjes aportan el auxilio espiritual y nacen las Ordenes Militares que defenderán los caminos de la Ciudad Santa y cuidarán de los peregrinos en sus Hospitales.

En 1818, nueve caballeros parten de Francia hacia Jerusalén. Una vez allí, el rey Balduino II les cede un asentamiento cerca del Templo de Salomón. Los nueve caballeros deciden vivir en comunidad y uno de ellos, Hugo de Payens, se convertirá en el primer Gran Maestre del pequeño grupo. En 1128 hacen votos de castidad, pobreza y obediencia y San Bernardo les da una Regla por la que regirse y que es aprobada en el Concilio de Troyes. De esta forma se convierten en una Orden de monjes-soldados que, por el lugar donde tuvieron su primera casa, serán llamados Templarios.

San Bernardo soñaba con una sociedad que siguiese el modelo de la Iglesia Romana y preparó a los caballeros para la misión de transformar esa sociedad según el modelo cristiano. La Orden estaba compuesta por caballeros, capellanes, frailes y sirvientes. El Capítulo de la Orden era quien elegía al Gran Maestre. El orden jerárquico estaba compuesto por Comendadores, Mariscales, Senescales, Visitadores, Castellanos y Preceptores. Según la



El sello de los Templarios de 1269, evoca el Templo que ellos ocuparon en Jerusalén.

Regla, los caballeros debían rezar las horas canónicas, su alimento debía ser sencillo y la mesa en común con lectura espiritual; los caballeros debían vestir de blanco y no usar melena, no podían pegar a los sirvientes ni poseer bienes propios; no abandonarían nunca a un compañero en la batalla y debían combatir aunque la desventaja fuera de tres contra uno.

Como se ve, los Templarios eran casi una auténtica Orden Monástica y, con tan severa Regla, no es de extrañar que andando el tiempo las costumbres se relajaran un tanto. A partir del Concilio de Troyes, Hugo de Payens recorrió Francia, Inglaterra, España y Portugal, retornando a Oriente con 300 caballeros y gran número de sirvientes y escuderos. Comenzó entonces el acontecer bélico de la Orden.



El Papa Inocencio III, amigo de los Templarios.

La milicia del Temple

La rápida expansión de la Orden tiene lugar casi desde sus comienzos. Mientras en Europa realizan una labor civilizadora, en Oriente y España luchan contra los árabes y edifican castillos. Tal fue su crecimiento que la Orden se dividió en provincias. En Oriente cinco y en Occidente doce. Las Ordenes de Hospitalarios y Teutónicos imitaron la organización militar del Temple. Dado que los recursos de que disponía el Reino Latino de Jerusalén eran escasos y dependían en gran manera de los refuerzos siempre inseguros que llegaban de Europa, las Ordenes militares se convirtieron en el auténtico ejército permanente de los cristianos en Palestina.

Durante el siglo XII, todas las campañas militares que se llevan a cabo en Tierra Santa cuentan con la presencia de los caballeros del Temple como arma fundamental. Su contribución en la lucha es definitiva, acumulan posesiones, castillos e influencia política y si bien es cierto que entregan gran parte de su esfuerzo a las armas cristianas, las estructuras feudales que imperan en el Reino Latino hacen que la Orden defienda también sus propios intereses políticos, económicos o militares, como demuestran las alianzas que establecen en determinadas ocasiones con las fuerzas del Islam, lo que les hace ser temidos y respetados como una gran potencia, tanto por cristianos como por musulmanes.

De la enconada lucha que sostuvieron contra los árabes, son ejemplo los siguientes hechos: En 1153, el gran maestre Bernardo de Tremolay muere con sus caballeros ante los muros de Ascalón; en 1156, el gran maestre Bertrán de Blancafort logra salvar al rey Balduino derrotado en Tiberíades, pero es hecho prisionero y conducido a Alepo; el gran maestre Odón de San Amando muere en un calabozo de Damasco; en 1191, el gran maestre Gerardo de Ridefort muere en el sitio de Tolemaida; durante la cruzada de San Luis, el gran maestre del Temple, Guillermo de Sonnac, pierde un ojo y muere en la lucha.

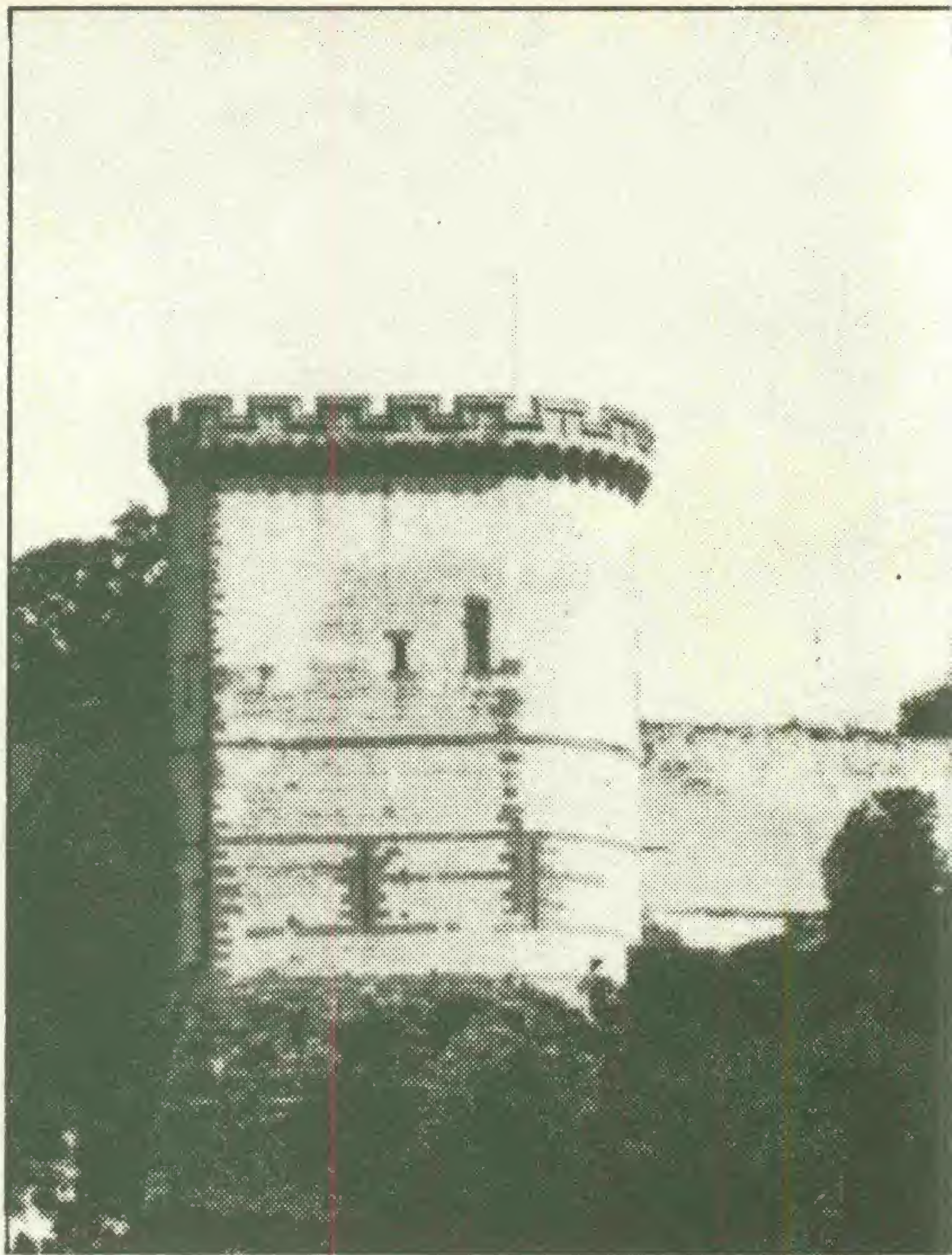


Los Caballeros. (Capitel de la iglesia de Vezelay.)



Felipe IV el Hermoso, rey de Francia y sus hijos. (Escuela Francesa del siglo XIV).

El castillo de Chinon.



Por fin, los templarios son los últimos en defender San Juan de Acre, con cuya caída termina el Reino Latino de Jerusalén. Como se ve, los templarios derramaron abundante y generosamente su sangre en defensa de la Cruz.

Pero también, como ya hemos señalado, mantuvieron relaciones con grupos y cabecillas musulmanes, siempre que éstas favorecieran de alguna forma sus intereses. Así son de señalar los tratados y alianzas establecidos por la Orden con la secta de los Asesinos del Viejo de la Montaña. Los contactos, que al principio debieron ser exclusivamente militares, debieron estrecharse después, ya que algunos investigadores han hallado curiosas semejanzas entre templarios y asesinos (adictos a la droga hachís, de donde haschischin = asesinos, secta iniciática ismailita fundada por Hassán ibn Sabbah, el Viejo de la Montaña de los relatos de Marco Polo, y que pretendía desestabilizar el poder, tanto de cristianos como de musulmanes por medio del asesinato político). Las relaciones entre las dos órdenes permitieron que ciertos territorios y aldeas de los Asesinos fueran tributarios del Temple, pero cuando éstos quisieron sacudirse los tributos que pagaban a los caballeros, los enviados de los Asesinos fueron asesinados por el templario Gualterio. El propio rey Amalarico hubo de penetrar violentamente en el Capítulo que celebraba la Orden en Sidón y detener a Gualterio, disculpándose después con Sinán, el jefe de los Asesinos, por la muerte de sus enviados y la ruptura de la tregua.

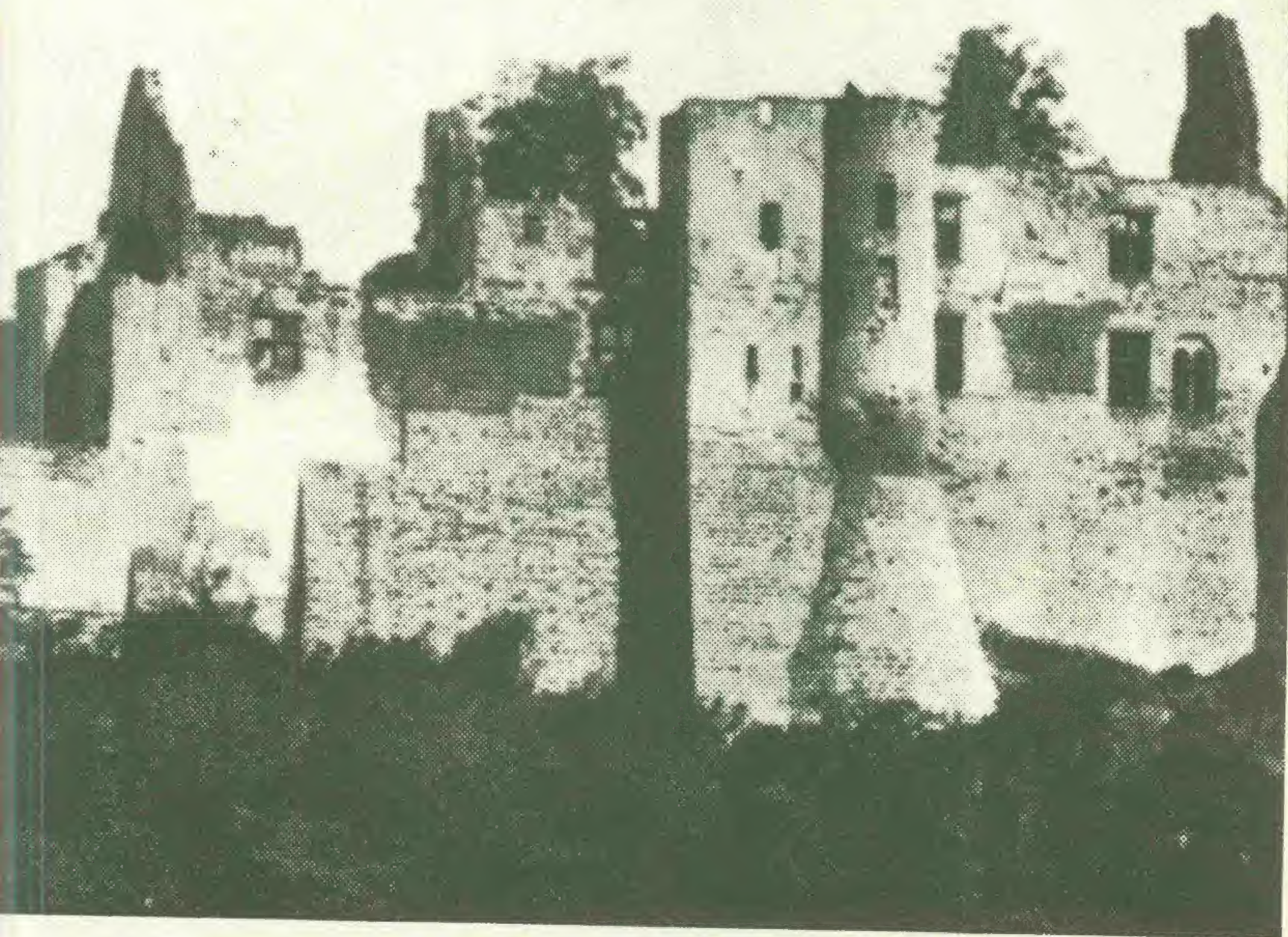
Como se ve, las fluctuaciones de la política de alianzas que imperaba entre las fuerzas que combatían en Palestina se reflejan también en el comportamiento interesado de la Orden del Temple.

La Orden en los reinos peninsulares

La situación de guerra contra los árabes que se mantenía en la Península Ibérica, hizo que la Orden del Temple contase pronto con un buen número de caballeros y posesiones en los reinos cristianos. Tal llegó a ser su fama que Alfonso el Batallador, rey de Aragón, legó su reino en testamento a la Orden del Temple junto con la del Hospital y la del Santo Sepulcro, e incluso el príncipe don Jaime, después Jaime I el Conquistador, fue cuidado por Guillén de Montedón, maestre de Aragón. Los templarios acompañaron al rey en sus más importantes empresas bélicas.

Pese a que su regla no les permitía tener bienes personales, la Orden recibió gran número de donaciones y posesiones, con lo que se hizo rica y poderosa en los reinos de Castilla, Aragón y Portugal. Su participación en las campañas guerreras de los reyes les produjo la tenencia de gran número de castillos y villas fronterizas, así como la posesión de barrios enteros en las ciudades reconquistadas como Tortosa, Valencia o Mallorca, con lo que el rey quería premiar su esfuerzo y sacrificio.

Siempre dispuestos al combate, hubo una ocasión en que los caballeros no pudieron ha-



cer frente a sus compromisos. El rey Alfonso VII había donado la fortaleza de Calatrava a los templarios para su defensa pero éstos, ante el empuje de las fuerzas enemigas no pudieron mantener la posición y renunciaron a ella. De su defensa se encargó fray Raimundo, abad de Fitero, con el que nace la llamada Orden de Calatrava. A imitación de la del Temple se crea también la Orden de Santiago.

El Camino de Santiago, la más importante ruta iniciática y de peregrinación de Occidente, fue asentamiento preferido de la Orden, donde poseyeron importantes iglesias, encomiendas y castillos. Cerca de Puente la Reina, donde el Temple tenía casa y hospital de peregrinos, se levanta la ermita de Eunate, de planta octogonal y bellísimo claustro exterior, construida posiblemente bajo los auspicios y dirección de la Orden, siguiendo el clásico modelo de templo poligonal a imitación de la Cúpula de la Roca que se levantaba en la explanada del Templo de Jerusalén. La Orden poseía monasterio en Aberín y asentamientos en Villalcázar de Sirga, Lédigos, Turienzo y Ponferrada, donde edificaron su más famoso castillo leonés y que guardaba las llaves de Galicia.

En Segovia poseyeron la Iglesia de la Vera Cruz, templo de doce lados al exterior con edículo interno y cámara iniciática, y que es uno de los más bellos templos castellanos. La Orden creció rápidamente y ocupó castillos como los de Montalbán, Torija y Jerez de los Caballeros.

En Aragón y Cataluña su influencia fue tal que incluso el conde Ramón Berenguer III vistió el hábito del Temple y tras sucesivas conquistas y donaciones, los caballeros se aposentaron en Barcelona, Valencia, Tortosa, Miravet, Monzón... La batalla de las Navas de Tolosa fue una de las más importantes de la Reconquista y al lado de Alfonso VIII combatieron los templarios al mando del maestre Gómez Ramírez. Al ser suprimida la Orden, los templarios españoles



Jacques de Molay, último Maestre de la Orden del Temple.

fueron absueltos de las acusaciones que se les hicieron, como veremos más tarde, y en los Concilios de Salamanca y Tarragona fueron declarados libres y sin culpa.

Papel civilizador de la Orden

Mientras en Oriente el Temple era el brazo armado de la cristiandad, en Europa se dedicaron a realizar la labor civilizadora para la que habían sido creados. Sólo estaban sometidos al papa y su poder y autonomía les convirtieron en un estado dentro del estado. Trataban de crear una nueva sociedad basada en la solidaridad de todos los pueblos estructurada en una federación de estados bajo un emperador y un papa. Posiblemente intentaron agrupar las comunidades en dos grandes áreas: una europea y cristiana y otra asiática y musulmana.

La transformación económica fue el principio. Impulsaron el comercio y favorecieron el transporte, pues sus casas y encomiendas dominaban las rutas y los caminos. En sus granjas trabajaban artesanos y comerciantes a los que la Orden protegía, creando las bases de su potencialidad económica. Los campesinos trabajaban en un acuerdo libre. Con las donaciones y exención de impuestos creció su poder y su tesoro. Se transformaron en importantes banqueros. Recibían el dinero de nobles y burgueses y extendían cartas de crédito que podían ser cobradas en cualquier encomienda de la Orden. Poseyeron una importante flota con posibles bases en Mallorca y La Rochela. En sus transacciones comerciales utilizaban un alfabeto secreto que, según Probst-Biraben, se contenía en la Cruz de las Ocho Beatitudes y en las figuras que se formaban al dividirla, teniendo cada signo o triángulo un significado especial.

La Orden protegía a los maestros constructores que constituían las hermandades que desarrollaron el románico y el gótico, dejando sus marcas en las piedras de sus iglesias. Ninguna Orden era tan rica ni poderosa. Las donaciones iban en aumento. La Orden tenía una renta anual de 50 millones de francos, poseía unas 9.000 casas y en el Temple de París, la casa central, se guardaba gran parte del tesoro. Se calcula que en el siglo XIII, la Orden estaba compuesta por unos 20.000 miembros. Los reyes acudían al Temple para paliar sus desastres económicos. Su tesoro les permitió aportar 30.000 libras para el rescate de San Luis, que había caído prisionero en Daimieta; concedieron también 25.000 marcos de plata al rey de Francia y en otra ocasión habían prestado 30.000 libras al rey de Inglaterra.

La Doctrina Secreta

Se ha hablado mucho de la existencia de una Doctrina Secreta o de una Orden paralela en el Temple de la que sólo las altas jerarquías tendrían conocimiento. Probablemente las prácticas iniciáticas de la Orden y su contacto con las filosofías orientales, dieron moti-

vo a algunas de las acusaciones que se les hicieron.

Concretamente se han podido detectar ciertas semejanzas entre Templarios y Asesinos. Ambas órdenes eran iniciáticas y utilizaban el simbolismo del número nueve, empleaban los colores blanco y rojo en sus atavíos (capas blancas y cruces rojas para los templarios), habían creado una particular gnosis esotérica y disponían de una similar organización religiosa, administrativa y militar, con un jefe supremo, gran maestre o Sheik el Yebel y unos grados jerárquicos homologables en las dos órdenes. La larga y prolongada estancia de los templarios en Oriente puso a los caballeros en contacto con antiguas creencias y mitos. No es pues de extrañar que ambos, cristianos y musulmanes, se influenciasen mutuamente.

Los templarios fueron acusados de utilizar la alquimia para conseguir oro y riquezas. Pero el verdadero alquimista sabe que el fin de la gran obra no consiste sólo en la transformación de los metales viles en oro, sino en la transmutación del propio espíritu encaminándolo hacia la perfección. En este aspecto, la Orden estaba llena de símbolos alquímicos, desde los capiteles de sus iglesias hasta el famoso «bafomet», figura antropomórfica que se encontraba oculta, al parecer, en algunas casas de la Orden y que dio lugar a la acusación de satanismo.

En la ceremonia de iniciación, el neófito debía renegar de Cristo y pisar la Cruz. Esta fue otra de las acusaciones esgrimidas contra el Temple en el proceso. El rito se presta a muchas interpretaciones, algunas de las cuales aluden a las negaciones de Pedro o a una iniciación secreta que enseñaba que Jesús no era el crucificado, pero que no han podido ser comprobadas.

La acusación de sodomía o «pecado nefando», tiene su origen en el beso en la boca



El canciller de Francia, Guillaume de Nogaret.

con el que era recibido el novicio por el maestre y en el beso que éste le devolvía en la espina dorsal. Del interrogatorio seguido contra uno de los templarios extraemos las siguientes frases:

«Interrogatus de osculo, dixit per juramentum suum quod idem recipiens fecit osculari se ab eo in fine spine dorsi et postea in umbilico, et precepit ei quod si aliquis de fratribus dicti ordinis vellet se cum eo carnaliter commiscere, quod hec permittere, et hoc idem faceret cum aliis, si vellet.»

La acusación de comercio carnal obligatorio entre los caballeros nos parece desmesurada, aunque es admisible la existencia de casos aislados de homosexualidad en una milicia de hombres sometidos a tan severa regla como la de los templarios.

En cuanto a la simbología esotérica de la Orden, es muy propia de la época. El emperador de Alemania, Federico Hohenstauffen, mandó construir el enigmático castillo de Castel del Monte, de ocho lados, ocho torres y ocho salas, y se rodeó de alquimistas y astrólogos en su corte. Federico representaba un intento de reconstruir el viejo Imperio Romano y parece que los templarios le apoyaron dada su idea de llevar a cabo su proyecto de Sinarquía.

De todo esto se desprende el carácter iniciático de la Orden

y sus fundamentos esotéricos, pero muchas de las acusaciones no pueden ser tomadas en consideración dada la mala fe con que fueron preparadas y tampoco son fiables las confesiones al haber sido obtenidas por medio del tormento en los interrogatorios a que fueron sometidos los templarios.

El proceso y la muerte

La política del rey de Francia, Felipe IV el Hermoso, estaba encaminada a fortalecer el poder real y dominar a la nobleza y al clero. Su enfrentamiento con Bonifacio VIII había sido el comienzo de su oposición al papado. Decidido a someter a la Iglesia, Felipe intrigó para que fuera elegido papa Clemente V, que debió su tiara a la influencia del rey. Por otra parte, Felipe no podía tolerar la independencia de la Orden del Temple, sintiéndose también atraído por sus tesoros. Abusando de la debilidad del papa, Felipe preparó la destrucción de la Orden para acabar con su poder y apoderarse de sus riquezas.

Basándose en el testimonio de dos desertores templarios, el rey ordenó la detención de los caballeros de su reino en 1307. Se inició el interrogatorio de los caballeros y sus torturas y Felipe envió cartas a los reyes de Europa para que hicieran lo propio en sus estados. Se desencadenó toda una campaña adversa a la Orden orquestada por Guillermo de Nogaret, encargado por el rey del proceso.

El gran maestre Jacobo de Molay y 138 caballeros fueron encerrados en el Temple de París. Veinticuatro de ellos murieron como consecuencia de las torturas a que fueron sometidos. Ante el tormento hasta el anciano gran maestre admitió haber renegado de Jesús y proganado la Cruz. El tormento les hizo reconocer los más grandes pecados, pues se prolongaba hasta que los acusadores obtenían las confesiones que necesitaban.

El papa Clemente pidió que los templarios fueran entregados a su jurisdicción y los grandes dignatarios de la Orden se retractaron de las confesiones efectuadas en el tormento. Pero ya era tarde. Felipe no podía dejar escapar libre a la Orden. Presionado por el rey, el papa abandonó a los templarios a su suerte.

A partir de 1309 se celebraron procesos contra los templarios en toda Europa. En vista de que algunos caballeros decidieron defenderse de las acusaciones, Felipe decidió la solución final para el problema. El arzobispo de Sens, Felipe de Marigny, hermano del ministro del rey Enguerrando, convocó a los templarios para que reafirmasen su culpabilidad, pero ellos declararon valientemente su inocencia. Cuarenta y cinco de ellos murieron en la hoguera.

El 3 de abril de 1312, reunido el Concilio de Viena, la Bula «Vox in excelso» declaraba suprimida la Orden del Temple, pero no condenada, pues



La ejecución de los Templarios. (Grabado del siglo XIX.)

a pesar de las presiones de Felipe, el papa no había encontrado motivos de condena, por lo que Clemente V dispuso:

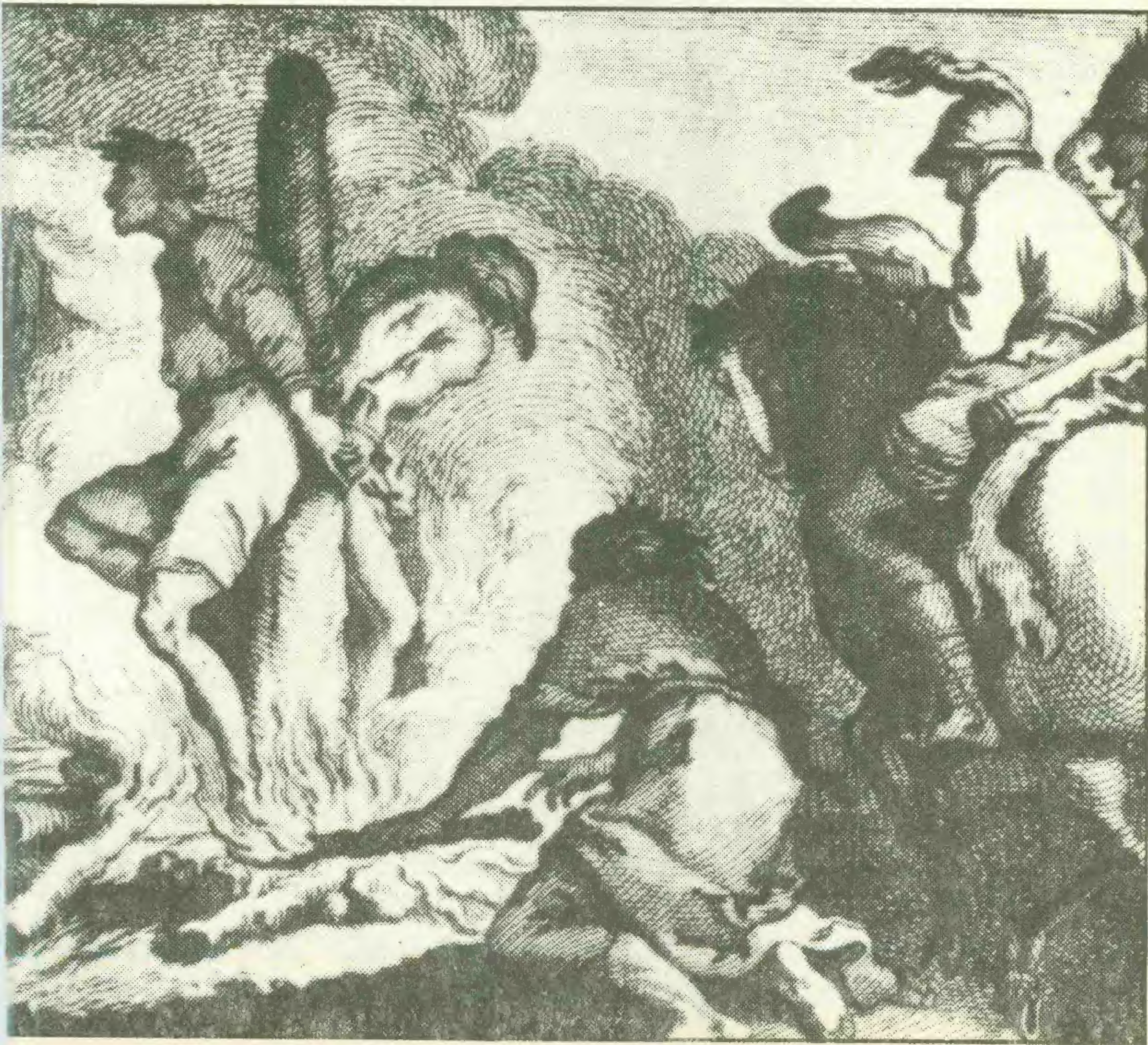
«No sin grande amargura y dolor de nuestro corazón y con la aprobación del Concilio, de raíz y para siempre suprimimos en la Iglesia el instituto, hábito y nombre de la Orden de los Templarios solamente por vía de prudente disposición..., pero de ninguna manera por vía judicial y en forma de sentencia definitiva... pues confesamos que nos ha sido y es imposible dar tal sentencia con arreglo a derecho y a lo alegado y probado contra ella.»

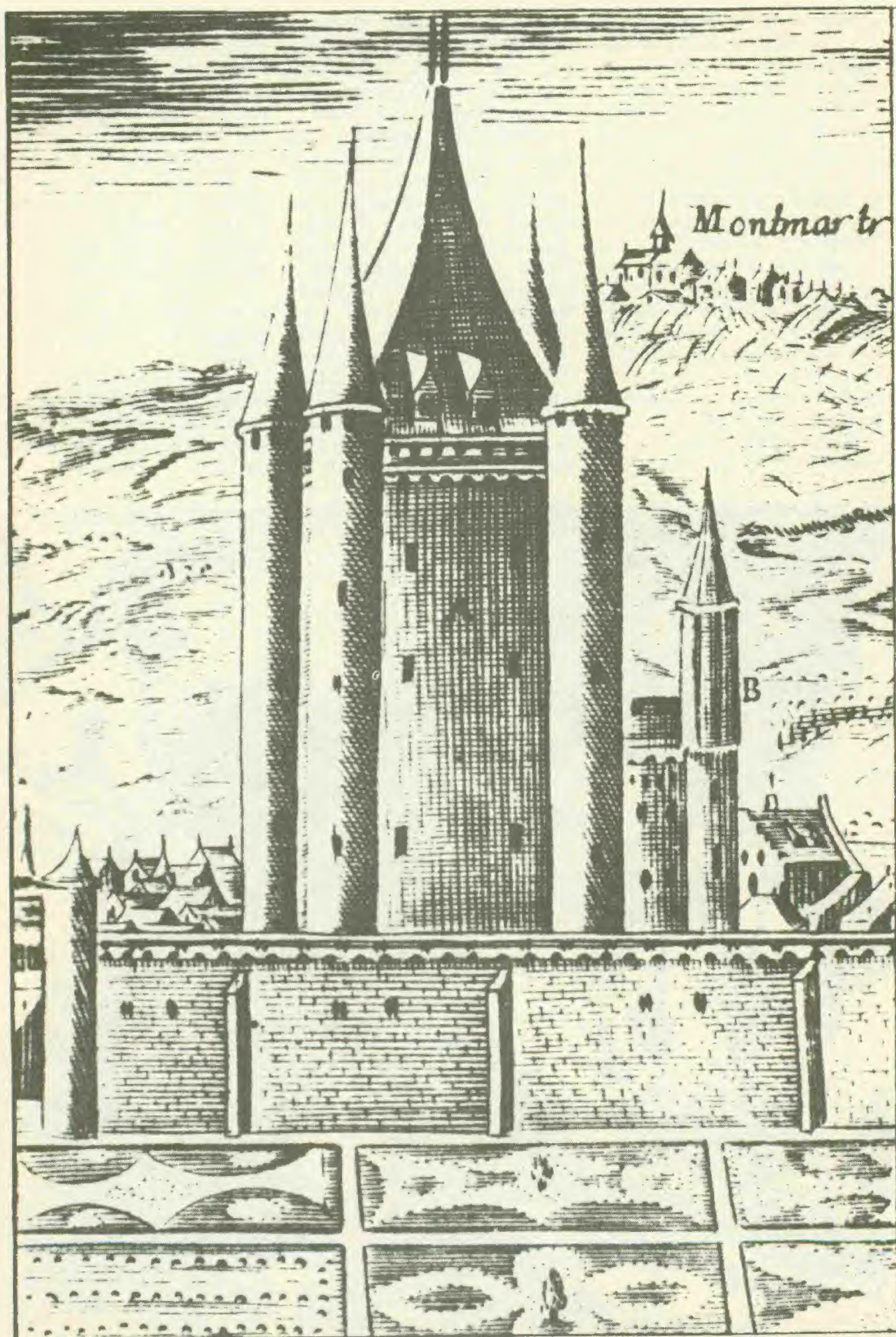
Rápidamente, Felipe se incautó de los bienes de la Orden y se apoderó de 200.000 libras que halló en el Temple, pero nunca poseyó el fabuloso tesoro que pensaba recibir. Pero aún faltaba el acto final.

Los grandes dignatarios del Temple fueron condenados a cadena perpetua. El gran maestre y los visitadores de Francia, Aquitania y Normandía fueron llevados a Notre Dame para que escucharan la sentencia. En auqel momento los templarios proclamaron su inocencia y la de la Orden. Tras esta declaración fueron condenados a la hoguera. Corría el año de 1314. Los Templarios fueron atados a la pira en un islote situado en uno de los extremos de la Isla de la Cité. Quiere la leyenda que cuando las llamas lamían el cuerpo del Gran Maestre, éste alzase la voz emplazando al rey y al papa para antes de un año ante el tribunal de Dios. Lo cierto es que el Gran Maestre fue quemado vivo el 19 de marzo de 1314. En abril moría el papa Clemente V y en noviembre lo hacía Felipe IV el Hermoso rey de Francia.

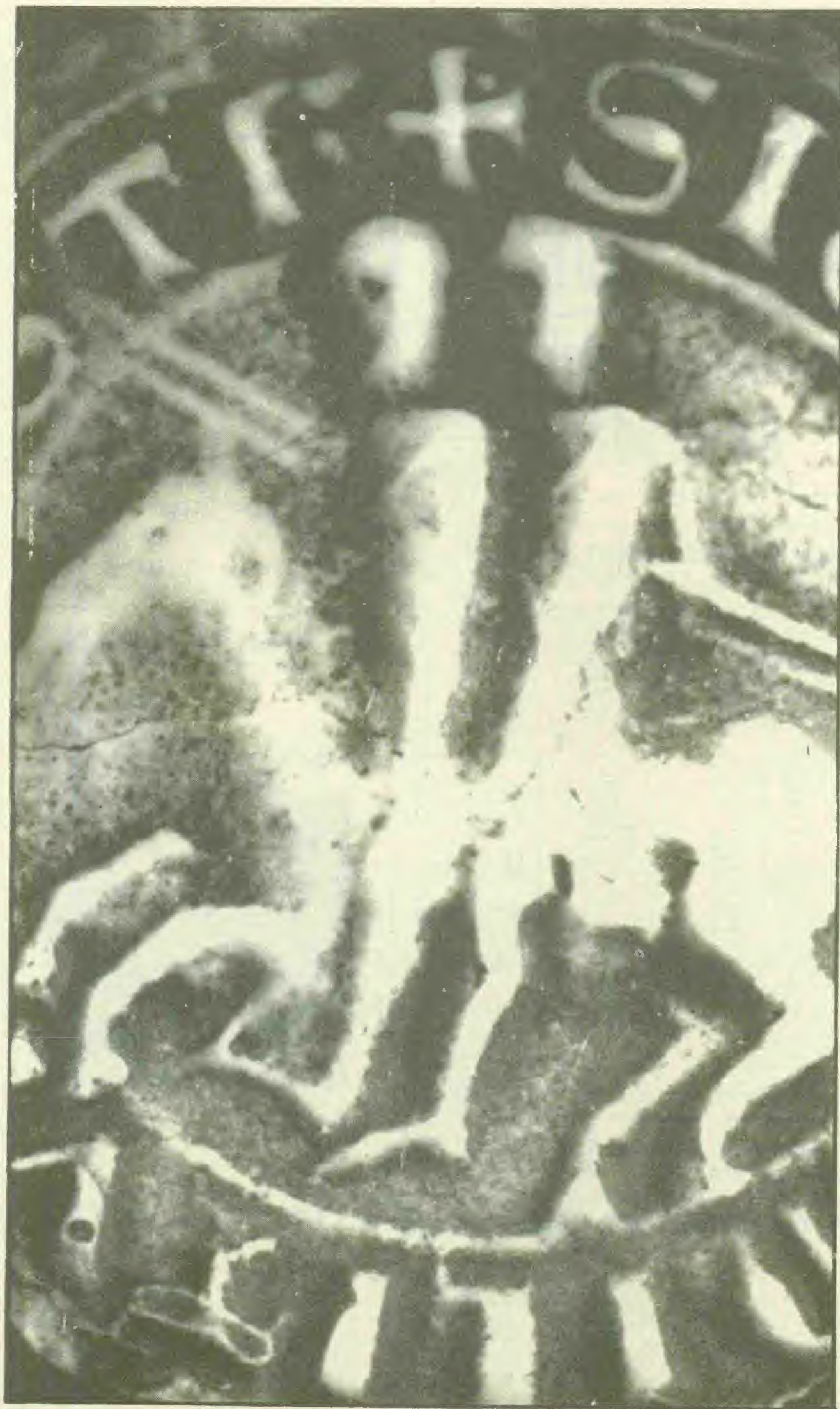
La Orden fue suprimida pero no condenada y todavía hoy su lema flota en los cielos de Europa:

«Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da glorian». No a nosotros Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria. ■ **M.A.M.A.**





La torre del Temple en Paris.



Este sello del Temple evoca el doble carácter (temporal y espiritual) de su función.

Bibliografía

BRUGUERA, Mateo: «Historia General de la Orden del Temple».

CURZON, Henri de: «La Regle du Temple».

CHARPENTIER, Louis: «El misterio de los Templarios».

MARQUIS D'ALBON: «Cartulaire Général de l'Ordre du Temple».

PROBST-BIRABEN: «Los Misterios de los Templarios».

RODRÍGUEZ CAMPOMANES, Pedro: «Disertaciones históricas del Orden y Caballería de los Templarios».

ESAS PEQUEÑAS MOLESTIAS QUE SE SUFREN EN ESTA EPOCA, SIN SER ESPECIFICAMENTE UNA DOLENCIA, ENTORPECEN Y PERTURBAN. ES EL CAMBIO CLIMATOLOGICO, QUE AFECTA A LOS ORGANISMOS. EL REMEDIO ES SENCILLO: "SAL DE FRUTA" ENO AL DESPERTAR. ESTA BEBIDA TONICA Y PURIFICADORA RESTABLECE LA BUENA CONDICION FISIOLOGICA

PUEBLO

Año XIII.—Núm. 3.972.—70 céntimos — Madrid, miércoles 11 de junio de 1952

NUBOS DAO Y CHUBASCOS — [illegible] TIEMPO PROBABLE [illegible] TEMPERATURA [illegible] EN MADRID [illegible]

El mundo atraviesa un período de gran peligro

LA "GUERRA FRIA" ENTRA EN UNA FASE DECISIVA

La tensión internacional se ha agravado sin que las masas se den cuenta de ello

PARIS.—(Servicio especial de Amunco.) En las recientes reuniones celebradas entre dirigentes occidentales se ha llegado a la conclusión de que la "guerra fría" ha entrado en una fase decisiva. En los círculos oficiales de París se pone de relieve que el "riesgo calculado" aceptado por las potencias occidentales al firmar el contrato de paz con la Alemania de Bonn viene a intensificar la crisis iniciada por la firma del Tratado de paz japonés con los Estados Unidos.

Los círculos militares opinan que a consecuencia de estos hechos el Occidente atravesará en los doce meses próximos un período de grave peligro. Este peligro estará reforzado por el hecho de que el rearme europeo va haciendo desaparecer el margen de superioridad militar soviética, que en 1950 y 1951 era aún temible. Así, pues, según los círculos militares norteamericanos, Stalin podría verse tentado a atacar antes de que las divisiones alemanas estén dispuestas para formar el ejército europeo, y antes de que los Estados Unidos estén en condiciones de proveer adecuadamente al armamento de los ejércitos occidentales. En cambio, en los círculos diplomáticos se cree que Stalin no quiere correr el riesgo de una guerra declarada, y se contentará con intensificar la acción aislada como el bloqueo de Berlín o la "guerra marginal", que podría extenderse de Corea a Indochina. También es posible que se aproveche de la situación confusa que reina en el mundo [illegible] para asestar un nuevo golpe a los intereses occidentales.

La consecuencia de todo esto es que la tensión internacional se va agravando, sin que las masas se den cuenta de ello. Esta situación no supone, sin embargo, un peligro inmediato para el presente, salvo las inevitables consecuencias de la actuación de las quintas columnas y la guerra de guerrillas en Asia. Pero hay que tener presente el interés soviético por un acuerdo en Europa, que, aunque no definitivo, podría ser importante, dada la situación económica de la U. R. S. S.

El asunto laboral del "Metro" de Madrid

Ha sido ganado en la Magistratura por sus empleados y afecta a todo el personal

URGEN CRITERIOS MÁS REALISTAS Y GENEROSOS DE LA "PARTICIPACION EN BENEFICIOS"

A su debido tiempo informó PUEBLO a sus lectores de la demanda formulada ante la Magistratura del Trabajo número 2 de Madrid por tres productores del Metropolitano. Se trataba de un mozo de estación, un taquillero complementario y un oficial administrativo. Su pedimento contenía un solo punto, a saber: que la paga llamada de beneficios, que por imposición de la reglamentación vigente les venía abonando la Empresa patronal, se computaba con exclusión de las gratificaciones extraordinarias de Navidad y del 18 de julio.

El problema revestía singular interés, porque aunque los demandantes eran únicamente tres, afectaba en la misma medida a todos los empleados del Metro, que hasta entonces no habían acudido con su reclamación a los Tribunales, pero que era de suponer la planteasen ante ellos en el caso de obtener aquéllos un fallo favorable a sus pretensiones.

Por tanto, nos encontrabamos ante un pleito de notoria trascendencia, no tanto para los productores—gentes todas ellas de modesta condición y, por tanto, con harta justificación económica para sus pretensiones—, sino para la misma Empresa del Metro, para la que podría tener consecuencias cifrables en una cantidad muy considerable una sentencia contraria.

A esta razón obedeció el ambiente de expectación en que se desarrolló la vista, el 21 de abril pasado, y de la que dimos cuenta extensa a los lectores de PUEBLO en el momento oportuno. El asunto siguió por sus trámites hasta el de sentencia. Esta, dictada el 31 de mayo último, acaba de ser notificada a las partes.

El magistrado del Trabajo número 2, de Madrid, estima que toda vez que las gratificaciones de Navidad y 18 de julio tienen carácter fijo en su cuantía y periodicidad en su vencimiento, e incluso está prevista su divisibilidad por dozavas partes en casos de eventualidad, deben incluirse por la cuantía anual de dos dozavos en el cómputo de la participación de beneficios a que se refiere el último párrafo de la norma 45 de la orden de 14 de abril de 1948.

En consecuencia, el fallo condena a la Compañía del Metro a abonar a los demandantes, en concepto de salarios adeudados, la parte no pagada a partir del año 1948, en que se estableció la participación de beneficios.

Ya señalamos al principio la trascendencia de este pleito, en razón a los muchos productores a quienes se abonó la participación en los beneficios sin computarles los dozavos correspondientes a las pagas del 18 de julio y de Navidad. Aunque la sentencia no es todavía firme, y suponemos que la Empresa demandada la impugnará ante el Tribunal Central de Trabajo, sienta un precedente que, de confirmarse por el superior escalón jurisdiccional, lo invocarán otros muchos productores del Metro colocados en las mismas condiciones de los que ahora, sin duda por vía de ensayo, plantearon la demanda.

Sería de desear que la Empresa, en cuyas Memorias—y tenemos a la vista la de 1951—palpita un legítimo orgullo por la tradición de su espíritu de fraternidad con todos sus agentes, no se sintiese demasiado agraviada económicamente por la decisión emanada de la Magistratura del Trabajo. Cualquiera que sea el planteamiento jurídico del problema, y con independencia de su resolución definitiva por el Tribunal Central de Trabajo, no escapa a la consideración de cualquier lector de la Memoria del Consejo de Administración del Metro las lisonjeras deducciones de la cuenta de Pérdidas y Ganancias, con un saldo disponible de 20.472.988,44 pesetas, distribuido íntegramente entre acciones y cédulas de fundador, con un saldo insignificante de 63.767,64 pesetas.

Esta situación contable dista mucho del agobio y, por lo tanto, autoriza a suponer y desear una creciente liberalidad en el trato a los productores, de acuerdo con las normas sociales que felizmente estamos instaurando los españoles en nuestro país, en donde hay ya un fuerte ambiente de participación real en los beneficios. Una participación de beneficios más efectiva es justa, por recaer sobre quienes constituyen factores sustanciales en la prosperidad de la Empresa. Esto nos anima a estimular criterios favorables a pretensiones que encajen dentro del espíritu del nuevo régimen y la letra de su ordenamiento legal. Lo mejor que podía haber ocurrido en este caso—como en tantos—es que las acciones litigantes no hubieran desbordado la vía de la conciliación. Este es el gran instrumento que han levantado los Sindicatos con un propósito inteligente de paz social desde sus raíces, que se aprovecha, sí, pero no en la proporción deseada. Que quede claro—es justo proclamarlo—que esta conciliación sindical no sirve otra causa que la de justicia. Sin fijarse en las manos donde ésta estuviere.

EL "MINISTRO LABRADOR"

El ministro de Agricultura, don Rafael Cavestany, asistió ayer tarde, en los terrenos del hipódromo de la Zarzuela, a la demostración efectuada por el nuevo tractor Diesel "Ferguson". En la fotografía aparece acompañado de nuestro compañero José Félix del Alcázar, a quien expresó su satisfacción por las pruebas efectuadas, que suponen un avance en la mecanización del campo español. El señor Cavestany ha logrado un gran ambiente en su favor por parte de los medios agrícolas, en donde se le llama jubilosamente el "Ministro labrador". (Foto Lozano.)

Mac Arthur presidirá la Convención republicana

CHICAGO, 11.—EL GENERAL DOUGLAS MAC ARTHUR HA SIDO NOMBRADO PRESIDENTE DE LA CONVENCION NACIONAL DEL PARTIDO REPUBLICANO, QUE EL DIA 7 DE JULIO PROXIMO ELEGIRA EL CANDIDATO OFICIAL PARA LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE NOVIEMBRE. MAC ARTHUR ACEPTO EL NOMBRAMIENTO Y EXPRESO SU SORPRESA POR LA DESIGNACION DE QUE HABIA SIDO OBJETO. ASIMISMO EL GENERAL MANIFESTO QUE APOYA LA CANDIDATURA DEL SENADOR ROBERT TAFT.

La Policía francesa busca a un secretario general de la C. G. T.

PARIS, 11.—Las autoridades francesas han ordenado un registro general en todo el país para detener a un dirigente comunista, mientras el Gobierno se reunía para discutir sus planes contra el potente partido comunista.

El Ministerio del Interior ha dado la orden de búsqueda de André Tollet, secretario general de la C. G. T., elegido por los comunistas, en el parlamento del Var, que [illegible] Tollet.

La investigación sobre posible espionaje y sabotaje comunistas [illegible] en Tollet, donde se llevaron a cabo [illegible] [illegible]

LA VERDAD SIEMPRE POR DELANTE

Esta nueva etapa de la vida económica de España recientemente iniciada fué caracterizada por el ministro de Comercio, señor Arburúa, en su discurso de inauguración de la Feria Internacional de Muestras de Barcelona en los términos siguientes: "Contención del alza de los precios, mayor libertad económica y saneamiento monetario. Tres objetivos decisivos del momento actual".

Tres hechos [illegible] [illegible]

el futuro y que recompensan todos nuestros esfuerzos en el pasado.

El éxito de esta empresa ha contribuido de una manera muy especial el señor Arburúa, por inspiración del Caudillo y contando con el apoyo y la confianza del pueblo español. Pero es justo, es este reconocimiento, justo es decir también que en el logro de este éxito ha tenido una gran participación la Organización Sindical.

Sepamos por qué.

Los Sindicatos españoles se mostraron siempre decididos partidarios de la contención del alza de los precios y decididos [illegible] [illegible]

lo primero a todo progresivo aumento de salarios, ya que es sabido que mientras éstos suben por la escalera, los precios suben en el ascensor. Con idéntico buen criterio defendieron la libertad económica, porque saben que crea un clima social y económico más favorable para las clases débiles. Siempre que esta libertad no se entregue a la feroz avaricia de los poderosos. Nunca fueron los Sindicatos organismos intervencionistas por definición, y si aceptaron en circunstancias excepcionales una función delegada por el Gobierno en la distribución de cupos, fué por su deseo de colaborar en un equilibrio en la escasez; de cruzar, en definitiva, las condiciones que han hecho posible la salvación en la vida económica española de esa etapa a que se ha referido nuestro ministro de Comercio. Esta ingrata función se redujo solamente a algunas materias. A menos de lo que la gente cree.

En fin, que los Sindicatos no solamente no tenían ninguna parentesco con organismos típicamente intervencionistas o de represión, sino que eran, y son, todo lo contrario. Sólo hay una cosa por la que postulan: la disciplina social, que es dentro de la libertad.

El tema de la contención del alza de los precios y de la libertad económica fué ampliamente debatido en el seno de las sesiones sociales y económicas. Fué, puede decirse, su caballo de batalla a lo largo de estos últimos años. Se comprenderá, pues, hasta qué punto ese gran debate sindical contribuyó a crear el clima propicio para el alumbramiento de la nueva etapa económica caracterizada por el señor Arburúa en Barcelona, convirtiendo hasta el mismo Gobierno un estado de opinión y un repertorio de criterios sociales y económicos que se han convertido en alentadoras realidades.

La Organización Sindical está [illegible] que será la primera en felicitar al ministro de Comercio y en felicitarse a sí misma por los objetivos [illegible], ya que, en definitiva, lo que fundamentalmente importa a nuestros Sindicatos es que los españoles vivan mejor. Lo mejor posible para el mayor número posible.

(«Pueblo», 11-VI-1952.)

ESPAÑA 1952

Cada vez más estupefactos

HACE algún tiempo sumábamos nuestro asombro al que le producía a don Jorge Vigón advertir en los medios que deberían ser menos sospechosos la exaltación de un poeta, comisario político en el Ejército rojo durante la guerra de liberación, visitante de la Rusia comunista en la misma época y muerto por enfermedad mientras cumplía la condena dictada contra él por los Tribunales militares españoles. Ya es curioso que una conocida editorial de Madrid haya publicado las obras completas —que no son completas, sino bien expurgadas de los versos en que saluda a su hijo, que ha nacido «con el puño cerrado»; ni aquellos otros en que invita a los españoles a luchar «por la reconquista de todo lo perdido»—. Pero nuestra estupefacción de entonces se producía al comprobar que una institución creada por el Estado y sostenida con los fondos del Estado anunciaba en su catálogo la publicación de otro libro de versos de Miguel Hernández. Más o menos convincentemente, se nos explicó entonces que el libro anunciado en el catálogo no iba a publicarse, porque el Consejo de Publicaciones lo había resuelto así después de examinarlo.

Ahora nos encontramos ante un hecho nuevo y que agota nuestra capacidad de estupefacción. Desde la guerra acá, ¿no hay poetas en España? ¿Tan extraordinario lo era Miguel Hernández, comisario político rojo, propagandista rojo, que no ya esas editoriales particulares, sino las publicaciones oficiales, no puedan eludir el estudio y el elogio de su obra?

Verdaderamente, no queremos dictar sobre el tema un fallo que podría parecer apasionado. Pero conste la estupefacción con que vemos en la revista «Laye», de Barcelona, el artículo «La conciencia de la muerte en la poesía de Miguel Hernández». Y este párrafo que lo termina:

> **«... Algún día**
> **se pondrá el tiempo amarillo**
> **sobre mi fotografía»,**

lo que es segurísimo es que el tiempo nunca se pondrá amarillo sobre su memoria ni sobre su obra creadora, encima de la cual no permitiremos que se pose el polvo de los humanos descuidados.»

(«Madrid», 6-VI-1952)





LEJANO PADRE

EN estos rostros es, en un momento,
en algunos amigos fraternales
y mayores, ya padres, en iguales
reflejos de nariz, ojo y acento.

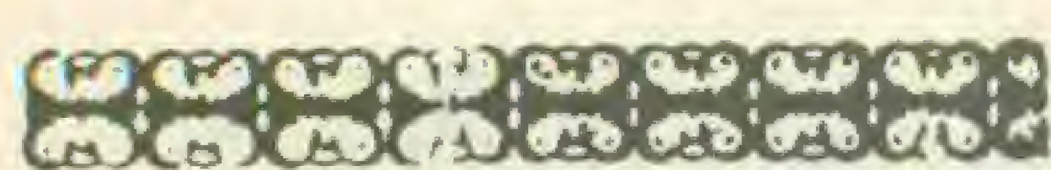
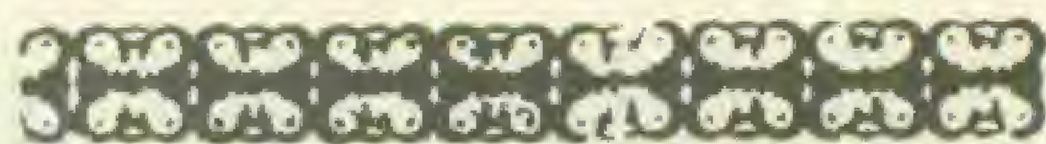
aquí, padre, de súbito te siento
volver, remoto, extraño y joven, sales
de atrás de mis recuerdos habituales,
tu tímida bondad, tu apartamiento.

PADRE de antes de mí, con la mirada
distinta, sumergida en la riada
de ayer, sin conocerme, aunque a tu lado,

padre enorme y borroso, ya sin nombre,
un adiós a través del mar del hombre
nuestro viejo silencio se ha cerrado.

José M.ª VALVERDE

(«Ateneo», núm. 10 de 7-VI-1952.)

 ESPAÑA 1952 

GIDE Y «MORAVIA», INCLUIDOS en el «INDICE»



ENTRE LOS 4.000 AUTORES PROHIBIDOS FIGURAN DARWIN, DUMAS, MATERLINCK, VOLTAIRE, ANATOLE FRANCE, STENDHAL, MAURRAS, VICTOR HUGO, CROCE Y SARTRE

Una crónica por JULIO MORIONES

ROMA, junio.—Dos recientes condenas de todas las obras literarias, la «opera omnia», de dos escritores de gran renombre, Gide y «Moravia», han causado gran sensación en los ambientes intelectuales y han hecho recordar la existencia del famoso «Index librorum prohibitorum», un libro de poco más de quinientas páginas que contiene los títulos de todas las obras contrarias a la «dottrina fideit et morum».

EL PREFACIO DEL CARDENAL MERRY DEL VAL

Con excepción del prefacio, todo el libro está escrito en latín. El prefacio es todavía el que dictó el cardenal Merry del Val cuando era secretario de la Congregación del Santo Oficio, en 1929, y en él ataca con vehemencia a «la mala Prensa», recordando la historia de los libros prohibidos, a partir del «Thalia», de Ario, condenado en el Concilio de Nicea en el año 325, o sea, hace más de dieciséis siglos.

4.000 AUTORES EN EL «INDICE»

Los autores incluidos en el índice, por algunas de sus obras o por todas, son unos 4.000; pero es claro que en este libro terrible aparecen solamente aquellas obras que fueron prohibidas explícitamente por medio de un decreto de la Congregación del Santo Oficio, ya que el Derecho Canónico considera en el canon 1.399 una larga serie de obras que por su inspiración deben considerarse prohibidas «a priori» a todos los católicos.

LA CENSURA DE LIBROS

Cuando una obra o un escrito dan lugar a equívocos sobre la interpretación o sobre su exclusión «a priori» por parte de los católicos o cuando la fama de un autor es, a juicio de la Iglesia, tan vasta que requiere una actitud explícita, se encarga a los 20 consultores de la Censura de Libros, 20 monseñores, entre los cuales se cuentan figuras de gran relieve como Montini, Tardini, Costantini y Traglia, que lean con detenimiento la obra u obras en cuestión, formulando seguidamente un voto por escrito, que luego examina la Asamblea plenaria del Santo Oficio, formada por los cardenales Piazardo, Micara, Piazza, Fumasoni Biondi, Iorio y Canali, los cuales discuten aquellos pareceres y redactan a su vez un veredicto, que no se hace público más que después de la aprobación del Papa, que es prefecto de dicha Congregación.

ALGUNOS AUTORES COMPRENDIDOS EN EL «INDICE»

En el índice figuran ya, como dijimos, más de 4.000 obras. En la imposibilidad de citar aquí todas ellas, nos limitaremos a una selección somera, diciendo que están condenadas todas las obras de Giordano Bruno, del filósofo Giovanni Gentile; casi todas las de Guicciardini, incluidas la «Historia de Italia»; casi todas las de D'Annunzio, varias obras de Alfieri y Mantegazza, la «Historia del Imperio Romano», de Gibbon; la «His-

toria de Inglaterra», de Goldsmith; las «Memorias», de Casanova; los «Opúsculos», de Savonarola; la «Gran Enciclopedia francesa», de Diderot y D'Alembert; los trabajos sobre la «Evolución», de Darwin; las novelas de Dumas, padre e hijo; todas las obras de Materlinck, Proudhon, Voltaire y Anatole France; casi todas las de Stendhal, Heine, Eugenio Sué y Gregorovius, las obras de Maurras, «El espíritu de las Leyes», de Montesquieu; las «Fábulas» de La Fontaine; algunas obras de Lamartine; «Nuestra Señora de París» y «Los miserables», de Víctor Hugo; el «Contrato Social», de Rousseau; las «Vidas de hombres ilustres», de Thomas Smith; la «Opera omnia», de Benedetto Croce; Sartre, Gide y «Moravia», faltando en cambio, Marx, Lenin, Freud, Feuerbach, Henkel y otros muchos que, indudablemente, entran ya en la prohibición del canon 1.399.

CURZIO MALAPARTE, GIDE Y ALBERTO PINCHERLE («MORAVIA»), LOS ULTIMOS PROHIBIDOS

Desde 1934, en que fue condenado Croce, solamente dos escritores italianos han sido incluidos en el Indice: en 1950, Curzio Malaparte por su obra «La piel», y ahora Alberto Pincherle («Moravia»), cuyas dotes de gran escritor se han visto hasta ahora solamente en narraciones de tipo inmoral. «Moravia» es israelita y tiene ahora poco más de cuarenta años. Además de infinidad de cuentos que acaban de aparecer recogidos en un volumen, ha escrito ocho novelas: «Los indiferentes», «Ambiciones equivocadas», «La mascarada», «Agustín», «La romana», «La desobediencia», «El amor conyugal» y «El conformista». Indudablemente, la Iglesia al condenar todas las obras de «Moravia», cuyo éxito ha sido muy notable, sobre todo, con «Los indiferentes», «Agustín» y «La romana», ha querido condenar toda una literatura inmoral muy extendida en Italia, tanto en libros como revistas y publicaciones varias.

(«Informaciones»), 10-VI-1952.)

«LA IGLESIA JAMAS TOLERARA LIBERTAD DESENFRENADA DE PRENSA», DIJO EL OBISPO DOCTOR HERRERA

«Las referencias de los Consejos de Ministros son otros tantos boletines de victoria», afirmó el señor Aparicio

SOLEMNE CLAUSURA DE LA X ASAMBLEA DE LA FEDERACION DE ASOCIACIONES DE LA PRENSA EN MALAGA

MÁLAGA. En el salón de sesiones del Ayuntamiento se celebró la sesión de clausura de la X Asamblea de la Federación Nacional de las Asociaciones de Prensa.

Presidieron el director general de Prensa, don Juan Aparicio López: obispo de la diócesis, doctor Herrera Oria: gobernador civil y jefe provincial del Movimiento y restantes primeras autoridades.

Abrió la sesión el director general de Prensa, que concedió la palabra al obispo.

El doctor Herrera Oria expresó su alegría al encontrarse entre amigos periodistas. A continuación habló del cambio experimentado en Italia en el concepto de libertad de Prensa. El abuso de tal libertad, añadió, había llegado a tales extremos que todas las personas honradas claman por que se le ponga freno. Intérprete de ese sentimiento fue el propio Pontífice en su alocuóin del día 10 de febrero. Después de citar varios documentos publicados por prelados italianos y las palabras del Papa ante un grupo de periodistas, añadió:

«La Iglesia jamás tolerará libertad desenfrenada de Prensa, porque está encaminada a satisfacer el bien común.» Respecto a la legislación de Prensa, dice que debe tener como principales propósitos, el de la autoridad y, dentro de este régimen de Prensa, el mantenimiento de cuatro derechos fundamentales: el derecho del Estado,

el de la sociedad, el de la empresa y el del periodista.

Después el doctor Herrera Oria se extendió en consideraciones sobre el ideal de un gran periódico y su misión de ayuda al Gobierno: una Prensa de gran opinión pública que sirva a la Iglesia, un gran periódico, terminó diciendo, en la síntesis de un gran pueblo.

El obispo fue largamente ovacionado, abandonando seguidamente la Asamblea para trasladarse a la catedral, donde pronunció su acostumbrada homilía.

Después pronunció unas palabras el vicepresidente de la Federación de la Prensa de Barcelona, señor Ramírez Pastor, quien hizo un resumen de los trabajos de la Asamblea cuyas conclusiones serán definitivamente redactadas en Madrid y entregadas a la Dirección General de Prensa.

DISCURSO DE DON JUAN APARICIO

A continuación se levantó a hablar el director general de Prensa, don Juan Aparicio, que fue saludado con muchos aplausos.

Tras unas palabras de saludo a las autoridades y a los compañeros y de agradecer la cariñosa acogida de que había sido objeto, reconoció que ha cumplido con su deber de representar a los periodistas desde que el Caudillo y su Gobierno le nombrara director general de Prensa, «puesto que ocupa por un azar de la Providencia, lo mismo que podríais ocuparlo cualquiera de los que estáis aquí presentes». Se refirió después extensamente a la anterior Asamblea, celebrada hace seis meses en Valladolid, «la Prusia de Castilla y de la fidelidad de Andalucía a Castilla, que es la misma fidelidad de Castilla hacia España, eterna y universal. José Primo de Rivera fue fundador de Falange porque estaba formado de gérmenes castellanos, pero también de gérmenes andaluces.» Hace un canto a la primavera andaluza y se refiere a los periodistas falangistas de Andalucía, representados en Málaga por los diarios «Sur» y «Tarde», que ponen marco en la actual Asamblea de periodistas, en la que hemos tenido la satisfacción de escuchar un gran maestro como lo es el obispo de la diócesis.

Habló después de las referencias de los Consejos de Ministros de estos días que parecen otros tantos boletines de victoria, en los que Franco y su Gobierno puedan declarar a los españoles, cada sábado, la conquista de la libertad del pan, del aceite, de la carne, etc. «Nosotros —añadió— no tenemos que conquistar la libertad de la Prensa, porque, como ha explicado el doctor Herrera Oria, el concepto de libertad de Prensa es el único que hoy está en crisis en el mundo.»

En otros párrafos añade que está obligado a rendir cuentas de su labor en seis meses transcurridos desde la última Asamblea, detallando las relaciones de la Dirección General de Prensa en el Ministerio de Información y Turismo, y citando la orden ministerial considerando el papel de Prensa como materia de interés nacional y social: el apoyo del Estado para el pago de los servicios de información en el extranjero, el estudio de la desgravación de impuestos, los contratos civiles a los directores, etc. En cuanto a los derechos de los periodistas, elogió la labor de la Mutualidad Nacional de previsión social, «la que —dice— acoge a los periodistas desde la cuna a la sepultura» y a la que expresó su gratitud, no como director general

de Prensa, sino como padre de cuatro hijos, y puso como ejemplo de administración sana y honrada la de este organismo.

Habló también de la eficaz labor en cuanto a la formación de periodistas, y elogió la Escuela Oficial de Periodismo: señaló la importancia de los cursos que se celebran y de otros que se preparan para caricaturistas y dibujantes, subrayando la importancia del curso que sigue una treintena de periodistas hispanoamericanos. Respecto a la institución «San Isidoro» para huérfanos de periodistas, dijo que es ejemplar su labor actual, que espera sea complementada con el ingreso de los huérfanos de compañeros administrativos y tipógrafos.

Con relación a la reanudación de la publicación de la «Gaceta de la Prensa Española», dijo que ello suponía un símbolo de unidad entre la clase periodista, como también lo es la creación del Club de Prensa en Madrid.

En párrafos posteriores se refirió a la difícil tarea de los directores de periódicos españoles que no disponen más que de medios imprescindibles, y de cómo están defendidos los derechos de la sociedad. «Si hay dificultad para fundar diarios, en cambio, se ha autorizado la publicación, en los últimos meses, de más de trescientas revistas.»

Después se refirió a lo que está pasando en Italia, aludido antes por el doctor Herrera Oria, y dijo: Me alegro de ello como español y como periodista, porque demuestra que tenemos razón los hombres de Franco, los que queremos cumplir nuestros deberes para con la Patria, el Estado, la familia y la religión.

Dice a continuación que la Dirección General de Prensa del Ministerio de Información lleva varios meses estudiando un posible perfeccionamiento de la ley de Prensa de abril de 1938. «No pueden cambiar los fundamentos porque el periodista no retrocederá un paso de lo que ha costado tanta sangre y tanto esfuerzo conquistar.»

Por último, destacó que «el español es un realista y un espiritualista, y el más realista y espiritualista de los españoles es el Caudillo Franco, primer periodista español. Nadie como él conoce, siente y resuelve los problemas que tiene la Prensa, y nadie como él está interesado por todos sus problemas para que los periodistas sean hombres honorables y dignos del respeto de la sociedad española».

Dentro de seis meses o de un año —continuó— volveremos a reunirnos para dar cuenta de la labor realizada y, como se ha hecho con las conclusiones de la Asamblea de Valladolid, se hará con las de hoy, que elevaré al Gobierno. Puedo adelantaros que la Dirección General de Prensa del Ministerio de Información hará lo posible para su aprobación. Al volver a reunirnos, diremos lo que deba decirse en aquel momento, que será lo mejor para España y para los españoles. Mientras tanto, en nombre del excelentísimo señor ministro de Información y Turismo, queda clausurada esta Asamblea de la Federación de Asociaciones de Prensa españoles.»

El discurso del director general de Prensa fue interrumpido varias veces con grandes aplausos, así como al final de su disertación.

A las doce y media de la mañana se celebró una comida ofrecida por el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, señor García del Olmo, a las autoridades y asambleístas.

(Agencia «Cifra», 31-III-1952.)



¿POR QUE NO PUEDE EL CINE DIFUNDIR EL BIEN?

DEBEMOS INFUNDIR UN AMBIENTE CATOLICO A TODAS LAS PELICULAS

Declaraciones del padre Venancio Marcos a «El Correo Catalán»

A figura del padre Venancio Marcos no necesita presentación. Las charlas de divulgación religiosa que llegan, según manifestaba ayer el ilustre religioso a nuestro compañero Bayona, a todos los hogares provocando una cifra de cartas y consultas superior a las once mil y la interpretación de la figura de fray Anselmo Polanco, obispo mártir de Teruel en la película «Cerca del Cielo», son por sí solas credenciales significativas.

Deseosos de conocer la opinión del padre Venancio Marcos sobre tema tan trascendental como el cine católico, el apostolado que desde la pantalla puede hacerse y la dignificación —día a día más necesaria— del llamado séptimo arte, hemos sometido a su consideración ocho preguntas. Cada una de ellas ha tenido su puntual respuesta. El padre Marcos, cuya interpretación cinematográfica ha sido elogiada sin excepción aunque acaso hubiera podido sorprender inicialmente la decisión de llevar a los «platós» su presencia sacerdotal, enjuicia con certeza todos y cada uno de los problemas que se plantean al cine en su dimensión más trascendental: el apostolado.

Cabe, pues, a estas columnas, donde la batalla en pro de la cinematografía alta de miras y calidad se plantea de una manera rotunda, sin tergiversaciones ni disimulos, donde la película no es sólo analizada en cuanto a su forma, sino, asimismo, con respecto a su fondo y contenido el honor de acoger la autorizada opinión del padre Venancio Marcos, sacerdote que sintiendo la inquietud de su época, ha pasado de la palabra a la acción previas las debidas autorizaciones ha penetrado eficazmente en el campo cinematográfico que hasta ahora parecía más cerrado a un sacerdote: la interpretación.

Por J. R.

¿Cree en el cine como vehículo de apostolado?

—Si no creyera no hubiera yo utilizado este vehículo, pues no lo he escogido por amor al arte, sino por amor al apostolado. Nadie discute que el cine ha sido un magnífico vehículo para la difusión del mal. ¿Pero por qué no va a poder serlo para la del bien?

¿Considera más eficaz para conseguir este apostolado la aparición de un sacerdote en la pantalla o la difusión de los principios a lo largo de la cinta?

—Considero más eficaz, sin comparación, el problema que depende de la trama de la película que la presencia de un sacerdote en la pantalla. Pero de todos modos, cuando el sacerdote está bien enfocado, nada ni nadie puede igualarle en eficacia.

¿A quién debe ir destinado primordialmente el cine católico? ¿A los católicos o a los no católicos o indiferentes?

—Depende de los públicos. Allá donde el público sea católico, hay que hacer cine para católicos; donde sea indiferente o algo peor, hay que hacer cine para indiferentes. En España creo que se debe hacer cine para católicos porque católica es la mayoría, peor también hay que hacer cine para no creyentes porque éstos constituyen una minoría nada despreciable. Personalmente, me interesa más esta minoría que la mayoría que se dice creyente.

¿Considera que la representación del pecado es ya pecado, aunque el final sea condenatorio para la culpa?

—Creo que la mera representación del pecado en la pantalla no es pecado 'así como la presentación del suicidio de Judas en el Evangelio no constituye un pecado para el que lee). Pero no basta condenar al final el acto pecaminoso para que sea lícito presentarlo en la pantalla. Lo que interesa es que el acto pecaminoso no excite al pecado al espectador y para ello hay que presentarlo de tal manera que el espectador sienta antes que un sentimiento de regodeo, un movimiento de repulsión. Es la manera y no el hecho lo que importa inculcar.

¿Cree en la eficacia de las películas hagiográficas?

—¿Cómo no? No son las más eficaces, pero son eficaces. La gente va al cine a divertirse y no a oír un sermón ni a ver la vida de un santo. Pero también la vida de un santo puede divertir honestamente y cuando lo hace, la eficacia de la cinta está demostrada.

¿Qué es mejor? ¿Crear un cine católico o infundir catolicismo a todo el cine en general?

—Yo estoy por lo segundo. Aquellos países donde no es posible in-

fundir catolicismo al cine en general, tendrán que hacer cine católico. No creo que este sea el caso de España. Aquí debemos tender, no a hacer empresas católicas con el fin de hacer películas católicas, sino a infundir un ambiente católico a todas las películas. Y esto, lo aseguro, se puede hacer.

¿Está satisfecho de «Cerca del Cielo» ¿Cree que consigue los vines que se proponía con su aparición en la pantalla?

—Estoy completamente satisfecho. He conseguido lo que me proponía. Dejando a un lado dos minorías, la inmensa mayoría del público de España ha visto bien mi interpretación. Lo que quería es que la gente viera mi película y la gente va a verla. En el fondo no he hecho más que poner mi popularidad al servicio de la fe.

¿Estaría dispuesto a interpretar, si así se precisara, otra figura religiosa?

—Para una obra de apostolado, yo estoy siempre dispuesto y si es para una película de apostolado, más dispuesto todavía, porque he comprobado la eficacia. Pero el que vuelva a actuar ante la pantalla depende de tantos factores que no vale la pena pensar en lo que puede suceder.

Y finalmente, ¿cree que un actor no católico puede interpretar bien una figura religiosa?

—Sí... ¿por qué no? El actor no es necesario que sienta dentro el personaje que representa. Un actor incrédulo, si es un buen actor puede interpretar muy bien el papel de santo. Y un santo si no es al mismo tiempo un buen actor, no puede hacer cine aunque sea para representarse a sí mismo. Por lo que a mi respecta, si no hubiera tenido madera de artista no hubiera podido representar al padre Polanco en «Cerca del Cielo» a pesar de mis treinta años de sacerdocio.

(«El Correo Catalán», 20-IV-1952.)

TIVOLI - PALACIO del CINE

DESDE MAÑANA, DIA 28

GRANDIOSO ACONTECIMIENTO

EL FILM DE LA SIMPATIA



EL TRIUNFO DE LA ALEGRIA Y LA BELLEZA DE ESPAÑA EN EL MUNDO

UN «GANGSTER IRRESISTIBLE «PAUL DOUGLAS

EN



ADMIRELO EN EL

Kursaal

Hoy, matinal a las 11.

¡NO ES POR TI, HIJITA, ES POR LOS DEMÁS! Tu "ciencia"

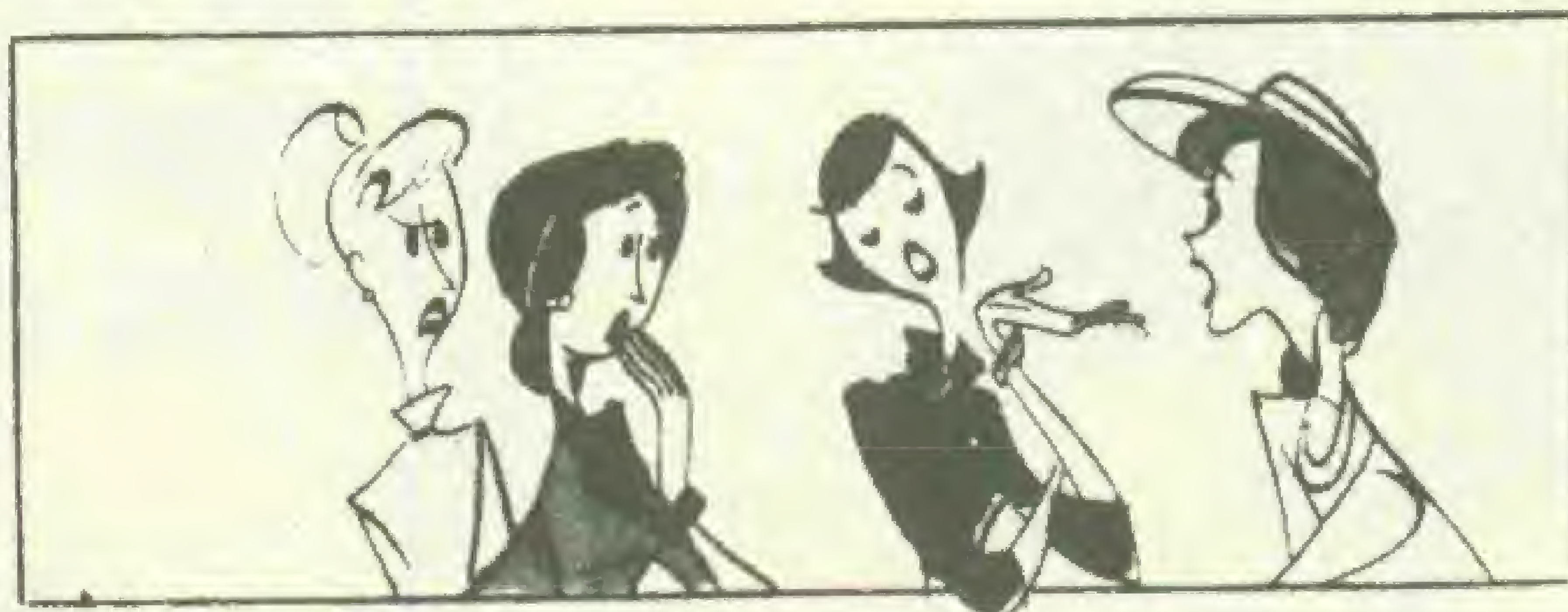
No, no protestes airadamente defendiendo tu sabiduría y tu cultura, por encima de LOS POBRECITOS DEMÁS. ¡No tienes derecho! ¿De qué sirve tanta ciencia, si te haces desgraciada a ti misma y a todos nosotros? Sí, te pongo muy ridícula en esta página, amiguita, pero es solo para ver si te convenzo de que siendo tan inteligente y tan culta... ¡lo disimules un poquito, por favor!



¡Ahí estás! Encerrada toda la tarde en casa, con la «alegre» compañía de esos letárgicos libracos, mientras tus pobres amiguitas se desesperan viendo que no asistes al guateque prometido



¡Sí, no las mires con esa cara de horror! ¡Están hablando de modas y de la belleza de Peter Lawford! ¿Y por qué no? ¿No las encuentras de lo más femeninas y encantadoras?



¡Ya está! ¡Ya pusiste incómodas a todas las amigas de mamá con tu frasecita pedante! ¡Claro! ¿Cómo ibas a dejar pasar tan terrible falta? «No señora, fué César el que dijo: Tu quoque filio, no Robespierre»



¡Bonita manera de pasar una tarde de baile! Titina, Peppy y tú... ¡discutiendo sobre el valor de la lingüística en la Edad Medieval! Y así, por gusto, mientras los demás bailan. ¡Pobrecitas!



¡Pobre Alfonso! ¿No puedes dejarle disfrutar alegremente de la película, sin todas esas explicaciones sobre Travelling, secuencia, cierre en negro, fundido, etc.? ¡¡¡Ayyyyyy!!!

(«Chicas», núm. 92 de 30-III-1952.)

Colaboradores de INFORMACIONES

UN AMBIENTE PERSONAL

Un artículo de JOSE PLA

PRIMERO visitamos el jardín. El jardín de Salvador Dalí es un olivar, sobre el que tronea el busto en yeso de un emperador romano. El olivar sube en cuesta rápida sobre paredes escalonadas, delante del mar. El olivar está muy bien tenido, admirablemente cultivado, pero me parece que el busto del emperador es demasiado blanco, de un blanco detonante. El pintor me conduce a la parte alta del jardín, donde está a punto de empezar la construcción de su taller.

—Será —me dice— un gran cubo totalmente acristalado. La luz penetrará a chorros en él por los cuatro costados. Ello me permitirá tener dentro olivos auténticos, que vivirán, espero, perfectamente dentro de los cristales. No quiero arrancar ningún árbol, y todos los olivos de esta parte quedarán dentro del cubo de cristal. Dentro del taller, las plantas me ofrecerán una sombra plácida y clara.

—Además, podrá usted comer aceitunas, en su tiempo, alargando simplemente la mano. ¿Todavía le gustan a usted tanto las aceitunas?

—Quizá no tanto. Las anchoas sí. Las aceitunas, no tanto.

Desandamos el camino andado. Sobre las pizarras de una pared seca veo un espectáculo escalofriante. Hay un reloj de chimenea colocado encima de la pared. Ver un reloj, un objeto de interior tan típico al aire libre, a sol y serena, produce un efecto extraño. Me acerco al cristal, que de lejos me parece oscurecido por una mancha. Pero no es una mancha. El reloj está lleno de hormigas, es un hormiguero denso, negro, de una movilidad grasienta.

—Estoy observando estas hormigas —me dice Dalí con la mayor naturalidad—. Estoy observando el efecto que produce a las hormigas, animal que vive en el mundo cósmico, en plena libertad, en presen-



cia en el mundo pitagórico, geométrico de esta máquina de contar el tiempo. En realidad, este es el problema que yo tengo personalmente planteado. Yo soy un hombre de la Naturaleza en trance de ceñirme a una disciplina geométrica, de imponerme un orden pitagórico.

—Pero el reloj no anda. Está parado.

—En efecto. Y este es el primer resultado de la observación. Tantas cuantas veces he dado cuerda al reloj y lo he puesto en marcha, las hormigas han formado una muralla espesa que no ha dejado avanzar las agujas. Las hormigas no quieren entrar en el pitagorismo. Son reacias a vivir sobre una máquina de medición del tiempo. Son animales antiartísticos, anticanónicos, salvajes.

—La experiencia de las hormigas, ¿le ha llevado a usted a formular alguna deducción personal?

—Me ha confirmado en la idea de lo difícil que es disciplinarse. Pero hay que hacerlo. Sobre las hormigas, los hombres tenemos el espíritu, la voluntad. Hay que esforzarse. Es difícil, pero hay que esforzarse.

Dejamos el asunto del reloj pendiente para otro momento. El pintor tiene un trabajo urgente a realizar. El oso que tiene en el vestíbulo se le está apolillando y quiere salvarlo.

—Usted me ayudará —me dice atareado—. Ya sabe usted que el año pasado era violáceo. Lo pinté de este color porque me pareció que era su color más adecuado. Pero el color se ha volatilizado y se ha quedado de un gris de ala de mosca, bastante desagradable. Además, la polilla se ha apoderado del animal y lo está devorando.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Quiero darle una rociada de sulfato. Aquí tengo una sulfatadora. Aquí está el sulfato y el agua. Haga usted la dosificación que se emplea para dar sulfato a las viñas.

Se la hago muy «grosso-modo», se vierte el líquido en el depósito, Dalí se lo cuelga en la espalda y hace actuar la palanca de presión. El oso, que es enorme y parece bonachón, recibe una rociada y parece que los dientes le chirrían. Poco tiempo después toma un color de un verde ácido ligeramente azulado.

—¿Pero cree usted que el líquido matará la polilla?

—No sé. Por las dimensiones del animal le hubiéramos debido dar un baño de vitriolo, pero hubiera sido excesivo y doloroso. Advierta usted en todo caso el aspecto primaveral que va tomando. Se está rejuveneciendo a simple vista.

Cuando el oso ha adquirido el color verde intenso del sulfato, el vestíbulo tiene un color general más campestre y bucólico. Pero el oso parece haber perdido facultades; parece disfrazado; es un animal de égloga.

Terminado el trabajo, Dalí parece fatigado. Pero me dice que no son las transformaciones de los osos lo que le fatigan, puesto que en realidad le distraen. Está cansado de trabajar. En los últimos días ha trabajado como un esclavo, haciendo las ilustraciones de la edición nacional de la «Divina Comedia», que está preparando el Estado italiano.

—Me comprometí a hacerlas hace unos tres años. Y no las hice. Hace pocos días recibí un telegrama que era un ultimátum. Acabo de hacer más de cien ilustraciones en menos de una semana. Aquí están. Véalas usted.

En estos dibujos acuarelados hay una gran novedad. El infierno del Dante está representado bajo una luz radiante, mediterránea.

—¿Le sorprende, verdad? —me dice el pintor—. Pero usted lo comprenderá. He querido reaccinar, sobre todo contra Gustavo Doré, que ilustró el infierno del Dante con dibujos tan oscuros, tan invisibles, tan indiscernibles, que hubiera sido mejor dejarlo todo en un negro total. Ahora yo no estoy conforme con la pintura invisible. Lo menos que puede pedirse a una pintura es que se vea lo que tiene dentro, ¿no es verdad? Por esto, mis ilustraciones tienen esta luz radiante, a pesar de ser, naturalmente, infernales.

Dalí se ha sentado en el cráneo del elefante. Dalí es comprador de cráneos de elefante. En su nuevo taller, las sillas, los objetos para sentarse serán cráneos de elefante. Al parecer no hay nada que los iguales en comodidad.

—¿No sabe usted si por ahí hay algún cráneo de elefante para vender. Los osos son fáciles de encontrar. Los cráneos de elefante no se encuentran por ninguna parte.

Al lado del pintor, colocado en el suelo, hay un objeto de yeso, de unas dimensiones y forma de calabaza monumental.

—Esto que ve usted aquí es un átomo. Lo he hecho construir en Figueras, por mi amigo el escultor Novoa. Es un átomo que me ha costado mil pesetas, lo que me parece enormemente caro por una cosa tan abundante como el átomo.

—Los átomos abundan, realmente. Ya sabe usted que el difunto Max Planck afirmó que el universo era granulado.

—Por esto le decía que pagar mil pesetas por un átomo de yeso es exagerado.

—¿Necesitaba usted un átomo?

—¡Claro! Mi nueva gran pintura, que hoy por cierto he mentalmente terminado, será granulada.

—¿Cómo se le presenta a usted el verano?

—Será un verano de trabajo. Tengo en perspectiva una exposición en Nueva York para el próximo invierno. Estaré aquí hasta noviembre. Iré entonces a Roma, donde he pedido una audiencia al Santo Padre.

Dalí, en su casa de Port-Lligat, es la cosa más daliniana que puede imaginarse. La casa se le parece cada día más.

(«Informaciones», 19-VI-1952.)



MADRID-1952

Por J. M.ª GARCIA ESCUDERO

MADRID es ciudad difícil de captar. Su luz engaña. La luz de Madrid (que es pura luz de Africa con traje occidental) embellece todo lo que toca, hace que todo nos parezca intenso, bullicioso y simpático, cascabelero, picante y cordial, y hasta que nos creamos que con sólo llegar lo hemos entendido todo. Pero vamos a asir Madrid después, y se nos va de las manos. De igual manera se le va España a tanto turista de los que, porque captaron —¡y cómo no!— lo episódico, el puro color, se creen poseedores del gran secreto. Pero es que, además, el Madrid corpóreo que se esconde bajo la mágica campana de su impar atmósfera está cambiando ahora mismo. Ante nuestro ojos. Cada día se nos aparece un rasgo de «la otra ciudad» entre los escenarios familiares de la ciudad conocida. Madrid es ahora, más que nunca, lo que vulgarmente se le llama «los Madriles». Una multitud de ciudades que en ningún momento se están quietas. Unas se van. Otras vienen. Pero ni aquéllas han terminado de desaparecer ni éstas de imponerse del todo. Lo cual aumenta la confusión.

Hay unos «Madriles» que, evidentemente, se van, si es que ya no se han ido en su mayor parte: el Madrid campo (de la plaza Mayor para abajo: posadas, tiendas oscuras, guarnicioneros, rostros campesinos, requemados, boinas y pellizas); el Madrid barriobajero (casas de corredor, jaulas con jilgueros en los balcones, geranios y albahacas y muchachitas por las calles,

para dejarnos sólo el leve taconeo,
la risa que se escapa,

en versos de Arroita-Jáuregui); el Madrid pequeño burgués (Galdós, y en días más recientes, Xaudaró; camilla y brasero, cafés con media, casas de huéspedes y cuchipandas), y, ¡ay!, el Madrid señorial (el Prado, la fresca sombra de las piedras carlotercistas, el ancho río silencioso de la Castellana y los desaparecidos palacetes de Rosales); el Madrid corte («la pequeña Viena».)

Hay otros «Madriles» que, en cambio, vienen: un feo Madrid nuevo rico (salas de fiestas, ornamentaciones barrocas, los falsos dorados y los mármoles ficticios); un Madrid europeo (o, mejor —como ya veremos—, americano: cafeterías, gran turismo, la Gran Vía); un Madrid proletario (Madrid hosco, triste Madrid del suburbio, calvos desmontes, chabolas, polvo rojo de ladrillos y harapos); un Madrid proletarizado (calles monótonas y rectilíneas, sin árboles; empleados; cines de barrio con sesión continua; Madrid en camiseta y en chancletas, que toma el fresco en las noches de verano, los balcones abiertos de par en par, las radios puestas a toda su potencia); y, además, un Madrid universitario (la Universitaria, ¡claro!, cara a la Sierra y a uno de los paisajes más austeramente hermosos del mundo).

La incógnita está en la medida en que este último Madrid, y el Madrid europeo, que son la parte positiva de estos últimos años, y el Madrid residencial que nos hace falta para salvar a nuestra clase media, encauzarán a los otros, y si éstos impedirán o no que se salven algunas viejas virtudes del madrileño: la sencillez, la cordialidad, la humanidad, la generosidad. Las cuatro moneditas de oro —escribí alguna vez— que esconden en su hucha los madrileños. Tras el barro de una burla chungona a ratos frívola, y en ocasiones tristemente achulada.

Esas cuatro virtudes se cifraban en una: el sentido de la medida. Gracias a él Madrid difícilmente fue «ordinario». Ahora lo es con frecuencia; ordinario, estrepitoso, frenético, áspero, nervioso y sobresaltado. La potencialidad de este Madrid del fútbol y los toros, de los grandes espectáculos multitudinarios y amorfos de los locales y los medios de transporte abarrotados, es evidente. Lo es que Madrid va materialmente «para arriba» (alguna otra ciudad —Barcelona—, que tradicionalmente «tiraba» de Madrid, y que tantas lecciones puede aún darle, parece parada, en cambio). Lo que importa es que ese ir «para arriba» no se interprete con excesiva literalidad. El aumento de extensión superficial de la capital, su desplazamiento hacia el Norte y el Oeste, la posibilidad de otro Madrid al otro lado del Manzanares, de un Madrid industrial, que siempre le faltó a esta ciudad, excesivamente oficial, y que en los planes del Gran Madrid se cuente con cinturones de verdura y con ciudades satélites es consolador. No lo son los rascacielos madrileños, que ni son hermosos, como el Empire State o el maravilloso del Rockefeller Center, ni son necesarios. Que Madrid crezca, desparramándose, haciéndose toda la ciudad afueras, es mejor que el que le dé por crecer hacia lo alto, concentrándose. Esto, generalizado, sería un feo síntoma; pues no sólo en sus tres rascacielos se parece más Madrid a Nueva York que ninguna otra ciudad europea. También se le parece en el gusto del colosalismo, que, unido a su falta de piedad para el pasado, hace que la ciudad parezca siempre recién estrenada, o a punto de mudanza, o a medio hacer. Y pocas cosas hay tan peligrosas como esas archiciudades y como la psicología ciudadana que crean.

Madrid 1952 es «otra» ciudad que se nos viene encima y que en bastantes aspectos le gusta a uno mucho. Uno da todos los cafés castizos y toda su caspa por un ladrillo de la Universitaria. La cuestión es si ésta y cuanto podemos colocar a su lado se quedará o no al margen de una ciudad que puede crecer con independencia de cualquier reposo y de toda cultura.

Ya es una pena que cuando se habla de «madrileñista» se piense casi siempre en el pasado agarbanzado de las «pañosas» y de las cupletistas gordas. La verdad es que uno se afana por entender a Madrid, y no cree que le hagan demasiada falta ya, ni la cochambre galdosiana, ni los harapos de Solana, ni el peluche de los cafés, ni Carrère, ni Arniches, ni Répide, ni aun el más moderno, Ramón Gómez de la Serna. Seguramente que «aquel Madrid» resultaría inhabitable, si pudiesen volver a él, para los mismos que le añoran. Les ocurriría lo que al inquilino de «La plaza de Berkeley», que en la conocida obra de Malderston acabó teniéndose que volver, desde su deseado siglo XVIII, *a su reloj siglo* XX. *Les estorbarían los aguaderos, las botillerías, y a un camarero bigotudo preferirían la atractiva señorita de la cafetería. Esto no quita para que este Madrid de ahora vaya teniendo demasiada geometría, excesivos volúmenes y muchedumbres. Necesita silencio, árboles frondosos y rincones. Todas las autopistas que hagan falta y, si es posible, tres aeropuertos como el de Barajas, pero menos gente gritando por las calles de madrugada, menos fiebre, y antigüedades, mercados de flores, libros, exposiciones, intimidad. Ateneo, conferencias, muchas revistas, que equilibren su desarrollo material con un desenvolvimiento espiritual paralelo.*

Madrid está hoy vuelto de cara a Nueva York. Pues bien, debería aprender, mirando a Londres, que una ciudad no es sólo calle, sino hogares; mirando a París, que una capital es sobre todo, gracia, cultura y armonía. En todo caso Madrid 1952 constituye, sobre una gran posibilidad, una incitante aventura, que compromete en sus resultados a todos los españoles.

(«Ateneo», núm. 10 de 7-VI-1952.)

LAS COSAS, CLARAS

EL MONOPOLIO

Por Emilio ROMERO

UNA realidad bastante antigua se ha puesto ahora en moda. Es como esas cosas cuyo sino es reaparecer. Que se van y que vuelven. Se trata del monopolio. Es una de esas palabras de certerísima construcción y de pecadorísimo sentido. El monopolio no necesita estaciones adecuadas, como las golondrinas; o tierras determinadas, como las plantas. Crece y vive en todo tiempo y en cualquier parte. En los malos tiempos se hace cargo de la escasez —mediante la ocultación—, anarquizando el reparto. Viste a un santo con túnica, y a otro le deja en cueros. Proporciona a algunos comida a dos carrillos, y a otros les deja ese pasmo en la cara del que se queda con dos cuartas de narices.

En los buenos tiempos se hace cargo de la abundancia —mediante el acaparamiento—, con el fin de sostener esa anarquía social de los precios altos para el logro de unos beneficios rápidos y mollares.

La escasez aconseja al Estado una intervención. Es la única manera de poner orden en el disfrute de las pocas cosas que haya, porque, aunque nos pese, y después de veinte siglos de civilización cristiana —que es la mejor civilización que conocemos—, no andamos con dengues y cortesías en estas ocasiones. El monopolio, entonces, que lucha a brazo partido con la Fiscalía de Tasas y le perturba ya la propia corrupción pública que ha creado, pide angustiosamente libertad, libertad, libertad. Se encarga de poner verdes a los funcionarios sobre los que intentó todas las figuras de corrupción conocidas, y asegura que el libre juego de la oferta y de la demanda creará la abundancia y, naturalmente, bajarán los precios. ¡Ah viejas conocidas Oferta y Demanda! ¡Cómo enseñáis el plumero! ¡Pervertidas, y haciéndonos ingenuas cucamonas de doncellas! El Librecambio, vuestro respetable progenitor (porque fue respetable en su tiempo), está haciendo malvas hace mucho tiempo, como mi abuelo.

La intervención, un día se va, porque es una situación temporal, y entonces aparece «la libertad en la circulación y en el comercio». Entonces, el monopolio puede intentar convertirse en interventor; pero con una intervención temible: la de su provecho. El objetivo sería lanzar al mercado lo que quiere, en el momento en que le conviene y al precio, claro es, que le dé la gana. El palmo de narices del pobre pueblo, que había estado coreando la petición de libertad, sería inmenso.

Así las cosas de duras no se han puesto en España durante este último año con signo de libertad. Pero pinitos se han hecho algunos. Por fortuna, el Gobierno está avisado y vigilante. Dos ministros —en sus manifestaciones públicas— se han caracterizado por su constante atención a este problema: Arburúa y Fernández-Cuesta.

La gran facilidad de acomodación del monopolio está probada, pretendiendo viri en un régimen político como el actual, pco propicio sobre el papel y sobre la realidad a estas cosas tan típicamente liberales en la forma más avanzada —y por ello más lamentable— de liberalismo económico. ¿No existe un Sindicato único, que alberga también a las empresas y que es instrumento del Estado para el logro de una disciplina económica al servicio del bien común? Sí; pero proliferaron entidades extrasindicales: ligas, consorcios, grupos. Es decir: facciones económicas, porque ahí está muriéndose de rida la ley de unidad sindical. Pero, las cosas, claras: también se han intentado pinitos monopolísticos en los mismos Sindicatos (aunque en menor proporción), que es uno de los huesos que habrá de roer el delegado nacional, Solís Ruiz, que es, también por fortuna, un buen antimonopolista y, lo que es más consolador: decidido a roer aquel hueso.

Como se ve, el monopolio es un poco como el paraguas: sale con la lluvia, sale con el sol; es para viejos, para niños, para damitas, para abrecoches, para reinas (el paraguas que lucía el otro día la reina Isabel II de Inglaterra en unos jardines de Chelsea era fenomenal). Está en los momentos de arrear estopa (paraguazos) y figura en los complementos de «toilette».

En lo que estamos todos de acuerdo es en que es un estorbo. (Una aclaración en favor del paraguas: el monopolio está, vive; pero no sirve para nada.)

(«Pueblo», 13-VI-1952.)

LOS PRECIOS PUEDEN Y DEBEN BAJAR

PERO NUNCA A COSTA DE LA RUINA DE UN COMERCIO LEGITIMO Y HONRADO

NUESTRO querido colega «Arriba», por la pluma de uno de sus redactores, comenta hoy el mismo artículo de la revista «ICA», portavoz del Sindicato de la Alimentación, del que ayer recogíamos unos párrafos sin otro propósito que dar cuenta, primero, de un artículo muy oportuno, y después, de un asunto bastante atrayente y sugeridor.

Aparte algún disculpable error de orden material como hablar de «un editorial de "Pueblo" del 13 de junio», que no era ditorial, sino artículo firmado por nuestro director, Emilio Romero, contiene el comentario de «Arriba» ciertos conceptos algo ligeros que pudieran inducir a malas interpretaciones y a los que conviene salir al paso por puro ánimo de esclarecer nuestra actitud y de plantear con mayor cuidado un asunto de esta monta.

Cierto que la campaña a favor de la baja de precios ha sido y es «slogan» popularísimo de la Prensa responsable en beneficio de lo que se llama «gran sindicato de consumidores»; pero no conviene olvidar que estos últimos no viven desligados de los productores, sino que todo el orden económico del país es un complejo sistema de vasos comunicantes, cuya nivelación ha de procurarse por un definitivo, estable y permanente reajuste de precios y salarios. Consumidores somos todos, sin una sola excepción. Mientras esto no ocurra, viviremos en la incertidumbre económica, aunque la circunstancia caída de precios de un artículo de primera necesidad lleve al «gran sindicato de consumidores» a una alegría tan apresurada y mal enfocada como pasajera y de funestas consecuencias para ellos mismos.

Nos parece bien —o mejor que bien, superior— que bajen en general los precios; apoyamos siempre la política del Gobierno en tal sentido y procuramos ayudarla con nuestras campañas, pero entendemos perjudicial y ruinoso que las patatas —por ejemplo— hayan llegado a venderse en alguna región española a diez céntimos el kilo ya que parece muy probable que el agricultor que así ve depreciada su mercancía por debajo del coste de producción y de los límites de la honesta ganancia, opte por renunciar a este modeste tubérculo en beneficio de otros cultivos más remuneradores. Bien está que bajen los productos del campo hasta su justo límite, más no; ¿pero no sería igualmente bueno que descendiesen de su alto sitial las telas y el calzado —por ejemplo—, cosa que, por desgracia, todavía no hemos visto? ¿O es que vamos a preconizqr el hundimiento de un sector de la producción en beneficio de otro?

Precisamente en las columnas de «Pueblo» se aludió alguna vez a «pinitos monopolísticos en los mismos sindicatos» (tras debelar los pinitos monopolísticos extrasindicales) con intención denunciadora y hostil. Nos consta que los hombres más responsables de los sindicatos están dispuestos a barrer sin contemplaciones cualquier propósito de monopolio dentro de ellos. No en vano el artículo del «J. C. A.», que dio pie al comentario de «Arriba», explica con toda claridad la posición del sindicato como instrumento del Estado para la realización de su política económica: equidistante del monopolio de la producción por las empresas y del egoísmo de los intereses particulares.

Creemos —para terminar— que los precios deben bajar y pueden bajar. Pero nunca a costa de la ruina de un comercio legítimo y honrado. La ruina hemos de procurarla todos al comercio de desalmada especulación. A los fulgurantes advenedizos que han hecho fortunas al cuarto de hora amasada en los sacrificios de todo un pueblo. Estamos orgullosos de ser un periódico popular; pero precisamente por eso nuestro propósito es no incurrir en demagogia.

(«Pueblo», 20-VI-1952.)



EL NUEVO CAMINO DE SANTIAGO

"Hay que impedir la lucha de todos contra todos, las barricadas de grupos de intereses contra grupos de intereses, armonizando todos con el interes general de los españoles. Ese es el papel de los Sindicatos."

(Solís Ruiz, en Santiago de Compostela.)

(«Pueblo», 21-VI-1952.)

Ha sido nombrado ALCALDE DE MADRID el conde de MAYALDE



DON José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Finat y de Mayalde, ha sido nombrado alcalde presidente del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid.

El señor Finat y Escrivá de Romaní nació en la calle de Ayala, de la capital de España, el 11 de febrero de 1904. Se licenció en Derecho y tomó parte activa en la política, siendo elegido diputado por Toledo, como independiente, en las elecciones de 1933. Luego formó parte de la minoría de Acción Popular. En las elecciones de febrero de 1936 fue reelegido y poco después ingresó en la Falange, donde prestó algunos servicios confidenciales poe encargo del general Franco y de José Antonio Primo de Rivera. Este le mandó llevar un mensaje a Pamplona para el general Mola el día 15 de julio, desde el penal de Alicante.

En la capital navarra, el conde de Finat y de Mayalde quedó a las órdenes del general Mola, hasta que el 19 de cicho mes se incorporó voluntariamente al AEjército, como fICIAL DE COMPLEMENTO DE Artillería. Combatió en el frente y fue condecorado con la Medalla militar individudal. En 1938 fue llamado a Burgos para desempeñar la secretaría política de don Ramón Serrano Suñer, a la sazón ministro del interior.

En septiembre de 1939 fue nombrado gobernador civil de Madrid y días, más tarde, director general de Seguridad, delegado nacional de información y miembro y consejero nacional de la Junta Política de FET y de las Jons.

Designado embajador en Berlín en julio de 1941, permaneció en la capital alemana hasta septiembre de 1942. Fue nombrado procurador en las primeras Cortes del régimen.

(«Madrid», 17-VI-1952.)

¿CASUALIDAD?, por Dávila





—¿Está así bien?



TUNEZ, viejo problema; peligro nuevo

EL nuevo Gobierno limitará con graves problemas por todas partes, sobre todo en el plano internacional. Y uno de los más urgentes será —después de la guerra del Viet Nam que es un conflicto con carácter de enfermedad crónica—, el que plantean las relaciones francotunecinas. El asunto se había ido agravando desde el otoño pasado y llegó a una tensión extrema cuando después de las gestiones hechas por tres ministros del Bey que permanecieron en París durante más de dos meses el gobierno francés dio una respuesta evasiva que equivalía prácticamente a desechar las reivindicaciones tunecinas de independencia.

Ahora la queja presentada por dos ministros del Bey ante la ONU, sitúa el problema en un terreno más peligroso; no porque sea probable que el Consejo de Seguridad se avenga a recoger la queja y a inscribirla en un programa de discusión, sino porque, aun descartada la cuestión de momento, quedará en pie con grandes posibilidades de reaparecer más tarde, lo mismo que sucede con el asunto de Marruecos. Desde el punto de vista jurídico, la queja adolece de un defecto de base, puesto que ha sido presentada, sin la firma del Bey, por unos ministros de éste que no

son, en el fondo, sino unos secretarios de Estado. Por otra parte, entre las parcelas de soberanía cedidas por Túnez por el tratado de 1881 con Francia, figura la de la representación exterior. Estos son los argumentos del Quai d'Orsay para pedir que la ONU deseche la demanda.

Sin embargo, es evidente que Francia no va a transmitir una queja contra sí misma a la organización de las Naciones Unidas. Por lo tanto, los tunecinos tienen que apartarse de la letra del tratado; y lo hacen con tanta más libertad cuanto que precisamente reprochan a Francia haberlo interpretado abusivamente, modificándolo arbitrariamente, en la práctica, de un modo unilateral.

La situación se presenta ventajosamente para Francia en la ONU porque el Pakistán §—país al que se han dirigido los tunecinos para que plantee oficialmente la cuestión si, como es casi seguro, el Consejo de Seguridad no acepta la queja directa— tiene pendiente el asunto de Cachemira y es poco probable que entre tanto adopte una actitud demasiado virulenta susceptible de hacerle perder votos, o al menos la neutralidad francesa. Asimismo algunos otros estados árabes reprochan a los líderes tunecinos el que no hubieran presentado su queja con anterioridad, justamente en los mismos días en que se discutía la cuestión marroquí suscitada por la delegación egipcia, de manera a lograr un mayor efecto atacando en dos frentes al mismo tiempo. Pero, como quiera que sea, la campaña de reivindicación está en marcha y los recursos dilatorios no podrán sino aplazar un poco el momento en que un gobierno francés tendrá que enfrentarse con el problema.

Queda, naturalmente, otra solución, que es la del empleo de la fuerza: pero esto sería muy peligroso en un país que soporta ya muy difícilmente la pesada carga de una guerra colonial en Indochina. La opinión pública mira con recelo los sobresaltos de energía que intervienen a destiempo. Y la prueba es que el anuncio de que las autoridades francesas habían prohibido el congreso del ~~partidio~~ Neo-Destur, y los rumores de que se ejercían presiones sobre el Bey para que destituyera a los ministros que presentaron la queja en la ONU, han provocado reacciones de descontento, llegando a decir un periódico —no comunista— que «la actitud francesa constituía una verdadera proocación»...

Es un probema viejo; pero un nuevo eslabón en la cadena de acontecimientos que traban tan estrechamente la marcha de la IV República.

(«Las Provincias», de Valencia, 23-I-1952.)

ANTE LAS ELECCIONES NORTEAMERICANAS

Por Manuel FRAGA IRIBARNE

LA situación del mundo hace particularmente decisivas las próximas elecciones presidenciales norteamericanas. En efecto, la democracia estadounidense ha ido evolucionando hacia una interpretación cada vez más radical del régimen presidencialista, colocando poderes cada vez más amplios e incontrolados en manos del primer magistrado ejecutivo, hasta el punto de que un autor afirma que los anglosajones han vuelto a sus más vieja institución, la monarquía electiva. De suerte que al designado corresponderá una tremenda responsabilidad en las decisiones políticas, militares y económicas que orientarán la marcha de la política mundial en los años próximos: pues detrás de sus acuerdos como jefe del Gobierno y como comandante en jefe, está todo el vigor de la primera potencia mundial.

Las elecciones actuales presentan, por otra parte, una serie de características específicas. En primer lugar no concurre a ellas el presidente anterior: situación nueva desde 1932. Aquel año se presentó Hoover, presidente republicano, que fue derrotado por el candidato demócrata, Roosevelt. Una vez elegido presidente F. D. Roosevelt se presentó y fue reelegido en 1936, 1940 y 1944. Murió antes de agotar su último mandato y le sucedió, de acuerdo con la Constitución, el vicepresidente Truman. En 1948 hubo nuevas elecciones. Truman se presentó y fue reelegido frente al candidato republicano, Dewey. Así pues, en los últimos veinte años, el anterior presidente ha sido siempre candidato y (salvo en el caso de Hoover en 1932, que a su ez es atribuible a la grave crisis económica de aquellos años) ha triunfado siempre sobre su oponnete. Todos han sido demócratas, por otra parte.

Conviene recordar al respecto que la Constitución norteamericana de 1789 no estableció ningún límite a la reelección presidencial (a diferencia de la mayoría de las hispanoamericanas, que han intentado oponerse al llamado «continuismo»). De hecho, ha sido muy frecuente la reelección por un período, de suerte que son bstantes los presidentes que han gobernado ocho años, pero en cambio, el primer presidente, Jorge Washington, se opuso a ser ereelegido por tercera vez, sentando un precedente que no fue roto hasta que Roosevelt fue reelegido (eso sí, en circunstancias tan excepcionales como las de la segunda guerra mundial) por tercera vez en 1940 y por cuarta en 1944. Una vez terminada la guerra y siendo ya presidente Truman, el Congreso aprobó una reforma constitucional, que ha entrado en vigor en 1951 (al ser ratificada por el número constitucional de Estados, que es de dos tercios) en virtud del cual la vieja costumbre pasa a ser unauprohibición y ya nadie podrá atentar contra el llamado «tabú del tercer mandato». El texto aprobado, sin embargo, hacía la expresa salvedad de que a Truman no se le contaría el período que desempeñó como civepresidente; pero él ha renunciado en los últimos meses a esta posibilidad, declrando que no sería candidato en las elecciones. Se acaba de anunciar, en cambio, la posibilidad de que asista como delegado de su partido a la próxima Convención nacional demóxrata, que designará el candidato: sería el primer presidente en este caso.

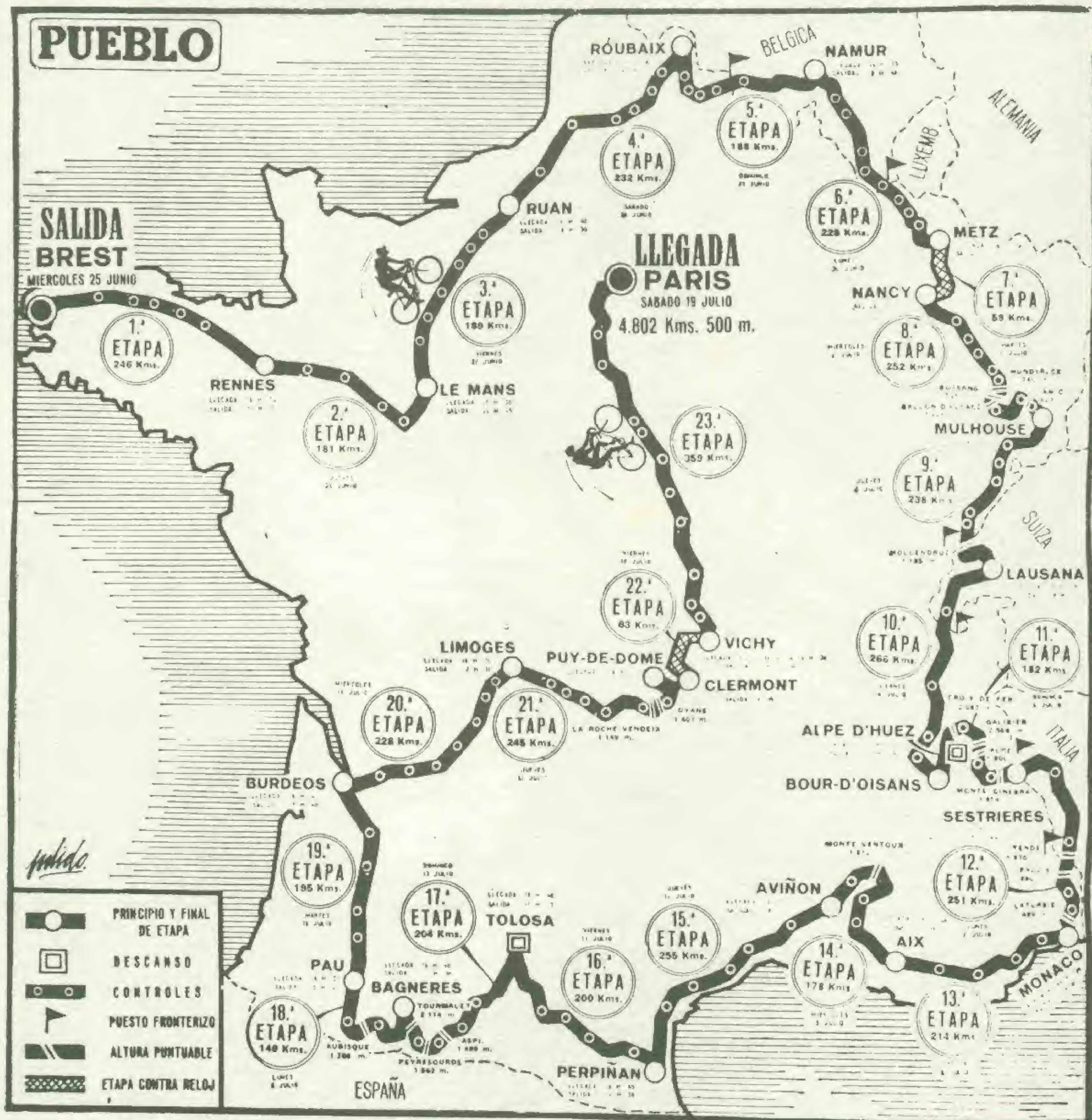
Por otra parte, ni el propio partido demócrata, ni tampoco la opisición republicana, tienen hasta el momento un candidato que claramente se destaque sobre los demás. Los demócratas aun no se han repuesto de la sorpresa que les ha producido la renuncia de Truman; y a su vez el candidato republicano de las últimas elecciones, el prestigioso gobernador del Estado de Nueva York, Dewey, también ha decidido no ser candidato en estas elecciones. Hasta el momento, las posibilidades de Eisenhower y Taft parecen niveladas, y en el campo demóxrata las cosas aparecen aún menos claras.

De aquí el excitante interés de estas elecciones, en las que los Gallups y otros pronosticadores (que además se equivocaron rotundamente en 1948, prediciendo unánimente la derrota de Truman) andan esta vez más cautos que nunca.

(«El Noticiero Universal». 28-V-1952.)

DEPORTES PUEBLO DEPORTES PUEBLO DEPORTES PUEBLO

SIGA EN ESTE MAPA LA XXXIX VUELTA CICLISTA A FRANCIA



LOS SELECCIONADOS PARA EL "TOUR" 52

EQUIPOS NACIONALES

ESPAÑA (director técnico: Mariano Cañardo).—Gelabert, Gil, Masip, Pérez, Ruiz, Serra, Trobat y Vidaurreta.

FRANCIA (director técnico: Marcel Bidot).—Bonnaventure, J. Dotto, B. Gauthier, R. Geminiani, N. Raucedi, L. Lazarides, E. Muller, M. Quentin, R. Remy, J. Robic, Ant. Rolland y L. Teisseire.

ITALIA (director técnico: Alfredo Binda).—Baroni, Bartali, Brasci,

EQUIPOS REGIONALES

PARIS (director técnico: F. Mithouard).—C. Decaux, J. Caric, L. Caput, A. Papazian, J. Renaud, C. Coste, R. Chapatte, P. Gaudet, J. Dupont, J. Marinelli, E. Telotte y C. Sciardis.

NOROESTE-CENTRO (director técnico: S. Ducazeaux).—P. Parison, G. Bauvin, R. Rossinelli, J. de Gribaldy, A. Deledda, A. Sowa, R. Ducaed, R. Buchonnet, N. Lazole, G. Meunier, M. Dussault y

Resultados de la carrera en su última edición

CLASIFICACION GENERAL

LOS ESPAÑOLES

(«Pueblo», 23-VI-1952.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA

Los santos aventureros



Santa Teresa en éxtasis. (Obra de Bernini en la Iglesia de Santa María de la Victoria, Roma.)

Itinerario de Teresa de Cepeda, sembradora de conventos



Vista general de Avila de los Caballeros, desde los restos del templete llamado «los cuatro postes».

Carlos Sampelayo

EN el escudo de los Cepeda figuraba el león, por sus triunfos en las guerras, y ocho cruces de San Andrés en recuerdo de ocho estrellas que Fernando III y sus hombres vieron en el cielo al pasar vencedores por la puerta de la casa.

Desde pequeña —cinco años— Teresa de Cepeda juega con sus numerosos hermanos en el patio de la casa, a hacer casitas, ermitas sobre todo, se viste de monja, guerrea contra los que figuran ser infieles y hace como que recorre el mundo haciendo heroicidades y finge morir martirizada. Son los juegos infantiles de la época que en Teresa vemos como un acento premonitorio. Es el tiempo en que los hombres jóvenes sólo tienen dos carreras para realizarse: cura o soldado. La más importante es la segunda, la que elige la gente noble, y seis hermanos de la muchacha se hacen militares y se van a las tierras recién conquistadas del otro lado del océano.

Infancia y adolescencia

Quería mucho a sus padres, condición de niña buena. Teresa recuerda a su madre sobre todo, pálida resignada de gesto, muy bella, pero modesta, sin afeites, llena de paz, inteligente. Los vestidos de su juventud —murió de treinta y tres años— eran austeros como los de una vieja.

A los dieciséis años llevan a Teresa a un monasterio, tras casarse su hermana. Es la costumbre de las familias con las hijas solteras y sin merecer. Al comenzar el noviciado se alborota el convento con un supuesto milagro ocurrido entre las monjas.

En el día de difuntos de 1533 entra Teresa en el convento de la Encarnación de Avila. Entrar para siempre en un convento a los 18 años es encerrarse viva en lóbrega prisión de angustias. Parece que debió sentir Teresa al tomar la resolución, una comezón en su cuerpo, como si los innumerables encantos del mundo la quisieran retener en él. Siente un gran dolor, cuando lo describe así: «No creo sea más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me aparta de sí, que como no había amor de Dios que quitase el amor de padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no



El padre Gracián.

bastaran mis consideraciones para ir adelante.»

Pasado un año de haber profesado Teresa cae enferma grave y tiene que pasar el invierno en casa de su hermana María, en Castellanos. No puede salir de la alcoba. Se contenta con ver tras los cristales del ventanal el campo, el cielo, el sol. Son los primeros éxtasis. Reza y llora, y cuando limpia sus lágrimas se siente transportada al cielo, se serena, el mundo para ella está distante. Deliquios sin duda de la enfermedad, en los que cree ver a Dios igual que Iñigo de Loyola creía ver a la virgen en otra enfermedad con delirios.

Otra vez el convento

La vuelven al convento, donde convalece, *resucita* y empieza a manifestarse en ella la poetisa que canta versos propios en la huerta. Todas sus compañeras la quieren, porque no le gusta murmurar de nadie, ni tolera que delante de ella se murmure. Además su característica resignación va siempre acompañada de buen humor, alegría y esperanza.

Al filo de aquel alivio y cuando empieza a sentir más hondamente el deseo, el trastorno y la angustia de su corazón religioso, la enfermedad de su padre, la hace salir del convento nuevamente para acudir a su lado. Cuando muere Alonso de Cepeda, a Teresa le parece que se le ha quedado cara de angel y lo achaca a lo bien dispuesto y sereno que ha partido para el otro mundo.

Una noche va a su celda acompañada de dos sobrinas suyas también monjas y comentan la relajada regla que se observa en el convento, con la que no están conformes. Una de las sobrinas le dice: «Pues vámonos las que estamos aquí a otra manera de vida más solitaria, a manera de ermitañas.» Esta exclamación envalentona a Teresa y acuerda revolucionar la orden del Carmelo. Al despertar el día siguiente, no ha podido olvidar las palabras de su sobrina y ha concebido un amplio proyecto.

La revolución

Su ilustre amiga abulense doña Guiomar de Ulloa es quien primero conoce los planes de Teresa, y se compromete a ayudarla en todo con su dinero y su influencia. Sin embargo, no se atreve la monja a fundar de sopetón el pequeño convento que proyecta. Pero es cuando empieza a perfilarse la historia de Teresa de Jesús con acusado acento de clara definición. Su confesor aprueba la idea y quiere consultarla con el provincial de los carmelitas fray Angel de Salazar, aunque antes ella quiere contar con más firmes apoyos como son Pedro de Alcántara y Luis Beltrán, otros dos frailes que fueron luego canonizados, los cuales tenían mucha influencia y autoridad. Escribe al segundo y éste le responde: «Madre Teresa: recibí vuestra carta, y como el negocio el cual me pide consejo es de tal manera para el servicio del Señor, he querido encomendárselo a mis pobres oraciones y sacrificios, y ésta ha sido la causa de mi tardanza en contestar.» Aprueba el proyecto lo mismo que el de Alcántara, y las dos opiniones le hacen emprender con ánimo la batalla a Teresa.

Pero temerosa de que la hostilidad contra su empresa obstaculice sus acciones recurre astuta a su hermana Juana, casada en Alba con un hidalgo pobretón llamado Juan de Ovalle para que sean ellos quienes en su nombre compren la casa que ha de servir para convento, una casa en la que hay que hacer obras cuyo coste supera el dinero que ha podido obtener. Mas entonces llega del Perú un legado con el que puede terminar la reconstrucción, enviado por uno de sus hermanos, Lorenzo de Cepeda, que había marchado a las Indias en busca de fortuna.

Aunque la casa es humilde y estrecha, Teresa considera que es buena para su propósito. Han terminado las obras del nuevo convento y las pocas monjas que la siguen están dispuestas a trasladarse a él, abandonando la Encarnación, pero no cuenta Teresa con las artimañas de la administración eclesiástica española de todas las épocas. Cuando todo se halla a punto, recibe la fundadora una orden imperiosa del provincial de la Orden fray Salazar para que en compañía de otra monja parta inmediatamente a Toledo, a fin de consolar a doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli, que acaba de quedarse viuda.

El convento se inaugura. Motín

A primeros de enero de 1562, Teresa marcha a Toledo. El viaje en mula es largo y esforzado, como una penitencia.

Cuando recibe permiso para

volver a Avila, tiene instantes de vacilación. Pero en Avila le espera el triunfo. La reciben Francisco de Salcedo, el maestro Gaspar Daza, Gonzalo de Aranda, fray Pedro Ibáñez y fray Pedro de Alcántara, todos convencidos ya de las razones de Teresa. Esta se había esforzado en convencer al Obispo, que entonces se hallaba en Avila, de lo útil para la religión que habría de ser el nuevo convento. Así el mismo día en que Teresa llegaba, recibían doña Guiomar de Ulloa y su madre doña Aldonza de Guzmán, la bula papal autorizando el convento de San José, como lo denominara Teresa, quien dio los últimos toques a la casa para que quedara decente, aunque humilde.

Su deseo ahora es fundar nuevos conventos en toda Castilla. Mas las intrigas y las insidias suben de tono y las monjas de la Encarnación hacen que Teresa vuelva a ese convento para acusarla ante el claustro. Pero Teresa se defendió con tal fervor y elocuencia que las monjas acusadoras quedaron también convencidas de sus razones. Sin embargo, el clamor de todo el pueblo hace que el Provincial tome cartas en el asunto e indica a Teresa que ingrese nuevamente en La Encarnación, donde está seis meses sin hacer nada, mientras sus amigas la defienden fuera y defienden el convento pequeño de estas adversidades. Se está a punto de destruirlo. Las cuatro monjas sin su timonel las pasan *moradas*, y desde la Encarnación la fundadora desarrolla todas sus influencias para que las dejen en paz. Cuando vuelve a San José, calmados los ánimos, Teresa continúa su lucha por crear nuevos conventos, cultivando amistades que le pueden favorecer. Es cuando la fama de Teresa brilla más que nada por su afán de fundadora. Se dedica a escribir sin descanso, sobre todo una autobiografía, quizá el mejor de sus libros, *Camino de perfección*, mismo título que siglos después daría Baroja también a una de sus mejores novelas basada en el fatalismo clerical.

Segunda fundación

En Medina del Campo viven sus antiguos confesores y amigos fray Antonio de Heredia y Baltasar Alvarez. Y a ellos acude Teresa para fundar un nuevo «conventillo» en aquella ciudad. Elige una casa, pero el alquiler es tan caro que la desanima. Aunque una vez más ayudada por el maestro Julián de Avila consigue apalabrar el edificio. Se pone en camino, con monjas y todo, en un carro, y llegando a Arévalo se entera de que los agustinos se oponen a que se establezca un convento cerca del de ellos, y el dueño de la casa, en vista de esta oposición, se ha echado atrás. Teresa y el maestro que



Convento de la Encarnación. Celda que Santa Teresa ocupó durante más de veinte años (Avila).

la acompaña deciden no decir nada a las monjas y continuar caminando fiados a la Providencia. La luchadora surge nuevamente.

Su tesón se traduce en correrías y caminatas. Desde Arévalo parte para Olmedo donde vivía entonces el obispo de Avila. Marcha luego ya a Medina y en el camino tiene la suerte de encontrar a la viuda de Medina, dueña de la consabida casa medio arruinada. Esta dama es toda galantería para la monja andariega, y la autoriza para que pida al mayordomo y el ama de llaves las de la casa y les diese orden de que inmediatamente la dejaran en su poder. Llega de noche a Medina y comienza a tratar de arreglar la finca, que cada caso que da en ella le parece peor a Teresa, la contempla sobrecogida al observar la desolación de todas las dependencias. Lo que más la inquieta es que pueda ser robado el Santísimo Sacramento una vez entronizado allí.

Ya fundado este otro convento, Teresa se dirige a Alcalá y Malagón, viaje largo en el que la acompaña doña María de Mendoza con su coche y las dos monjitas que casi siempre van con ella. Por las noches se detienen en los castillos del camino donde la dama tiene amigos. Cuando llegan a Madrid, Teresa se deslumbra ante un mundo nuevo superior al de Toledo. La hermana de Felipe II, princesa del Brasil, ya tiene admiración por Teresa, y la invita a pasar dos semanas en el convento de las franciscanas descalzas —ese que está en la plaza del mismo nombre—, cuya superiora, sor Juana de la Cruz, era hermana del duque de Gandía (Francisco de Borja) a quien Teresa había conocido en Avila como el padre Francisco el Pecador. («No más servir a señores que en gusanos se conviertan»)

En la Cuaresma de ese año de 1565 pide nuevos refuerzos monjiles a Avila para fundar también en Malagón, donde acompañada del párroco busca una casa apropiada. Le señala el cura un lugar, y ella hace una profecía: «Dejemos este para los frailes descalzos de San Francisco, que aquí han de fundar.» Pocos años más tarde la profecía se cumple.

Monasterios de frailes. Juan de la Cruz

A los 53 años piensa que debe apresurar su obra incansable, y pasados dos meses desde la fundación de ese convento vuelve a Avila. Se le ocurre ahora fundar también convento de frailes, aumentando su nuevo deseo al que Heredia, prior de los carmelitas, lo aprueba con gran sorpresa de la monja caminante.

Le ha puesto ojo a Valladolid para su nueva y revolucionaria fundación. Aunque se encuentra ya muy cansada de tanto ajetreo, alquila otra casa junto al Pisuerga, y lleva albañiles para que reparen tapias y levanten muros. Todo el dinero que precisa Teresa para tanta fundación es recogido de sus amigas y amigos nobles. Mientras tanto España está llena de mendigos.

Recibe el breve autorizándola para fundar sus dos prime-



Portada de las obras de Santa Teresa, editadas en Amberes por Plantino, en 1649.

ros monasterios de frailes. Esta idea la llevaba trabajando su espíritu constantemente. Pero no conoce en toda España seglar o fraile alguno dispuesto a ayudarla en esa nueva empresa. Unicamente el prior Heredia, que le había dicho que él sería el primero de sus frailes, con el asombro ya consignado de la monja.

Un padre joven, que quiere ingresar en los cartujos, es disuadido por ella hasta que tenga fundado el primer monasterio carmelita de religiosos. Lo ha conocido en Medina, y es tan débil de cuerpo y bajo de estatura, que cuando Teresa habla de Heredia y de él, suele decir «mi fraile y medio». Sin embargo el joven refleja inteligencia en su rostro y una tendencia a la reflexión y el pensamiento profundo. Después de tratarlo mucho Teresa ha dicho: «Yo podría mucho más aprender de él, que él de mí.»

Consigue la monja la licencia para fundar el primer convento frailuno en Duruelo, lugar pequeño que cree el mejor albergue para los que buscan la tranquilidad huyendo de la incomodidad mundana. Instruye en Valladolid a Juan de la Cruz (que no es otro que fray Juan de San Matías, el «medio fraile» que habría de adoptar luego ese segundo nombre) en las prácticas de la vida carmelita descalza.



Felipe II, Rey Católico de España (1527-1598). Pintura de Pantoja de la Cruz.

Los frailes excéntricos. Insultada, acusada y amenazada

Hay que registrar ciertas manías de algunos de los religiosos. Fray Antonio de Heredia ingresa en el convento llevando cinco relojes. Como Teresa se riera, el fraile dice que los lleva para tener las horas bien concertadas, porque «no quería ir desapercibido».

Teresa quedaba encantada del espíritu que veía en aquel conventito. Una de las cosas que le llamó la atención fue una cruz de palo, pequeña, que usaban para el agua bendita «que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo y que poseía más devoción en el alma que si fuese de cosa muy bien labrada».

Le falta Toledo. Uno de sus mayores deseos es fundar en Toledo, la deslumbrante. Y hacia allá se encamina acompañada de otras dos monjas y un cura. Viaje difícil a través de la sierra hasta llegar a El Tiemblo, donde hay una posada para descansar. Pero allí hay también un arriero anticlerical que insulta a las monjas y está a punto de agredirlas. Amenaza de muerte a los que le sujetan, y al final se va a ver al Corregidor y denuncia a las monjas por robo. Los orígenes del suceso no están bien aclarados; mas el Corregidor, despertado a aquella hora, atiende la querella y se persona en la posada. Pero si no es porque reconoce a la madre Teresa, ésta y sus acompañantes habrían ido a la cárcel.

Al llegar a Madrid se ve con la princesa de Brasil a quien entrega un documento lleno de consejos para el Rey. Dice que se los ha inspirado Dios.

Y así el 24 de mayo continúa Teresa su viaje a Toledo. Con los viajes de Teresa —en carro, en coche, a pie— empalmadas las distancias —esforzados y llenos de obstáculos y tropiezos, como los de Marco Polo— se podría medir una vuelta al mundo.



Convento de la Encarnación. Silla de Santa Teresa e imagen de la misma en talla policromada (Avila).

El convento toledano. Encuentro con la princesa de Eboli

Le entra mucha prisa por fundar el convento toledano. Pero no tiene casa y las negociaciones de licencia están interrumpidas. Con sólo dos ducados en el bolsillo, su ánimo constante le hace decir: «Ahora que nos falta el idolillo del dinero, se negociará mejor.» Se va a ver al Gobernador para hablarle con su elocuencia habitual. Tras la entrevista, con leves promesas de la alta autoridad, y con los dos o tres ducados que le quedan compra dos imágenes para el altar, dos colchones pequeños y una manta, como toda provisión de la casa que quiere fundar, y le encarga a un estudiante pobre y harapiento amigo de Juan de la Cruz, que le busque una. El estudiante se la encuentra, y una mañana, mientras Teresa oye misa le lleva las llaves. La monja las tomó en seguida y allí fundaron otro convento.

En los primeros días de junio, Teresa y sus monjitas marchan a Pastrana, pasando por Alcalá de Henares para vigilar su convento de esta ciudad, fundado fácilmente con dinero de amigos y amigas.

En Pastrana la princesa de Eboli le ofrece su palacio para convento de frailes. Mas Teresa se niega porque es un albergue muy lujoso. A la princesa tuerta le cae muy mal la decisión de la monja y le cobra un odio que se transforma en obstáculo para la fundación que pretende Teresa. Aquella mujer dominadora no podía consentir que otra mujer, con hábito o sin él la dominase a ella. Teresa explica las obstrucciones de la de Eboli durante su estancia en Pastrana: «Estaría allí tres meses, donde se pasaron hartos trabajos, por pedirme algunas cosas la Princesa que no convenían a nuestra religión: así me determiné a venir de allí sin fundar, antes que hacerlo (...)»

Luego, tras haber fundado pues humildemente el convento de frailes de Pastrana, lo que le llevó a una larga estancia en Toledo, Teresa recibió una carta del rector de los jesuitas de Salamanca, pidiéndole que fundara también un convento en esa ciudad, «que será de gran provecho para la Iglesia».

Más pleitos y tropiezos materiales

Teresa ya está cansada, no tanto de andar por caminos de nieves o de sol, sino por los obstáculos de toda índole que se oponen a sus planes. Pero como cree que estos obstáculos se los pone el mismo demonio no ceja en darle la batalla y saca fuerzas de la flaqueza física. Encarga a una señora amiga suya que le busque una casa en Salamanca y la señora la encuentra, aunque la casa está llena de estudiantes. Teresa hace a pie casi todo el camino de Toledo a Salamanca, acompañada siempre de la misma monja. Los estudiantes no quieren irse de la casa en cuestión. Recaba la influencia de un conspicuo que consigue desalojar la casa. Es como desnudar a un santo para vestir a

otro. Quita estudiantes para meter monjas.

Esta fundación es la que hace Teresa con menos medios, con mayor pobreza. Trajo las monjas de Medina del Campo, y quedó fundado el «monasterio».

A los dos meses se parte de allí para Alba de Tormes. Quiere sembrar de conventos toda España. Hace el camino —cinco o seis horas— por campo yermo, rastrojales y cañadas. En Alba la recibe la Duquesa, una admiradora, quien la aloja en su palacio, con su compañera, uno de los palacios más valiosos y lujosos de España. Esta vez es Teresa de Lais, una rica señora que le presenta la Duquesa, la que sufraga los gastos de fundación del convento de Alba, que celebra su primera misa el 25 de enero de 1570.

La vejez no merma las facultades y la capacidad de trabajo de Teresa; antes bien la aumenta con las dificultades que van creciendo a medida que sus fundaciones son más numerosas. Los conflictos son tanto dentro de los conventos como al exterior donde los *impiadosos* ven con inquina los plurales propósitos de la monja emprendedora. Va de Salamanca a Toledo, sin descanso, para disponer, aconsejar, trabajar, resolviendo cuanto hay que resolver, o dominando de momento los problemas. Medina es otro foco de ellos. La monja andarina va otra vez allá, a poner paz entre el Principal y sus monjas, porque él quiere imponerles una priora que no soportan las otras. Tanto es el valimiento de aquella priora que ordena a Teresa y su acompañante Inés de Jesús que salgan inmediatamente de la ciudad so pena de excomunión.

Rebelión monjil

Con el tiempo fue resolviéndose aquel conflicto o pelea

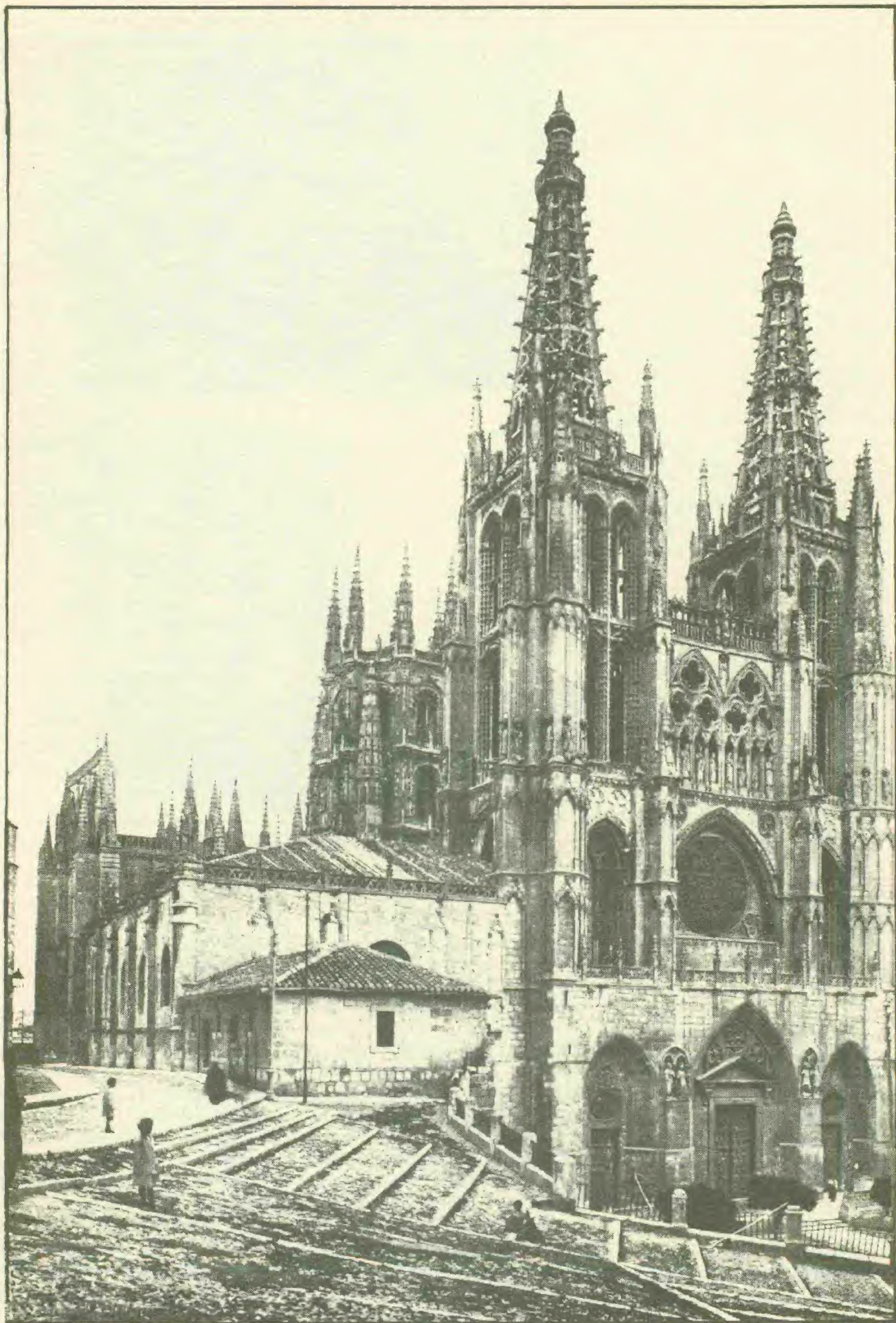


Fray Luis de León (1527-1591). Retrato existente en El Escorial.

entre monjas, al que no era ajeno el enojo del Provincial, por cierto pleito habido con la dote de Isabel de los Angeles que sirvió para fundar el convento. Con el tiempo, decimos, la priora-directora demostró su incapacidad, y su valedor tuvo que restituir a las monjas el derecho a gobernarse por sí mismas. Fue nombrada priora Teresa, y la vemos otra vez caminando por Castilla hacia Medina, en época de lluvias. Al anochecer han tropezado con un río que viene muy crecido y es peligroso atravesarlo. Ninguno de sus compañeros se atreve a ello; más Teresa llega a la orilla, se echa los hábitos por la cabeza, se levanta las enaguas y se mete en el río, dando voces a Julián de Avila y los arrieros que la acompañan: «¡No nos conviene quedarnos aquí al relente toda la noche!»

Y llega a la otra orilla, emulando a Moisés.

Al poco tiempo de ser priora en Medina, su constante inquietud la lleva a abandonar el cargo y volver a Avila, donde en la Encarnación hay otra vez conflictos entre las monjas, y los principales de la Orden creen que para aplacar los ánimos lo mejor es que Teresa se haga cargo del convento. Por lo que aquellas monjas que reprobaban antaño el *reformismo* de la monja fundadora tienen que apencar ahora con su dirección y sus severas reglas.



La catedral de Burgos en el itinerario de la Santa.

Pero aquellas monjas siguen sin aceptar las disposiciones reaccionarias que les pretende implantar Teresa.

Tras las bofetadas la paz. El tenorio en el convento

Y estalla una contienda en la que hay bofetadas incluso entre religiosas y frailes, cuando el Provincial lee el nombramiento de Teresa como priora. Esta trata de poner paz y se acerca a varias monjas que se han desmayado entre gritos histéricos y pataleos. Les da unas cariñosas palmaditas en la cara y van volviendo en sí naturalmente, aunque algunas y algunos creen que es el contacto de Teresa lo que las vuelve a la vida.

Se restablece la paz, pero a la noche estando ya sola la nueva priora con las monjas, vuelve a relampaguear entre éstas otro motín negándose rotundamente a obedecer a Teresa. Capea el temporal como puede y al día siguiente, todas las hermanas llamadas a Capítulo, ven con gran sorpresa que en lugar de estar sentada Teresa en la silla presidencial, ha puesto en ella la Imagen de la Virgen de la Clemencia con las llaves del convento en las manos. A sus pies, muy humilde está la «reformadora». Había calculado que aquel golpe de efecto iba a conmover a las monjas, y aprovechándolo les habla con suavidad no exenta de entereza, reduciéndolas al acatamiento de su mandato.

Así se entera de ciertos devaneos de las monjas, con un muchacho que suele ir al locutorio a hablar con ellas, y luego se jacta en el pueblo de tenerlas a las unas y a las otras conquistadas amorosamente. Teresa le llama y le explica con muchas y detalladas razones lo improcedente de su conducta. Le pide que no vuelva más por el convento para no alborotar a las monjas. El joven se burla de ella.

—¿No te convencen todas estas razones para cesar en tus galanterías?

El dice que no, y Teresa replica:

—Pues me queda otra.

—¿Cuál?

—Romperte la cabeza, tanto si vuelves al locutorio como si te atreves a acercarte al convento.

Uno de los frailes que lleva a la Encarnación para que se encargue de los servicios educativos es Juan de la Cruz, cuya amistad ha cultivado tierna y admiradamente. Es su consuelo y un poco su maestro de literatura, ya que Teresa en esto es autodidacta.

La vida conflictiva

De conflicto en conflicto, la reformadora es la mariposa de la paz. En julio de 1573 surge el conflicto en Salamanca, y tiene que abandonar la Encarnación para ir allá, en un viaje ímprobo a sus años, sus fuerzas físicas, su enfermiza contextura. La acompañan fray Antonio de Jesús, doña Quiteria de Avila, monja de la Encarnación, y el fiel maestro Julián, biógrafo de estas idas y venidas llenas de tropezones. Los acompañantes pierden a Teresa en la ruta, y tienen que dividirse para buscarla cada uno por su lado. Al fin y tras gran alarma aparece la monja en compañía de Quiteria y de un labrador que la ha encaminado.

Sobre el estado en que se encuentra la casa del convento salmantino escribe Teresa: «Ninguna de mis hijas ha tenido que pasar tantos trabajos como las monjas de Salamanca.» Busca otra casa mejor y las aloja en ella. Diez años dura el pleito del propietario de la casa con la monja, porque él quiere cobrar al contado y ella paga a plazos. A fuerza de habilidades como siempre consigue salirse con la suya evitando la expulsión con que las amenaza constantemente el casero.

Sin acabar el pleito marcha a Alba de Tormes para resolver otras cuestiones, y después a Segovia, andando nuevamente por malos caminos y durmiendo en los pajares. Otro conflicto. El provisor de esta ciudad monta en cólera al saber que va a fundar allí otro convento teresiano y entra en él desaforadamente tratando incluso de meter en la cárcel al «mínimo y dulce» Juan de la Cruz. Teresa tiene amigos en todas partes y gracias a un canónigo pariente suyo que reside en Segovia, consigue que éste ablande al Provisor.

Se produce un conflicto más en Pastrana entre la princesa de Eboli y las monjas. La primera ha tomado ya hábito y quiere que ellas le sirvan de rodillas, como corresponde a su alcurnia. Teresa desde Salamanca indica a la Priora cómo ha de proceder, y al fin es la medio invidente de Eboli la que tiene que abandonar el convento, pero las priva del edificio que es de ella y las monjas tienen que abandonar el cenobio y marchar a Segovia escoltadas por curas y frailes, donde Teresa las recibe maternalmente, las instala en una nueva casa, y emprende la vuelta a Avila.

El más largo viaje. Octavo convento

Sin embargo, a los sesenta y cuatro años, en 1575 sufre su más importante y largo viaje. Ha alcanzado ya la fama, una fama que halaga su vanidad y la impulsa a seguir su obra. Va a fundar ahora en un pueblo chico de Sierra Morena llamado Veas, llamada nada menos para que funde allí, por una



San Juan de la cruz, pintura de Joaquín Canedo, en el Museo Provincial de Valladolid.

hija del hidalgo Sancho Rojas, familia de «cristianos viejos, la sangre sin mancilla», explica la fundadora. La joven quiere pertenecer a la severa Orden carmelitana, ofreciendo casa y todo para ello. Por eso Teresa, loca de contento se encamina hacia allá tras cuatro años de gestión, porque Veas pertenece a los Caballeros de Calatrava, y ese tiempo ha necesitado para conseguir las licencias de los mismos. Tenía ya mucha experiencia y no quería exponerse a un viaje sin fruto. Pasa por Almodóvar porque en este pueblo fray Antonio de Jesús está fundando un convento de frailes como los que funda Teresa, quien va como siempre haciendo la ruta a pie, o montada en carros o borricos. Es lo que podríamos llamar a veces en «carro-stop» de la época. La acompañan algunas monjas y todos se pierden, guías y monjas, por las intrincadas peñas de Sierra Morena. La voz de un arriero las aconseja el camino a seguir desde el fondo del valle, pero todos creen que esas voces son un milagro del cielo propiciado por la santa. Tienen que atravesar el caudaloso Guadalquivir en mulas y dice Anda de Jesús que apenas tocaron el borde del agua se encontraron en la otra orilla. Otro milagro.

La diferencia de Andalucía con Castilla asombra mucho a Teresa. Cuando llega a las puertas de Veas, el carro en que va es escoltado por los campesinos. Teresa baja en la plaza, cubierta por un velo de la cabeza a los pies. Anda encorvada ya y con trabajo. La hija de Sancho Rojas y su hermana están traspasadas de emoción y alegría. La encaminan a su casa que desde ahora será el octavo convento de Teresa. No ha tenido en toda la vida un recibimiento igual.

Encuentro con Gracián. Viaje a Sevilla

A pesar de la unidad española, que tiene ya más de un siglo, Teresa siente los hechos diferenciales de sus regiones en Andalucía. El halagador paisaje de Veas nada tiene que ver con los otros paisajes que conoce. Ni sus gentes.

A este pueblo ha llegado un fraile carmelita cuya obra se halla muy vinculada a la de Teresa de Jesús. La entrevista con Gracián (Jerónimo, no confundamos con el jesuita Baltasar, autor de «El Criticón» y máximas filosófico-realistas) influye definitivamente. Siente tan grande admiración por él que no puede por menos de exteriorizarla a sus otras amistades. Los hombres que producen admiración en Teresa marcan su camino.

En el siglo XVI el prejuicio castellano contra Andalucía era más intenso que nunca. Teresa también lo sentía, y tras las primeras alabanzas a la tierra andaluza, se le reproduce conforme pasa el tiempo en ella. Pero Gracián le aconseja ir a Sevilla y la monja obedece. Se pone en camino en vísperas de Pascua Florida, acom-

pañada ahora de una comitiva de monjas y frailes castellanos en desvencijados carros, a los que Teresa llama el Purgatorio, por el sol candente que da sobre ellos con saña. Incidentes y penas pasan todos en el viaje, con la madre ya vieja y enferma de un tabardillo que le dio mucha fiebre y un fuerte delirio. ¡Qué horrible es el sol andaluz para ella! Sin embargo prefiere estar bajo él que en las ventas incómodas del camino, donde las camarillas son como hornos que agravan su enfermedad.

Llegan a Córdoba y el Corregidor los detiene a la puerta de la ciudad. No consiente que entren carros sin permiso, del que carece la comitiva. Una vez conseguido entran por las calles cordobesas, y la gente les hace objeto de bromas y bullanga. Se tienen que refugiar cuanto antes en la iglesia.

De Córdoba a Sevilla, Teresa, a pesar de sus males levanta el espíritu de los demás con graciosa conversación y cantando coplas. En Sevilla encuentra otro obstáculo en el arzobispo, resentido con ella por aquella manía de fundar tan deprisa y sin dotación. Se meten en una casa donde no tienen ni platos para comer.

Hasta que Teresa tiene la ocasión de hablar con el arzobispo, que todo vestido de seda morada, llega al conventucho dispuesto a no dejarse convencer. Pero la habilidad tantas veces mencionada y el sentido de la persuasión de la monja viajera tiene éxito una vez más, y el prelado tuerce su voluntad y le dice que haga lo que quiera.

Santa, pero combatida

Ya en la senectud, Teresa ha convertido en realidad el sueño que tuvo al fundar su primer conventillo de San José. Mas después de tantas intrigas y sinsabores, todavía en 1577 se dictó en Plasencia un decreto contra ella. Redobla su campaña para que no le cierren los conventos. Escribe cartas al General mostrando los peligros de llevar adelante la persecución a los descalzos. Son, aparte de la de Eboli, los caseros de las casas despojadas los que mueven la discordia guerrera. Se la conmina a que abandone su obra y se recluya en un convento de Castilla. No es un premio de descanso sino un castigo. Está herida en lo más hondo, pero no desanimada, porque es mucho su temple para afrontar esta última tormenta desencadenada, que quizá mueva la envidia, existente también sin duda entre los santos.

Hasta le envían los inquisidores a Sevilla. La lucha entre calzados y descalzos es total. Teresa se refugia en Toledo desde donde presencia el combate.

No es precisamente una ingenua la monja fundadora. Pi-



Convento de San José, de Avila. Celda de Santa Teresa y arcón donde estuvo enterrado su cuerpo.

de a Gracián que vaya a Roma. Para ella, el enemigo, cuanto más alto mejor. Recluida en su celda toledana, toda es desazón por la guerra que se hace a su reforma, por las cuestiones económicas en sus conventos —multinacional de conventos.

Prisión de Juan de la Cruz. Ofensas de palabra y obra a la Santa

A principios de 1577 la ofensiva contra los descalzos se apacigua. Pero ha vuelto de Portugal el Tostado, implacable enemigo de la reforma teresiana, y Teresa intuye un duelo a muerte entre descalzos y carmelitas. Envía a Gracián a Madrid para que hable con el nuncio, pero no puede ver a monseñor porque éste se muere antes.

Se decide a escribir al rey, y su carta tiene bastante eficacia, ya que el monarca la conoce por otros memoriales.

Nada de aquello conmovió tanto a Teresa como la prisión de fray Juan de la Cruz y fray Germán de San Matías. Indignada por tal atropello se vuelve a dirigir al rey con una carta valiente.

Los accidentes de esta lucha son interminables. Teresa se rompe un brazo —¿el brazo de Santa Teresa?— al caer por una escalera, Gracián tiene que huir por los tejados para que no le prendan como al «medio fraile». Ella consigue el triunfo al fin por sus cartas al Rey y con sus embajadas a Roma. Gregorio XIII, el 22 de junio de 1580, en pleno cónclave y por un breve erige en provincia aparte a los carmelitas descalzos.

Con el triunfo le vuelve la comezón de seguir fundando. Hace prosélitos. En Sevilla encuentra tres doncellas que quieren fundar otro convento, fundándolo al fin en Villanueva.

Llegó a Toledo la víspera del domingo de Ramos y enfermó el jueves santo. Pero Teresa ya se han desalojado de todo sentimiento humano y se dispone a abrir un convento más en Palencia con ayuda de un caballero que le cede una casa.

Aunque de Palencia piensa ir a Burgos recibe antes mensajeros de Soria para que funde también en esta ciudad. Terminada su faena en Soria torna a Avila por Osma. De Osma marcha a Segovia en unas durísimas jornadas en que vuelcan los carros y se magulla la santa.

Llegamos al 2 de junio de 1582. Seguir a Teresa por los caminos no es acompañar a una monja sino ir al mando de un valiente jefe del ejército. Al llegar a Burgos se derrumba: tiene vómitos, calofríos y calambres, escupe sangre.

Pero... ganada la batalla de Burgos vemos en sus postrimerías otra vez la figura de Teresa, ya menos enhiesta, por los páramos castellanos. Quiere hacer otra ronda por sus conventos para que no se pierda la disciplina, para que ésta no flaquee. La priora de Medina se ha sublevado y le falta de palabra y obra, insultos ¡y golpes! Es su último viaje, mas como los demás pródigo en penas y tropiezos, aunque éste es una culminación de ellos. Teresa no puede dormir en toda la noche y de madrugada sale pitando para Alba, en compañía de su Anda de San Bartolomé, sin llevar equipaje ni provisiones de boca. Va muy débil, con la muerte en los talones. Van a asistir al doloroso parto de la duquesa de Alba, que quiere que la monja esté presente como garantía de salvación. Aunque antes de llegar a la casa recibe la noticia de que el alumbramiento ha llegado a feliz término. Teresa que siempre ha querido estar compuesta y alegre delante de la gente, dice sonriendo:

Gracias a Dios que ya no era necesaria la Santa.

Ya se cree santa o lo intuye, y se refugia agotada físicamente en su convento de Alba. Con el mismo afán que recorriera los caminos de la tierra, con la llamada de la muerte en el corazón, trata ahora de recorrer los caminos de su cielo. Fray Antonio de Jesús le pide que invoque a Dios para que no le deje tan pronto sin ella.

—Calla, padre —responde Teresa severa—. ¿Y tú has de decir eso? Ya no soy menester en este mundo.

Final

Y tras estas palabras, se aceleró su mal. Las monjas le ponen ventosas y la practican sangrías. Ya se siente muerta y se sonríe irónica de aquellos remedios caseros de las monjitas procurando consolarlas.

Se presenta la Duquesa a visitarla, trata de alisarle la ropa de la cama, las mantas, las sábanas, pero ella lo impide. No quiere que perciba el mal olor de aquellos unguentos y aceites con que la friccionan. Quiere irse del mundo compuesta y con semblante agradable, que todos la recuerden con sus propias armas, sonrisa y complacencia en el rostro, las cualidades con que convenciera a todos.

Los desmayos y las congojas se repiten cada vez con mayor frecuencia, pero ayuda al viático reazando ella misma. Se traspone, y al volver en sí un momento, le pregunta fray Antonio, si quiere ser enterrada en Avila... si se muere.

—Jesús, ¿eso hace de preguntar, padre mío? ¿Tengo de tener yo casa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?

Una monja le contesta afirmativamente y Teresa dice sus últimas palabras:

—Que bien me dice, madre. Mucho me ha consolado con eso.



Retrato de Santa Teresa a los sesenta y un años de edad. De autor contemporáneo de la Santa.

A las nueve de la noche del 4 de octubre de 1582, tuvo un síncope del que no salió. Cerró los ojos, se le enrojeció la cara con un gesto de felicidad, murió aquella mujer nerviosa y caminante de media España con valentía viril pero sin mengua de feminidad y aspiraciones celestiales, escritora de grandes textos pragmáticos.— ■ *C. S.*

Libros

El comportamiento heroico de los antifascistas españoles

"Luchando en tierras de Francia"

Eduardo de Guzmán

PARA una mayoría de antifascistas españoles el 1 de abril de 1939 no significa la paz, sino la victoria de Franco. En contra de sus deseos y esperanzas cerca de un millón de ellos tienen que penar en campos de concentración, cárceles, batallones de fortificaciones y castigo o destacamentos de trabajo largos años de encierro como castigo de la derrota sufrida. La única forma de eludir estas penalidades consiste en refugiarse en las partes más agrestes del territorio nacional o buscar escondite en sus propios pueblos o en otros lugares en que son totalmente desconocidos. De los que escapan al monte, no pocos empuñan todavía las armas que manejaron en guerra o se hacen con otras; sabedores de la suerte que les espera de entregarse o caer en manos de las fuerzas que les persiguen, luchan a la desesperada y esa pelea se prolonga por espacio de más de veinte años en determinadas zonas de nuestra geografía. Como los periódicos no dicen una sola palabra de esto —excepción hecha de alguna brevísima noticia en páginas escondidas dando cuenta de la muerte de un grupo de bandoleros en lucha con la guardia civil o de la ejecución de algún que otro forajido— los españoles actuales apenas conocen nada de las actividades guerrilleras que ocasionan entre seis y siete mil muertos, es decir, diez veces más víctimas que las causadas por el terrorismo del signo que sea en los últimos catorce años.

Pero si la lucha de los antifascistas tiene que proseguir en el interior de España, sea en la forma pasiva de los cientos de miles que han de pasar por campos de concentración y cárceles franquistas o en la violenta y activa de los grupos guerrilleros, los republicanos que en los meses postreros de la contienda civil cruzan la frontera francesa o consiguen llegar a cualquier puerto del norte de Africa también tienen que continuar luchando. Primero por su propia supervivencia física en los campos en que son encerrados por las autoridades francesas de la metrópoli, de Argelia o de Marruecos; más tarde, participando voluntaria o forzosamente en la terrible vorágine de la segunda guerra mundial. De esa participación española en batallas libradas en el norte de Africa y Francia sabemos algo más; no mucho, sin embargo, y con terribles lagunas y exageraciones en este o aquel punto concreto. Es comprensible que así ocurra no sólo por la lejanía entre unos y otros escenarios de actividades —hay españoles que luchan no sólo en Argelia, Túnez y Francia, sino incluso en la remota Noruega y los hay que luchan y perecen en los campos de exterminio nazis situados en Alemania, Austria y Polonia—, sino por la absoluta falta de una organización centralizada de datos y documentos. Por otro lado, es muy distinto el comportamiento y la suerte de quienes desde el primer momento se enrolan en los ejércitos regulares aliados, de los que posteriormente forman parte de la resistencia francesa o juegan un papel de relativa importancia en los combates que se libran luego de los desembarcos aliados en Normandía y Provenza. Otro factor de confusión —y no el menor ciertamente— es el protagonismo que los distintos sectores y organizaciones republicanas se atribuyen, disminuyendo la importancia del resto de la lucha entablada.

De la suerte de los trabajadores llevados a Alemania y de los varios millares de prisioneros hispanos que perecen en los campos de concentración nazis tenemos algunos relatos fidedignos, pero parciales y fragmentarios, escritos por quienes en ellos estuvieron internados y salvaron más o menos sorprendentemente sus vidas. En cambio, resulta muy confuso y bastante contradictorio cuanto se ha publicado sobre el número de guerrilleros españoles que pelearon en el maquis francés y su importancia en el conjunto de la resistencia gala contra los invasores germanos. Un libro, publicado ahora en España, pero escrito en Francia en 1978, original de Miguel Angel Sanz, arroja toneladas de luz y precisiones concretas sobre puntos hasta ahora confusos y oscuros.

«Luchando en tierras de Francia. La Participación española en la Resistencia» es un trabajo serio, documentado, con informes de primera mano, avalados por la reproducción de no pocas notas de auténtica valía que estudia con sinceridad el papel jugado en tierras francesas por los refugiados políticos y por los trabajadores españoles que en el país vecino residían desde antes de la confrontación internacional. Miguel Angel Sanz señala las dificultades de la empresa, empezando por la disparidad existente entre las diferentes estimaciones acerca del número de antifascistas que en enero y febrero de 1939 atraviesan la frontera de los Pirineos, la realidad parece ser que no superan los 400.000, de los cuales 230.000 estaban en condiciones de ser movilizados según el

Estado Mayor francés, no ya para luchar en los frentes, sino para los trabajos de retaguardia. Dada la corta duración de la primera fase de la guerra las autoridades no tienen tiempo de movilizar entre cincuenta y dos y sesenta mil españoles encuadrados bajo mandos militares franceses y dependiendo del ministerio de la Defensa en las llamadas Compañías de Trabajadores Extranjeros. Aunque no eran unidades combatientes, unas pocas de las compañías tomaron las armas y participaron en la guerra, manteniendo focos de resistencia frente al arrollador avance alemán en la primavera de 1940. Aparte de estas compañías de trabajadores, los combatientes españoles que participan en la batalla de Francia son unos cinco mil soldados inscritos voluntariamente en la Legión u otros regimientos franceses. En cualquier caso, en esta primera batalla de Francia Sanz calcula que hubo alrededor de cinco mil españoles entre muertos y desaparecidos y doce mil prisioneros capturados por los alemanes.

Pero la importancia del libro «Luchando en tierras de Francia» no estriba tanto en el relato que hace y las cifras que da de los movilizados, prisioneros y muertos en la primavera de 1940 como en el relato completo de lo que sucede en Francia en los cinco años siguientes. El libro de Miguel Angel Sanz empieza prácticamente después de la derrota francesa y estudia detenida y documentalmente todas y cada una de las fases de la lucha que se desarrolla en Francia desde la capitulación de Compiegne y la formación del gobierno colaboracionista de Vichy hasta que en mayo de 1945 Alemania tiene que rendirse sin condiciones.

Hombre serio, trabajador honesto y veraz, Miguel Angel Sanz procura hacer historia de la lucha en las diferentes comarcas francesas, tanto en el primer período —1940-1942—, en que existe una zona ocupada por los alemanes y otra relativamente libre gobernada por Petain, como el segundo, en que las tropas germanas dominan la totalidad del territorio. Basándose en documentos oficiales procura deshacer leyendas y desmitificar actuaciones señalando con precisión los luchadores en cada una de las etapas de la guerra y de las comarcas en que actúa. Como es lógico y natural, rebaja considerablemente la importancia numérica de la totalidad de la participación española, si bien hace resaltar en todo momento el heroísmo con que se bate una mayoría. La guerrilla es siempre, y en todas partes, obra de una minoría, y Francia no fue una excepción. Miguel Angel Sanz precisa en la página 233 de su obra: «Los inmigrados antifascistas que se encontraban en Francia en el año 1939 sufrieron las consecuencias de la derrota, y los más combativos lucharon en las filas de la resistencia durante la ocupación alemana. Sin embargo, hay que decir en honor a la verdad que en los libros encomiásticos publicados en sus respectivos países (Italia, Polonia, Yugoslavia, etc.) prevalece también la leyenda. Los españoles no nos hemos quedado



cortos en esta tarea. En los libros editados desde hace algunos años en el extranjero o en España sobre la participación de los exiliados en la segunda guerra mundial, y particularmente en la resistencia francesa, encontramos cifras fantásticas; según ciertos autores 100.000, más de 100.000 y los más modestos 40.000 españoles en las fuerzas de la Francia Libre y en la Resistencia; algunos llegan a decir que todos los exiliados españoles participaron en la resistencia en una u otra forma.»

Miguel Angel Sanz considera las cifras como exageradas. Sobre todo cuando las compara con las ofrecidas en 1977 por uno de los «barones» del gaullismo, Alexandre Sanguinetti, «célebre por llamar en sus escritos al pan, pan y al vino, vino», quien en un libro titulado «Sujets ou citoyens» afirma descarnadamente: «No hay que olvidar que de los cuarenta millones de franceses sólo hubo cuatrocientos mil que hicieron algo para liberarse y ni uno solo más.»

Aun despojada de toda exageración mitificadora, la lucha contra las ocupación alemana por parte de los antifascistas españoles refugiados en Francia, según declara taxativamente Miguel Angel Sanz, sigue siendo tan importante o más que por el número de los guerrilleros que en ella participan por el temple heroico de una mayoría a la que todo el mundo, y las autoridades galas en primer término, rinden en momento debido el homenaje de su admiración y gratitud. ■ E. G.

* *LUCHANDO EN TIERRAS DE FRANCIA, por Miguel Angel Sanz, prólogo de Jean Cassou. Ediciones de LA TORRE. Madrid, 1981. 254 págs.*

Cine

"ROJOS"

Alberto García Ferrer

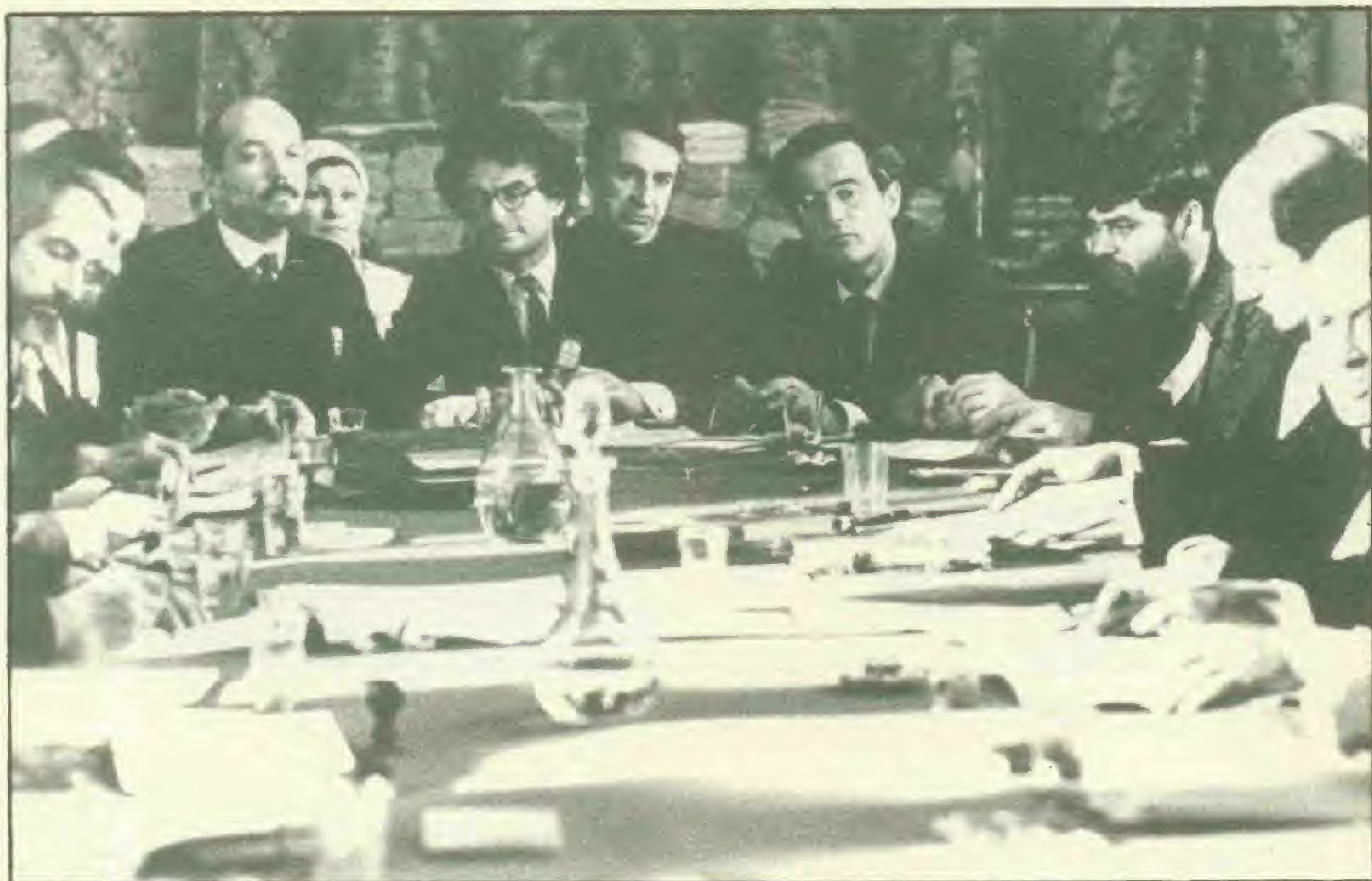


Fotograma de «Rojos» (1981). Warren Beatty y Diane Keaton.

EL cine histórico, o la transposición de la historia al cine, acentúa un problema ya generalizado en el cine: la cuestión del punto de vista (delimitar la porción de «realidad» que va a ser encuadrada por la cámara, la composición de los elementos dentro del cuadro y la inclinación de la lente en relación al nivel de la mirada humana). El realizador (y el guionista), como el historiador, selecciona fuentes, testimonios, documentos (visuales y sonoros). Ambos proceden luego a montarlos: les conceden un orden dentro de la narración y les otorgan un lugar relevante o secundario. La significación de estos elementos está destinada a mostrar sus acuerdos y a respaldar también sus disensiones. Todo esto contribuye a delimitar un criterio acerca del hecho histórico que aborda; punto de vista que transparenta, invariablemente y aun en los más rigurosos filmes históricos, las pautas culturales de una época (de unos individuos, de una ideología, de un sector social) frente a la época objeto del análisis. Esta especie de sobreimpresión o doble transparencia se hace más evidente si se intenta novelar la historia, es decir, reconstruir un momento, unas circunstancias políticas, sociales, económicas, culturales y ambientales para que los personajes reproduzcan un comportamiento y unas maneras coherentes con la época en la que han vivido. Esta presencia activa del realizador en la historia, trae aparejada la incidencia de los criterios vigentes en el momento de la realización del film, sobre la forma de describir la época analizada. El film histórico es como una doble cadena de imágenes: una presente (visible) y otra latente (virtual), por lo cual se plantea una doble lectura. Esto es lo que Marc Ferro llama «lectura histórica de la película y lectura cinematográfica de la historia».

La historia en el film

«Rojos», film dirigido, producido e interpretado por Warren Beatty, narra los cinco últimos años de vida de John Reed, periodista, escritor y fundador del Partido Comunista Obrero Norteamericano. Es el tramo que va de 1915 a 1920 y que comprende el período más intenso de su militancia: antibelicista primero, oponiéndose a la entrada de EE.UU. en la primera guerra mundial, y abiertamente política luego, desde el partido socialista en su ala más radical. Narra su viaje a Rusia en los días previos a la revolución de octubre, experiencia de la cual dejará uno de los más valiosos testimonios en «Diez días que conmovieron al mundo». «Reds» es también el reflejo de la gran convulsión social por la que atravesó EE.UU. y de la transición decisiva en su historia contemporánea: su ascenso a primera potencia mundial. Estos cinco años de la historia norteamericana están marcados también por el compromiso de algunos sectores de la juventud universitaria y contestataria con la clase obrera norteamericana. Esta alianza comenzará a debilitarse a principios de los veinte y terminará diluyéndose al promediar la década. La vehemencia revolucionaria de estos jóvenes derivará en escepticismo y finalmente en adhesión al ideal de grandeza americana. Otras dos veces resurgirá este espíritu en la historia reciente de EE.UU. aunque bajo diferentes circunstancias y características (bajo el New Deal y bajo el Kennedismo de los sesenta) y otras tantas veces la



Fotograma de «Rojos»: «Lenin», «Zinoviev» y «Radek», durante una reunión del Comité Revolucionario Bolchevique.

maquinaria del estado terminará absorbiéndolo.

Beatty desecha la experiencia mejicana de Reed con la revolución de Pancho Villa (que le permitió escribir el excelente testimonio «México insurgente») y concentra su mirada en la relación de Reed con Louise Bryant, la descripción de la vida de un sector de la joven y rebelde intelectualidad norteamericana y en las repercusiones que produce en ellos el período abierto por la revolución rusa. Seleccionados en este orden de importancia los materiales, Beatty se aplica a demostrar su tesis: John Reed es un joven rebelde, humanista, romántico, talentoso, idealista, ingenuo, pero por encima de todo un americano y por eso mismo un auténtico «disidente», en el sentido que la prensa otorga a los opositores internos de los regímenes socialistas.

Una clara antinomia recorre todo el film: la tensión entre lo individual y lo colectivo. El testimonio de Henry Miller aporta la primera «clave» para desvelar la personalidad de Reed: «No sé si es que no tenía ningún problema personal o si sus problemas eran tan grandes que prefería apartarlos de sí, volcándose a la política.» La actividad política de este extraordinario periodista y excepcional testigo de la historia de nuestro siglo penetra en un cono de sombra: ¿ese espíritu de lucha, esa infatigable vocación por la solidaridad eran acaso, solamente, el producto de la sublimación de unos problemas personales que no se decidía a enfretar? Este particular criterio de simplificación prevalece en todo el film. Las reuniones, las asambleas y las discusiones políticas son mostradas bajo el mismo prisma: las voces se transforman en un murmullo creciente, donde el «discurso» impide que resuene la palabra. Las voces ahogan la voz y las deliberaciones se transforman en la negación del individuo. Paradigma de este tratamiento es la reunión de la Internacional, a la que Reed asiste como delegado norteamericano. No existe ninguna discusión que desentrañe las contradicciones de esa utopía que fue, en sus comienzos, la Internacional, y que más tarde, con Stalin, se convirtió en un órgano de la política exterior soviética.

Beatty hace de la historia un simple telón de fondo para un drama individual. Concibe las argumentaciones como una mera escalada verbal destinada a crear ofuscación. Nunca se sabe con claridad que es lo que se debate y esto poco importa a los objetivos de Beatty. Las voces son sólo el ruido ambiental que enmarca y resalta la angustia del protagonista.

Al regresar del Congreso de los Pueblos Orientales de Bakú, Reed confrontará con un dogmático Grigory Zinoviev (interpretado por Jerzy Kosinski), su concepción del socialismo: «El socialismo, le increpa, es libre albedrío.» El socialismo se manifiesta como una aspiración ideal, casi un estado de gracia de los seres humanos dispuestos a vivir en armonía y ejercer el derecho a la vida. Pero el socialismo arrancado de los sueños y confrontado con la


Maureen Stapleton, «Oscar» de interpretación a la mejor actriz secundaria («Rojos», 1981).


Diane Kenton («Rojos», 1981).

ardiente realidad requiere sacrificios, postergaciones y rectificaciones. La vida de una revolución se alimenta de la vida de los revolucionarios y humilla, frecuentemente, sus más encendidas aspiraciones. El John Reed de Beatty no es un hombre de acción. Es un hombre acorralado entre su aptitud para dar testimonio del mundo en que vive y su deseo de transformarlo. Se siente desgarrado por su pertenencia a una clase social que puede usufructuar todo lo mejor que le ofrece su país y su obligación de tomar partido por aquellos que nada poseen. Esta ambigüedad es el centro de la argumentación de Beatty para explicar el desarraigo de los sectores progresistas en la sociedad norteamericana. Desarraigo que tanto O'Neill (Jack Nicholson como Louise Bryant asumen, por diferentes razones y con distintos grados de lucidez.

El film en la historia

Decíamos al principio que la historia no puede desembarazarse del presente. El film histórico carga con el presente y lo manifiesta consciente o inconscientemente. Hay en «Rojos» al menos dos secuencias inspiradas en acontecimientos contemporáneos. Sobre las conversaciones de Reed con Emma Goldman (Maureen Stapleton), militante comunista desencantada con la revolución por las escaseces y privaciones, planea el «fantasma» de la crisis polaca (¿todo el film no será, acaso, la respuesta de Hollywood a la profunda crisis abierta en las sociedades comunistas por los acontecimientos de Polonia?). La secuencia del Congreso de Bakú plantea dos contradicciones en Reed: la quema del muñeco que representa al Tío Sam (sentimiento antinorteamericano que hiere a Reed) y la manipulación de su discurso por Zinoviev, que le agrega una alusión a «los infieles de Occidente». Bajo esta referencia a la falta de principios y al oportunismo de los comunistas, subyace el trauma del conflicto iraní y la toma de los rehenes. Así, acontecimientos contemporáneos emergen en el film y proyectan su significado sobre el pasado.

Finalmente, hay una cuestión más grave: la tensión entre los inmigrantes y «los americanos, americanos» (como se encarga de recalcar Beatty, citando a Lenin). Esta contraposición encierra una descalificación de los inmigrantes en la transformación de la vida y la sociedad americana. Implica también, de hecho, una valoración del «ser» norteamericano.

El socialismo norteamericano queda reducido, en suma, a dos grupos desarraigados: los jóvenes intelectuales y los inmigrantes, aunque el origen de esos desarraigos es, para Beatty, cualitativamente diferente.

«Rojos» es el deseo de incorporar a John Reed al «sueño americano». Los jóvenes antibelicistas (entre los que se contaba Beatty), que en los años sesenta se enfrentaron a la maquinaria guerrera del estado para detener la sangría de Vietnam, desean recomponer la «armonía americana» en la era Reagan. Todo puede encajar si se recortan debidamente los personajes, los testimonios y las situaciones. El resultado: un colorido melodrama cinematográfico, donde la historia, a fuerza de amputaciones, es un mero telón de fondo, un paisaje crudo, áspero, desolador, cuajado de situaciones extremas en las que sea posible poner a prueba la intensidad de una pasión amorosa. ■ A.G.F.

Libros recibidos

La revolución cultural del Renacimiento. Crítica, Grijalbo. Barcelona, 1981, 352 págs.

El cerebro de broca. Carl Sagan. Grijalbo. Barcelona, 1981. 429 págs.

Cabrera. Jesús Fernández Santos. Plaza & Janés. Barcelona, 1981. 246 págs.

La guerra del fin del mundo. Mario Vargas Llosa. Plaza & Janés. Barcelona, 1981. 532 págs.

Origen y epílogo de la Filosofía. Ortega y Gasset. Revista de Occidente en Alianza Editorial. Madrid, 1981. 196 págs.

Historia del cante flamenco. Angel Alvarez Caballero. Alianza Editorial. Madrid, 1981. 274 págs.

Scott Fitzgerald. André Le Vot. Argos-Vergara. Barcelona, 1981. 364 págs.

Cataluña en la Carrera de Indias. Carlos Martínez Shaw. Editorial Crítica. Grijalbo. Barcelona, 1981. 394 págs.

La muerte del Rey Arturo. Alianza Tres. Madrid, 1981. 210 págs.

Conflictividad social en Andalucía. Los sucesos de Montilla de 1873. José Calvo Poyato y José Luis Casas Sánchez. Excmo. Ayuntamiento de Córdoba. Delegación de Cultura. 1981. 252 págs.

Un reinado en la sombra. Pedro Sains Rodríguez. Planeta. Barcelona, 1981. 438 págs.

Residencia privilegiada. María Casares. Argos-Vergara. Barcelona, 1981. Ed. ilustrada. 430 págs.

Viernes y trece en la calle del Correo. Lidia Falcón. Planeta. Barcelona, 1981. 350 págs.

Crisis agrarias y crecimiento económico en Galicia en el siglo XIX. M.ª Xosé Rodríguez Galdo y Fausto Dopico. Edició do Castro. Serie Liminar economía. La Coruña, 1981. 188 págs.

Obra completa de Vicente Risco: Teoría nacionalista. Edición de Francisco J. Bobilo. Arealonga, Akal. 1981. 296 págs.

Libros para viajar por España. Instituto Nacional del Libro Español; Ministerio de Cultura. Madrid, 1981. 288 págs. (2.ª edición).

El caos contra el terror. Pier Paolo Pasolini. Crítica. Grijalbo. Barcelona, 1981. 276 págs.

El PSUC y el eurocomunismo. G. López Raimundo y A. Gutiérrez Díaz. Grijalbo. 1981. 204 págs.

Los rusos de hoy. Christian Schmidt-Häuer. Planeta. Barcelona, 1981. 376 págs.

Historia de mi labor científica. Santiago Ramón y Cajal. Alianza-Universidad. Madrid, 1981. 386 págs. y 215 láminas.

Más de cien españoles. Pedro Laín Entralgo. Planeta: «Espejo de España». Barcelona, 1981. 378 págs.

Yo, Jimmy (mi vida entre los Franco). Joaquín Giménez-Arnau. Planeta: «Espejo de España». Barcelona, 1981. 252 págs.

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Manuel Rico Lara

Ciento cincuenta años de la Constitución

El espíritu liberal de las Cortes de Cádiz



Promulgación solemne de la constitución de 1812 en la plaza gaditana de San Felipe, cuadro de Salvador Viniegra (Museo Iconográfico de Cádiz).

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

José María Solé Mariño

Hace medio siglo:
Salazar sube al poder en Portugal



Antonio de Oliveira Salazar (Estampilla postal con ocasión de su fallecimiento, en 1970)